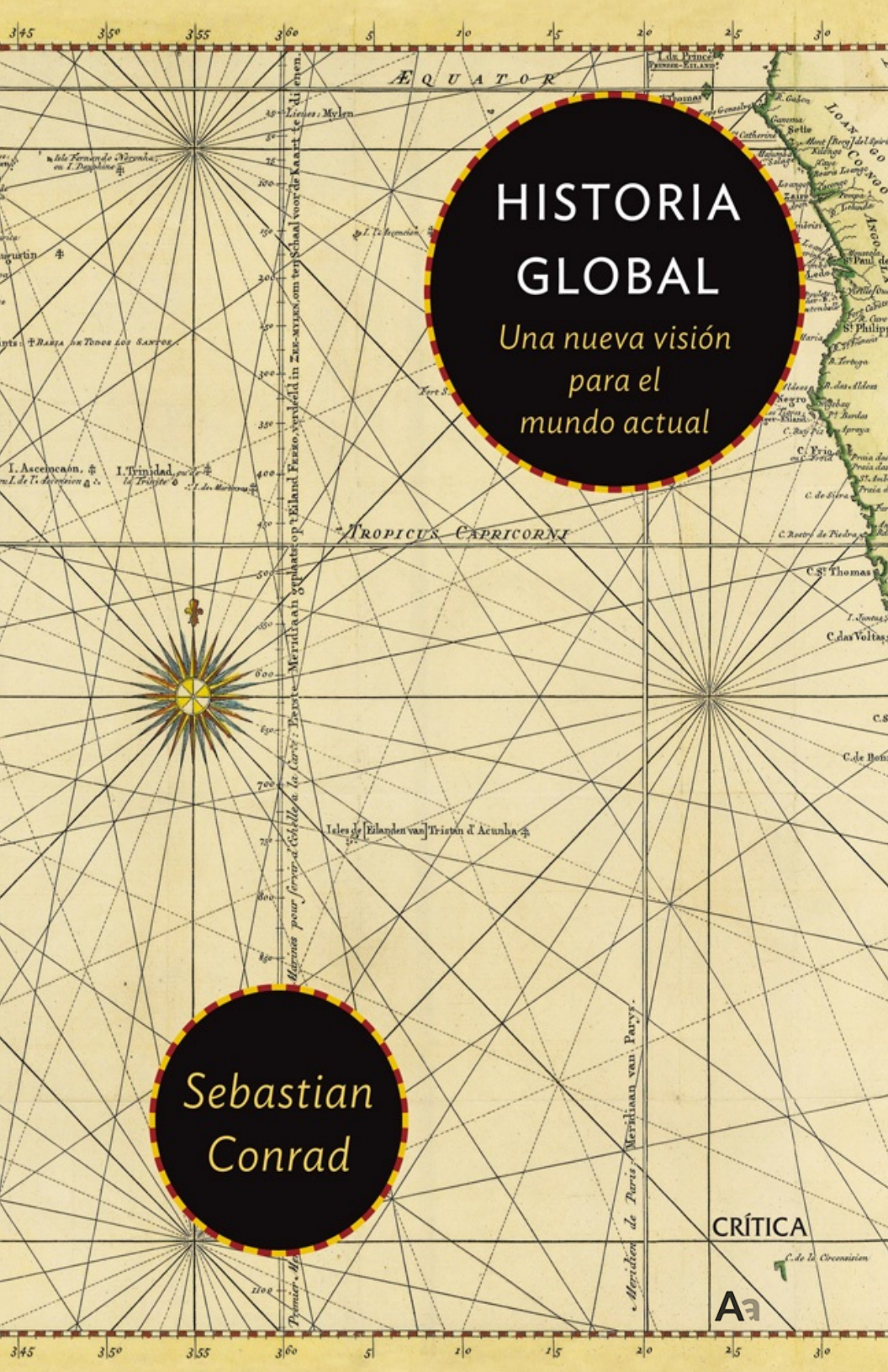

HISTORIA GLOBAL

Una nueva visión para el mundo actual

Sebastian Conrad

CRÍTICA

Índice

Portada
1. Introducción
2. Breve historia del pensamiento global
3. Enfoques en competencia
4. La historia global como enfoque específico
5. Historia global y formas de integración
6. El espacio en la historia global
7. El tiempo en la historia global
8. Posicionalidad y enfoques centrados
9. Creación de mundos y conceptos de la historia global
10. ¿Historia global para quién? La política de la historia global
Agradecimientos
Notas
Créditos

CAPÍTULO 1.
INTRODUCCIÓN

«Todos los historiadores son hoy historiadores universales», ha afirmado C. A. Bayly con cierto afán provocador, para añadir acto seguido: «Aunque muchos todavía no se han dado cuenta».[1] En efecto, no cabe duda de que en la actualidad se vive un auge de la historia mundial/universal/global. Tanto en Estados Unidos como en otras partes del mundo anglófono, hace varias décadas que este campo crece más que ningún otro dentro de su disciplina. La tendencia ha arraigado asimismo en algunas regiones de Europa y el Asia oriental,[*] donde la historia global está en ascenso y resulta cada vez más popular entre la generación de los historiadores más jóvenes. Aparecen revistas y congresos por doquier, y en muchos casos, un proyecto difícilmente será aprobado si no analiza las «dimensiones globales». Pero esta nueva popularidad ¿significa de veras que todo historiador es hoy un historiador global? ¿En qué se basa esta explosión? ¿Y por qué se está produciendo ahora?

El auge de la historia global obedece a muchas razones. Ha sido de suma importancia el interés renovado en los procesos

universales que siguió, primero, al final de la guerra fría, y luego a los hechos del 11 de septiembre de 2001. Como en general se ha puesto de moda considerar que la «globalización» es clave para comprender el presente, parece evidente que debemos remontarnos en el tiempo para analizar los orígenes históricos de este proceso. En muchos lugares, y en especial en las sociedades que han recibido mucha inmigración, la historia global también da respuesta a desafíos sociales y la necesidad de desarrollar una perspectiva del pasado que sea más inclusiva, menos estrictamente nacional. Como resultado típico de esta clase de presión social, en Estados Unidos el currículo se ha desplazado de la «civilización occidental.» a la historia global. En el mundo académico, este tipo de corrientes halla asimismo reflejo en cambios en la composición social, cultural y étnica de la profesión. Y, a su vez, las variaciones experimentadas por las sociologías del conocimiento han reforzado el descontento con la tendencia, añeja y generalizada, a concebir las historias nacionales como historias de espacios discretos de existencia autónoma.[2]

La revolución de las comunicaciones que se inició en la década de 1990 también ha tenido un impacto esencial en nuestros modos de interpretar el pasado. Los historiadores, y sus lectores, viajan más que nunca y tienen vivencias que abarcan más partes del mundo. Esta movilidad incrementada, y multiplicada aún más por internet, ha facilitado trabajar en red y permitido que los historiadores participen en foros mundiales —aunque es cierto que a menudo cuesta discernir las voces de los países que habían estado colonizados—. De resultas, hoy los historiadores se enfrentan a un número

elevado de narraciones en relación de mutua competencia, y precisamente en esta diversidad de voces hallan un gran potencial de nuevas perspectivas de estudio. Por último, la lógica del trabajo en red, favorecida por la tecnología informática, también ha afectado al modo de pensar de los historiadores, que cada vez recurren más al propio lenguaje de las redes y los nodos en sustitución de la antigua lógica territorial. Escribir historia en el siglo XXI no es lo que solía ser.

¿Por qué una historia global? Más allá de la mirada endógena y eurocéntrica

La historia global nació de la convicción de que los medios que los historiadores han estado usando para analizar el pasado han dejado de ser suficientes. La globalización ha lanzado un desafío fundamental a las ciencias sociales y los relatos dominantes sobre el cambio social. El momento presente, que en sí ya ha surgido de sistemas de interacción e intercambio, se caracteriza por el entrelazamiento y las redes. Pero en muchos aspectos las ciencias sociales han dejado de ser capaces de plantear las preguntas correctas y generar respuestas que ayuden a explicar las realidades de un mundo globalizado y entrelazado en redes.

En particular, hay dos «defectos de nacimiento» de las ciencias sociales y las humanidades modernas que nos dificultan comprender de un modo sistemático los procesos que atraviesan el mundo. Cabe hacer remontar los dos a la

formación de las disciplinas académicas modernas en la Europa del siglo XIX. En primer lugar, la génesis de las humanidades y las ciencias sociales estuvo ligada al Estado-nación. En sus temas y sus preguntas, e incluso en su función social, campos como la historia, la sociología y la filología quedaron ligados a la sociedad del propio país. Además, por efecto del «nacionalismo metodológico» de las disciplinas académicas, en teoría se partía de suponer que el Estado-nación era la unidad de estudio fundamental, una entidad territorial que servía de «contenedor» para una sociedad. En el campo de la historia, aún más que en algunas disciplinas próximas, esta devoción por los contenedores acotados territorialmente se mantuvo con firmeza. El conocimiento del mundo, por lo tanto, se estructuraba institucional y discursivamente de tal forma que se oscurecía el papel de las relaciones de intercambio. La historia, en la mayoría de lugares, se limitaba a la historia nacional.[3]

En segundo lugar, las disciplinas académicas modernas eran profundamente eurocéntricas. Situaban en primer plano los procesos de cambio de Europa y entendían que Europa era la fuerza impulsora central de la historia del mundo. Y lo que fue aún más crucial: las herramientas conceptuales de las humanidades y las ciencias sociales hacían abstracción de la historia europea para crear con ella un modelo de desarrollo universal. Términos que en apariencia eran analíticos, como «nación», «revolución», «sociedad» y «progreso», transformaron la experiencia específicamente europea en un lenguaje teórico (universalista) que, al parecer, se podía aplicar en todas partes. Así pues, cuando desde el punto de vista metodológico las categorías particulares de Europa se

impusieron sobre los pasados de todos los otros, las disciplinas modernas trataron a todas las demás sociedades como colonias de Europa.[4]

La historia global es un intento de afrontar los desafíos derivados de estas observaciones, así como de superar las dos desafortunadas «manchas de nacimiento» de las disciplinas modernas. Por lo tanto, por mucho que se base en toda una serie de precedentes —pues hace mucho que los historiadores prestan atención a cuestiones como la migración, el colonialismo y el comercio—, se trata de un enfoque revisionista. La voluntad de examinar los fenómenos transversales quizá no sea nueva en sí, pero ahora aspira a algo novedoso: pretende cambiar el terreno sobre el cual reflexionan los historiadores. La historia global, en consecuencia, posee una dimensión polémica. Supone un ataque contra muchas formas de paradigmas basados en los contenedores, y más en particular, contra la historia nacional. Según veremos con más detalle en el capítulo 4, corrige las formas endógenas o genealógicas de pensamiento histórico, que reducen el cambio histórico a las causas internas.

Al mismo tiempo, y dejando ahora de lado las cuestiones del método, la historia global aspira a modificar el orden institucional y la organización del conocimiento. En muchos países, lo que se denomina «historia» se ha identificado, en la práctica, con la historia nacional del propio país: la mayoría de los historiadores italianos se ocupaban de Italia y la mayoría de sus colegas coreanos se centraban en Corea; en casi todas partes, los estudiantes se adentraban en la historia a partir de manuales que narraban el pasado nacional. Frente a este trasfondo, la llamada a la historia global se presenta

como un llamamiento a la inclusividad, a una visión más amplia. Los otros pasados también eran historia.

Incluso donde las facultades de historia cuentan con personal suficiente y están preparadas para un análisis más amplio, los cursos tienden a presentar historias de naciones y civilizaciones como si fueran mónadas, en aislamiento. Los manuales chinos de historia universal, por ejemplo, excluyen de forma categórica la propia China, porque el pasado nacional se enseña en otro departamento. Compartimentar así la realidad histórica —en historia nacional y mundial, en estudios históricos y de área— impide centrar la mirada en los paralelos y entrelazamientos. La defensa de la historia global, por ende, también nos invita a superar esta fragmentación para llegar a una comprensión más abarcadora de las interacciones y conexiones que han dado origen al mundo moderno.

Por descontado, la historia global no es la única propuesta disponible hoy en día, ni supone un enfoque superior por sí mismo. Es tan solo una forma de abordar la historia, entre otras posibles: más adecuada para abordar determinados temas y cuestiones, menos adecuada para enfrentarse a otros problemas. Trata ante todo de la movilidad y el intercambio, con procesos que trascienden las fronteras. Adopta como punto de partida el mundo interconectado, y centra la atención en temas como la circulación y el intercambio de cosas, personas, ideas e instituciones.

Como definición preliminar (y bastante laxa) de la historia global, podríamos describirla como una forma de análisis histórico en el que los fenómenos, sucesos y procesos se sitúan en contextos globales. Sin embargo, no hay consenso al

respecto de cómo lograr este resultado. Hay muchos otros enfoques que compiten por la atención actual de los investigadores, desde la historia comparada y transnacional a la historia mundial (*world history*) y la «gran historia», o a los estudios poscoloniales y la historia de la globalización. Al igual que la historia global, estas perspectivas también aspiran a explicar las conexiones del pasado.

Cada uno de estos paradigmas hace hincapié en sus propios puntos específicos; abordaremos las variantes más notables en el capítulo 3. Aun así, no debemos exagerar las diferencias entre ellas, pues abundan los elementos en común y las zonas de solapamiento. De hecho, no ha resultado en absoluto fácil definir con rigor qué hace de la historia global una perspectiva única; y si atendemos al uso actual del concepto, la tarea se vuelve aún más difícil. Tan solo con ojear superficialmente la bibliografía reciente veremos que el concepto se usa —a veces, haciéndose apropiación de él— para propósitos diversos, y a menudo se emplea como sinónimo de otros sintagmas. El uso generalizado revela, sobre todo, que el concepto es tan atractivo como elusivo, pero no pone de manifiesto su especificidad metodológica.[5]

Tres variantes de la historia global

Ante este panorama de eclecticismo y confusión teórica, pese a todo, puede resultarnos de utilidad distinguir heurísticamente reacciones diferentes al desafío de lo «global». Tras examinar los datos concretos, podríamos

concluir que existen ante todo tres posibilidades: la historia global concebida como la historia de todo, como la historia de las conexiones o como una historia basada en el concepto de la integración. Según irá dilucidándose en los capítulos siguientes, la tercera de estas perspectivas resulta la más prometedora para aquellos historiadores globales que aspiran a ir más allá de un simple gesto de apertura a la conectividad. Veamos ahora las tres variantes, una por una.[6]

En primer lugar, una manera de abordar la historia global es equipararla con la historia de todo. «La historia global, en su sentido estricto, es la historia de lo que ocurre en el mundo entero —escriben Felipe Fernández-Armesto y Benjamin Sacks—, en el planeta en su conjunto, como si pudiéramos verlo desde una atalaya cósmica, con las ventajas de la distancia inmensa y el alcance panóptico.» Desde esta perspectiva omnívora, todo cuanto ha sucedido en la Tierra es un componente legítimo de la historia global.[7]

En la práctica, esto ha llevado a estrategias muy diversas. La primera es la que podríamos denominar la versión «todo incluido» de la historia global. Su variante más destacada se expresa en las obras de síntesis a gran escala, que intentan capturar la realidad global durante un período específico. El siglo XIX, por ejemplo, cuenta con varios biógrafos refinados; otros historiadores se han contentado con el panorama global de un año en particular. Otros, en cambio, han extendido el campo de acción para describir milenios enteros, si no incluso la «historia del mundo» *tout court*. En el caso de la «gran historia» (*big history*), la escala se amplía todavía más y cubre desde el Big Bang hasta el momento presente. Más allá de la escala elegida, el modo general es idéntico: aquí, lo «global»

se refiere a la totalidad planetaria.[8]

De un modo similar, algunos historiadores han optado por estudiar una idea o formación histórica determinada a lo largo de las eras y por todo el planeta. Como ejemplos especialmente convincentes de esta práctica, destacan estudios sobre la historia global del imperio, en los que se cartografían las formaciones imperiales y sus estrategias de gestión de la población desde la Roma Antigua (o desde Tamerlán) hasta el presente.[9] En principio, no obstante, la biografía global puede tratar de cualquier tema. Así, ahora tenemos historias globales de la monarquía y los cortesanos; historias del té y del café, del azúcar y del algodón, del cristal y del oro; historias de la migración y del comercio; historias globales de la naturaleza y de la religión; historias de la guerra y de la paz. Los ejemplos son legión.

Aunque el término «historia global» parece sugerir un ámbito de análisis mundial, no necesariamente es así. En principio, todo puede convertirse en legítimo foco de estudio de los historiadores globales: la historia global como suma diversa, como *omnibus*. Esto significa que cabe estudiar temas muy diversos —los mineros del Witwatersrand, en Sudáfrica; la coronación del rey hawaiano Kalakaua; o un poblado del siglo XIII en el sur de Francia— por lo que pueden haber aportado a la historia global. Una vez se determina que la historia global es todo, todo puede convertirse en historia global. Es menos absurdo de lo que parece. La situación no era tan distinta en los días del reinado supremo de la historia nacional: entonces también ocurría que, aunque el ámbito de una obra no se extendiera necesariamente al todo de la nación, sin embargo se partía de suponer que lo hacía. Nadie

ponía en duda, por ejemplo, que una biografía de Benjamin Franklin o un estudio en profundidad de la industria de la automoción en Detroit era asimismo una aportación a una historia de Estados Unidos. Una vez se determinaba el marco general de la historia nacional, todo cuanto en ella cabía parecía ser un componente natural de esa historia.

Lo mismo sucede con la versión «todo incluido» de la historia global. Diversos estudios sobre la clase trabajadora de Buenos Aires, Dakar o Livorno, aunque no exploren por sí mismos el horizonte global de la historia del trabajo, se suman como aportación a esa historia. En particular, si los historiadores toman en consideración otros estudios sobre fenómenos similares o se inspiran en ellos. Son buenos ejemplos el libro de Dipesh Chakrabarty sobre los cultivadores de yute en Bengala y el estudio de Frederick Cooper sobre los estibadores de Mombasa.[10] El elemento histórico global, por supuesto, se intensifica cuando los historiadores plantean sus obras con otros casos similares en mente, e incluyen en sus bibliografías libros sobre temas relacionados en otras regiones del mundo.

Un segundo paradigma de este campo centra la mirada en el intercambio y las conexiones. Es el modo de investigación más popular en los últimos años. El lazo de unión compartido por los diversos estudios es la idea general de que ninguna sociedad, nación o civilización existe en forma aislada. Desde los tiempos más antiguos, la vida en el planeta se ha caracterizado por la movilidad y la interacción. Así, estos movimientos son el objeto privilegiado de una historia global entendida en lo esencial como la historia de los entrelazamientos. Este énfasis en las conexiones

complementa, y con ello corrige, lo que podríamos calificar de «parquedad» de los marcos anteriores, en los que el viaje intelectual se detenía en las fronteras del Estado-nación, el imperio o la civilización.

No hay límite a la variedad de temas que cabe estudiar desde esta clase de perspectiva: desde las personas en movimiento a las ideas en circulación o el comercio a larga distancia. De nuevo, el alcance de las redes y conexiones analizadas es diverso y no necesariamente universal. Todo depende del tema de estudio y las preguntas que se formulan: el comercio en el Mediterráneo, la peregrinación de los musulmanes (*Hajj*) a través del océano Índico, las migraciones en cadena entre China y Singapur, las misiones diplomáticas al Vaticano… En todos estos casos, el carácter interconectado del mundo, cuya pista histórica puede seguirse a lo largo de siglos, es el punto de partida de un trabajo de historia global. [11]

Las dos versiones de la historia global que hemos visto hasta aquí se pueden aplicar, en principio, a todos los lugares y todos los tiempos. El tercer enfoque, más estricto, es diferente, pues parte de suponer alguna forma de integración global, sobre la que reflexiona de manera explícita. En lo esencial se ocupa de aquellos modelos de intercambio que han sido de carácter regular y sostenido: los intercambios capaces de influir profundamente en la conformación de las sociedades. Siempre ha habido relaciones transfronterizas, pero su realización e impacto dependían del grado de integración sistemática en una escala global.

Este tercer modelo (que se describirá con más detalle en los capítulos 4 y 5) es el que aplican los estudios recientes más

complejos, y es también el paradigma que se analizará en el presente libro. Tómese por ejemplo la obra de Christopher Hill sobre el surgimiento de la historiografía moderna en Francia, Estados Unidos y Japón a finales del siglo XIX. El autor no se centra en las relaciones entre la escritura tradicional de la historia y las narraciones nacionales modernas, como podría haberse hecho en un estudio más convencional. Tampoco dirige la atención ante todo a las conexiones entre los tres casos. Antes bien, Hill sitúa a las tres naciones en el contexto tanto de los cambios internos de cada país como de las transformaciones globales. Las tres sociedades mencionadas tuvieron que hacer frente a problemas internos: Estados Unidos se recuperaba de la guerra civil, y Francia, de la derrota ante Prusia; por su parte, Japón reorganizaba su sistema de gobierno en la estela de la Restauración Meiji. Al mismo tiempo, los tres participaban de la reestructuración fundamental del orden del mundo, que se derivaba del capitalismo y del sistema estatal imperialista. En esta coyuntura, la historiografía sirvió para conceptualizar la posición distinta de cada nación en el seno de ese orden mayor y jerarquizado, así como para hacer que el surgimiento de cada una como Estado-nación pareciera un hecho necesario y natural. Desde el punto de vista analítico, por lo tanto, Hill hace hincapié en las condiciones globales que posibilitaron (y dieron forma a) las narraciones históricas que emergieron en las tres circunstancias.[12]

De un modo muy similar, otros historiadores han situado casos particulares en sus contextos globales, y lo han hecho explícitamente. Intentan explicar «los procesos de base y las contingencias de la actividad humana [en el seno de] las

estructuras que son al mismo tiempo productos y condiciones de esa actividad».[13] Desde este punto de vista, la globalidad pasa a ser el marco de referencia último de toda comprensión del pasado. En principio, esta clase de contextualización no se limita al pasado más reciente, sino que puede aplicarse a períodos anteriores, aun cuando en estos casos el grado de integración puede ser relativamente débil. Como el mundo se ha ido transformando y ha pasado a ser, cada vez más, una única entidad política, económica y cultural, los lazos causales del nivel global han adquirido más fuerza. Y de resultas de la proliferación y perpetuación de este tipo de lazos, en los acontecimientos locales influye cada vez más un contexto global que podemos comprender de manera estructural e incluso sistemática.

Proceso y perspectiva

La historia global es a la vez un objeto de estudio y una forma particular de entender la historia: es a la vez un proceso y una perspectiva, un tema de estudio y una metodología. Es un Jano bifronte que se asemeja a otros campos/enfoques de la disciplina, tales como la historia social y la de «género» (*gender*). En la práctica, es habitual que las dos dimensiones se interrelacionen, pero aquí, con fines heurísticos, podemos tratarlas por separado. Esto nos permitirá diferenciar entre la historia global entendida como una perspectiva de los historiadores o como una escala del proceso histórico en sí.[14]

La historia global es una perspectiva entre otras posibles. Es un mecanismo heurístico que permite al historiador plantear preguntas y generar respuestas que serán diferentes de las derivadas de otros enfoques. La historia de la esclavitud en el mundo atlántico es un buen ejemplo. Los historiadores han indagado en la historia social de la población esclava, sus condiciones de trabajo y las comunidades que crearon. Desde la perspectiva del «género», han logrado contar relatos novedosos sobre la familia y la infancia, la sexualidad y la masculinidad. La historia económica de la esclavitud ha sido especialmente prolífica; se ha centrado en los índices de productividad, las condiciones de vida de los esclavos en comparación con otros trabajadores o con la servidumbre por deudas (*indentured service*), o el impacto macroeconómico de la esclavitud sobre la producción de las plantaciones. Sin embargo, la experiencia de la esclavitud y del tráfico de esclavos también se puede situar en un contexto global, lo que permitiría poner de manifiesto toda otra serie de cuestiones, tales como la creación de un espacio transatlántico en el «Atlántico negro»; las repercusiones de la trata en las sociedades del África occidental; las conexiones del tráfico atlántico con las rutas esclavistas complementarias que atravesaban el Sahara y el océano Índico; una comparación con otras formas de esclavitud, etcétera. La historia global como perspectiva arroja más luz sobre determinadas dimensiones de la experiencia esclava, a la vez que tiende a prestar menos atención a otras.

Una consecuencia importante de considerar la historia global como una perspectiva —al igual que, por ejemplo, la historia de «género» o la económica— es que la investigación

no necesariamente debe ocuparse del mundo entero. No se trata de un *caveat* menor. La retórica de lo global puede dar a entender que no hay límites en lo que se aborda; pero muchos temas se describen mejor en marcos más reducidos. Esto también supone que, en su mayoría, las propuestas de historia global no pretenden sustituir el paradigma establecido de la historia nacional con una totalidad abstracta denominada «mundo». La meta no es escribir una historia total de nuestro planeta. Más a menudo, se aspira a escribir una historia de espacios delimitados (y por ende, no «globales»), pero teniendo en mente las conexiones globales y las condiciones estructurales. Muchos de los estudios recientes que han sido considerados hitos de este campo no tratan sino de dos o tres ubicaciones. Historia global, por lo tanto, no es un sinónimo de «macrohistoria». A menudo los problemas más interesantes surgen en el punto de intersección entre los procesos globales y sus manifestaciones locales.

Por otro lado, sin embargo, la historia global no es *tan solo* una perspectiva. Una obra de historia global no se puede proyectar de forma indiscriminada, sino que cobra especial sentido para ciertos períodos, lugares y procesos (no para todos). Todo intento de contextualizar globalmente tiene que tomar en consideración el grado y las cualidades de los entrelazamientos de su ámbito. Las consecuencias del hundimiento de la Bolsa de Viena, en 1873, no fueron las mismas que las de las crisis económicas de 1929 y 2008; en la década de 1870, la economía mundial y los medios de comunicación no se habían integrado con la intensidad imperante en el siglo XX. A este respecto, la historia global como perspectiva suele estar ligada, de manera implícita, a

ideas previas sobre qué efecto pueden producir las estructuras transfronterizas sobre los acontecimientos y las sociedades. En los capítulos siguientes volveremos sobre esta tensión surgida entre el proceso y la perspectiva.[15]

La dialéctica entre la perspectiva y el proceso es compleja. Por un lado, adoptar una perspectiva global sobre el comercio del té tiene más sentido para la década de 1760 que para la Edad Media, cuando la dinámica global era menos relevante. Por otro lado, en nuestro presente globalizado las conexiones globales nos resultan particularmente llamativas, más de lo que resultaban para los historiadores de hace unas pocas décadas. Para confundir aún más las cosas, la perspectiva global derivada de lo anterior hace que el siglo XVIII parezca ser más global de lo que en realidad fue. Las perspectivas globales y el transcurso de la integración global, por lo tanto, están interrelacionadas de forma inseparable.[16]

Por razones heurísticas, no obstante, resulta útil mantener separados el punto de vista y el proceso. A fin de cuentas, la perspectiva es mucho más nueva que el proceso; la historia global es un paradigma de creación muy reciente, mientras que los procesos que estudia se extienden muy atrás en el pasado. Como las dos cronologías no se corresponden limpiamente, es útil separarlas con fines analíticos. Además, se trata de un campo aún en formación. Por esta causa, los historiadores que se planteen escribir historia global deben ser conscientes de los problemas metodológicos propios, y los capítulos que siguen harán hincapié en esta cuestión. Incluso si partimos de suponer que «ahí fuera» existe un proceso, resulta esencial sopesar las dificultades metodológicas de

desvelarlo, así como las consecuencias de nuestras decisiones.

Promesas y límites

No es probable que la tendencia a estudiar la historia global se ralentice en el futuro más inmediato. Ya nos ha ayudado a efectuar algunos cambios notables en el trabajo histórico. Un indicador claro al respecto es el hecho de que las principales revistas de historia, tales como la *American Historical Review* y *Past & Present*, cada vez publican más artículos de este nuevo campo. Ya no es tan solo un nicho o una subdisciplina, sino que se ha convertido en una corriente central, extendida tanto a la investigación como a la enseñanza. Las revistas especializadas, las series de libros y los congresos han creado foros en los que se anima a los expertos a compartir ideas y debatir sobre las nuevas investigaciones. Estos foros no existen simplemente en paralelo al resto de la disciplina; no son algo exótico. Mientras que la «historia universal» —la historia global de los decenios precedentes— era ante todo una ocupación de historiadores ya consolidados y por lo general mayores, hoy hasta las tesis doctorales se rigen a veces por el afán global. El enfoque también ha influido en la enseñanza, en seminarios especializados e incluso en currículos enteros de licenciaturas. También es interesante observar que los debates sobre esta perspectiva han tenido eco en ámbitos de lo más diversos. Los historiadores ambientales y económicos están igual de interesados en el contexto histórico global que los

historiadores sociales y culturales. De hecho, todos los aspectos de la investigación histórica pueden someterse a una perspectiva global.

A la luz del carácter interconectado del mundo de nuestros días, resulta difícil imaginar que la tendencia se vaya a invertir. Al mismo tiempo, no obstante, aún quedan muchos obstáculos que superar. Desde el punto de vista institucional, crear espacio para el nuevo enfoque podría ser un proceso arduo. Incluso en la Europa occidental y en Estados Unidos, no cabe dar por sentado que la disciplina de la historia, dominada abrumadoramente por la historia nacional, será receptiva a los proyectos de intención histórica global. E incluso allí donde las perspectivas globales han pasado a gozar del apoyo general, se encuentran compitiendo con otros enfoques en la búsqueda de fondos económicos y de espacios en la facultad. Un nuevo contrato para que un profesor imparta historia global tal vez represente sacrificar una posición dedicada a la historia medieval o cualquier otro campo de gran tradición relacionado con la historia nacional. La historia global tiene su coste.[17]

El ascenso de las perspectivas globales es, indiscutiblemente, un cambio de gran importancia, que nos ayuda a alejarnos de una mirada sobre la realidad que era parcial en exceso. Ahora que se ha puesto en duda la relevancia de los límites territoriales, la historia se ha vuelto más compleja. Vistos desde la actualidad, algunos estudios de hace unos años pueden parecernos hoy como una transmisión de un partido de fútbol que solo mostrase a uno de los dos equipos, por no hablar de otros factores tales como el público, las condiciones meteorológicas o la posición en la liga. La

historia global, en cambio, abre un mayor ángulo de visión para contemplar procesos que, durante mucho tiempo, si no han sido indetectables para los sistemas de conocimiento del mundo académico, al menos eran tildados de irrelevantes.

En varios sentidos importantes, por lo tanto, se trata de un cambio positivo, incluso liberador en algún ámbito. Pero como dice el aforismo, nada se puede ganar sin perder nada. Enfocar la historia desde una perspectiva global no es una panacea ni un pase libre. No todos los proyectos de investigación necesitan esa perspectiva; hay temas en los que el contexto global no es el más relevante. No todo está enlazado y conectado con todo. Sería un error, ciertamente, entender que la historia global es ahora la única forma válida de hacer historia; ni en lo que atañe a la perspectiva historiográfica ni por el alcance y la densidad de los entrelazamientos que analiza. En cualquier situación dada intervienen una diversidad de fuerzas, y *a priori* los procesos más importantes no son los transfronterizos, menos aún los globales. Muchos fenómenos seguirán estudiándose en contextos concretos, delimitados con precisión. Igualmente, no debemos caer en la actual obsesión por la movilidad y perder de vista a los actuantes históricos que no se integraron en redes extensas. Dicho esto, aun así, sería difícil volver atrás y renunciar a los campos abiertos por el giro global.

CAPÍTULO 2.
BREVE HISTORIA DEL PENSAMIENTO GLOBAL

En nuestros días, la retórica de la globalización resuena con fuerza e insistencia, pero no es la primera vez que se ha pensado sobre qué lugar ocupamos en el mundo. Antes bien, desde que se ha dejado constancia de la historia, el ser humano se ha situado en contextos mayores, cada vez más amplios. Como es lógico, el alcance de esos «mundos» ha ido variando según fuera la intensidad de las conexiones y la frecuencia de los tratos transfronterizos. Pero imaginar el mundo nunca fue un producto automático de la integración global; siempre fue también el resultado de una perspectiva y un deseo particulares: una forma de crear un mundo. Para evaluar mejor las peculiaridades de los conceptos actuales de lo global, por lo tanto, es útil comprender cómo las nociones del mundo han ido cambiando a lo largo del tiempo. Según veremos, todas las grandes civilizaciones compartieron el afán por ubicar la propia sociedad en el seno de la totalidad mayor. La conciencia de la globalidad, ya genuina, empezó a formarse en determinadas regiones de Eurasia en el período de la Edad Moderna; en la era de la hegemonía europea surgió un relato común sobre el progreso material y la evolución nacional.

Historiografía ecuménica

Escribir la historia del mundo es, en cierto sentido, tan antiguo como la historiografía misma. Los historiadores más conocidos —de Heródoto y Polibio a Sima Qian, Rashid al-Din e Ibn Jaldún— escribieron todos ellos la historia de su ecúmene respectiva a la vez que tomaban en consideración el «mundo» que la rodeaba. Describir y explorar el mundo no era un fin en sí mismo, en estos estudios. Antes bien, la inquietud principal era celebrar la esencia de la propia sociedad o ecúmene, cuya identidad cultural única se daba por sentada —la identidad, y también la superioridad cultural—. Así pues, el «mundo» empezó siendo ante todo las tierras situadas más allá de los límites, tierras muy distintas, que contrastaban por su barbarie. Así, por ejemplo, en las crónicas egipcias del Imperio Antiguo y Medio (h. 2137-1781 a. C.), se hacía referencia a todos los pueblos que no eran egipcios como los «enemigos viles», incluso cuando imperaba la paz o se habían suscrito acuerdos con ellos. Egipto se equiparaba al mundo del orden racional; en cambio, más allá de sus fronteras solo había «extraños totales con los que sería inconcebible trabar ninguna relación».[1]

Otro ejemplo posterior son los nueve volúmenes de las *Historias* de Heródoto, que describen la batalla de los griegos contra los persas como un enfrentamiento entre Occidente y Oriente, entre la libertad y el despotismo.[2] La famosa dialéctica de Heródoto entre la civilización y la barbarie

interpretó un papel constituyente en la historiografía de los siglos posteriores; también se puede identificar en las obras de muchos cronistas árabes y chinos.

La forma en la que se percibe el mundo existente fuera de una sociedad en particular no puede reducirse, sin embargo, a una mera estrategia de insistencia en la otredad ajena. Incluso en la obra de Heródoto (h. 484-424 a. C.) —un autor que afirmaba haber viajado por Mesopotamia, Fenicia y Egipto— y en los escritos de Sima Qian (h. 145-90 a. C.) hay pruebas de una evolución hacia la descripción etnográfica de otros pueblos y costumbres. Los pueblos con los que tanto griegos como chinos, respectivamente, trabaron lazos estrechos en política y economía se convirtieron así en objetos de un interés que se caracterizaba por algo más que el simple deseo de reforzar la convicción de que había una frontera. En las zonas fronterizas no hubo tan solo conflictos y animosidad, sino también encuentros e intercambios. Los ejemplos de este interés por los fenómenos híbridos y el intercambio cultural abundan. Desde Bagdad, Abu al-Hasan Ali al-Mas'udi (h. 895-956) describió el mundo que conocía en un libro con el florido título de *Las praderas de oro*, en el que no solo dio razón de las sociedades islámicas, sino también de las regiones del océano Índico conectadas por las relaciones comerciales preislámicas, que llegaban hasta la India y, en el extremo opuesto, Galicia. Al igual que en el caso de Heródoto, su obra también fue el resultado de viajes prolongados que lo llevaron a muchas zonas del mundo islámico, a la India y Ceilán, al África oriental y a Egipto, y probablemente también a Indonesia y China.[3]

El punto de vista etnográfico no era un fin en sí mismo,

sino que a menudo se alineaba también con los intereses del poder. Por ejemplo, cuando Sima Qian describió los grupos nómadas ajenos a la civilización china, de fondo estaba la posibilidad de una expansión adicional de su país.[4] En última instancia, los «mundos» respectivos —por lo general limitados a las regiones y los territorios adyacentes— se comprendían desde la perspectiva de la propia cultura. Por supuesto, había historiadores que afirmaban su voluntad de describir a las sociedades desde su interior, sin exagerar su exotismo por el medio de enumerar todas sus costumbres extrañas. Había que explicar las instituciones extranjeras según la función que desempeñaban, según su propia lógica interna. Sin embargo, lo habitual era que la valoración y la categorización moral de los otros grupos no salieran de los parámetros de la propia cultura.[5]

Estos paradigmas fueron característicos de la mayoría de las tradiciones historiográficas, por todo el mundo. Por descontado, hubo variaciones notables, tanto dentro de cada región como entre unas y otras. En Europa, la historiografía griega se asemeja poco a la historiografía cristiana posterior, cuyo relato giraba en torno de la Divina Providencia. En la zona no musulmana del sur de Asia, donde el género específicamente historiográfico no cobró vida hasta el período colonial, los modelos de historia universal fueron casi inexistentes; lo mismo cabe afirmar de África. En cambio, algunas incursiones destacadas en la historia del mundo arraigaron en la tradición musulmana: por lo general, ligadas al ascenso del islam, que se consideraba la única religión provista de una misión universal. Junto con Al-Mas'udi, ya mencionado, y Rashid al-Din (1247-1318) —que se dirigía

explícitamente a lectores mongoles y chinos, y no solo a un público árabe, y escribió de forma detallada sobre la India y China, además de sobre el mundo islámico—, debemos recordar aquí a Ibn Jaldún. Jaldún (1332-1406), y sobre todo su gran obra, *Muqaddima* o *Prolegómenos* (pues en realidad son solo los prolegómenos a su historia de la humanidad), son considerados como el origen del estudio histórico islámico basado en explicaciones causales.

Así pues, las perspectivas y tradiciones historiográficas sobre el mundo diferían mucho unas de otras. Ello no obstante, había semejanzas de calado que pasaban por encima de tales diferencias. En todos los casos, por lo general el «mundo» se construía desde la perspectiva de la propia ecúmene. Esto significa, ante todo, que el pasado —y esto incluye el pasado de otros pueblos y grupos— se valoraba y juzgaba partiendo de los criterios del canon de valores políticos y morales de la propia sociedad del historiador. Este mundo, pues, no era la totalidad planetaria que imaginamos hoy, sino que «se refería tan solo al mundo que importaba». [6]

En consecuencia, era habitual que las narraciones se formulasen teniendo en mente un objetivo particular: la evolución de la humanidad hacia un «reino de Dios» cristiano, la creación de una Dar al-Islam (literalmente, «Casa del Islam», capaz de dar cabida a todos los territorios sometidos a gobernantes musulmanes), o la inclusión final de los bárbaros nómadas y analfabetos en la civilización confuciana de China.[7]

Los principios básicos de la historiografía ecuménica se mantuvieron en gran medida estables hasta el siglo XIX. Esto no significa, aun así, que nada cambiase. En algunas fases, en particular cuando se intensificaba la relación transregional y transcontinental, hubo un incremento paralelo en la conciencia de la existencia de otros mundos, el interés por otras culturas y el deseo de comprender la propia sociedad en un contexto más amplio. Varias obras, generadas en lugares diversos a partir del siglo XVI, respondieron a esta demanda.

Un ejemplo es la integración de las dos Américas, desde el siglo XVI, en circuitos más amplios (y en proceso de expansión) de comercio y conocimiento. Esta interacción transcontinental, que puso las Américas en contacto con África, Europa, el Próximo Oriente y el este y el sudeste asiáticos, representó un desafío cognitivo y cultural; en el marco de este desafío, precisamente, la historia de escala mundial fue emergiendo poco a poco como alternativa a las formas de historiografía dinástica.[8]

En muchos lugares empezaron a surgir modelos de historia universal. Ya en 1580 se escribió en Estambul una *Historia de las Indias occidentales* (*Tarih-i Hin-i garbi*), en un intento de comprender la inesperada ampliación de los horizontes y responder al dilema cosmológico que representaba el descubrimiento del Nuevo Mundo. «Desde que el profeta Adán cobró vida y puso el pie en nuestro mundo, hasta nuestros días —escribió el cronista anónimo—, jamás había ocurrido o sucedido cosa tan extraña ni de admirar.»[9] En

México, Enrico Martínez (Heinrich Martin, originario de Hamburgo, que antes había pasado muchos años en la zona de los países bálticos) escribió una versión explícitamente americana de la historia del mundo. Creía, por ejemplo, que las Américas habían sido pobladas por gentes venidas de Asia, porque los grupos indígenas le recordaban a la población nativa de Curlandia. El cronista de Estambul y Enrico Martínez crearon sus historias universales de forma casi sincrónica, lo que atestigua el impacto que el viaje de Colón tuvo sobre la conciencia mundial de la época. Ello no obstante, sus textos eran radicalmente distintos y su forma estaba marcada por la visión del mundo de sus respectivas comunidades. El proceso histórico mundial —el descubrimiento europeo de las Américas— supuso un desafío crucial, pero aun así las respuestas que recibió el acontecimiento no dejaron de ser, en muchos sentidos, inconmensurables.

Estos dos autores no estaban solos, desde luego, en su nueva conciencia planetaria. Otros ejemplos fueron los del historiador otomano Mustafa Ali (1541-1600), cuya obra *Künh ül-Ahbâr* (*La esencia de la historia*) situaba al imperio otomano en lo que el autor consideraba el mundo relevante, pero también incluía estudios extensos de los imperios mongoles y los tres imperios contemporáneos a su juicio más importantes: el uzbeco, el de los safávidas en Persia y la dinastía mogola de la India; Domingo Chimalpahin (1579-h. 1650), que insertó su historia de México, escrita en náhuatl, en un amplio panorama de todo el mundo (que incluía, además de Europa, China y Japón, los mongoles y Moscú, Persia y partes de África); Giovanni Battista Ramusio (1485-1557), en Italia, y

Marcin Bielski (1495-1575), en Polonia, que fueron capaces de escribir una especie de historia universal «de salón», compilada a partir de la cada vez más frecuente llegada de noticias sobre hechos ocurridos fuera de Europa; y Tahir Muhammad, en la India mogola, cuyos escritos, de principios del siglo XVII, se ocupaban de lugares como Ceilán, Pegu (Birmania) y Aceh (en Indonesia), e incluso del reino de Portugal.[10]

Muchas obras de este período fueron escritas por historiadores aficionados, sin empleos oficiales, por lo cual han recibido una atención limitada. Sin embargo, ponen de manifiesto que antes incluso de finales del siglo XVIII ya surgieron modelos de historia universal, y no solo en Europa, desde luego. Tendían a ser de naturaleza acumulativa, más que centrarse en las conexiones e interacciones; pero ya no se escribían primordialmente con el propósito de construir la diferencia (por mucho que, en general, sí juzgaban el pasado ajeno a partir de sus propios estándares de valores). Estas perspectivas históricas universalistas partían de múltiples tradiciones históricas y genealogías, y sus inquietudes, así como sus conceptos del «mundo», diferían entre sí. «La globalización ibérica —ha escrito Serge Gruzinski— dio origen por doquier a puntos de vista que, aun siendo irreconciliables entre sí, eran complementarios en su empeño por comprender el carácter global del mundo.»[11]

A lo largo del tiempo, a medida que las redes comerciales y las estructuras imperiales seguían expandiéndose, emergieron panoramas de la historia universal cada vez más detallados y de mayor complejidad empírica. Su objetivo era describir con la mayor precisión y completitud posibles todas aquellas

sociedades de las que se sabía algo. Uno de los ejemplos mejor conocidos es la ingente *Historia universal* publicada en Londres entre 1736 y 1765, que se tradujo a cuatro lenguas más. En lo esencial era una compilación colosal (sesenta y cinco volúmenes) estructurada por simple yuxtaposición. Su objetivo era hacer la crónica del pasado y el presente de tantas sociedades como se pudiera, presentándolas una al lado de otra. La obra se basaba en el gran número de relaciones de viajes de las que se podía disponer en la Europa del siglo XVIII.[12] En la segunda parte de esta *Historia universal*, que cubría el período posterior a la Edad Media, cerca de la mitad del texto se dedicaba al pasado europeo, otra cuarta parte a Japón y China, y el resto se repartía entre el sudeste asiático, el Perú, México y los reinos del Congo y Angola. Dado el carácter enciclopédico del conjunto, no obstante, se trataba más de una obra de referencia que de una obra que se fuera a leer por placer; para Edward Gibbon era tan solo «una amalgama sin gracia […] no avivada siquiera por una chispa de filosofía o de gusto».[13]

El género de la historia mundial y universal prosperó con especial vigor en la Europa de en torno a 1800. Estos textos aspiraban a informar sobre todas las regiones del mundo, creando cuadros de las instituciones y los procesos de transformación sociales, que juntos equivaldrían a «historias de la humanidad» a gran escala. Entre ellos figuran obras de Voltaire (1694-1778) y Edward Gibbon (1737-1794), cuya *Decadencia y caída del Imperio Romano* se ocupaba de todo el continente euroasiático hasta el ascenso de los imperios mongoles y la toma de Constantinopla por los turcos.[14] Como centro temprano de escritura de historia universal

destacó la universidad de Gotinga, en la que autores como Johann Christoph Gatterer (1727-1799) ofrecieron panoramas generales de la historia humana. En su conjunto, estas historias comparadas siguieron ligadas al concepto de «civilizaciones» distintas, y se escribieron desde la perspectiva europea (o, como seguía siendo el caso de Gatterer, del relato bíblico).[15]

Historia mundial en la era de la hegemonía occidental

A lo largo del siglo XIX, se produjo en muchas partes del mundo un cambio crucial en la forma de percibir el pasado. Fue la era de la hegemonía europea (y muy pronto, también norteamericana), y el estudio histórico fue homogeneizando sus relatos y empezando a respetar estándares metodológicos uniformes. La historiografía convencional ha visto este proceso, en lo esencial, como el resultado —y el triunfo— de la occidentalización: como la difusión de un enfoque de la historia ilustrado y racional, enfoque que se entendía como un avance en comparación con los modos del pasado, atados a los mitos y la religión. En muchos sentidos, esta lectura se ha reproducido y ampliado en el contexto de los recientes estudios poscoloniales, aunque haciendo hincapié en otros puntos. Así, la difusión de la erudición histórica europea moderna ya no se interpreta como una contribución a la modernización del pensamiento histórico, sino más bien como una imposición de valores culturales y una

manifestación de hegemonía imperial. En lo esencial, sin embargo, los practicantes de los estudios poscoloniales han seguido adscritos al concepto de la difusión de una idea europea.[16]

Y, en efecto, no les falta cierta razón. El orden mundial dominado por Europa obligó al resto del mundo a tratar con cosmologías y formas europeas de interpretar el pasado Los historiadores seguían cada vez más el ejemplo de relatos históricos marcados por el ascendiente decimonónico del orden mundial liberal, y se basaban por un lado en la nación, como fuerza impulsora de la historia, y por el otro en un concepto general de «modernización». La historia europea se presentó como un proceso de transformación universal y se la describió como vara de medir, como modelo. También fueron clave la traducción de obras de historiadores europeos como François Guizot y Henry Buckle, el positivismo de Auguste Comte y el darwinismo social al estilo de Herbert Spencer. Cuando, por ejemplo, Bartolomé Mitre, presidente de Argentina en la década de 1860, escribió la historia del camino que había recorrido el país hacia la independencia, se inspiró en los principios popularizados por la historia global ilustrada de corte positivista —ciencia y progreso, secularización y libertades liberales—, que parecían encajar con naturalidad con la *Machtpolitik* imperante en el sistema de Estados internacional y el régimen de libre comercio.[17] La exportación institucional de la erudición histórica europea —con la fundación de facultades de la disciplina, asociaciones de historiadores, revistas y manuales de historia— también contribuyó a que el análisis histórico se estandarizara.[18]

Y aun así, sería simplificar en exceso sugerir que todo ello

fue el fruto, tan solo, de la diseminación de la historiografía europea por otras partes del mundo. A fin de cuentas, la moderna comprensión de la historia también era novedosa, y resultaba extraña, en la propia Europa. Centrar el foco en la nación, concebir el tiempo basándolo en el ideal de progreso, desarrollar un método que hacía hincapié en la evaluación crítica de las fuentes y situar los fenómenos en un contexto global supuso igualmente, todo ello, un desafío mental para muchos europeos. Salta a la vista con especial claridad en la nueva concepción del tiempo, que en Europa, como en el resto del mundo, representó una ruptura profunda. Cuando la erudición histórica académica se consolidó, desbancó otros modos de apropiarse del pasado.[19]

Por otro lado, la versión estándar de los orígenes de Europa y la expansión mundial de lo europeo también requiere un desarrollo y, hasta cierto punto, corrección, cuando se contempla desde una perspectiva de historia global. Es así por dos razones. En primer lugar, porque los historiadores siempre se han basado, al menos en parte, en sus propias tradiciones y recursos culturales, incluso cuando adoptaban lo nuevo. En Japón, por ejemplo, a finales del siglo XVIII emergió una historiografía que se hacía llamar a sí misma «escuela nacional» (*kokugaku*) y aspiraba a liberar la erudición del predominio de la influencia cultural china. En su afán por preservar, frente a la importación de la cultura y la religión chinas, una supuesta antigüedad japonesa aún «pura», emprendió una meticulosa labor de crítica textual.[20] Al mismo tiempo, en China, surgió la «escuela crítica» (*kaozhengxue*). Este movimiento erudito defendía evaluar filológicamente los documentos preservados para poder

establecer los hechos y, donde fuera necesario, desvelar las falsificaciones.[21] Estos ejemplos ponen de manifiesto que los hitos de la historiografía moderna que por lo general se suelen asociar con el nombre de Leopold von Ranke —tales como centrar la atención en la historia nacional y la evaluación crítica de las fuentes— no necesariamente llegaron como la inoportuna intrusión de influencias culturales extranjeras.

En segundo lugar, lo que es aún más importante: las interpretaciones de la historia respondían a las variaciones en el equilibrio del poder geopolítico. «Sería un desacierto identificar la difusión desde Occidente como la causa única del génesis de la historiografía académica en cuanto fenómeno mundial», según ha defendido Dominic Sachsenmaier. «Muchos de los rasgos característicos de la historiografía académica —como la presencia clara de concepciones del mundo eurocéntricas— deben entenderse no como frutos de la mera exportación de una tradición europea supuestamente prístina, sino también como el resultado de la expansión del continente y de las numerosas y complejas transformaciones sociopolíticas que de ello se derivaron.»[22]

En otras palabras, escribir historia mundial, en todas partes, exhibió la huella de la geopolítica; muy en particular, de la integración del mundo bajo la hegemonía europea. Así sucedió también en la propia Europa, por mucho que los contemporáneos apenas se dieran cuenta de que su historiografía se transformaba por el efecto de cambios globales. Por descontado, esto no quita que el proceso resultara más obvio fuera de Europa y Norteamérica. Hasta

el mismo punto en que otras sociedades quedaron sometidas a un orden global dominado por la Europa occidental (y más adelante, Estados Unidos), esas sociedades modificaron también sus propios relatos históricos para que hicieran la crónica de sus propios Estado nacional y progreso. Pero el concepto evolutivo del tiempo, la compartimentación de la realidad histórica de acuerdo con los criterios del Estado-nación, y la unidad del mundo, no fueron ante todo el fruto de procesos de traducción y de transferencia intelectual; antes bien ocurrió que, a tenor de la integración global derivada de las estructuras imperiales y los mercados en expansión, muchos coetáneos consideraron que estos puntos de partida eran la base más obvia y natural de la historiografía. La ascendencia de los estudios históricos modernos, por lo tanto, fue obra de muchos autores repartidos por el mundo, que respondían a sus propios —y diversos— intereses y necesidades. El saber histórico cambió como forma de respuesta a un mundo cada vez más integrado.[23]

La característica central de la mayoría de las historias mundiales del siglo XIX y principios del XX —su concepción eurocéntrica del espacio y el tiempo— debe entenderse, por lo tanto, como el resultado de jerarquías globales y de estructuras geopolíticas asimétricas. La metanarración, estructurada como una jerarquía de estadios teleológicamente dirigida hacia Europa, se contó de formas muy distintas. Hubo los diez estadios del desarrollo filosófico y científico, de Condorcet; la «historia conjetural» escocesa, con su modelo de evolución cultural y estadios del desarrollo; y las conferencias de Hegel sobre la historia de la filosofía, en las que la historia de las sociedades no europeas quedaba

reducida a una «prehistoria», como en su tristemente famosa metáfora de África como «la tierra de la infancia».[24] En el transcurso del siglo siguiente, también aparecen en la historiografía no europea interpretaciones de la historia mundial basadas en el paradigma del progreso. Entre los autores más famosos de esta línea figuran Liang Qichao (1902) en China, Fukuzawa Yukichi (1869) en Japón y Jawaharlal Nehru (1934) en la India. Sus obras son representativas de un amplio espectro de estudios de historia mundial y dan fe de la emergencia de formas análogas de conciencia global, aunque con diferencias locales, en varias partes del mundo.

En la práctica, aún más importante que las descripciones exhaustivas de todas las regiones del mundo fue la función de la historia mundial como metanarración. En muchos países, una versión estilizada de la historia mundial sirvió como vara de medir con la que se podía evaluar el desarrollo de todas y cada una de las naciones. El progreso se explicaba, por lo general, por factores endógenos, e igualmente, su ausencia también se atribuía a obstáculos y restricciones internas. Aun así, incluso cuando los historiadores tan solo se ocupaban de los asuntos propios de la historia nacional, tendían a hacerlo siendo conscientes de los modelos globales. Ziya Gökalp, por ejemplo, describió la transición del Estado otomano al turco como manifestación de procesos universales.

Por lo tanto, y en contra de lo que se hace a menudo, que a finales del siglo XIX y principios del XX se estableciera una historia mundial de concepción universal no debería explicarse como el mero resultado de transferencias intelectuales originadas en Europa.[25] Incluso cuando los

historiadores y teóricos sociales de fuera de Europa recurrieron a representaciones netamente eurocéntricas basadas en las categorías del pensamiento ilustrado, estos relatos no eran una simple copia, sino que a menudo estaban en armonía con los intereses reformistas de sus autores y con su propia perspectiva sobre las realidades del cambio global. En su mayoría, los historiadores aceptaban que debían centrar la atención en Europa, porque en aquel momento dado era allí donde se hallaban las sociedades materialmente más avanzadas; pero esto era una circunstancia que podía cambiar en el futuro. Así pues, empleaban un concepto de civilización que, desde luego, se entendía como universal, pero no como un *a priori* ligado a Europa.[26]

Dadas las asimetrías del poder, el relato eurocéntrico fue el hegemónico durante mucho tiempo. Ahora bien, no por ello fue una posibilidad única, sin alternativas, o dejó de ser objeto de críticas. Liang Qichao, por ejemplo, protestó por el hecho de que «muy a menudo, la historia de la raza aria [se nos] presenta erróneamente como una "historia mundial"».[27] De hecho, ya en el siglo XIX se formularon objeciones básicas cuya argumentación, en parte, ha seguido gozando de influencia hasta nuestros días. La crítica se puede organizar en dos líneas principales, que denominaremos el «método de los sistemas» y el «concepto de civilización».

La primera de estas líneas críticas bebe de Karl Marx. Por descontado, el materialismo histórico también se basaba en estadios de desarrollo y, por lo tanto, también exhibía huellas del eurocentrismo de la época. Sin embargo, el enfoque del materialismo marxista hacía más hincapié que muchos otros en los entrelazamientos y las interacciones —esto es, en las

condiciones sistémicas— del desarrollo social a escala global. El *Manifiesto comunista* de 1848, escrito en colaboración con Friedrich Engels, lo formula en pocas palabras:

> La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita [… que] destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra […] Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones.[28][*]

La posterior historiografía mundial ha partido de estas ideas; en particular, la escuela de la teoría de los sistemas-mundo, pero también formas de oposición, como las de la historiografía escrita «desde abajo», además de los «estudios subalternos».

El segundo enfoque, basado en el concepto de civilización, adquirió popularidad en el mundo árabe e islámico, y en el Asia oriental, en la década de 1880. Hace hincapié, de forma central, en la diferencia cultural y la idea de que las tradiciones distintas no podían englobarse bajo el mismo paradigma de progreso, con su concepto lineal del tiempo. Entre sus primeros defensores estuvieron Okakura Tenshin (1862-1913) en Japón y Rabindranath Tagore (1861-1941) en Bengala, que basaron su modo de comprender la historia —tal que reconocía la alteridad— en la dicotomía entre un Occidente materialista y un Oriente espiritual.[29]

La obra de Johann Gottfried Herder (1744-1803) influyó en algunos de los autores que abrazaron el concepto de civilización. En sus cuatro volúmenes de *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791) defendía que las

diversas culturas del mundo eran individuales y únicas, y corrían el peligro, a su entender, de resultar destruidas por efecto de la expansión europea. Los textos de Herder fueron una fuente de inspiración notable para los intelectuales de muchos lugares, aunque de nuevo hay que precisar que el atractivo global del concepto de civilización no fue un mero legado herderiano.[30] También respondía a los movimientos sísmicos que se estaban produciendo en el orden mundial a finales del siglo XIX, cuando compartimentar el planeta en civilizaciones discretas se antojaba cada vez más plausible frente al telón de fondo del imperialismo, la doctrina racial y los programas de los movimientos pannacionalistas.[31] Esta idea de una pluralidad de «culturas» que se resistían a ser clasificadas como «avanzadas» o «atrasadas» se tornó más popular tras la primera guerra mundial; en particular, se daba ya en la crítica del *fin de siècle* europeo a la civilización, y con posterioridad a 1918, con el aplauso general a *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler.[32]

Historia mundial después de 1945

El paradigma de la civilización perduró hasta la segunda mitad del siglo XX, y cobró fuerzas renovadas con los diez volúmenes del *Estudio de la historia*, de Arnold Toynbee. Los primeros libros vieron la luz en la década de 1930, pero el auténtico impacto de la obra no se percibió hasta después de la segunda guerra mundial. Toynbee dividió el mundo en veintiuna civilizaciones, caracterizada cada una de ellas por

rasgos culturales específicos, y sobre todo por rasgos religiosos; y dotada también cada una de ellas de una lógica interna propia que explicaría su ascenso y su caída. Tras la devastación causada por la segunda guerra mundial, este punto de vista, que ponía en cuestión el relato universal del progreso, sintonizó con muchos lectores de todo el mundo. Pero aunque su monumental obra tuvo un gran eco entre el público en general, entre los historiadores Toynbee no pasó de la marginalidad.[33]

De hecho, hasta la última década del siglo XX, en la mayoría de países la historia universal mantuvo un estatus incierto dentro de la disciplina.[34] No es de extrañar, puesto que en muchas partes del mundo, el período de posguerra lo fue también de construcción nacional. En especial, en muchas de las antiguas colonias acabadas de independizar se consideró que el objetivo primordial consistía en redactar una historia nacional. Dado el equilibrio del poder político, los historiadores de esas naciones usaron el pasado europeo como vara de medir la historia de sus propios países, a la cual sobreimpusieron un relato de desarrollo modelado a partir del occidental. Con ello creció, en particular, el dominio de la historiografía anglófona. En este contexto, pasó a ser un punto de referencia especialmente influyente una obra sustanciosa de William McNeill, titulada no en vano *The Rise of the West*: «El ascenso de Occidente». El libro es representativo de la hegemonía de una macroperspectiva resueltamente eurocéntrica; en él, el mundo moderno se describe como el producto de las tradiciones occidentales, un logro europeo *sui generis*, que se exportó a otras regiones del mundo cuando estaba en la cima de su gloria. Este punto de

vista expresa con claridad la dicotomía entre países «desarrollados» y «subdesarrollados» que imperó en el período posterior a la descolonización.[35]

Sin embargo, para que emergiera una tradición de historia mundial, lo más relevante no fueron ni la idea de las mónadas de la civilización, de Toynbee, ni la teoría de la modernización implícita en la apoteosis de Europa en McNeill, sino las obras marxistas y las influidas por el materialismo histórico. En especial desde 1945, los enfoques marxistas ejercieron una influencia crucial; no solo en la Unión Soviética y otros países del bloque del Este, sino también en América Latina, Francia, Italia, la India y Japón. En la Unión Soviética y China, más en especial, después de que los comunistas llegaran al poder la historia mundial se institucionalizó y adquirió un papel mucho más notorio que en Occidente. Se crearon departamentos de historia mundial en muchas universidades. En China, cerca de un tercio de todos los historiadores universitarios trabajaban en institutos especializados en la historia mundial: una cifra inconcebible para la Europa o los Estados Unidos de la época. Sin lugar a dudas, la historia mundial de China era de un tipo singular y abarcaba un espectro mucho menos amplio que las de Toynbee o McNeill. Muchos historiadores marxistas se centraron en la historia de un solo país, enmarcada en la referencia de un modelo marxista universal de desarrollo histórico. En la Unión Soviética, Stalin encargó la canónica *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolcheviques): Curso breve*, que proponía una serie de estadios relativamente rígida. Por lo general, los expertos procedían de forma deductiva, buscando pruebas de esos modelos universales de

desarrollo, que se habían establecido en abstracto. La función de la investigación empírica era hacer que la realidad encajara con el apriorismo teórico.[36]

En la década de 1970 surgió, como reacción frente a esta forma de lo que podría calificarse de «historia mundial en un país» (por parafrasear a Lenin), la teoría de los sistemas-mundo. La obra inacabada de Immanuel Wallerstein, cuyo primer volumen se publicó en 1974, obtuvo una respuesta inmediata y entusiasta en muchos lugares. Se centraba en procesos sistémicos que invitaban a los historiadores a comprender el pasado en un contexto sustantivamente global, y no solo sobre la base de una lógica abstracta del desarrollo (véase el capítulo 3).[37]

Aunque la interpretación eurocéntrica de la historia mundial era predominante —incluso el enfoque de Wallerstein daba por supuesto un centro claro, pues partiría de que todas las naciones y regiones se iban incorporando gradualmente al sistema-mundo europeo—, siempre halló cierta contestación. La fragmentación interna y pluralización de la erudición histórica interpretó un papel destacado en la aparición de perspectivas críticas. Enfoques como el de la historia de las mentalidades, de *Annales*; las diversas formas de «microhistoria» e «historia desde abajo», los estudios de mujeres o de género, así como el «giro lingüístico», socavaron el relato macrohistórico y pusieron en cuestión las premisas eurocéntricas.[38] Al mismo tiempo, los estudios de área cobraban cada vez más importancia. Mientras los historiadores mundiales se basaban en la investigación, empíricamente abundante, de los historiadores con especialización regional, los estudios de área, con su interés

en las trayectorias y dinámicas regionales, también funcionaron hasta cierto punto como un correctivo a la hagiografía del «ascenso de Occidente».[39]

No tuvieron menos importancia las críticas surgidas desde un punto de vista enfáticamente no occidental, que ponían en cuestión, directamente, la metanarración eurocéntrica de la historia mundial. Entre ellas estaban las posturas «poscoloniales» adoptadas de forma temprana en el período de la inmediata posguerra —a veces, de modos muy distintos entre sí— por autores como Frantz Fanon, Aimé Césaire y Léopold Senghor. Sus obras contenían lo que, en ciertos sentidos, representaba una crítica fundamental a las premisas y los valores que subyacían a la misión civilizadora occidental, con su creencia en las vías de desarrollo universales. El impacto de estos modos de concebir la historia, y otros similares, creció por efecto de la conferencia que numerosos países no alineados celebraron en Bandung en 1955, de los movimientos de protesta antiimperialista de la era de la descolonización, y las protestas globales de 1968.[40] Dentro de los círculos académicos, aún fue mayor la influencia de la teoría de la dependencia. Este modelo fue desarrollado primero por científicos sociales que trabajaban en América Latina y escribían sobre esta región. Al igual que la obra de los primeros autores poscoloniales, la teoría de la dependencia también poseía una faceta política, en la que criticaba las medidas desarrollistas de Estados Unidos en el sur del continente. Su aportación teórica fue concebir la pobreza y el «atraso» no como el resultado de tradiciones locales no modernas, que aún no se habían visto afectadas por la dinámica de la economía global, sino, al contrario,

precisamente a consecuencia de la integración de esas tradiciones en las estructuras del capitalismo global.[41]

Desde la década de 1980, los historiadores que trabajaban en el campo de los estudios subalternos han desafiado con decisión las premisas eurocéntricas. Como ha ocurrido en otros muchos enfoques, este grupo también es un buen ejemplo de la producción transnacional del conocimiento. Los estudios subalternos se originaron en la India, inicialmente con la intención de escribir historia desde la perspectiva de las clases marginadas («subalternas»). Era una especie de «historia desde abajo», de talante crítico, que surgió en condiciones sociales específicas en los años posteriores al estado de emergencia declarado por Indira Gandhi. Por lo tanto, el campo de estudio tenía raíces locales, pero también partía de una serie diversa de modelos internacionales, de Gramsci y Foucault hasta Said y Derrida. El programa de investigación de los autores de los estudios subalternos no tardó en atraer la atención más allá del ámbito de la historia del sudeste asiático. Hubo representantes destacados del movimiento que disfrutaron de carreras de éxito en universidades del mundo anglófono; no obstante, aquel siguió asociándose a la India. En buena parte, la fuerza de la crítica que dirigió al eurocentrismo puede atribuirse al hecho mismo de que se originara fuera de Occidente.[42]

Hacia finales del siglo XX, pues, la escritura de la historia mundial se había vuelto muy diversa, aunque en la mayoría de países no había salido de los márgenes de la disciplina. La interpretación del pasado global en la que dominaba el ascenso de Europa seguía interpretando un papel muy destacado, pero la crítica a los relatos eurocéntricos era cada

vez más intensa, y a la postre esa crítica pasó a ocupar una posición más central que la de tan solo un siglo antes.[43]

Esta evolución de la historia mundial, en suma, pone de manifiesto que el interés actual por los procesos que trascienden fronteras y culturas no es en realidad nada nuevo, ni en Europa ni en muchas otras regiones. Hacía ya mucho tiempo que los historiadores practicaban escribir el mundo, o, para ser más precisos, *su* mundo. En efecto, como ya habrá quedado claro tras el breve recorrido de este capítulo, el «mundo» en discusión no siempre era el mismo, en ningún modo. La definición variaba en correspondencia con la perspectiva y con lo que los historiadores y sus coetáneos ansiaban hallar y demostrar. También se veía afectada por modelos de interacción e intercambio, así como por la extensión de la interconexión global. Las historias universales del siglo XVIII se basaban en experiencias que diferían de las que habían generado las historias mundiales ecuménicas de la Antigüedad; también diferían del concepto del mundo característico hacia 1900, marcado por la idea de la misión civilizadora; e igualmente de los debates suscitados por la globalización en nuestros días. Y aún debemos dar tanta importancia a las diferencias regionales como a las temporales. Pese a que existían áreas de solapamiento, el mundo de Liang Qichao no era igual al de su coetáneo alemán Karl Lamprecht. La historia global, por lo tanto, era —y sigue siendo— una perspectiva particular, y esto significa que su forma responde a las condiciones del tiempo y del lugar en el que surge.

Esta conclusión —que los modos de relacionarse con el mundo, y de hecho la propia noción de «mundo», tienen una

historia— es importante y nos debe servir asimismo de advertencia. No debemos pensar que las premisas con las que pensamos hoy sobre el proceso de globalización serán intemporales. La historia global de nuestros días difiere de sus precursoras en varios puntos destacados. Los más fundamentales son el hincapié en los entrelazamientos y la integración, y la determinación de ir más allá de nociones anteriores tales como los conceptos de las civilizaciones discretas, la difusión europea y las narraciones teleológicas.

CAPÍTULO 3.
ENFOQUES EN COMPETENCIA

El interés de nuestros días por la historia global no es radicalmente nuevo. En varios campos —tales como la historia del imperialismo y el colonialismo, la historia de la movilidad y las migraciones, algunas áreas de la historia intelectual y, en fechas más recientes, la historia del medio ambiente—, hace tiempo que los historiadores empezaron a traspasar fronteras y poner en cuestión la compartimentación imperante del pasado. Los historiadores globales de la actualidad están en deuda con esos precedentes. Aunque no son herederos directos de tradiciones anteriores de escritura de una historia mundial, sin embargo algunas de las preguntas que plantean son las mismas, y además recorren algunos caminos ya recorridos. También a este respecto, pues, sería desacertado arrogarse un carácter de novedad radical.

En el mercado académico, la historia global compite hoy con varios enfoques que también intentan explicar las dinámicas del mundo moderno. Entre una serie mayor de posibilidades, este capítulo presenta cinco enfoques que hoy conservan todavía una especial relevancia: el comparatismo,

la historia transnacional, la teoría de los sistemas-mundo, los estudios poscoloniales y el concepto de las modernidades múltiples. No todos ellos pertenecen en exclusiva a la disciplina de la historia; al mismo tiempo, no todos aspiran a explicar por entero dinámicas y procesos globales. Las secciones siguientes presentarán cada uno de estos enfoques y reflexionarán sobre hasta qué punto las perspectivas de la historia global pueden aprovechar sus ideas.

Antes de entrar en este debate, debe hacerse constar que, pese a los distintos matices que diferencian estos paradigmas, también comparten muchas cosas. No tan solo no son netamente distintos, sino que además se influyen mutuamente de varios modos. Más importante aún: comparten una voluntad general de ir más allá tanto de los puntos de vista estrictamente nacionales como de la hegemonía interpretativa de Occidente. También comparten el objetivo de explorar cuestiones históricas sin confinarlas *a priori* dentro de los límites de los Estados-nación, los imperios u otras entidades políticas. Esto las distingue de buena parte de la historia escrita durante los últimos 150 años, un período en el que la erudición histórica, en casi todas partes, ha estado muy estrechamente ligada al proyecto de construcción del Estado-nación. Cuando veamos los límites y rasgos específicos de cada uno de estos enfoques, por lo tanto, deberemos recordar que, en muchos puntos, sus programas e inquietudes se fusionan.

Historia comparada

En la prolongada historia del pensamiento histórico mundial, el comparatismo posee una tradición venerable, que oscila desde las antiguas perspectivas ecuménicas (que comparaban la propia civilización con la barbarie de los pueblos vecinos) hasta la yuxtaposición de macrorregiones que ha caracterizado en buena parte la historia mundial del siglo XX. La sociología histórica —como la de Max Weber, con su búsqueda de los orígenes del capitalismo moderno, y los análisis a gran escala de la estatalidad, las revoluciones y el cambio social, que estuvieron de moda en el apogeo de la teoría de la modernización— ha sido particularmente dada a usar el enfoque comparado. En años recientes, no obstante, el método ha recibido ataques de una bibliografía que celebra los flujos y las conexiones y se ha ido volviendo escéptica ante la rigidez del lenguaje de las ciencias sociales. En algunos ámbitos, la historia global se ha introducido como antídoto frente a los marcos comparativos. Sin embargo, en los últimos años la historia comparada también ha dado un giro hacia la globalidad y, de hecho, no hay ninguna contradicción intrínseca entre los dos enfoques.

Para empezar, es útil recordar que ningún historiador puede proceder sin comparaciones. Prácticamente toda interpretación y evaluación histórica depende de una valoración comparativa de alguna clase. Toda referencia al cambio (o al estancamiento), a las especificidades o a características peculiares descansa en los conceptos de diferencia frente a períodos anteriores, otros grupos sociales u otras sociedades. Buena parte de la terminología empleada por los historiadores —piénsese en conceptos tales como

desarrollo y revolución— depende de un contraste de imágenes, períodos y acontecimientos. De hecho, resulta difícil imaginar siquiera una obra de interpretación histórica que pudiera prescindir por completo de toda lente comparativa.

Para los historiadores que buscan dar respuesta a algunas de las grandes cuestiones históricas planteadas a escala global, se diría que el marco comparativo es obligatorio: ¿por qué la revolución industrial se produjo primero en Inglaterra y no en China? ¿Por qué barcos españoles llegaron a América en 1492 y no al revés? Las sociedades indígenas de Australia y África, ¿modificaron las condiciones de su medio ambiente de un modo menos radical que los europeos? ¿Por qué el Japón Tokugawa fue capaz de impedir la deforestación masiva, cuando ninguna otra sociedad de la Edad Moderna se impuso esa tarea? Es imposible responder esta clase de preguntas sin emprender una labor comparativa sistemática.

Las ventajas del enfoque comparativo saltan a la vista. Nos lleva más allá de los casos específicos y con ello abre una conversación entre distintas trayectorias y experiencias históricas. Las comparaciones también obligan a los historiadores a formular preguntas claras y desarrollar estrategias de investigación orientadas a la resolución de problemas; requieren que los investigadores no se conformen con la narración puramente descriptiva y, de este modo, aseguran que los estudios históricos posean también rigor analítico. Por último, las comparaciones son idóneas para las situaciones en las que el intercambio y el contacto directo son mínimos, como resulta obvio cuando analizamos casos independientes a lo largo del tiempo. Por ejemplo, podemos

comparar el surgimiento de las primeras civilizaciones urbanas, desde Mesopotamia, en el tercer milenio a. C., pasando por Hieracómpolis en Egipto, Harappa y Mohenjo-Daro en el valle del Indo, hasta llegar a las primeras ciudades mayas, que florecieron aproximadamente dos mil años más tarde. Tal clase de estudio puede revelar muchas cosas sobre los factores que posibilitaron que surgieran conglomerados urbanos poderosos sobre la base de la división del trabajo y las nuevas jerarquías sociales.[1]

Las comparaciones, pues, pueden poseer un gran valor heurístico; pero también tienen sus limitaciones. Algunas son dificultades generales a las que se enfrentan todos los comparatistas. Por ejemplo, las comparaciones tienden a homogeneizar los objetos de estudio y pasan por alto diferencias internas. Cuando se yuxtaponen el arte chino y el holandés, la historiografía argentina y nigeriana, o la movilidad social en Rusia y México, la estructura del «experimento» tiende a arrasar con la heterogeneidad interior de cada caso.

Cuando se recurre a las comparaciones como medio para escribir historia mundial, dos problemas destacan en especial. En primer lugar, está el espectro de la teleología. Las comparaciones usan una vara de medir común y calibran los casos individuales de acuerdo con un estándar, incluso cuando el estándar no se define de forma explícita. Con frecuencia, el desarrollo de uno de los casos parece ser menos impresionante, y se emplea una retórica de la «ausencia» para describir varios ejemplos de atraso, de situaciones de «todavía no». En segundo lugar, la comparación —en especial en el marco sociológico, cuando se encarna en la «comparación

sistemática»—, tiende típicamente a sufrir de lo que podríamos denominar la «ficción de la autonomía». Así, dos casos se tratan como si fueran distintos y en lo esencial no hubiera relación entre ellos, porque demasiado contacto por fuerza complicaría (o, en la jerga de las ciencias sociales, «contaminaría») las conclusiones que cabe extraer. Así pues, muchas macrocomparaciones han partido de la premisa de que sus objetos se han desarrollado con relativa independencia mutua.[2]

Estas dos características —la teleología y la ficción de la autonomía— generan, entre otras cosas, las narraciones de unicidad que durante tanto tiempo han poblado nuestros libros de historia. Sociedades enteras —muy en especial Alemania, Rusia y Japón— parecen haberse apartado de lo que sería una trayectoria estándar y seguido un camino aberrante, un *Sonderweg*. En la otra cara de la misma moneda se hallan las narraciones de excepcionalidad, como en el caso de Estados Unidos. En el estudio de la historia mundial, el caso que más atracción ha generado ha sido el supuesto «milagro europeo», una vía singular de acceso de Europa a la modernidad.

Importa tener en mente que estos relatos de unicidad son el fruto, en parte, del enfoque comparativo en sí. Como hace hincapié en un cambio social derivado ante todo de factores internos, antes que fruto de la interacción y el intercambio, la comparación tiende a crear y reproducir historias sobre la particularidad de las diversas naciones o civilizaciones. A la postre, acaba ocurriendo lo mismo en los estudios revisionistas que se dirigen de manera explícita contra el paradigma eurocéntrico y las interpretaciones

excepcionalistas. En la medida en que comparan casos más o menos independientes, se vuelve más difícil explicar las semejanzas y tales estudios acaban admirándose de los «extraños paralelos» que descubren.[3]

Se han hecho varias propuestas con la intención de corregir estas deficiencias. Los candidatos mencionados con más frecuencia son las historias sobre transferencias (*transfer histories*), entrelazamientos (*entangled histories*) y conexiones (*connected histories*).[4] Todas estas historias hacen hincapié en las conexiones e intercambios, en el ir y venir de las gentes, las ideas y las cosas a través de las fronteras. Es evidente que las historias sobre transferencias y las comparaciones no se excluyen entre sí. La mayoría de los temas comparte al menos cierto grado de interconexión. Por otro lado, también puede resultar ilustrativo comparar diversas formas de transferencia: ¿por qué el fútbol viajó hasta Argentina y Ghana, pero no a la India y Estados Unidos? ¿Por qué algunos grupos de nativos americanos adoptaron el cristianismo más prontamente que otros? ¿Por qué se han reconocido algunos frutos de la interacción pero se ha negado la existencia de otros, como por ejemplo la deuda que la Europa medieval mantenía con la ciencia islámica?

Los estudios comparativos se han beneficiado de los retos que han planteado las historias de transferencias y conexiones y, como resultado de ello, se han vuelto más dinámicos y se han orientado más hacia los procesos. Pese a todo, las historias sobre transferencias siguen atadas a la idea de que hay entidades preexistentes y, con ello, chocan al menos en parte con las mismas dificultades. La limitación crucial que comparten tanto la historia comparada como los estudios de

la transferencia es que siguen una lógica bilateral; es decir, se fijan en las semejanzas o las diferencias, así como en las conexiones, entre dos casos. Este marco resulta insuficiente. La crisis económica de 1929, por ejemplo, tuvo consecuencias en numerosos negocios de todo el mundo, aun cuando no hubiera lazos directos entre ellos; en estas circunstancias, sin duda sería limitado interesarse por las transferencias y las interacciones directas. En última instancia, cabe ubicar precisamente en su estructura binaria las deficiencias metodológicas de ambos enfoques, la historia comparada y la de transferencias y conexiones.

En el campo de la historia global, por lo tanto, es cada vez más raro que se establezcan comparaciones sin conexiones y contextos más amplios. Ha habido una obra influyente que ha intentado fundir las historia comparada y de transferencias, un estudio de Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*. En lo esencial, la obra plantea una comparación del desarrollo económico experimentado en Inglaterra y en el Delta del Yangtsé. Pero Pomeranz añade dos complejidades de importancia al marco dicotómico. Por un lado, procura evitar la cuestión de la normatividad y la teleología recurriendo a un «método comparado recíproco», por el que Inglaterra se usa como vara de medir aplicada a China, pero también a la inversa. La intención no es tan solo investigar por qué la región de Shanghái no se desarrolló del mismo modo que la de Lancashire, sino también «sopesar la posibilidad de que Europa podría haber sido una China».[5] Por otro lado, Pomeranz va más allá de la comparación «sistemática» al enfatizar los diversos modos en los que Inglaterra y el Delta del Yangtsé se conectaban con el mundo

exterior. Tras analizar la serie de factores internos que se suele manejar para explicar por qué Gran Bretaña despegó y China se estancó, el autor llega a la conclusión de que la diferencia clave fue el *hinterland* imperial de Gran Bretaña, junto con el acceso a los mercados norteamericanos. El desarrollo económico inglés solo se puede explicar, a juicio de Pomeranz, dentro de un contexto global. «A la hora de explicar por qué el núcleo de la Europa occidental, que por lo demás resultaba muy poco excepcional, logró hitos únicos y acabó siendo el centro privilegiado de la nueva economía mundial del siglo XIX, ocupan un lugar central fuerzas situadas fuera del mercado y coyunturas que van más allá de Europa.»[6]

Para los historiadores globales, las macrocomparaciones no tienen por qué dejar de ser una herramienta útil. En un mundo de flujos e intercambio, algunas preguntas necesitan un punto de vista comparativo. Los viejos días de la comparación rígida y «sistemática», sin embargo, quizá se hayan terminado. Cada vez es más habitual que las comparaciones no se limiten a un marco binario, sino que tomen en consideración el mundo más amplio que engloba —y a menudo, estructura— su objeto de estudio. En la comparatística tradicional, la perspectiva global no era sino una construcción de los historiadores, que no se basaba en vínculos e interacciones concretas; es decir, no iba más allá del ojo del observador. Ahora esto ha empezado a cambiar. Los historiadores comparatistas cada vez más toman la historia global como punto de partida y desarrollan la investigación ante un trasfondo de contextos globales. De hecho, algunas de las obras más fascinantes del campo

reciente de la historia global optan por la lente comparativa, aunque con una diferencia. En lugar de tomar dos unidades —dos países, dos ciudades, dos movimientos sociales— como entidades dadas y separadas, las sitúan como si se tocaran formando un ángulo recto, dentro de contextos sistémicos con los que los dos se relacionan y a los que responden de modo distinto. Al situar a los dos en una situación global común, las comparaciones en sí pasan a formar parte del enfoque histórico global.[7]

Historia transnacional

Si muchos estudios comparativos de mirada global se dan a gran escala y abarcan civilizaciones e imperios enteros, la historia transnacional se centra en fenómenos de geografía mucho más limitada. En contraste con el marco comparativo, el «transnacional» se centra en las dimensiones fluidas y entretejidas del proceso histórico, estudia las sociedades en el contexto de los entrelazamientos que les han dado forma y a los que, a su vez, ellas han contribuido. ¿Hasta qué punto los procesos que iban más allá de las fronteras estatales tuvieron efecto en las dinámicas sociales? Al ocuparse de estos temas, la historia transnacional presta una atención particular a la función de la movilidad, la circulación y las transferencias. Pese a la proximidad de los conceptos, lo transnacional difiere de lo internacional en el hecho de que no solo explora las relaciones exteriores de un país (por ejemplo la diplomacia o el comercio exterior), sino que también examina hasta qué

punto las fuerzas externas han penetrado en las sociedades o han contribuido a darles forma. Asimismo hay un interés específico por las organizaciones transnacionales —ONG, compañías, esferas públicas transnacionales— que no se limitan a los actuantes estatales ni están restringidas a las fronteras del estado. Los estudios transnacionales exploran de qué maneras un país se ha situado en el mundo, y a la inversa: de qué maneras el mundo ha producido efectos profundos en las distintas sociedades.[8]

Con esta definición, la historia transnacional no es necesariamente nueva, sino que enlaza con una larga tradición de obras que han tratado de determinar los flujos e intercambios que iban más allá de las fronteras nacionales. Sin embargo, estos enfoques no se arracimaron, y el término «transnacional» no se consolidó, hasta la década de 1990, cuando la retórica de la globalización parecía socavar el poder del Estado-nación y los historiadores empezaron a buscar modos de trascender el nacionalismo metodológico de las ciencias sociales. Desde entonces, cabe observar que las perspectivas transnacionales se han incrementado en buena parte del mundo, con estudios que, por ejemplo, abarcan el océano Índico o el Atlántico, que se centran en regiones fronterizas permeables de los Andes o la Europa oriental. Aunque la historia de la propia nación sigue siendo la forma privilegiada de la historiografía en casi todo el mundo, esta transformación atestigua que ha crecido la demanda de visiones espaciales alternativas. Los programas de investigación transnacional están en el orden del día en muchos países, a veces con el objetivo implícito de evitar el vocabulario de una historia global que se percibe como

excesivamente grande, si no incluso presuntuosa.

No obstante, hay una relación de proximidad entre las perspectivas global y transnacional. Comparten el objetivo de trascender el pensamiento organizado en «contenedores» y la compartimentación de la realidad histórica, y ambos intentan ir más allá de lo que, en lo esencial, son análisis endógenos. Como rasgo específico del enfoque transnacional, se reconoce que los Estados-nación han interpretado un papel muy poderoso en buena parte del mundo durante los dos últimos siglos. Esto ha ayudado a hacer que las historias nacionales sean más dinámicas y presten más atención a las complejidades del proceso histórico. Muchos de los estudios de este campo no pretenden abandonar por entero la historia nacional, sino más bien ampliarla y, con ello, «transnacionalizarla».

Así, el influyente *A Nation among Nations*, de Thomas Bender, es un intento de concebir de nuevo —sobre todo, situar en un marco nuevo— la historia moderna de Estados Unidos. Nos servirá como ejemplo útil para poner de manifiesto tanto las ventajas como los límites del enfoque transnacional. La obra —de la que se ha proclamado, en tono triunfante, que marca «el fin de la historia de Estados Unidos según la hemos conocido»— se abre con la idea de que «las historias nacionales forman parte de las historias globales; toda nación es una provincia entre las provincias que constituyen el mundo».[9] De acuerdo con esto, Bender sitúa cinco episodios principales de la historia norteamericana —la historia colonial, la revolución estadounidense, la guerra civil, el imperio y el Estado del bienestar— en las corrientes más generales, transnacionales y globales, de la época. En su

reinterpretación de la revolución, por ejemplo, Bender demuestra hasta qué punto tanto la rivalidad británico-francesa como la revolución de Haití influyeron en los hechos de la América colonial. Más allá del Atlántico Norte, Bender vincula la revolución con otras rebeliones de finales del siglo XVIII, y por lo tanto relaciona la lucha por la independencia con acontecimientos similares de Perú y El Cairo, de Brasil y Bengala. El capítulo sobre la esclavitud acierta al sacar la cuestión fuera del marco de la guerra civil y mostrar hasta qué punto lo que a menudo se considera una problemática exclusiva de Estados Unidos en realidad formaba parte de un movimiento abolicionista con ramificaciones en todo el mundo.

El libro de Bender es muy eficaz a la hora de desestabilizar las narraciones convencionales, centradas en el desarrollo interior. Deja atrás el excepcionalismo, pues la «nación no puede ser su propio contexto histórico».[10] Pone de manifiesto que lo que los historiadores anteriores habían interpretado a menudo como desviaciones frente a la trayectoria nacional —como, por ejemplo, el imperio a partir de 1898— fue en cambio una parte integrante de transformaciones globales más generales. Así, *A Nation among Nations* comparte con muchas obras recientes del grupo transnacional el objetivo de llegar a historias del Estado-nación más matizadas, entrelazadas con más plenitud. El estudio cumple con lo prometido en el título y, primordialmente, se interesa por entender mejor el pasado nacional. El fin declarado de Bender es «establecer un nuevo marco para la historia de Estados Unidos», así como comprender mejor «los temas centrales de la historia

estadounidense».[11]

En algunos aspectos, por descontado, esto significa aferrarse a la misma entidad que el enfoque pretende trascender. Es una tensión inherente al propio término de historia *trans-nacional*. Si se lo toma literalmente, parecería implicar que este enfoque histórico no se puede aplicar a la Edad Moderna, cuando aún no se habían formado los Estados-nación. «Debo confesar —admite C. A. Bayly— que "transnacional" me parece un término restrictivo para la clase de trabajo que me interesa. Antes de 1850, gran parte del mundo no estaba dominada por naciones, sino por imperios, ciudades-estado, diásporas, etcétera.»[12] Con posterioridad a 1850, el concepto también funciona mejor para la mayoría de las sociedades occidentales que para otras muchas partes del mundo. Para hacerlo menos normativo, algunos autores han sugerido formulaciones alternativas tales como «transregional» o «translocal».[13]

Más importante, en el nivel metodológico, es el hecho de que, con relativa frecuencia, el enfoque transnacional solo dedica gestos a lo global, sin afrontar de cara todos sus desafíos. Bender, por ejemplo, se basa ante todo en comparaciones de amplio espectro y hace hincapié en los paralelos, complementándolo con pasajes que hacen más énfasis en la interacción y las conexiones; las estructuras globales mayores, en cambio, figuran primordialmente como telón de fondo y se vinculan de un modo menos explícito con los cambios vividos dentro de Estados Unidos. Es un rasgo característico de muchas de las obras del paradigma transnacional, en el que lo global sirve sobre todo como un fondo ante el que situar lo nacional, y no tanto como un

contexto en el que abordar sistemáticamente cuestiones de causa y efecto.

Teoría de los sistemas-mundo

Si los enfoques comparativo y transnacional eligen como punto de partida naciones y casos individuales, la teoría de los sistemas-mundo parte de premisas contrarias: que las unidades primarias del análisis histórico son los «sistemas» y bloques regionales mayores, y que todas las entidades menores derivan de estas estructuras mayores. En las décadas de 1970 y 1980, la historia del sistema-mundo se erigió en la alternativa macrohistórica más importante a la teoría de la modernización, en cuanto marco en el que reflexionar sobre el cambio a escala global. Los historiadores de esta tradición —en la estela de la obra de Immanuel Wallerstein, que en la actualidad consta de cuatro volúmenes— han puesto de manifiesto la naturaleza sistémica del sistema estatal internacional y el orden económico capitalista. El modelo de Wallerstein —deudor de los trabajos de autores como Karl Polanyi y Fernand Braudel— representó un nuevo paradigma en el análisis histórico mundial. Si en algunos aspectos se adhería a la lógica centrífuga de la historia de la expansión europea, también intentaba alejarse de ella al hacer énfasis en los procesos sistémicos.

A menudo, el concepto del sistema-mundo no se ha comprendido bien. En primer lugar, Wallerstein distingue entre dos formas distintas de sistema-mundo: las economías-

mundo y los imperios-mundo. Los imperios-mundo aspiran a integrar políticamente territorios extensos, mientras que las economías-mundo se basan en la integración de los mercados. Sin embargo, a pesar del nombre, la «economía-mundo» no tiene por qué ser necesariamente una estructura de mercado que abarque el planeta entero. El término describe ante todo una región más o menos autónoma que es capaz de satisfacer internamente la mayor parte de sus necesidades materiales. Se caracteriza por la división del trabajo y un intercambio cuantioso de productos que se da dentro de una región geográfica extensa y a través de sus fronteras políticas interiores. Históricamente, por lo tanto, es frecuente que hayan coexistido varias economías-mundo. Braudel, por ejemplo, habla de economías-mundo específicas en los casos de Rusia (al menos, antes de Pedro el Grande), el imperio otomano, el sudeste asiático precontemporáneo y China.[14]

En este paradigma, el sistema comercial centrado en Europa fue, durante mucho tiempo, tan solo uno entre muchos. La importancia exagerada que adquirió la economía-mundo europea se explica por la circunstancia de que dio origen a la actual economía globalizada. Tras hacer su aparición en el siglo XVI, el sistema-mundo europeo fue incorporando de modo sucesivo otras regiones para formar un nexo interdependiente de núcleo, periferia y semiperiferia. A medida que se ampliaba, el núcleo de este sistema-mundo europeo también se desplazaba: de España, pasando por Portugal y Holanda, a Francia y, desde el siglo XIX, Inglaterra primero, y luego Estados Unidos. Progresivamente, otras regiones —primero Europa oriental y América Latina,

posteriormente África y las diversas regiones de Asia— se fueron añadiendo al sistema-mundo europeo.[15] Entre los partidarios de este enfoque se ha debatido mucho sobre hasta qué época del pasado cabe hacer remontar los orígenes del sistema-mundo capitalista; las sugerencias oscilan desde el siglo XVI o el siglo XIII hasta muchísimo antes: el tercer milenio a. C.[16]

Desde la perspectiva de las concepciones actuales de la historia global, la teoría de los sistemas-mundo tiene varios inconvenientes. Hay que mencionar, ante todo, tres críticas. La primera y principal es que los estudios basados en este método, a menudo, despliegan una forma de reduccionismo económico que los puede dotar de una apariencia unidimensional. En el ámbito económico propiamente dicho, el paradigma tiende a pasar por alto el dinamismo y la capacidad de mutación del capitalismo, perceptible por ejemplo en el hecho de que la primacía del capital mercantil dejara paso a la del capital industrial. El concepto de capitalismo sobre el cual la teoría se basa (definido como una «acumulación sin fin de capital»)[17] es tan general que, con frecuencia, los detalles históricos específicos se quedan en la cuneta. Es más grave, no obstante, que se considere que otros factores de la integración suprarregional y global —el gobierno político, la dinámica social, las cosmologías y las interpretaciones culturales— son menos relevantes; en última instancia, incluso factores secundarios. De resultas de ello, se presta una atención demasiado escasa al punto hasta el cual la integración de los mercados fue, en sí misma, producto de una distribución asimétrica del poder.

En segundo lugar, puede dar la impresión de que tanto

Wallerstein como otros historiadores de su escuela, en lo esencial, presuponían de entrada el contexto de los sistemas, antes que describirlo de hecho sobre la base de ejemplos del mundo real (y no digamos ya, antes que demostrar su existencia). De este modo, incrustar los cambios locales en contextos globales puede parecer poco relevante o hasta dogmático.[18] Y en tercer lugar, el enfoque de los sistemas-mundo aún no ha dejado atrás cierto componente de eurocentrismo. Ello resulta paradójico, en cierto sentido: a fin de cuentas, en la línea del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, este y no otro era el sentido de la teoría de los sistemas-mundo: evitar la trampa de explicar el ascenso de Europa de manera endógena, desde dentro. Aunque el enfoque sistémico buscara este fin, el resultado fue la integración sucesiva del mundo en el sistema-mundo europeo. A veces da la impresión de que Wallerstein ha proyectado hacia atrás, hasta el siglo XVI, el dominio económico de Europa (y Estados Unidos) en el siglo XX.[19]

Así pues, aunque el enfoque tiene sus límites, en particular en sus variantes más dogmáticas y menos empíricas, hay ideas importantes de la teoría de los sistemas-mundo que ejercieron una gran influencia y la siguen ejerciendo en la actualidad. Así sucede, para empezar, con la decisión de no aceptar *a priori* las entidades políticas como límites del análisis, sino trazar desde ahí el alcance real de los entrelazamientos y las interconexiones. Este volverse en contra del nacionalismo metodológico de la historiografía convencional supone también no dar por sentada la existencia de entidades tales como los Estados-nación y las sociedades; antes bien, se interpreta su misma génesis como un fruto de procesos

globales y de las dinámicas de la economía mundial.

En segundo lugar, el concepto de la «incorporación» progresiva a un contexto dominado por Europa ha demostrado ser útil para comprender las dinámicas del mundo moderno. Ciertamente, la terminología puede parecer rígida y estar en poca sintonía con la complejidad de las diversas situaciones históricas específicas; por otro lado, el concepto de «incorporación» quizá delate un sesgo eurocéntrico. Aun así, a la hora de explorar una de las cuestiones cruciales del desarrollo global —la aparición de estructuras de hegemonía que no se definen tan solo por la conquista política—, la obra de Wallerstein proporciona ideas relevantes. En tercer lugar, más en general, subraya la importancia de un concepto de cambio estructurado en un macronivel. No todos los historiadores querrán adoptar el lenguaje de los sistemas, en el cual hay elementos individuales diferenciados, basados en la división del trabajo, que en la relación de unos con otros se describen como todos unificados. Pero sea cual sea la terminología, sin alguna noción de interdependencia de las formas estructuradas —económica, pero también política y cultural— resulta difícil explicar la lógica del cambio relacionado, pero al mismo tiempo diferenciado, que ha dado forma al mundo durante los últimos siglos. Esta clase de enfoque promete liberarse de la posible referencia superficial a la circulación y los «flujos», y enlazar de nuevo el análisis con las condiciones materiales. Además, nos recuerda que, sin un escrutinio más detallado, no debemos dar por hecho que el desarrollo social posee una dinámica interna propia y autónoma.

No es de extrañar, por lo tanto, que este enfoque siga

siendo una herramienta destacada para muchos historiadores que se interesan por la dimensión global del pasado.[20] En algunos campos —la historia de la esclavitud, por ejemplo— el impacto del pensamiento según sistemas-mundo ha sido especialmente fuerte. Los estudios más recientes adoptan un concepto de mercado que difiere de la noción, algo estática, de Wallerstein, incluyen dinámicas sociales y culturales y, sobre todo, hacen hincapié en la relevancia de los emplazamientos locales y los actuantes subalternos en el cambio social. Así, algunas perspectivas más recientes de los sistemas-mundo (cada vez es más habitual que se ponga en duda la noción de una «teoría unificada») generan estudios mucho más sutiles y matizados, capaces de conectar de formas innovadoras lo local y los macroniveles.[21]

Más allá del enfoque de los sistemas-mundo, para muchas interpretaciones actuales de la historia global sigue siendo imprescindible, como herramienta, un marco de concepción laxamente marxista. Tales interpretaciones comparten con la perspectiva de los sistemas-mundo la convicción de que el estudio de los conflictos sociales no debería limitarse a tomar en consideración el funcionamiento interior de una sociedad individual, sino que necesita tener asimismo en cuenta constelaciones de poder más extensas, así como los modos en que estas generan cambios y les prestan energía. Los historiadores que recurren a este enfoque han descartado hace mucho los modelos más mecánicos de la base y la superestructura, al igual que los estadios teleológicos del desarrollo; en su lugar aspiran a comprender el capitalismo como una formación históricamente específica, que estructura —y a su vez, está constituida por— los

antagonismos sociales y las tendencias culturales. El impacto de la teoría marxista ha ido mucho más allá del reducido ámbito de la historia económica y ha sido asimismo crucial para construir argumentos complejos sobre el cambio cultural.[22]

Estudios poscoloniales

Mientras que las perspectivas de los sistemas-mundo suelen centrarse en el macronivel y los procesos de integración económica, desde la década de 1980 los estudios poscoloniales han contribuido de forma destacada a comprender mejor la complejidad de las interacciones producidas a través de las fronteras culturales. Este enfoque se erige sobre la premisa de que el mundo moderno se basa en un orden colonial que, en algunas regiones, se remonta varios siglos, hasta el siglo XVI, como resultado de la conquista europea de las Américas. La transformación colonial del mundo no solo afectó a los modos de dominación y de explotación económica, sino que también se reflejó en categorías del conocimiento, conceptos del pasado y visiones del futuro. En la estela de la obra trascendental *Orientalismo*, de Edward Said (1978), los estudiosos poscoloniales han prestado especial atención a los órdenes cognitivos y los regímenes del conocimiento que históricamente sostuvieron el proyecto colonial.[23]

Los estudios poscoloniales vinieron a dar una respuesta importante y productiva a muchas de las deficiencias de la

teoría de la modernización. Buena parte de las primeras obras de este enfoque, por estímulo del colectivo de los estudios subalternos, se centraron en el sur de Asia; pero el paradigma no tardó en aplicarse a otros lugares como América Latina y África. Los historiadores globales también pueden beneficiarse de sus aportaciones. Ciertamente, los estudiosos poscoloniales no han ofrecido grandes narraciones sobre la historia del mundo en su conjunto; antes al contrario, muchos recelan de las generalizaciones amplias y las metanarraciones que culminan en el Occidente moderno, y desconfían de una retórica de lo «global» que, a su entender, es un discurso imperialista de dominación. Desde este punto de vista, en efecto, lo que se denomina «global» no es en esencia sino un fruto del colonialismo y las incursiones imperialistas en los «mundos de la vida» locales.

No obstante, la crítica poscolonial del paradigma de la modernización nos ha proporcionado una abundancia de ideas fructíferas a la hora de comprender el pasado global. Vale la pena atender en particular a tres aspectos. En primer lugar, el enfoque poscolonial permite entender con más refinamiento la dinámica del intercambio transcultural. El énfasis en las complejidades de la agencia individual, los modos de apropiación localmente específicos, las modificaciones estratégicas y los mecanismos de hibridación puede actuar como correctivo notable de los modelos macrohistóricos de la historia mundial en los que las transferencias tienden a interpretarse en los términos más bien simplistas de la difusión y la adaptación. Como ingrediente crucial de esta clase de análisis está el hecho de reconocer que muchas de las categorías a las que recurrimos

para explicar el cambio histórico se han originado como respuesta al propio encuentro colonial. Verbigracia, los historiadores poscoloniales han demostrado que la construcción de la diferencia mediante categorías tales como la casta, la religión (por ejemplo, el islam frente al hinduismo) y la raza ha sido el fruto, en gran parte, de intervenciones y negociaciones realizadas en el contexto del colonialismo.[24]

En segundo lugar, los enfoques poscoloniales adoptan los entrelazamientos del mundo moderno como el punto de partida de su historiografía transnacional. No tratan las naciones y las civilizaciones como si fueran entidades históricas de existencia natural, sino que se interesan por los modos en los que entidades tales como «la India» o «Europa» se construyeron en el contexto de la circulación global. El resultado es un énfasis en la constitución relacional del mundo moderno. Es una clase de perspectiva opuesta a la historiografía mundial eurocéntrica basada en la idea de que la evolución euroestadounidense se produjo aislada del resto del mundo, por lo que es posible comprenderla puramente desde su interior. Los enfoques poscoloniales, por el contrario, intentan superar esta visión de túnel que explica endógenamente la historia de Europa.

Esto nos lleva, en tercer lugar, a la conciencia de que es necesario situar los procesos de integración global dentro de estructuras de poder desiguales (coloniales). Esta atención a la cuestión del poder representa la crítica más importante del poscolonialismo a la teoría de la modernización (y las variantes de la historia mundial que de esta se derivan). El carácter cada vez más interconectado del mundo moderno no puede separarse de las condiciones coloniales en las que esas

conexiones se formaron, y al hacerse hincapié en esto, se deja atrás la suposición de que la globalización es natural, una idea infundada, aunque se repita en muchas obras de historia económica. En esta bibliografía es, en efecto, habitual encontrar procesos anónimos de convergencia del mercado, ajuste de precios de las mercancías e integración suprarregional de los mercados de trabajo, que se describen casi como si fueran el fruto de leyes históricas no sometidas a más ley que a la «mano invisible» descrita por Adam Smith. En realidad, la integración de los mercados fue inseparable del puño —ciertamente visible— del imperialismo. Se basó en el trabajo forzado y el regido por contratos de servidumbre por deudas (*indentured service*), la extracción de materias primas, la «apertura» de mercados a la fuerza (como en América Latina y el Asia oriental) y el control financiero imperialista (como el impuesto al imperio otomano y a la China Qing). La que en muchos textos se presenta como una «globalización» autogenerada estuvo, de hecho, estructurada por el colonialismo.

Junto con la teoría de los sistemas-mundo, los estudios poscoloniales siguen siendo uno de los paradigmas más productivos a los que los historiadores globales pueden recurrir. Al mismo tiempo, no obstante, el enfoque global también debe entenderse como una respuesta al *impasse* en que han quedado atrapados los estudios poscoloniales. Desde la década de 1990 han sido objeto de crítica por varias razones. Dos dimensiones de esta crítica resultan especialmente pertinentes aquí, pues afectan a la utilidad de este enfoque para el análisis global.

La primera se refiere al concepto de cultura. Como los

estudios poscoloniales se originaron cuando en las humanidades se estaba viviendo el giro hacia la cultura, buena parte de sus obras se han centrado en temas de discurso y representación. Según cierta afirmación no poco enfática, el colonialismo era «antes que nada, una cuestión de conciencia» y se lo debía «derrotar, en última instancia, en el pensamiento».[25] En consecuencia, se ha acusado a los autores poscoloniales de privilegiar las explicaciones culturales a expensas de las estructuras económicas y políticas. Esto se relaciona con otro problema: el enfoque poscolonial no fue inmune a un nacionalismo latente, como pone de manifiesto el uso de nociones casi indigenistas de la «propia» cultura. En efecto, las críticas a la modernidad occidental suelen ir de la mano de intentos de rehabilitar experiencias alternativas y puntos de vista nativos. Aunque en su inmensa mayoría los historiadores poscoloniales se han centrado en el período contemporáneo, en ocasiones sus análisis se han visto guiados por una imagen idealizada del pasado precolonial y precontemporáneo. A este respecto, al criticar los esencialismos occidentales no siempre han sabido evitar caer ellos mismos en un esencialismo cultural propio.[26]

En segundo lugar, el paradigma de estudio se basa en un concepto de colonialismo tan general que no siempre resulta útil. Partir de la convicción de que el mundo se ha regido según modelos coloniales desde 1492 tiende a quitar importancia a las diferencias fundamentales entre las diversas formas de gobierno colonial, que van desde los imperios extractivos de la Edad Moderna hasta las estructuras complejas de constitución de imperios informales

características de nuestros días. Al aplicar un concepto homogéneo de colonialismo se corre el riesgo de anular las especificidades espaciales y temporales de las distintas formas de gobierno, las diferencias sociales y la diversidad de las dinámicas culturales. Además, hacer hincapié en el colonialismo moderno ha limitado la eficacia del enfoque cuando se trata de explicar la historia de partes del mundo que no fueron colonizadas por Europa o Estados Unidos. Por último, privilegiar la oposición entre colonizadores y colonizados como marco explicativo fundamental impone una lógica binaria que, pese a que arroja luz sobre numerosos aspectos, a la postre no deja de ser restrictiva. No permite explicar un mundo complejo en proceso de globalización.

Modernidades múltiples

Una de las características asombrosas de la teoría política de la década de 1990 fue el regreso —que se antojaba improbable— del concepto de *civilización*. En el siglo XIX y a principios del XX las narraciones asociadas a esta noción tuvieron un gran peso, pero desde los días de Buckle, Guizot, Nikolái Danilevski y, en un período más reciente, Spengler y Toynbee, el género había parecido moribundo. Es aún más llamativo, por lo tanto, que recobrara la vigencia hace un par de décadas. Tras extinguirse la ideología bipolar de la guerra fría, en muchos lugares se extendió la idea de que las civilizaciones eran las unidades naturales para reflexionar a fondo sobre la rápida transformación global y dar explicación

a los conflictos de un mundo que se globaliza. El término «civilización» ha adquirido especial popularidad fuera de Europa, por ejemplo en el mundo islámico y el Asia oriental. Para empezar, actúa como mediador entre las vidas individuales y los contextos locales. Además, a este atractivo se suma que el concepto facilita alejarse del eurocentrismo de buena parte de la historiografía, pues concede más importancia a las dinámicas políticas y culturales internas de cada civilización.[27]

La versión del discurso sobre la civilización que más impacto ha tenido entre los historiadores se basa en un concepto conocido por un sintagma práctico y memorable: las «modernidades múltiples». Una de sus versiones teóricamente más refinadas la formuló el sociólogo israelí Shmuel N. Eisenstadt. Eisenstadt parte de la teoría clásica de la modernización, pero con la voluntad de prescindir de la estructura teleológica. Con este objetivo en mente, insiste en la necesidad de reconocer la validez de múltiples modos de desarrollo histórico, de una diversidad de visiones del futuro y, por último, de la igualdad normativa fundamental de las diferentes trayectorias sociales y culturales. A partir del funcionalismo estructural del sociólogo estadounidense Talcott Parsons, Eisenstadt desarrolló un análisis transregional de modelos de integración y orden social, pero sin equiparar el proceso de modernización con el de la occidentalización. Con el fin de superar el eurocentrismo de la teoría tradicional de la modernización optó por pluralizar los caminos que llevaban a la modernidad.

El concepto de las modernidades múltiples pone en cuestión asimismo un segundo pilar de la teoría social

moderna: el axioma de la secularización. Los estudios sobre la pluralidad de vías de acceso a la modernización dieron paso a la idea de que la transformación social, de hecho, no conduce de un modo más o menos automático a un descenso en la militancia religiosa, según se postulaba en la teoría estándar de la modernización. Comprenderlo así permitió evaluar de nuevo el papel de la religión y el impacto a largo plazo de las tradiciones religiosas. No solo en Spengler y Toynbee, sino también en formulaciones más recientes, los expertos consideran que el concepto de la civilización está arraigado en la sociología de la religión.

El sintagma de las «modernidades múltiples» contiene una crítica explícita a la noción de que todas las sociedades en proceso de modernización siguen el programa cultural de la modernidad según se ha desarrollado en Europa. El concepto, bien al contrario, hace hincapié en la existencia continuada de mentalidades y configuraciones culturales que influyen sobre los procesos sociales transformativos que generan la modernidad. Según muchos autores, ni siquiera cuando ha habido un hundimiento de las autoridades tradicionales o «desencantamiento» con el sistema de valores tradicional esto ha bastado para poner fin a la variabilidad de los paradigmas culturales. «El concepto de "modernidades múltiples" implica varias consecuencias, y entre las más importantes figura la de que la modernidad y la occidentalización no son idénticas; los modelos occidentales de la modernización no son las únicas modernidades "genuinas", por mucho que […] sigan siendo un punto de referencia básico para otros.»[28]

Apartarse de la hegemonía de la modernidad occidental —

y de la premisa, compartida por la mayoría de los modelos de la teoría social desde el siglo XIX, según la cual las culturas son cada vez más homogéneas— representa un cambio crucial que ha sido adoptado por muchos autores en toda una diversidad de campos. Destacan ejemplos como el de Stanley Tambiah, experto en budismo, y Tu Wei-ming, experto en confucianismo, ambos de la Universidad de Harvard. Tu ha trabajado en el concepto de una modernidad china (confuciana), que rechaza la noción del individuo cerrado en sí mismo, sobre la que se basaba la teoría clásica de la modernización, y se centra en su lugar en los colectivos, la cohesión y las conexiones sociales. Sin embargo, no siempre queda claro hasta qué punto Tu se halla en una perspectiva analítica que estudia la influencia del confucianismo en el cambio social que China ha vivido hasta nuestros días, y hasta qué punto se trata de una posición política y normativa que invita a renovar el humanismo confuciano y pide que China interprete un papel de liderazgo en el futuro de Asia y el mundo en general.[29]

Para la perspectiva de una historia global, el programa antieurocéntrico de las modernidades múltiples —algunos autores hablan de «modernidades alternativas»— es un punto de referencia que hay que tener en cuenta.[30] Resultan de especial utilidad tanto su objetivo de comprender la transformación social y cultural como un proceso distinto de la occidentalización, como el énfasis que pone en la relación compleja de la transferencia y la difusión, por un lado, y por otro, el papel de las tradiciones internas. Los procesos de diferenciación estructural no provocaron resultados idénticos en todas partes. A este enfoque subyace el intento normativo

de liberar de conceptos tales como imitación (o copia y original) el análisis de las sociedades no occidentales; también la voluntad de reconocer, en principio, que existe igualdad entre una multitud de experiencias directas de la modernización.

Aunque por mor de la heurística, a tenor de lo visto, el concepto puede resultar útil, en cambio en un nivel teórico no es tan convincente. Hay que destacar tres objeciones. En primer lugar, el programa de las modernidades múltiples todavía es relativamente impreciso, y su argumentación se limita al ámbito de la cultura. Por lo tanto, no siempre está claro si las modernidades múltiples están constituidas por un espectro virtualmente infinito de modelos sociales que carecen de conexiones de calado con estructuras unificadoras. De ser así, se plantea la cuestión siguiente: ¿qué los convierte a todos en modernos? Más a menudo, el programa parece aspirar en última instancia a la idea de una modernidad *única*, definida con los parámetros sociológicos habituales de diferenciación funcional, racionalización y «desencantamiento», según toman cuerpo en la burocracia estatal y los mecanismos de mercado capitalistas. Ahora bien, si la meta es esta, deberíamos hablar más bien de variaciones sobre la modernidad, esto es: una sola modernidad con una diversidad de manifestaciones culturales.

En segundo lugar, muchos defensores del concepto identifican una dinámica de modernización específica de cada civilización, pero la consideran como una entidad en gran medida aislada en sí misma. La sociedad definida territorialmente (la sociedad nacional) queda pues sustituida por una civilización sellada de un modo más o menos

hermético, cuyo desarrollo se concibe como endógeno y dependiente de sus rasgos culturales distintivos. Casi nunca se pone en cuestión el carácter homogéneo de estas civilizaciones. Lo que es más, con frecuencia se considera que su sustancia cultural (y su dinámica institucional) es de tipo religioso, premisa que resulta particularmente problemática cuando se recurre a ella para explicar la continuidad social hasta el presente. Luego, al hacer hincapié en las diferencias culturales se corre el riesgo de caer en un culturalismo peligrosamente próximo a la esencialización: la convicción de que toda civilización posee una esencia cultural intemporal e inmutable, incompatible con cualquier otra.

En tercer lugar, y ya por último: a este modelo le corresponde, sin duda, el mérito de haber reconocido expresamente la autonomía cultural de varias partes del mundo, sin equiparar la modernidad con la difusión de las ideas e instituciones occidentales. Sin embargo, al defender que la civilización es una unidad de análisis discreta, definida por procesos autónomos de desarrollo cultural, se hace caso omiso de su larga historia de interacción. La historia de la Edad Contemporánea, por lo tanto, se lee como si constara de civilizaciones análogas y autopoiéticas, y se presta poca atención a su prolongada historia de entrelazamientos o a la integración sistémica del mundo. Reducir las historias de la transformación cultural —que son complejas y localmente específicas— a una prehistoria indígena de lo contemporáneo, por lo tanto, tiende a oscurecer las estructuras mayores y las asimetrías de poder que están en el origen del mundo moderno.[31]

CAPÍTULO 4.
LA HISTORIA GLOBAL COMO ENFOQUE ESPECÍFICO

La tendencia reciente a las perspectivas globales es un movimiento amplio. Como hemos visto en el capítulo anterior, toda una serie de enfoques contribuyen, cada uno a su manera, a que podamos comprender el pasado viéndolo desde fuera del marco del Estado-nación. Más allá de esta multiplicidad, sin embargo, y sobre la base de estos otros modos diversos de abordar el mundo, está emergiendo una historia global como enfoque diferenciado. En el presente capítulo describiré varios rasgos característicos que comparten muchas de las incursiones recientes en este campo. Si se contemplan en conjunto, forman el núcleo metodológico de la historia global en tanto que enfoque propio. Se hará especial hincapié en la noción de integración global, en las transformaciones estructuradas a un nivel global.

Con el fin de comprender mejor las características de la historia global, será útil enfrentarlas a un tipo ideal —sin lugar a dudas, un retrato demasiado simple— de la tradición anterior de la historia mundial. Ahora bien, no debemos perder de vista que esta yuxtaposición de la historia mundial

y la historia global es un mecanismo heurístico. Da a entender que existe una línea de separación clara entre los enfoques antiguos y los modernos y más refinados, cuando, en la práctica, muchos historiadores usan los dos términos como sinónimos.

El concepto de una historia mundial o universal tiene por sí mismo una historia que se remonta a varios siglos atrás. En nuestros días sigue siendo el nombre de una materia escolar estudiada en muchos países, que por lo general designa un relato que abarca el mundo entero o se centra en regiones geográficas relativamente extensas. Esta clase de historias mundiales se atienen a un macroprograma que, por lo general, aspira a una representación completa del pasado del mundo entero; o, según suele ocurrir en muchos países no occidentales, se ocupan del «resto del mundo», es decir, de todo lo sucedido fuera del propio país. También hay historias universales de temas concretos: del imperio, de la formación de los Estados o de los encuentros entre cortes, también del azúcar, del té, del algodón. En la mayoría de casos no solo se aborda la realidad de tales instituciones y productos en todo el planeta, sino también a lo largo del tiempo, en ocasiones abarcando incluso todo el período comprendido entre la Antigüedad y el presente.[1]

Las macroperspectivas de esta clase adoptan, como puntos de partida, comparaciones a gran escala de sociedades y, muy frecuentemente, de civilizaciones enteras. Las historias universales más antiguas, en su mayoría, no hacían caso omiso de las interacciones e intercambios entre estos enormes bloques constructivos; pero sí se centraban en las trayectorias diferentes de cada civilización, cuyas dinámicas se describían,

antes que nada, como generadas desde el interior. Estas historias paralelas se enlazaban luego por la creciente difusión que iba desde los centros del poder hacia la periferia. En el período contemporáneo, esta difusión adquirió por lo general una forma de transferencia de Occidente a «los otros». Así pues, durante mucho tiempo las historias mundiales han compartido un sesgo eurocéntrico, sesgo que el título del influyente libro de William McNeill *The Rise of the West* no se esforzaba en ocultar.[2]

Rasgos de la historia global

Las historias mundiales de hace unos años empleaban una metodología que combinaba la comparación de distintas civilizaciones con la búsqueda de vínculos entre ellas, de lazos cuya existencia se explicaba por medio de procesos de difusión. El pensamiento que subyacía a estas historias cruzaba divisorias teóricas e ideológicas —que iban desde la teoría de la modernización al marxismo y las narraciones de la civilización—, pero la mezcla de comparación y difusión era notablemente constante. En cambio, la palabra clave que se asocia de inmediato con el término «global» es «conexiones». Para transmitir toda la fluidez y volatilidad con la que se desarrollan las interacciones transfronterizas, se ha reunido todo un aluvión de términos relacionados: «intercambio» y «relaciones», «vínculos» y «entrelazamientos», «redes» y «flujos». En vez de basarse, con no poca insistencia, en las macrocomparaciones, las

historias globales han subido al trono a la movilidad.

Por ello la mayoría de las definiciones taquigráficas de la historia global se han limitado al feliz matrimonio de las comparaciones y las conexiones: se cogía lo mejor que podía ofrecer la historia mundial tradicional y se combinaba con una mayor atención a las dimensiones flexibles y fluidas del cambio histórico. Todo un hito de la historiografía, *El nacimiento del mundo moderno*, de C. A. Bayly, nos saluda desde la misma portada hablando de «conexiones y comparaciones globales», y el dogma de que «los recursos básicos de la historia global» son las conexiones y comparaciones se reitera en prácticamente todos los intentos de definir qué caracteriza en especial este enfoque.[3]

Y en efecto, el hincapié en las transferencias y las interacciones es un componente crucial de todos los intentos recientes de comprender el pasado global. La movilidad de los productos, la migración y los viajes de las gentes, las transferencias de ideas e instituciones: todos estos procesos son la materia que ha ayudado a producir el mundo globalizado en el que vivimos, y son los objetos de estudio principales de muchos historiadores globales. Como veremos más adelante, sin embargo, las conexiones por sí solas no bastan para explicar la originalidad del enfoque; es necesario incrustarlas en procesos de transformación estructural, y ello a escala global. Antes de llegar a este punto, esbozaré primero una serie de decisiones metodológicas que son rasgos recurrentes de la historia global de nuestros días, más allá del mero hincapié en las conexiones. Será una enumeración muy simplificada, porque la mayoría de las cuestiones las retomaré, ya con más extensión, en capítulos posteriores.

En primer lugar, los historiadores globales no se ocupan tan solo de las macroperspectivas. Muchos intentan situar dentro de los contextos más amplios, y potencialmente globales, fenómenos y asuntos históricos concretos. De acuerdo con esto, el surgimiento de la noción de «cultura» en la Bengala de la década de 1880 es un tema tan legítimo de un estudio de historia global como puede serlo una historia del mundo entero a lo largo de todo el siglo XIX.[4] En segundo lugar, las historias globales experimentan con conceptos espaciales alternativos. Es típico que no adopten como puntos de partida las unidades políticas o culturales: Estados-nación, imperios, civilizaciones. Antes bien, plantean dudas analíticas y van hasta donde les lleva la serie de preguntas: a través de la bahía de Bengala, a los puntos nodales de una red, a las diásporas étnicas y religiosas, etcétera.

Esto implica, en tercer lugar, que las historias globales establecen relaciones, les resulta inherente hacerlo así. Una unidad histórica —una civilización, una nación, una familia— no se desarrolla en aislamiento, solo se puede comprender por medio de su interacción con otras. De hecho, muchos grupos solo cuajaron en unidades de apariencia sólida como respuesta al intercambio y la circulación. Al prestar atención al carácter relacional del pasado, también se ponen en cuestión interpretaciones de la historia mundial que durante mucho tiempo habían sido las más aceptadas, tales como las del «ascenso de Occidente» y el «milagro europeo». Muchos textos antiguos de la historia mundial sitúan en Europa la fuerza impulsora de la historia mundial y hacen la crónica de la difusión de los logros europeos en el resto del planeta: es

una historia mundial concebida como calle de un solo sentido. En cambio, estudios más recientes enfatizan el papel constituyente que ha interpretado en el desarrollo de las sociedades modernas la interacción entre regiones y naciones, así como entre Europa y el mundo no europeo. La transformación de Europa y Occidente no se puede explicar desde dentro, como un proceso autónomo, sino que debe contemplarse, al menos en parte, como el producto de diversos procesos de intercambio.[5]

En cuarto lugar, como disciplina inserta en las Humanidades, la historia global forma parte de un «giro espacial» más amplio. Una de las consecuencias de ello ha sido que las relaciones de cada constelación espacial con otras ubicaciones han cobrado más importancia. Los historiadores globales prestan una atención especial a la forma en la que individuos y sociedades interactúan unos con otros, y no tanta a los cambios endógenos. De resultas de ello, las metáforas espaciales —tales como *territorialidad*, *geopolítica*, *circulación* y *redes*— tienden a reemplazar el vocabulario anterior, más bien temporal, del *desarrollo*, el *desfase* o el *atraso*. Esto también implica rechazar las teleologías de la teoría de la modernización, es decir: se critica la noción de que las sociedades se transforman, por así decir, desde dentro, y de que la dirección del cambio social —de la tradición a la modernidad, por ejemplo— está predeterminada.

Esto tiene como consecuencia directa hacer hincapié en la sincronía de los acontecimientos históricos, nuestro quinto punto. Como es natural, los historiadores globales no pasan por alto la cuestión de las continuidades o las «dependencias del camino». Según han expuesto C. A. Bayly y otros autores,

la globalización de la era moderna se basó en trayectorias marcadas por la influencia de modelos anteriores de entrelazamiento.[6] Sin embargo, al disociarse de las perspectivas de más largo plazo, típicas de la historia de las civilizaciones, y al no privilegiar las nociones convencionales sobre la continuidad, muchos historiadores globales sugieren que debe darse más prioridad a las simultaneidades. Como se pone de manifiesto con meridiana claridad en casos como las revoluciones de la Primavera Árabe, a menudo las constelaciones sincrónicas y las fuerzas externas impulsan el cambio social con no menos fuerza que las tradiciones y prehistorias prolongadas.[7]

En sexto lugar, un aspecto crucial: muchas historias globales reflexionan de forma explícita sobre la cuestión del eurocentrismo. Es uno de los rasgos característicos que separan este enfoque de la mayoría de las variantes anteriores de historiografía mundial. Nos ocuparemos de ello con más detalle más adelante, en el capítulo 8. En la práctica, por lo general representa que en los departamentos de historia se hace más hincapié que en el pasado en la experiencia en los estudios de área. También supone, en séptimo lugar, reconocer sin ambages que pensar sobre el pasado global es una acción «posicional»: el historiador puede escribir sobre el planeta en su conjunto, pero lo hace desde un lugar particular, y su narración mostrará al menos en parte colores propios de las dinámicas de esa ubicación. Si miramos hacia atrás, no cabe duda de que una historia mundial escrita a finales del siglo XVI en Ciudad de México sería muy distinta de una compuesta en Estambul.[8] Pero incluso hoy, el «mundo» puede parecer muy distinto cuando se contempla

desde Acra, desde Quito o desde el campus de Harvard.

Transformación estructurada e integración

El punto final, al que ahora dirigimos la atención, se refiere a la idea de integración. Se trata de un aspecto crucial, que vale la pena considerar más por extenso. Centrarse en la integración global es una decisión metodológica que diferencia la historia global de otros enfoques que también actúan a gran escala. Esta decisión incluye dos aspectos importantes: por un lado, las perspectivas de la historia global, por el hecho de partir del examen de la integración estructurada a gran escala, van más allá de ser simples estudios de la interconexión; segundo, los historiadores globales abordan el problema de la causación hasta llegar al nivel global.

Empecemos por la primera faceta. Muchos historiadores globales/universales se contentan con estudiar las conexiones e interacciones. «Estar conectados forma parte de la condición humana, al menos hasta donde podemos llegar a reconstruir la actividad humana», según ha recordado no hace mucho John Darwin, que concluye: «La inquietud particular del historiador global es, o debería ser, ocuparse de la historia del "estar conectados", en especial de aquellas formas de conexión que son oceánicas y transcontinentales o intercontinentales».[9] Otros han metido baza para sostener que «el mundo nunca ha sido lugar de comunidades discretas y no conectadas [sino que] desde los primeros días de la

existencia humana en la Tierra ha habido intercambios e interacciones transculturales».[10]

Pero hacer hincapié en las conexiones no basta para componer una buena historia global. En efecto, aunque el intercambio de productos, personas e ideas, y la interacción entre grupos y sociedades, también a través de largas distancias, han caracterizado la vida humana en el planeta desde sus inicios, algunos de los vínculos surgidos en el seno de esta «red humana» fueron cruciales para la conformación social, mientras otros no pasaron de ser accidentales y efímeros.[11] La magnitud del impacto dependía, en especial, del grado de integración —material, cultural y política— que había alcanzado el mundo en ese momento.

¿Esto qué significa? Consideremos, por ejemplo, la introducción de los relojes occidentales en Japón. En el siglo XVII, cuando los primeros relojes europeos (muestra de la mejor tecnología de la época) llegaron al Japón Tokugawa, se los veía antes que nada como artículos exóticos. Su importación no tuvo efectos sobre la estructura social del tiempo. Antes al contrario: si los relojeros europeos se enorgullecían de la perfecta regularidad de sus instrumentos, en Japón hubo que modificarlos para que se adaptaran a la estructura temporal tradicional, en la que la duración de las horas dependía de la luz del sol y, por lo tanto, variaba a lo largo del año. Los relojes mecánicos tenían que ajustarse dos veces por día, y se instalaron esferas estacionales para compensar, por así decir, que los nuevos relojes fueran independientes de los ciclos de la naturaleza. En el siglo XVII, en consecuencia, la transferencia tecnológica se quedó en un plano esencialmente ornamental.

La situación cambió radicalmente a partir de 1850, cuando Asia oriental quedó incorporada a la órbita política y económica de Occidente. Entonces se consideró que el sistema temporal occidental debía ser un ingrediente básico de todos los proyectos de reforma y se intentó introducir los «nuevos tiempos» en el Japón Meiji. La nueva tecnología, como la de los trenes; las nuevas fábricas, con sus formas novedosas de estructurar la producción; y las nuevas formas de organización social, entre ellas las escuelas y las fuerzas armadas, todo ello requería un nuevo sistema temporal. Los relojes occidentales, junto con las torres del reloj, emergieron como símbolos de la modernidad; la puntualidad y las ideas de progreso llevaron el sistema horario occidental a la praxis cotidiana; al introducirse el calendario gregoriano, en 1873, se abolieron los métodos tradicionales del cómputo temporal y Japón se preparó para la sincronía global. Si comparamos estos dos procesos de transferencia, queda claro que no se diferencian tanto por las transferencias en sí como por el marco geopolítico más general en el que se incrustaron. En el siglo XVII el contacto comercial, realizado por los holandeses y controlado minuciosamente por los japoneses, fue muy escaso; en el siglo XIX había sido sustituido por un orden mundial imperialista cuya hegemonía ostentaban los británicos. En este nuevo contexto, pues, la importación cultural ya no se incorporaba a la cosmología local, sino que era tan poderosa que provocaba transformaciones fundamentales de las prácticas cotidianas.[12]

Las conexiones, por sí mismas, son tan solo un punto de partida. Su relevancia puede ser tan diversa como hemos visto: según sean las circunstancias, un mismo reloj puede

adquirir grados de importancia muy distintos. Los historiadores globales deben recordar que a las conexiones globales anteceden condiciones que resulta necesario comprender de forma exhaustiva antes de confiar en lograr entender las conexiones en sí. En otras palabras: el intercambio puede ser un fenómeno superficial que esté poniendo de manifiesto las transformaciones estructurales básicas que posibilitaron que hubiera tal intercambio. Para que la historia global sea efectiva debe conservar en mente la dimensión sistémica del pasado, así como el carácter estructurado del cambio social.

Para que la idea no suene demasiado abstracta, examinemos brevemente otro ejemplo. Cuando algunos intelectuales críticos empezaron a leer a Marx en Vietnam, Japón o China, esto se interpretó, con no poca lógica, como un caso de circulación transcultural de las ideas. En consecuencia, las historias tradicionales documentaron el proceso de traducción, estudiaron la recepción de las ideas marxistas y buscaron qué impacto habían tenido los textos de Marx sobre el pensamiento reformista en Asia. Ahora bien, aunque se trataba de facetas importantes del problema, resultó que los vínculos causales más notables estaban en otro lugar. En este caso, en efecto, el carácter conectado demostró ser el resultado de los cambios sociales que habían creado las condiciones en las que empezó a tener sentido, desde el punto de vista político, leer a Marx en Vietnam. En última instancia, la influencia de Marx no se podía reducir a la simple energía de sus argumentos. Antes bien, los jóvenes que ambicionaban actuar como intelectuales se vieron influidos por las fuerzas e inquietudes que dominaban en la época, y la

forma en que tradujeron, citaron y se apropiaron de los textos de Marx estaba estructurada por esas condiciones. Es decir, las conexiones —leer a Marx— fueron ante todo un efecto de transformaciones anteriores, de índole social, política y cultural, y no la fuente de esas transformaciones.

El error original que este ejemplo pone de relieve tenía que ver con no haber considerado la influencia del poder; pero no se terminaba aquí. Cuando se dejan de lado las cuestiones de la jerarquía y la explotación, el interés por las conexiones puede desdibujar —obstaculizar, incluso— la adecuada comprensión de los perfiles del pasado global. Cuando no tenemos en cuenta las estructuras del poder, damos carácter de agente a todo el que interviene en las interacciones e intercambios; y al celebrar la movilidad, se corre el peligro de hacer caso omiso de las estructuras que la controlan. Los movimientos transfronterizos pueden salvar las diferencias entre sociedades, pero también exacerbar los conflictos. Tanto los aristócratas europeos que se embarcaban en el *Grand Tour* como los esclavos europeos enviados a América cruzaban fronteras políticas y culturales, pero no hace falta ahondar mucho para ver que tratar ambos casos como meros ejemplos de «conexiones» comporta una intensa carga ideológica. A menudo, quienes manejaban un genuino poder sobre el mercado no participaban del viaje y se aprovechaban de la posibilidad de enviar a través del Atlántico y el Pacífico a las apelotonadas multitudes de pobres.

Esto nos lleva hasta el segundo punto que debemos abordar. A diferencia de otras perspectivas sobre las conexiones pasadas, la historia global se enfrenta a la cuestión de la causalidad hasta llegar al propio nivel global. En

muchos manuales antiguos de historia universal, la condición analítica de los vínculos y las interacciones distaba de ser explícita. En algunas obras de historia transnacional también se da, a veces, que estos vínculos e interacciones no pasan de resultar externos al argumento central (y por lo tanto, no pasan de ser ornamentales). Sin embargo, a medida que el mundo se integraba cada vez más, el cambio social ya no podía comprenderse sin alguna noción de interdependencia o de diferencia estructurada. «En el siglo XIX, Gran Bretaña y la India acabaron teniendo historias muy diferentes —nos recuerda David Washbrook—, pero esto fue el fruto de la proximidad misma de su relación, no de la distancia mutua, social y cultural. Existían como dos caras de la misma moneda, pero cada una mostraba una cara muy distinta.»[13] Una historia global que aspire a ser más que un simple depósito ecuménico que acoge con gusto historias felices de encuentros entre distintos órdenes, por lo tanto, necesita abordar de forma sistemática la cuestión de las transformaciones globales estructuradas y su impacto sobre el cambio social.

Aunque usamos aquí el término «global», no por ello debe entenderse que todo estudio deba abarcar el planeta entero. Para cada una de las cuestiones analizadas, debe decidirse específicamente qué importancia concreta tuvieron las estructuras y los procesos a gran escala. En buena parte de los estudios disponibles, los historiadores se han apresurado en demasía a limitar la investigación a los contenedores fijos y las restricciones geográficas. Pero sería igualmente falaz pasar al extremo opuesto y dar por sentada la globalidad de todo. Lo que se quiere dar a entender con «global», en consecuencia,

es el hecho de estar abierto a seguir los vínculos y la causalidad más allá de las unidades espaciales y los contenedores tradicionales; lo que denota es, «simplemente, la voluntad metodológica de experimentar más allá de los límites geográficos establecidos».[14]

Para que la idea de las «comparaciones y conexiones» pueda servirnos como un resumen mínimo de la historia global, debemos añadir una tercera «c»: la causalidad, que estudiaremos llevándola hasta la escala global. La decisión de centrarse en formas extensas de integración y transformación estructurada sitúa a la historia global en un lugar específico, distinto del manejado por otros enfoques tales como la historia comparada y la transnacional. Hacer hincapié en la integración global, no hay por qué negarlo, planteará toda una serie de problemas. ¿Supone esta decisión que es imposible escribir historia global sobre las eras anteriores a la integración, anteriores a la modernidad? Si aspiramos a una causalidad globalmente identificable, ¿limitará esto acaso el espectro de temas que podremos abordar? Los historiadores globales, ¿se verán forzados a estudiar este nivel global de forma explícita? Me ocuparé de estas preguntas en el próximo capítulo.

Más allá de la conectividad: narraciones en competencia

Para comprender mejor la importancia de un enfoque que no se limita a la perspectiva endógena, así como de la función

analítica de la integración global, quizá nos resulte de utilidad comparar brevemente el punto de vista de la historia global con otros tres modos, influyentes pero distintos, en los que los historiadores han comprendido e interpretado hasta ahora las transformaciones a escala planetaria. De un modo un tanto esquemático, podemos denominarlos «excepcionalismo occidental», «imperialismo cultural» y «paradigma de los orígenes independientes». Haré un resumen breve de esas tres formas de narrar y apuntaré sus deficiencias cuando se las compara con un enfoque histórico global.

La primera metanarración, que sigue firmemente arraigada en numerosos manuales y obras generales, presupone un proceso general de modernización que se originó en Europa y desde aquí se fue diseminando poco a poco por el planeta. Los rasgos que definen esta idea de modernidad nos resultan conocidos: la diferenciación funcional de esferas sociales, tales como la economía, la política, la sociedad y la cultura; la racionalización progresiva de todas estas esferas, lo cual dio origen a una economía industrializada y capitalista, al Estado-nación y a las burocracias meritocráticas; la sustitución de los estamentos hereditarios por una sociedad de clases y el individuo moderno; y la superación de las cosmologías religiosas y tradicionales por medio de que lo que Max Weber denominó «el desencantamiento del mundo».

En principio, se entendía que eran procesos de transformación universales, pero que en la práctica real emergieron primero en Europa y luego se transmitieron al resto del mundo. Esta lectura difusionista —cuyo ejemplo más palmario es *The Rise of the West*, de William McNeill— se

halla en el corazón mismo de muchas historias universales de hace unos años, en especial cuando estas se guiaban por la teoría de la modernización, pero también en muchas variantes de historia mundial de corte marxista. «Durante los últimos mil años —según ha resumido esta perspectiva David Landes—, Europa (Occidente) ha sido el gran impulsor del progreso y la modernidad.»[15] Esta clase de afirmaciones triunfalistas se han vuelto mucho menos habituales; en nuestros días, la mayoría de los relatos han dejado atrás el eurocentrismo flagrante de antaño y reconocen las diversas formas de negociación y adaptación que acompañaron al proceso. En el núcleo, sin embargo, aún se conservan las premisas básicas de este relato: Europa/Occidente se ve como el espacio propio de la innovación, y la historia universal se entiende en lo esencial como una historia de la difusión del progreso europeo.[16]

Contra esta perspectiva, antaño dominante, emergió una segunda interpretación que se basaba en una lectura radicalmente crítica de la diseminación de la modernidad occidental. Este punto de vista se asocia con las perspectivas poscoloniales, subalternas y, en parte, marxistas. Aquí, la modernidad sigue siendo esencialmente europea y aún se la equipara al avance de la razón universal; pero la difusión de la modernidad ya no se ve como un proceso de emancipación, sino de privación.

Aquí intervienen dos argumentos relacionados, pero distintos. El primero es la hipótesis de que en la raíz del impulso expansivo de Occidente estaba el universalismo de la Ilustración. Según esta crítica, apenas había distancia entre postular estándares universales y la decisión de intervenir

para implantar esos estándares por la fuerza, bajo los auspicios de una paternalista misión civilizadora. El segundo argumento no dista mucho del primero. La difusión de la modernidad occidental se concibe como una forma de imperialismo cultural capaz de erradicar las demás concepciones del mundo. Algunos estudiosos críticos han interpretado la exportación de los preceptos ilustrados durante el siglo XIX como un proceso de difusión obligada y a menudo brutal, que a la vez resultaba posible y estaba impulsado por unas relaciones de poder sumamente asimétricas.[17]

Pero los enfoques de los que hemos hablado hasta ahora —la modernización emancipadora y el imperialismo cultural— son en lo esencial difusionistas, y dan por sentado que la modernidad se originó en Europa. Lo que es más, uno de sus axiomas es que en el resto del mundo se carecía (supuestamente) de un desarrollo social y cultural relevante. En los últimos años, no obstante, se ha puesto en duda que Europa tuviera en verdad derecho a arrogarse esa originalidad, la autoría exclusiva de la modernidad. Los historiadores han comenzado a buscar paralelos y analogías con el «avance de la civilización» que se dio en Europa, se han interesado por procesos de racionalización autóctonos que, sin basarse en las transformaciones experimentadas en Europa, condujeron a resultados similares. Este es el tercer paradigma que esbozamos aquí, un paradigma integrado en un debate historiográfico más general, relativo a los orígenes de la modernidad. Nació del deseo de poner en cuestión las nociones difusionistas de la modernización y la voluntad de reconocer la dinámica social que imperaba en muchas

sociedades antes de que se encontraran con Occidente. Se pretendía dejar atrás las viejas ideas sobre las sociedades tradicionales y los «pueblos sin historia», gracias a una comprensión más amplia de las modernidades múltiples. Pero al final, este enfoque plantea un *telos* idéntico —la moderna sociedad capitalista—, por mucho que esta meta no se logre a través de las transformaciones derivadas del contacto con Occidente, sino más bien a partir de los propios recursos culturales indígenas; se trata de una teleología del desencantamiento universal, que se realiza de forma interna en cada sociedad, pero por todo el globo.

Las tres perspectivas convergen en el sesgo metodológico que privilegia los marcos de la nación y la civilización. Pese a sus numerosas diferencias, las tres basan en una lógica endógena el intento de explicar lo que debe entenderse como un fenómeno global. Si queremos tomarnos en serio el desafío de la historia global, por lo tanto, debemos ir más allá de estos tres enfoques y centrarnos en las conexiones y los procesos de integración que han dado forma (y han reconfigurado) globalmente a las sociedades. Sanjay Subrahmanyam ha defendido que la modernidad «históricamente, es un fenómeno global y *circunstancial*, no un virus que se difunde de un lugar a otro. Se ubica en una serie de procesos históricos que han puesto en contacto a sociedades que habían estado relativamente aisladas, y debemos buscar sus raíces en una serie de fenómenos diversos».[18] Desde esta atalaya, arroja menos luz indagar sobre los supuestos orígenes (europeos o de otros lugares) que centrarse en las interacciones y condiciones globales por cuyo medio surgió el mundo moderno. Esto explica por qué son cruciales las nociones de integración

global y dependencias de tipo sistémico: los cambios que se dan en un lugar, dentro de un mundo integrado, provocan efectos en cadena y afectan también a otras partes del sistema.

Es obvio que los cuatro enfoques descritos arriba —historia universal, estudios poscoloniales, modernidades múltiples e historia global— no se pueden separar en compartimentos estancos, pues se solapan en numerosos aspectos. Se trata, en otras palabras, de tipos ideales. Aun así, por mor de la heurística, resulta útil analizarlos por separado. Examinemos ahora con suma brevedad diversas cuestiones para ver cómo estos paradigmas distintos pueden llevarnos a resultados muy distintos (de hecho, a preguntas distintas); luego recurriremos al caso del nacionalismo para ilustrar con más detalle las ventajas analíticas que caracterizan el enfoque de la historia global frente a los otros tres paradigmas.

Como primer ejemplo, abordemos el caso de los derechos humanos, sobre el cual se ha publicado una historiografía cuantiosa en los últimos años. Desde el punto de vista de una historia mundial estándar, se sostendría que los derechos humanos poseen una genealogía europea que se remonta al humanismo (e incluso algo más atrás) y, durante la Revolución Francesa, acabó cuajando en un programa de alcance global. Estos derechos, de ambición universal, viajaron lejos de su lugar de origen y poco a poco fueron siendo aceptados en todo el mundo.[19] Una lectura poscolonial, en cambio, haría hincapié en la noción local y culturalmente específica de los derechos humanos y el modo indiscriminado en que se usó el concepto para tornar marginales (más aún: eliminar) nociones alternativas de

derechos e igualdad que no dependían tanto de los conceptos de nación e individuo. Un tercer enfoque, el de las modernidades múltiples, enfatiza los recursos políticos y culturales indígenas que permitieron que numerosas nociones de derechos humanos emergieran en muchos lugares distintos, en gran medida con independencia mutua. Sobre la base de estos tres enfoques, recientes incursiones en una historia global de los derechos humanos se han centrado más bien en la aparición de los derechos humanos como discurso genuinamente global. Los historiadores han explorado a fondo el alcance global de este discurso sobre los derechos humanos haciendo menos hincapié en la Revolución Francesa y más en la apropiación y universalización de un lenguaje de los derechos que se vivió en Haití unos pocos años más tarde.[20] En el siglo XX, la década de 1970 parece haber sido un momento de cambio, cuando la decadencia del socialismo y el nacionalismo como ideologías políticas preparó el camino para que la defensa de los derechos humanos aspirase a alcanzar la condición de «Última Utopía». Desde esta perspectiva, los orígenes intelectuales de los derechos humanos son menos importantes que las condiciones globales sincrónicas en las que fueron aceptados universalmente y, en lugares muy distintos, se fusionaron con las genealogías locales.[21]

Otro caso similar es el del derecho internacional. Durante mucho tiempo, los historiadores han considerado que el «derecho de gentes» que emergió en la estela de Hugo Grocio, con el posterior desarrollo del derecho internacional, racionalizaba las relaciones internacionales. En contra de esta idea de la difusión benevolente de un hito europeo, autores

más críticos han destacado la estrecha conexión existente entre el derecho de gentes y el imperialismo europeo, y han considerado que la aspiración universalista no era más que un pretexto con el que ocultar la ambición colonial.[22] En tercer lugar, en el intento de identificar orígenes independientes para el derecho internacional en el orden global de nuestros días, algunos autores han empezado a explorar la historia legal y cultural de diversas sociedades con el fin de mostrar que ciertos elementos de lo que hoy se considera de sentido común son en realidad aportaciones de tradiciones alternativas, no occidentales. Una perspectiva global desearía abordar más específicamente por qué el derecho internacional surgió cuando lo hizo, por qué se apropiaron de él actuantes diversos a lo largo y ancho del mundo, y de qué modos se lo puede entender como respuesta a un desafío global. Por decirlo en otras palabras, dejaría de ser primordial el interés por los inventores y los titulares de patentes intelectuales y lo básico pasaría a ser la práctica real del derecho internacional.[23]

La diferenciación heurística de estos cuatro enfoques se puede extender a casi todos los campos de investigación histórica. ¿Qué fue el concepto de raza: un invento europeo, un instrumento del imperio, una noción surgida a partir de diversas raíces indígenas, o más bien una respuesta a desafíos globales? ¿La Ilustración fue un hito de la cultura de los salones europeos, una imposición occidental, el fruto de muchas culturas de racionalización indígenas, o más bien uno de los modos que las élites sociales de todo el mundo usaron para manejarse con las nuevas realidades globales?[24] Piénsese igualmente en los intentos de historizar la historia

global del fascismo. Desde la historia mundial se ha intentado definir el término elaborando una lista de rasgos imprescindibles: un líder carismático, movilizaciones masivas, una ideología ultranacionalista, etcétera. Ahora bien, todos estos rasgos se derivan de la experiencia europea. Otros ejemplos de fascismo, como los de Japón o Argentina, no cumplirían todos los requisitos; de hecho, ni siquiera el nacionalsocialismo alemán cumplió todas las normas del modelo fascista italiano, y a la inversa. Al utilizar la historia global como lente correctora de este análisis ligeramente miope, los historiadores han prestado más atención a las transferencias y los contactos directos y, con ello, han podido poner de manifiesto hasta qué punto Italia y Alemania sirvieron como modelo e inspiración en numerosos lugares de todo el mundo. Más allá de la historia de las transferencias y comparaciones, por último, centrarse más sistemáticamente en la integración global empezaría por la situación global compartida durante los años de entreguerras, y el hecho de que numerosas sociedades buscaran una «tercera vía» situada entre el liberalismo clásico y el comunismo, búsqueda que llevó a muchos gobiernos a experimentar con nuevas formas de movilización y organización social. Desde esta clase de perspectiva, la ausencia de este o aquel rasgo en la lista de características exigidas (por ejemplo: ¿hubo un partido de masas que pusiera en jaque a la clase dominante o solo una movilización promovida «desde arriba»?) tiene menos importancia que el hecho de entender que los diversos casos eran formas relacionadas, pero diferenciadas, de abordar transformaciones estructurales y la evolución del orden internacional.[25]

A MODO DE EJEMPLO: NACIONES Y NACIONALISMO EN LA HISTORIA GLOBAL

En esta sección final examinaremos más detenidamente la historiografía del nacionalismo, pues en este campo podemos observar con suma claridad cómo las nuevas perspectivas globales han logrado complementar y modificar antiguas maneras de situar a las naciones dentro de la historia universal. En algunos aspectos, se antojaría poco probable que precisamente la nación pudiera resultar útil para ese fin. No hace tanto, en la década de 1990, cuando la palabra «globalización» se puso de moda, algunos expertos se apresuraron a predecir la desaparición total del Estado-nación. En el ámbito de la erudición historiográfica, tampoco parecía que este tema fuera a despertar gran interés en el futuro, y se escribían historias globales y transnacionales con el propósito expreso de dejar atrás al Estado-nación. Pero este momento de crisis —¿o tal vez de euforia?— no tardó en apagarse y pronto se admitió que los Estados-nación poseían una gran capacidad de resistencia y seguirían siendo relevantes, aunque en un contexto modificado. También ha quedado claro que la historia global no se mueve por la intención de arrojar a la papelera de la historia las naciones y los Estados-nación, sino que pretende reevaluar su función histórica y explicar mejor su aparición y su significado.

¿Cómo se relacionan estos enfoques más recientes con intentos anteriores de situar la nación en el mundo? Hasta

cierto punto, no es exagerado decir que la teoría del nacionalismo funcionó a escala global desde sus mismos principios. Así, los intentos de explicación que inspiró la primera teoría de la modernización —muy en particular, los de Ernest Gellner— eran de ámbito universal. Postulaban que la formación de las naciones era efecto de una transición en curso desde las sociedades tradicionales a las modernas. Si era típico que los cruzados del nacionalismo hicieran hincapié en el carácter distintivo de una nación dada, Gellner descartó todas las pretensiones de excepcionalidad al postular una ley de desarrollo universal: la manufactura industrial destruía las jerarquías de la sociedad agraria para poder garantizar la movilidad del trabajo y, con ello, el crecimiento constante. La legitimación que el nacionalismo hacía de sí mismo quizá enfatizara aspectos como la historia común, la lengua común y los modelos culturales comunes, pero para Gellner, el nacionalismo pasaba por «establecer una sociedad anónima e impersonal […] en vez de la estructura anterior, una estructura compleja de grupos locales […] Esto es lo que ocurre de hecho».[26]

Desde este punto de vista, todos los nacionalismos, pese a las variaciones superficiales, eran en lo esencial lo mismo; y el nacionalismo, dondequiera que fuese, era un producto de la modernización socioeconómica que podía explicarse a partir de factores plenamente endógenos. De ser así, entonces no había obstáculo para comparar experiencias locales muy distantes entre sí. En cambio, enfoques más recientes han optado por enfatizar las conexiones y transferencias. Han llegado a la conclusión de que el predominio mundial del nacionalismo durante el siglo XIX no se puede atribuir tan

solo a factores internos, sino que debe entenderse también como resultado de la difusión. Aunque Benedict Anderson ha atraído la atención sobre todo por su estudio constructivista del nacionalismo, su principal aportación metodológica ha consistido en describir el carácter modular de las naciones. Con este concepto se refería al hecho de que, tras la fase inicial de creación, la forma de la nación podía transferirse, en principio, a otros escenarios, como una especie de plantilla. Esta forma se desarrolló primero en las sociedades criollas de América, y posteriormente en Europa, mediado el siglo XIX. Aquí se generaron conceptos y modelos de nacionalismo que luego quedaron a disposición de todo el planeta, como si de un juego de herramientas se tratara. A partir de este momento, todos los nacionalismos emergentes quedaron configurados y se vieron influidos por el mismo paradigma.[27]

El enfoque de Anderson supone un paso importante, si se lo compara con modelos anteriores derivados de la teoría de la modernización, porque ahora la difusión global del nacionalismo ya no se podía concebir como el producto, casi mecánico, de las leyes del desarrollo social. Pese a todo, los mecanismos concretos con los que se difundió la forma nacional apenas fueron objeto de atención. Anderson se interesaba por la evolución del nacionalismo en Europa y las condiciones complejas que la posibilitaron. En lo que atañía al resto del mundo, se centraba en cómo se usaba y modificaba esta forma. En lo esencial, daba por sentada su condición de transferible.[28] Pero ¿cómo podemos comprender la dinámica de las transferencias si limitamos la atención al origen de la forma que se difundió, y a la

naturaleza de esa forma, pero no exploramos las condiciones de posibilidad por las que la transferencia resultaba atractiva para sus receptores?

Las ideas de Anderson fueron criticadas por los historiadores poscoloniales, que consideraban necesario hacer más hincapié en las condiciones imperiales concretas en las que los movimientos nacionalistas se desarrollaron en el mundo colonizado. En una obra citada con gran frecuencia, *Nationalist Thought and the Colonial World*, Partha Chatterjee planteó que era inevitable que el nacionalismo del mundo colonial siguiera siendo siempre un fenómeno derivado de Europa, un «discurso derivado». Aunque es cierto que los movimientos nacionalistas se dirigieron en contra de los gobiernos extranjeros, en un nivel ontológico —decía Chatterjee— continuaban estando en deuda con los parámetros del discurso dominante, vale decir imperial.[29]

Además de lo anterior, el libro de Chatterjee contiene un segundo argumento. En lo esencial, dice el autor, el nacionalismo anticolonial se alimenta de una oposición contra Occidente, que a menudo adopta la forma de subrayar la espiritualidad nacional frente al materialismo occidental. De hecho, la dicotomía de un Oriente espiritual frente a un Occidente materialista fue un ingrediente estándar de los discursos políticos de Asia a finales del siglo XIX. Chatterjee siguió desarrollando el argumento en *The Nation and Its Fragments*, que en cierta medida es una revisión de su primer libro. Aquí, el autor divide el nacionalismo en una esfera externa y material y una interna y espiritual. En este nivel espiritual —«el dominio genuino y esencial»—, Chatterjee entiende que la nación ya es soberana mucho antes de

alcanzar la soberanía política. Este dominio interior se describe como el ámbito de la verdadera expresión cultural de una nación. En otras palabras, aunque la «forma nacional» (Étienne Balibar) es transferible y en el nivel formal el discurso nacional no deja de ser derivado, sin embargo la sustancia del nacionalismo resulta específica, geográfica y culturalmente, y no puede derivarse del modelo imperial europeo.[30]

¿Hasta qué punto —podemos preguntarnos ahora— esta particularidad del contenido del nacionalismo en sí resulta ser fruto de constelaciones globales? Se trata de una pregunta útil, pues, en cierta medida, el enfoque de Chatterjee sigue estando en deuda con el modelo endógeno: aunque reconoce la transferencia de la nación en tanto que forma en el contexto del poder imperial, la naturaleza específica de la sustancia del nacionalismo colonial se explica por referencia a los recursos culturales locales, y en especial refiriéndose a tradiciones anteriores, precoloniales. Se ha acusado al autor de idealizar y reificar estos recursos culturales precoloniales.[31] Desde la perspectiva de una historia global, no obstante, hay que añadir otras dos críticas de más peso. En primer lugar, el análisis de Chatterjee sigue centrándose por entero en la relación binaria entre la nación colonizada y los colonizadores. Se trata de una limitación que su enfoque comparte con el impulso general del paradigma poscolonialista. En realidad, las dinámicas de los nacionalismos indio, chino o tailandés formaban parte de una constelación global. El paradigma de la «reacción» local a estímulos venidos de Europa y Estados Unidos, aun siendo de importancia, restringe demasiado la mirada; al mismo

tiempo, privilegiar la referencia a las tradiciones culturales autóctonas no basta para explicar la historia al completo. Al no separarse de las narraciones poscoloniales, Chatterjee corre el riesgo de prestar una atención insuficiente al contexto más amplio, global, y pasar por alto la forma en la que los propios actuantes históricos de muchas regiones, a partir de finales del siglo XIX, se referían cada vez con más frecuencia a una totalidad global. El nacionalismo y el pensamiento organizado en categorías nacionales se desarrollaron dentro de este contexto de integración global.

Y, en segundo lugar, Chatterjee excluye como factor el grado hasta el cual la sustancia del nacionalismo no se refería tan solo a las anteriores tradiciones endógenas, sino que era también fruto de la constelación global. En vez de plantear una distinción analítica entre una «forma de nación» (universal y transferible) y una manifestación de su contenido (culturalmente específica), deberíamos aspirar a reconstruir estos dos niveles, cada uno en su contexto global. A fin de cuentas, la realidad geopolítica más extensa, a menudo, fue un factor crucial a la hora de determinar cuál de las múltiples tradiciones locales se movilizaba en beneficio de los proyectos nacionales.[32]

Lo que hace falta, pues, es incrustar más profundamente los modos en los que la nación se definió, comprendió y puso en práctica en contextos globales. Para ello nos podemos basar en las perspectivas abiertas por los estudios comparados, las historias de la difusión y los análisis poscoloniales, pero también debemos ir más allá. Varias incursiones recientes en la historia global del nacionalismo han puesto de relieve cuán fructífero puede ser un enfoque de

esta clase. Veamos ahora dos estudios que ejemplifican la tendencia.

El primero es *Bengal in Global Concept History*, de Andrew Sartori. Sartori observa que, a partir de la década de 1880, los intelectuales bengalíes lidian con una noción de cultura que muestra bastantes aires de familia con el concepto herderiano de *Kultur* y otras propuestas afines surgidas en Rusia y Japón. La problemática general es cómo explicar la relación entre el todo y las partes, en otras palabras: cómo esclarecer las semejanzas entre estas distintas versiones del discurso sobre la cultura sin perder de vista la especificidad de los debates bengalíes. Si recuperamos los tipos ideales que hemos esbozado más arriba: ¿el culturalismo bengalí fue el fruto de una transferencia de las ideas occidentales y la posterior apropiación local?, ¿fue el fruto de relaciones de poder desiguales y, en consecuencia, una forma de colonización del pensamiento?, ¿o acaso debemos hacer hincapié en los recursos culturales indígenas y las genealogías tradicionales de una interpretación de la cultura específicamente bengalí?

En su obra de historia global, Sartori va más allá de todas estas interpretaciones. Aunque su análisis exhibe una clara influencia de las lecturas poscoloniales, a su juicio estas acaban estancándose en la premisa de la inconmensurabilidad cultural y el afán de descartar el concepto de «cultura» en sí, por ser un derivado de Occidente, una forma de imperialismo cultural. Para Sartori, las semejanzas no son el mero producto de la difusión y las diferencias de poder; antes bien, trata Bengala como un lugar, entre otros muchos, en el que se recurrió a un concepto

de «cultura» para dar respuesta a desafíos globales. «La historia del concepto de la cultura en Bengala —insiste el autor— no se puede tratar ni como una desviación local ni como una reiteración tardía de una forma teórica de esencia occidental, sino que requiere investigarse como un momento espacial y temporalmente específico en la historia global del concepto de la cultura.»[33]

El viraje hacia la cultura puede leerse como un acto de distanciamiento frente a una versión anterior del liberalismo, caracterizada por el individualismo racional y el propio interés económico. Contra este evangelio liberal, varios grupos sociales se adhirieron a la noción de cultura, grupos que desde el nacionalismo criticaron el gobierno y la hegemonía económica de los británicos. A juicio de Sartori, las estructuras globales a las que respondieron estos intelectuales eminentes fueron principalmente económicas. Tras la crisis financiera de la década de 1840, el comercio y la industria se vieron sometidos a un monopolio cada vez más claro de los mercaderes británicos, mientras que el capital nativo solo se invertía en terrenos y propiedades, con lo cual la sociedad bengalí desconectó de la dinámica comercial. En esta situación, la noción de cultura pasó a formar parte de un discurso casi romántico con el que las élites hindúes intentaban afirmar sus vínculos orgánicos con la tierra y la mano de obra agraria.

Más en general, y en un plano mucho más abstracto, Sartori relaciona el debate de liberalismo frente a cultura con la expansión del capitalismo. Defiende que el culturalismo surgió, por todo el mundo, como reacción a los tipos particulares de alienación y subjetividad que las relaciones

laborales y formas de producción del capitalismo engendraron en determinadas zonas. Desde luego, en la noción concreta de cultura abundaban los particularismos locales, pero las supuestas tradiciones no solo fueron reelaboradas completamente por el capitalismo, sino que se presionó para que favorecieran las prácticas sociales del régimen capitalista. Así pues, el culturalismo no se puede explicar como mero efecto de una transferencia intelectual; se lo debe entender como una serie de respuestas únicas a la misma problemática global.

El segundo ejemplo es *Staging the World*, de Rebecca Karl, un estudio sobre el nacionalismo en la China Qing tardía. Para Karl, la idea de China como nación solo podía calar en un momento histórico específico, en el preciso momento en el que China descubrió por sí misma el nuevo «mundo». El momento no pasaba solamente por el hecho de que China percibiera otras regiones situadas fuera de la sinosfera, fuera de su zona de influencia; también pasaba por cobrar conciencia del mundo como un todo estructurado, constituido cada vez más por Estados(-nación) soberanos y países coloniales dependientes. Esta nueva intelección del «mundo» como una totalidad de unidades conectadas por medio de fuerzas de alcance global como el imperialismo y el capitalismo sustituyó la dicotomía mental, de varios milenios de antigüedad, entre el Imperio Medio y la barbarie.

¿Qué significa esto, más en concreto? Rebecca Karl se interesa en particular por la forma en la que determinados acontecimientos que, desde una perspectiva china, habían parecido marginales —la anexión de Hawái por Estados Unidos, los repartos de Polonia en el siglo XVIII, la conquista

estadounidense de las Filipinas, el gobierno británico de Egipto, entre otros— pasaron a ser objeto de intensos debates en la China de hacia 1900. Para la cosmología tradicional de la corte Qing, estos lugares eran en efecto periféricos, quedaban situados en los márgenes de la «civilización» china (y a veces, incluso plenamente fuera de su alcance). Hacia el cambio de siglo, no obstante, los reformadores chinos empezaron a comprender que la amenaza política y económica a la que China se enfrentaba no era tan distinta de las penalidades que afligían a aquellas naciones menores. Aunque Hawái distaba mucho de China en lo que atañía a la cultura, la lógica moderna de la geopolítica colocaba al archipiélago en una situación muy similar a la del Imperio Qing. El proceso de colonización ya no preocupaba tan solo a pueblos remotos y exóticos, sino que ahora amenazaba a la propia China de un modo no muy distinto. Como resultado de estructuras de efectividad global, los rasgos en común ya no se determinaban culturalmente, sino ante todo geopolíticamente: ahora eran el resultado de la amenaza colonial y de la posición periférica de China en la economía mundial capitalista.[34]

La tesis central del libro de Karl es que China solo pudo percibirse a sí misma como una nación entre otras y como una parte de «Asia» —entendida aquí, antes que nada, como una marginación común dentro del orden imperial hegemónico, y no tanto como una entidad unida por rasgos étnicos o culturales compartidos— en el contexto de la integración global. «China solo se volvió asiática, de un modo específicamente nacional (y no como imperio) y regional, al mismo tiempo que se volvió mundana, no antes.»[35] Así

pues, que se estableciera una nación fue a la vez una proyección diacrónica y una respuesta a la incorporación de China en el mundo. Como sugiere el propio título del libro, los responsables de que surgiera una dinámica nacionalista no fueron los estadios diacrónicos del desarrollo, sino una «escenificación del mundo» de carácter sincrónico: una actuación sobre un escenario global.

Los dos libros citados, tanto el de Sartori como el de Karl, son obra de expertos cuya aportación a la historia global se centra en gran medida en su particular ámbito de especialización: la India moderna y la China moderna. Mientras que otros historiadores globales hacen más hincapié en las redes de nacionalistas, comparan los movimientos nacionalistas de distintos lugares o aspiran a componer una síntesis mundial, estos estudios se centran en una ubicación particular que luego analizan a través de sus entrelazamientos globales.

Lo que es más importante: los dos libros son ejemplo de un movimiento histórico más extenso que intenta comprender las estructuras globales no solamente como el contexto necesario, sino también como la condición previa necesaria para que puedan surgir formas particulares de nacionalismo. [36] Ambos autores se centran en especial en la economía política, y postulan una noción (a veces, muy abstracta) del capitalismo como la fuerza motriz de la historia. Hay quien considera que equiparar una totalidad global con el capitalismo peca de excesiva rigidez, y se ha reprochado a ambos autores que (supuestamente) se basan dogmáticamente en nociones demasiado abstractas de la expansión capitalista. Pero las posibles deficiencias de los dos libros mencionados no

reducen su valor como ejemplo de cuán integral puede resultar una comprensión matizada de lo global. Como hemos visto arriba, cabe concebir y explicar la integración global de varios modos distintos. En el contexto de este capítulo, Sartori y Karl son relevantes porque ven lo global no como un contexto externo, adicional, sino más bien como un contexto constituyente, que da forma a los objetos de estudio, a la vez que su forma se ve afectado por ellos.

Si la consideramos en su conjunto, la serie de preferencias metodológicas esbozadas en el presente capítulo, al igual que el énfasis en el concepto de integración, suponen rechazar aquellas explicaciones que menosprecian (o incluso pasan por alto completamente) las influencias y los factores externos. Este es el núcleo metodológico de la historia global entendida como un enfoque propio. Por lo general, las teorías sociales convencionales actúan dentro de un paradigma que podríamos calificar de «endógeno», centrado en los factores internos. En anteriores grandes panoramas de la modernización, los fenómenos históricos se explicaban endógenamente, desde el interior, y era típico analizarlos dentro de los límites de una sociedad. Centrarse así en el cambio interno ha sido un sello distintivo de prácticamente todas las teorías sociales planteadas hasta la fecha. Ya se inspirasen en el marxismo, Max Weber y Talcott Parsons, o en la obra de Michel Foucault, en lo esencial las teorías sociales trataban las sociedades como entidades autogenerativas, y daban por sentado que el cambio social era siempre obra de la propia sociedad.

La historia global, en cambio, sale de este marco genealógico o endógeno. Presta especial atención a las

interacciones y los entrelazamientos transfronterizos. También admite el impacto de estructuras que van más allá de los límites de cada sociedad individual. Con ello, la historia global reconoce la relevancia causal de factores que no se limitan al ámbito de los individuos, las naciones y las civilizaciones. La promesa última es una perspectiva cuya mirada supere por fin la dicotomía entre lo interno y lo externo.

CAPÍTULO 5.
HISTORIA GLOBAL Y FORMAS DE INTEGRACIÓN

El último capítulo ha ofrecido una definición de trabajo de la historia global entendida no como un objeto de estudio, sino como una perspectiva particular. La historia global en tanto que enfoque distinto explora espacialidades alternativas, fundamentalmente establece relaciones y es muy autocrítica con la cuestión del eurocentrismo. Hemos hecho especial hincapié en el concepto de integración y de las transformaciones estructuradas a escala global. Centrarse así en los contextos sistémicos es una decisión heurística que diferencia este enfoque de otros, y a su vez conlleva que la historia global adopta la integración estructurada como contexto incluso cuando no es su tema principal. También supone que los historiadores globales abordan la cuestión de la causalidad hasta llegar a un nivel global.

Centrarse en la integración implica asimismo que la historia global se aleja del carácter conectado como único principio rector. Este es un paso importante, porque el hincapié en la conexión es básico para la definición reducida de historia global que solemos encontrar en la bibliografía

especializada. Por descontado, las conexiones no carecen de importancia y deben ocupar un lugar destacado en todo análisis global: sin movilidad e interacción, no hay globalidad. Pero la intensidad y las características de las conexiones son factores variables. Algunas no pasan de ser espurias y efímeras, o se hallan localmente limitadas; su impacto, en consecuencia, es restringido. No resulta de gran utilidad equiparar por principio con la «globalización», por ejemplo, los lazos comerciales que atraviesan el Sahara o la importación de plumas de martín pescador y cuernos de rinoceronte desde la China Tang. En última instancia, las cualidades y el impacto de las conexiones dependen de hasta qué punto los mundos se integraban en totalidades más o menos sistémicas. En 185 a. C., cuando se asesinó al último de los reyes de Maurya y el reino se hundió, se produjo un decisivo punto de inflexión en la historia del sudeste asiático, que además tuvo reverberaciones notables en el mundo helenístico; pero el suceso no sembró la confusión en todo el planeta, como sí ocurrió con el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, más de dos mil años después. Así pues, la relevancia de los vínculos y las conexiones —¿hasta dónde llegaron y cuál fue su importancia real?— deberá medirse de acuerdo con el grado de integración que se había alcanzado de hecho. A veces, un descenso repentino en las actividades comerciales de una región apenas afecta en nada a las demás; sin embargo, la depresión de 1929 desembocó en una crisis sistémica de dimensiones mundiales.

En otras palabras: resulta difícil aislar la historia global (en tanto perspectiva) de una valoración del proceso de la integración global. En consecuencia, el enfoque será

potencialmente más aprovechable cuando estudie períodos en los que la integración fue sostenida y de cierta densidad. A la inversa, en las épocas históricas en las que las conexiones no pasaron de ser espurias y la integración fue poco palpable, el enfoque es mucho menos productivo (y posiblemente, menos eficaz que otros enfoques que, hablando con propiedad, no son historia global, tales como la historia comparada).

Como paradigma singular, centrado en la integración y las transformaciones globales estructuradas, la historia global es un enfoque ciertamente específico. Este método no es en absoluto un cajón de sastre válido para explicar todo cuanto haya podido acontecer bajo el sol. En el presente capítulo continuaremos analizando qué consecuencias tiene elegir este paradigma. En las páginas que siguen nos ocuparemos con cierto detalle de tres cuestiones destacadas. Primera: ¿el énfasis en la integración convierte de hecho la historia global en una historia de la globalización? Segunda: ¿cómo podemos comprender la noción de «integración» y las fuerzas motrices que la generan? Y última: si la historia global se basa en la integración, ¿hasta qué momento del pasado podemos extender las perspectivas globales?

Historia de la globalización

Empecemos con la primera pregunta: ¿centrarse en la integración, en lo esencial, hace de la historia global una historia de la globalización? Los estudios de la globalización, entendida como el proceso de desarrollo de una

interconexión cada vez mayor, tratan del incremento de los vínculos y la complejidad, así como del surgimiento del mundo como un sistema único. Dado que el enfoque histórico global no puede prescindir de cierto grado de intelección de la integración estructurada, la historia de la globalización podría parecer, a primera vista, el tema de estudio más natural de los historiadores globales.

Y en efecto, es frecuente considerar como una identidad la historia global y la historia de la globalización. Ahora bien, es impreciso, por dos razones. Primero, la historia global, según la entendemos aquí, es ante todo una manera de enfocar la historia; en cambio, la historia de la globalización se refiere a un proceso histórico. En segundo lugar, la integración a nivel global es una condición necesaria para una perspectiva global; es un contexto, pero no necesariamente es el objeto de estudio en sí. Los trabajos de historia global, por lo tanto, no tienen que explicar por fuerza los orígenes y las causas de la integración, sino que se pueden centrar en sus efectos y su impacto. Así pues, la historia de la globalización es un subgénero destacado de la historiografía global, pero no es el campo en sí mismo.[1]

El término «globalización» es una adición reciente al vocabulario historiográfico. Antes de los primeros años de la década de 1990 apenas aparecía en el discurso público, pero desde entonces se propagó casi como una epidemia.[2] Al principio, lo usaban sobre todo los historiadores económicos, pero hacia el cambio de siglo, la historia de la globalización se convirtió en objeto legítimo de estudio para otros historiadores, más allá de la cuestión específica del desarrollo de una economía mundial. Numerosas obras han recurrido al

término con la intención de aplicarlo productivamente a diversos estudios sobre la larga historia del proceso de globalización y otros asuntos históricos.[3]

Así pues, el término es nuevo, pero ¿cuán nuevo es el fenómeno en sí? Según Manuel Castells, estamos siendo testigos de un punto de inflexión en la historia del mundo: «Los fundamentos materiales de la sociedad, el espacio y el tiempo se están transformando, organizando en torno del espacio de los flujos y el tiempo atemporal. […] Es el principio de una nueva existencia, de hecho el principio de una nueva era, la Era de la Información, caracterizada por la autonomía de la cultura frente a las bases materiales de nuestra existencia». Castells asevera que se trata de un fenómeno nuevo, pero la afirmación no es nueva en sí. Ya en 1957, teóricos de la modernización como M. F. Millikan y W. W. Rostow se hallaron «en medio de una gran revolución mundial. […] La difusión de la alfabetización, cada vez más acelerada, y de las comunicaciones de masas y los viajes […] está derribando los modelos culturales y las instituciones tradicionales que en el pasado mantenían cohesionadas las sociedades. En suma: la comunidad mundial se está volviendo a la vez más interdependiente y más fluida de cuanto lo ha sido en ninguna otra época de la historia». Antes incluso, en 1917, el sociólogo estadounidense Robert Park se mostró convencido de que el mundo estaba cruzando el umbral de una nueva era en la historia de la humanidad, aunque esta transición seguía estando arraigada en las tecnologías del siglo XIX: «El ferrocarril, el barco de vapor y el telégrafo están movilizando con gran rapidez a los pueblos de la Tierra. Las naciones salen de su aislamiento y las distancias que

separaban a las distintas razas menguan con celeridad ante la comunicación cada vez más extensa. […] [G]randes fuerzas cósmicas han derribado las barreras que solían separar a las razas y nacionalidades del mundo y las han obligado a establecer nuevas formas de proximidad y nuevas formas de competencia, rivalidad y conflicto». Y aún podríamos remontarnos más atrás, porque la idea de que el cambio social estaba resultando veloz y apenas comprensible ha acompañado al mundo moderno desde la Revolución Francesa. Desde mediados del siglo XIX, además, este cambio se ha relacionado con la interacción transfronteriza. Como veíamos antes, en 1848 Karl Marx y Friedrich Engels afirmaron en su *Manifiesto comunista*:

> Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. […] Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano.[*]

¿De qué manera se podría analizar (y no digamos ya, periodizar) un proceso histórico que parece estar embriagado por la sensación de novedad, y aun de novedad incesante? La convicción general y repetida sin descanso de que estamos viviendo una transformación histórica radical y somos testigos de un punto de inflexión fundamental parece devaluar toda aspiración a establecer subdivisiones razonables: «¿Cómo cabría evaluar con seriedad las pretensiones de la globalización —se ha preguntado Adam McKeown— cuando el único destino realista de toda nueva era transformadora es que la siguiente nueva era la contemple

como un período de estancamiento y aislamiento?».[4]

Algunos historiadores han llegado a sugerir que esta pregunta no merece más atención. A su modo de ver —y tanto da si nos ocupamos de la globalización o de la integración global—, el proyecto está condenado al fracaso desde el principio, debido (en parte) al hecho de que el concepto de la globalización parte de una teoría vaga y una relativa indefinición. Ahora bien, su escepticismo es ante todo empírico. Si un proceso no se extiende literalmente al mundo entero, carece de sentido denominarlo «global». Incluso en nuestro presente, en apariencia globalizado, no todas y cada una de las personas están conectadas con todas las demás: en numerosas partes del mundo hay personas que no tienen teléfonos móviles, no ven los Juegos Olímpicos y no se han conectado a internet. «Hace mucho que el mundo es un espacio en el que las relaciones económicas y políticas son muy desiguales; está lleno de irregularidades —ha escrito Frederick Cooper—. Las estructuras y redes penetran en ciertos lugares […] pero sus efectos reverberan por otros lugares.»[5] Por todo el planeta sigue habiendo grupos de personas ajenas a los beneficios —y las alienaciones— de los denominados «flujos globales». Nunca se ha dado una integración genuinamente global, y es de suponer que no se dará nunca mientras siga habiendo excepciones a la tendencia más general.

Ahora bien, es obvio que, así formulada, se trata de una perspectiva muy rígida, y en algunos aspectos, fundamentalista. A la postre terminaríamos por descartar prácticamente toda terminología colectiva o macrosociológica, pues siempre cabe aportar contraejemplos

para cualquier modelo generalizado. Pero muchos ejercicios recientes de historia global no encajan en esta descripción. No equiparan lo «global» a una ausencia de lindes y límites ni hacen hincapié en la totalidad planetaria de los procesos históricos. Lo que pretenden, en cambio, es ir más allá de los compartimentos y las unidades establecidas y seguir la trayectoria de los productos, las ideas y las gentes a través de las fronteras, por allí por donde hayan pasado. Estos movimientos, por otro lado, no eran todos distintos entre sí, sino que se ajustaban a estructuras típicas y patrones concretos.

Otros estudios, por el contrario, se han remontado en la historia buscando los orígenes de la integración global; en algunos casos, hasta tiempos ciertamente remotos. Historiadores de sistemas mundiales como André Gunder Frank han recalcado que la historia del sistema mundial se puede investigar a lo largo de cinco milenios. A diferencia de las interpretaciones de Wallerstein y otros, Frank sostiene que la acumulación inexorable de capital no se demoró hasta los primeros años del siglo XVI, sino que ya se puede identificar varios siglos antes.[6] Desde una perspectiva muy diferente, uno de los pioneros del paradigma de la historia mundial, Jerry H. Bentley, ha propuesto trazar una historia de la interacción transcultural que se extendería desde el cuarto milenio a. C. hasta el presente. «Desde tiempos remotos hasta el presente —apunta Bentley— se han dado interacciones transculturales que han tenido ramificaciones de importancia, políticas, sociales, económicas y culturales, para todos los pueblos implicados.» Según este punto de vista, las diversas formas de movilidad, comercio y construcción de imperios

han creado una capacidad de conexión global a través de las épocas, aunque de modos diferentes.[7] Hay quien hace remontarse los orígenes de la interconexión global aún más atrás, a veces, hasta el desarrollo mismo del lenguaje humano.[8]

Son propuestas radicales y, por descontado, problemáticas. Es importante explorar la larga historia de las rutas de interacción y los vínculos transculturales, así como reconocer la complejidad de las primeras civilizaciones. Ahora bien, esto no debería llevarnos a presuponer que los vínculos observados constituyen una historia continua que atraviesa continentes y se mantiene ininterrumpida a través de las eras. En su mayoría, los historiadores son más cautos y prescinden de los juicios de *blanco* o *negro*, *siempre* o *nunca*.[9] En vez de por dicotomías de *o esto o lo otro*, han empezado a preguntarse, más concretamente: ¿Cuándo mostró el mundo los primeros signos de cohesión, de que las interrelaciones eran fundamentales? ¿Cuándo hubo lazos tan estrechos entre pueblos que los hechos de un lugar provocaban efectos inmediatos e importantes en otro? ¿Cuándo se convirtió el mundo en un sistema único?

En respuesta a estas preguntas ha surgido toda una industria de estudios con el objetivo de localizar los puntos de inflexión cruciales e identificar los orígenes de la globalización.[10] Esta bibliografía reacciona contra el presentismo de una primera interpretación científico-social de la globalización, que reservaba el concepto para las décadas más recientes. Esta lectura, que dio sus primeros pasos en la década de 1970 y se aceleró radicalmente en la de 1990, sostenía que la comunicación por internet, la producción

global de bienes, las inversiones de capital transnacionales y el surgimiento de estructuras de gobierno global han transformado el mundo: han creado una interacción novedosa y mucho más intensa, esencialmente distinta de formas anteriores de interconexión.[11]

Muchos historiadores, por su parte, corrieron a desafiar esta idea según la cual se daba una ruptura radical con las épocas pasadas. Hoy impera en buena medida el consenso de que la globalización cuenta con una historia mucho más larga, que prefiguró y a la vez afectó al presente. En la bibliografía académica, el debate sobre las grandes fases de impulso hacia una integración global se centra ante todo en dos momentos históricos: el siglo XVI y finales del XIX.[12] Hoy la mayoría de historiadores da por sentado que, hacia la década de 1880, los contactos transfronterizos ya se habían acelerado hasta forjar un todo global e integrado. Ya resultaba virtualmente imposible imponer el aislamiento político, como Japón y Corea lo habían estado haciendo durante siglos. Los mercados laborales y los precios de las mercancías convergían atravesando límites políticos y geográficos.[13] Había redes de comunicación que abarcaban el mundo entero hasta dar impresión de simultaneidad. «Las circunstancias en las que vivimos —escribió en tono triunfante Sandford Fleming, en 1884 —ya no son las que eran. […] El mundo entero ha sido arrastrado a la vecindad inmediata y las relaciones de proximidad.»[14] La fecha y el grado de integración de los diversos componentes en este mundo de simultaneidad global eran variables; pero cuando estalló la primera guerra mundial ya había alcanzado a todas las sociedades y había comportado una auténtica

reterritorialización del mundo.[15]

Para otros historiadores, el verdadero punto de origen de un sistema mundial unificado se halla en el arranque del siglo XVI. Algunos de los procesos que auguraban una mayor cohesión global, en efecto, se pusieron en marcha alrededor de 1500: el «descubrimiento» europeo de las dos Américas, los inicios del colonialismo, los lazos comerciales capitalistas dominados por los europeos. La conquista de las dos Américas representó el principio de la expansión europea que cambiaría la faz de la Tierra en los siglos posteriores. La creación de las redes comerciales transpacíficas, por medio de los famosos galeones de Manila, enlazó América con Asia y permitió el desarrollo del mercado mundial. Muchas de las estructuras establecidas durante este período de la «globalización ibérica» —pasajes marítimos globales, la economía mundial, el crecimiento de grandes Estados, la difusión de las tecnologías y una conciencia cada vez más asentada de la totalidad global— tuvieron una capacidad de permanencia muy notable.[16]

Más allá de la globalización

La historia de la globalización ha crecido hasta formar un auténtico subgénero de la historiografía global; sus rasgos más distintivos son la búsqueda de puntos de inflexión, así como de los orígenes de una totalidad global. Desde el punto de vista de la heurística, las obras sobre la globalización seguirán siendo relevantes para todo intento de comprender la

genealogía del presente y dar cuenta del cambio a escala global. También nos sirven como primera orientación y ayudan a situar sucesos y procesos en contextos más amplios. En particular, las historias de la globalización pueden permitirnos abordar preguntas a escala global y cuestiones de largo plazo.

Pero en última instancia, convertir el pasado en una historia de la globalización también crea dificultades. Algunas se deben a la vaguedad del concepto: no siempre está claro dónde acaban las conexiones y empieza la globalización. Por otro lado, las historias de la globalización también adolecen de una tendencia a privilegiar un nivel de explicación por encima de los otros; muchas pecan de estrechez de miras al hacer demasiado hincapié en la historia política y, sobre todo, económica, de tal forma que la historia de la integración del mercado acaba confundiéndose sin más con la historia global.

Más allá de estas cuestiones prácticas, la perspectiva de la globalización debe enfrentarse a varias dificultades más fundamentales. En primer lugar, perfila la forma de la historia según un criterio único, el de las conexiones, con lo que subestima la diversidad de trayectorias y repercusiones de los procesos pasados y la traduce a un vocabulario de «más» y «menos». En ciertas formulaciones, por lo tanto, la historia de la globalización parece un *remake* de la teoría de la modernización, en el que se ha cambiado «tradición» por aislamiento y «modernidad» por entrelazamiento.[17]

En segundo lugar, las historias de la globalización se atienen al mito de la continuidad. Describen procesos de largo plazo que, según desvela un examen más minucioso, no siguieron una trayectoria recta, de hecho ni siquiera siguieron

un ritmo regular. Hubo períodos de máxima interconexión e interacción a los que siguieron períodos de relativa desconexión y divergencia. Así pues, salvo que nos movamos en escalas temporales colosales, el énfasis en la convergencia, tan típico de las historias de la globalización, resulta sumamente problemático. En general, la idea de continuidad es ante todo una ficción retrospectiva. No es inusual que las historias de la globalización vean conexiones y, a veces, «dependencias del camino» entre formas anteriores y posteriores de entrelazamiento, y extraigan de ello la conclusión de que los hechos postreros establecen una secuencia natural con los hechos previos. No necesariamente es así. Colón no sabía nada de Leif Erikson, que había llegado a Terranova quinientos años antes. En China, la visita de Marco Polo prácticamente había caído en el olvido cuando los portugueses llegaron a Cantón, en 1517. La idea de que la globalización fue un proceso continuo debe más a los deseos del presente que a la lógica del pasado.

Y, en tercer lugar, centrarse en los orígenes de la globalización presupone que las conectividades poseen un punto de partida definitivo, cuando en realidad no es así. La obsesión por los orígenes amenaza, además, con forzar el pasado de modo que trace una trayectoria única de apariencia lógica, lo cual también carece de bases reales. El intercambio comercial y de mercados, los modelos de migración, la expansión de las comunicaciones, la difusión de las ideas, la trayectoria de los conflictos sociales, las aspiraciones de los imperios y las comunidades religiosas, todos estos procesos (y otros muchos) siguen una cronología propia, con puntos de inflexión diversos, que solo raramente

se asociarán entre sí con nitidez. Así pues, el término «globalización» oscurece que, en realidad, los procesos globales y las conexiones poseyeron rasgos y estructuras internas muy diversos, y se ajustaron a lógicas diferentes, en ocasiones incompatibles. Reunirlo todo bajo la etiqueta unificadora de «globalización» esencializa el proceso y oculta la heterogeneidad del pasado.[18]

No está claro que la noción de globalización vaya a sobrevivir como concepto analítico útil para los historiadores. Muchos respaldan la idea de que conceptos más específicos, más atentos al contexto histórico, podrían ofrecer resultados más fructíferos, aun si aceptamos la necesidad de periodizar el pasado no solo de forma local y regional, sino también a escala global. De alguna manera, podemos afirmar incluso que una perspectiva de historia global nos inmuniza, hasta cierto punto, contra las intrusiones de la retórica de la globalización. Con su preferencia por la sincronía y por ubicar los acontecimientos en el espacio global, supone en efecto desafiar el hecho de dar por supuesta la continuidad a largo plazo. Para estudiar muchos temas, será mucho más apropiado utilizar períodos como unidades temporales, en lugar del (supuestamente inexorable) avance de la globalización.

¿Qué integración? ¿Qué estructuras?

Así pues, el enfoque de la historia global no se equipara sin más a la historia de la globalización. Sin embargo, uno de sus

pilares determinantes sí es la noción de la integración global. En las próximas dos secciones analizaremos con más detalle esta idea. Antes empezaremos por advertir que el concepto carece de teleología inherente. Hubo conexiones de importancia entre Asia y Europa en el siglo XIII, por ejemplo, pero tras la caída de los mongoles se evaporaron. El estudio de la integración, de las transformaciones estructuradas a escala global, no presupone que hubiera un avance continuo y regular que procediera de menos a más, de la escasez a la plenitud.

La noción de la integración, aunque pueda parecer que no requiere de más aclaraciones, sin embargo se complica cuando la analizamos más de cerca. Su premisa básica es que para comprender a fondo toda sociedad dada no se la puede observar en aislamiento. El cambio social no sucede nunca en solitario, sino que depende de los intercambios entre grupos. Cuando hablamos de integración, damos por sentado que esos contactos son más que ornamentales: que afectan a las sociedades de maneras importantes. También suponemos que las interacciones no serán efímeras y accidentales, sino recurrentes, lo que permite trazar trayectorias de forma sostenida y, a veces, regidas por un modelo. Desde el punto de vista de la metodología, el concepto de integración comparte muchos rasgos con la noción sociológica de estructura. Cuando se aplica a las relaciones entre sociedades, se han introducido también otros términos, en particular el concepto de sistema. Algunos historiadores han optado por una terminología menos rígida y prefieren hablar de «circulación», entendida como una repetición de movimientos.[19]

Aunque la bibliografía sobre este tema es compleja, el concepto de integración sigue siendo vago y escurridizo en varios aspectos. Siempre cabe preguntarse qué debemos considerar «importante», «sostenido» o «regido por un modelo», así como indagar sobre los límites del todo integrado. Al igual que la diferencia entre los árboles y los bosques, la diferencia entre un mundo conectado y uno integrado puede ser viable de forma intuitiva, pero requiere de interpretación. Ahora bien, pese a la dificultad de la definición, todo estudio de historia global depende de alguna intelección de fondo del grado, el alcance y las cualidades de la integración a gran escala. Esta clase de intelección puede ayudarnos a diferenciar, por ejemplo, entre distintas formas de movilidad e interacción. A fin de cuentas, no es lo mismo el hecho de que un Robinson Crusoe se vea arrastrado a una isla apartada tras un naufragio, que el flujo constante de turistas que la aviación moderna deja en la isla de Bali como parte de una economía de consumo global.

Las estructuras sociales, desde luego, no son entidades autónomas. No son entidades dadas ni estables. De hecho, se producen y reproducen por medio de actos individuales, es decir, de la actividad humana. No debemos tratarlas como entidades abstractas que existen por sí solas, sino como frutos de la «agencia», de prácticas cotidianas, de modificaciones y transformaciones constantes. Esto también significa que no hay una oposición inherente entre conexiones y estructuras. Antes al contrario, como las estructuras son producto de las interacciones y el intercambio, se basan en la conectividad. Cuando abordamos estas cuestiones, se plantea de inmediato una serie de preguntas. ¿Cómo se han enfrentado los

historiadores al tema de la integración? ¿En qué fuerzas se han centrado a la hora de explicar la cohesión y la posibilidad de realizar intercambios transfronterizos? ¿Cómo podemos explicar las formas de interconexión sistémica que, al parecer, han puesto fin a toda posibilidad de un desarrollo aislado? ¿Dónde sitúan los historiadores el poder que crea las estructuras globales y dicta su lógica?

Es llamativo observar que, a menudo, los historiadores privilegian una de las fuerzas motrices por encima de todas las demás. A veces, el debate es más confuso, desde luego, y se permite la presencia de varios factores en la mezcla; pero para los fines de las presentes páginas, convengamos en que son cinco los motores de cambio que han dominado la historiografía: tecnología, imperio, economía, cultura y biología. En última instancia, sugeriremos que la integración tiene múltiples causas, múltiples manifestaciones o consecuencias, y en cierto sentido también múltiples cronologías, algunas más prolongadas que otras. Pero antes examinemos brevemente esos cinco modos de integración a los que los historiadores apelan tan a menudo.

Entre las narraciones más poderosas que explican el surgimiento de la cohesión global ocupa un lugar destacado la del cambio tecnológico y la evolución de los medios de comunicación de masas, que facilitaron la interacción y la comunicación transfronteriza. Se nos cuenta la invención de la escritura, la imprenta, la transmisión eléctrica a larga distancia y la red de internet. También es la historia de la rueda y la construcción de barcos, de los buques de vapor y de la navegación aérea. Igualmente, se nos habla de la revolución militar, de las espadas y la artillería, de las

ametralladoras y los carros blindados, y de las armas nucleares. Así como la expansión de los imperios antiguos se basó en la invención de los carros con ruedas de radios, es difícil concebir el Imperio Británico sin las cañoneras y el telégrafo. El mundo no se habría vuelto más pequeño en el siglo XIX, sin lugar a dudas, si no hubieran existido los barcos de vapor y los ferrocarriles. En lo esencial, según esta interpretación, las novedades en la integración global se pueden atribuir a cambios en la maquinaria.[20]

Un segundo paradigma hace hincapié en las decisiones políticas y la expansión militar, y se centra en los imperios, en tanto que entidades más poderosas de la historia humana. Las historias globales del imperio nos alertan sobre la notable capacidad de resistencia de los Estados expansionistas y multiétnicos.[21] A lo largo del tiempo, los imperios han organizado el comercio a larga distancia y facilitado el desplazamiento de personas e ideas fuera de sus comunidades originales. Pensamos en los romanos y la dinastía Maurya, los mongoles, los españoles y los británicos. En el período contemporáneo, la interacción de los imperios forjó un sistema imperialista y desembocó en el proceso de globalización del presente. Tanto si se las saluda como un modelo benefactor como si se las contempla con escepticismo, las fuerzas de la expansión imperial han sido cruciales a la hora de enlazar regiones distantes del globo y engendrar una integración a gran escala.[22]

En tercer lugar, se ha atribuido el papel de motor primero, quizá más a menudo que a ningún otro candidato, a las interacciones económicas. Aquí encontramos dos narraciones complementarias: la del comercio y la de los modos de

producción. A lo largo de muchos siglos, si existió una arena global fue la de «el mundo que el comercio creó».[23] Ya en el período antiguo, la producción se destinaba en parte a mercados distantes. En la península arábiga y el África oriental se han encontrado fragmentos de cerámica china de los siglos IX y X. Desde el siglo XIII, aproximadamente, las regiones comerciales quedaron cada vez más enlazadas, y entre los historiadores económicos predomina el consenso de que a partir del siglo XIX emergió ya un mercado mundial integrado. Esta integración de mercado generó una convergencia de los precios y la aparición de un mercado de trabajo globalizado. Al terminar el siglo XIX, había campesinos de Italia que aprovechaban las diferencias estacionales entre Europa y América Latina, y pasaban el invierno europeo como «emigración golondrina», trabajando en los trigales de Argentina. El descenso en el coste del transporte, la ampliación de las cadenas productivas y la migración de mano de obra se combinaron para producir un sistema integral en el que los cambios vividos en un lugar provocaban respuestas en otros lugares. Con el estallido de la guerra civil estadounidense, la producción algodonera se hundió, y ello supuso tanto crear nuevos campos de cultivo en Togo y Egipto como el ascenso de los precios textiles en Europa y Asia.[24]

Si la narración del comercio es un relato bastante directo, incluso cuantificable en parte, la que se centra en los modos de producción y el capitalismo es más compleja. Las redes comerciales se pueden adecuar a una enorme variedad de sociedades, se suele decir; pero la transformación capitalista que la economía ha experimentado desde el siglo XVI ha

acarreado una transformación de los modos de producción y, más en general, de las relaciones sociales. Según esta interpretación, hay un salto cualitativo entre la circulación *per se* y la circulación en condiciones de capitalismo. La extensión del capitalismo a regiones cada vez más extensas —que se produjo ante todo en el transcurso del siglo XIX— no supuso una mera ampliación de los mercados, sino que representó una transformación fundamental de las relaciones sociales. La conversión del valor de uso en valor de intercambio posibilitó mercantilizar las interacciones sociales, desde el trabajo asalariado hasta las relaciones intrafamiliares. Se suele aducir aquí que el cambio fue sistémico, pero no necesariamente homólogo. El ascenso de la industria del automóvil en Europa y Estados Unidos creó empleo para trabajadores con contrato, pero también incrementó las plantaciones de caucho, donde la mano de obra era esclava o estaba sujeta a condiciones de servidumbre.[25] En esta interpretación, la integración global fue posible solo como resultado de la penetración capitalista y, por lo tanto, es un fenómeno bastante reciente. Así pues, la integración no es una cuestión de escala (el planeta entero) y cantidad (el volumen de negocio), sino de cualidad: la mercantilización de las cosas y las relaciones sociales crea una coherencia sistémica y permite que haya compatibilidad e intercambiabilidad a través de fronteras geográficas, culturales y étnicas.[26]

Muchos historiadores han reaccionado con escepticismo ante lo que consideran un ejemplo de determinismo económico. En su lugar defienden que el ingrediente central del proceso de globalización es la cultura. Algunos han apuntado a las grandes religiones que, desde la Era Axial —el

período de hacia 500 a. C., cuando emergieron, de forma independiente, grandes religiones y filosofías en China, la India, el Próximo Oriente y Grecia—, han creado lazos poderosos entre diferentes regiones del planeta. Otros se han centrado en ideologías y cosmologías. Sanjay Subrahmanyam, por ejemplo, ha defendido la existencia de una «coyuntura milenaria a escala euroasiática» que unió a muchas sociedades, desde la península ibérica hasta la llanura del Ganges, y desde el siglo XV hasta el XVII, salvando las diferencias políticas y religiosas.[27]

La lista de ejemplos no es escasa. Ahora bien, más allá de los casos empíricos, ¿en qué premisas metodológicas se basa este supuesto carácter central de la cultura? Entre los candidatos están la noción de *paradigma* según Thomas Kuhn —entendido como «un conjunto de creencias compartido que [… puede darse] por sentado»— o el concepto de *episteme* en Michel Foucault —que «en un momento dado […] define las condiciones de posibilidad de todo saber»—.[28] Los dos son enfoques orientados esencialmente hacia el interior, pues consideran que el cambio —nuevos paradigmas, rupturas epistémicas— se genera dentro del campo de la cultura. También han propuesto argumentos sistemáticos a favor del impacto de los factores culturales los sociólogos de la escuela de la gobernación mundial. Estos teóricos neoinstitucionales afirman que el proceso clave de la globalización ha sido, desde el siglo XIX, la aparición de una cultura mundial. Nociones tales como libertad, derechos, soberanía y progreso se diseminaron globalmente y han dado forma a instituciones sociales por todo el mundo. Según este punto de vista, la vida cotidiana se ha transformado especialmente a fondo por

medio de un conjunto de normas aceptadas globalmente, más que por los intercambios comerciales o la competencia política. Los efectos son de gran alcance, e influyen en todo, desde instituciones estatales (como la educación pública) a tendencias personales (como la individualidad). La cultura mundial, así, pudo actuar de puente que salvó las diferencias culturales tradicionales y creó un mundo de «isomorfismos» y semejanzas cada vez mayores.[29]

Por último, algunos historiadores han propuesto, como vigorizadores del cambio global, factores biológicos y ecológicos. Se centran en acontecimientos medioambientales que afectaron con intensidad el pasado humano: la peste negra que asoló Asia, Europa y África a mediados del siglo XIV y costó la vida a una cuarta parte de la población mundial; las enfermedades que los españoles portaron consigo al otro lado del Atlántico y diezmaron a la población indígena de las Américas; el intercambio biológico que, en la estela de los descubrimientos colombinos, llevó trigo y ganado a las Américas y patatas y maíz a China; los mosquitos que ayudaron a debilitar los imperios europeos en América Latina y África; la Pequeña Edad de Hielo del siglo XVII… La lista no se acaba aquí. Hay debates muy recientes sobre el Antropoceno, el período posterior a la revolución industrial, en el que la huella de la actividad humana ha empezado a transformar la geología del planeta. Los historiadores que adoptan esta perspectiva entienden que los vínculos entre los distintos grupos los posibilitó una continuidad de la experiencia humana que es, en parte, fisiológica. La unidad biológica de la especie, por tanto, se erige como uno de los factores que nos permite ver el globo como una totalidad

integrada.[30]

Integración por medio de estructuras que se solapan

Por razones heurísticas, hemos descrito por separado, una por una, las fuerzas motrices de la integración global. Representan la gran variedad de estructuras posibles, que van desde las «que dan forma e imponen limitaciones al desarrollo del poder militar mundial hasta las que dan forma e imponen limitaciones a las bromas de un grupo de colegas que los domingos salen juntos a pescar».[31] Algunas han extendido su alcance hasta el ámbito global, otras son mucho más restringidas. La integración estructural puede quedarse en el nivel regional e incluso local; no necesariamente tiene que ser planetaria. Para muchos historiadores globales, la infraestructura que proporcionaron el Imperio Británico y las rutas comerciales del océano Índico en la Edad Moderna son cruciales para explicar el cambio global.

También deberíamos evitar la idea de que la integración es un proceso prácticamente natural. En realidad, fue obra de actuantes históricos. Una diversidad de grupos y actuantes intentaron realizar sus propios proyectos globalizadores, proyectos que competían entre sí (y a veces entraban en mutua contradicción) y que diferían por su densidad y alcance geográfico: la red de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, el imperio de Napoleón, las redes transnacionales del anarquismo, el horario universal creado por Sandford Fleming. Buena parte de lo que hoy podemos

percibir como estructuras globales es el fruto de esta clase de proyectos, de estrategias en competencia que ansiaban generar circulación y controlarla, así como de planes diversos de creación de mundos.

Por otro lado, la integración estructurada no se puede atribuir a una sola causa o serie de causas. Entre las tareas de la historia global entendida como perspectiva figura precisamente la de comprender la relación de las diversas causalidades que actúan a gran escala. Hubo épocas y lugares en los que las relaciones comerciales desempeñaron un papel clave, y momentos en los que la cohesión global fue acelerada por el cambio tecnológico. En su conjunto, resulta útil comprender la integración global no como el fruto de un factor único, sino de estructuras que se solapan. Es difícil separar con nitidez las dimensiones económica, política y cultural. La convergencia de los mercados, por ejemplo, no fue un proceso autónomo, sino que se vio influido por las preferencias culturales y «facilitado» por intervenciones políticas: la captura de barcos guyaratíes por los portugueses en el océano Índico, las cañoneras británicas, la apertura forzosa de ciudades portuarias en Yokohama e Incheon, Ningbo y Xiamen.

Así pues, estos procesos no fueron independientes. Tampoco necesariamente fueron homólogos: no todos apuntaban en la misma dirección ni siguieron la misma cronología. La primera guerra mundial hizo que se levantaran barreras económicas, pero el intercambio cultural y las organizaciones internacionales prosperaron en el período de entreguerras. Las fases de integración económica podían ir de la mano de la disociación política; el incremento

de la apertura cultural no siempre fue simultáneo de las fases de intercambio económico y político. Por lo tanto, lo que solemos designar como «globalización» fue el resultado de una compleja red de estructuras solapadas e interrelacionadas, cada una de las cuales seguía su propia dinámica; en palabras de Charles Tilly, se trató de «un proceso superior interdependiente».[32] Entre estos procesos hubo intersecciones diversas; la fórmula de la estructura, por decirlo así, no fue la misma en todas partes. En consecuencia, estas fuerzas mayores provocaron impactos muy desiguales.[33]

Es importante recordar, por último, que hacer hincapié en las estructuras no implica que las personas —la agencia humana más en general— dejaran de ser cruciales. Es una advertencia que hay que tener en cuenta. El vocabulario de las estructuras, como la retórica de la globalización, puede crear la impresión de una jaula de hierro: macroprocesos abrumadores que no dejan sitio a la acción personal, a los acontecimientos que reconfiguran estructuras, a lo accidental, al descubrimiento fortuito. Algunos estudios, en particular cuando abarcan varios siglos o períodos aún más largos, podrían dar la impresión de que la historia estuvo guiada por macrofuerzas anónimas, mostrar una historia sin seres humanos, como si la Tierra fuera una megalópolis despoblada. Pero esto no solo induce a confusión, es más grave aún; en realidad, para que los procesos de integración estructurada perduren y sean estables necesitan individuos y grupos, sus actividades cotidianas. Las estructuras quizá provean las condiciones en las que la gente actúa y los entrelazamientos se hacen realidad, pero no determinan por

entero estas acciones. La originalidad y creatividad de las acciones humanas no se puede predecir por el simple estudio de los contextos.

Lo que caracteriza la historia global en tanto que enfoque, por consiguiente, no es el funcionalismo, ni tampoco necesariamente la perspectiva macrosociológica. No cabe derivar la causalidad tan solo de los macroprocesos. Más aún, las fuerzas que actúan en un macronivel no por fuerza tienen un impacto mayor que los procesos de carácter más local. Aunque la Pequeña Edad de Hielo del siglo XVII tuvo repercusiones de alcance global, por citar un ejemplo, sin embargo la mayoría de acontecimientos se explican sin necesidad de recurrir al cambio climático. Lo importante sigue siendo analizar esas problemáticas y estar abierto a investigar todas las cuestiones de la causalidad hasta llegar al nivel global.

¿CUÁNDO HUBO GLOBALIDAD?

Una vez expuesto, como telón de fondo, el carácter multinivel de las transformaciones estructuradas, nos hallamos en posición de abordar mejor la última pregunta: ¿Cuándo hubo historia global? Por expresarlo con más precisión: ¿En qué períodos vale la pena emplear una perspectiva histórica global? ¿Hay períodos en los que esta resulte especialmente provechosa y produzca resultados mejores que otros enfoques? ¿Hay otros momentos en los que carezca por completo de sentido? ¿Hay eras del pasado

humano que se hallen fuera del alcance de la historia global? ¿Hasta cuán atrás puede remontarse un historiador global?

Mi propuesta es la que sigue. Cuando pensamos en la trayectoria completa de la historia humana, no se debe excluir la utilidad del enfoque histórico global, según se ha descrito en este libro. En principio, lo podemos aplicar a cualquier región y cualquier período del pasado. Ninguna época histórica posee el monopolio sobre las perspectivas globales. Esto puede parecer antiintuitivo, dado el fuerte hincapié de este capítulo en la integración global. Ciertamente, el poder explicativo y de plausibilidad de los enfoques globales será mayor en aquellos períodos de conexiones profundas e interacciones intensas. Esto es particularmente cierto a partir del siglo XVI, y cada vez más urgente desde el XIX, cuando el impacto de tal integración fue sentido por numerosos contemporáneos en todo el mundo.

Pero en tanto que perspectiva, también es muy útil ampliar el enfoque global a épocas anteriores. Para muchas formas de relación a larga distancia, podemos remontarnos, en efecto, muy atrás. Los desplazamientos de personas, desde luego, no son una exclusiva de los siglos recientes, sino que han caracterizado la condición humana desde la prehistoria. Y desde la Antigüedad (como muy tarde), la producción ya no se limitaba al consumo local, sino que también se dirigía al comercio, a veces a través de distancias muy grandes. Además, hace asimismo mucho tiempo que emergió la conciencia de las posibles ventajas de tales vínculos.

Tras estudiar conexiones y formas de conciencia, algunos historiadores globales han proclamado una Edad Media global, y otros han empezado a explorar lo que se aventuran

a denominar «antiguas globalizaciones». Cuando Edward Gibbon, que escribía en el siglo XVIII, comentó en una nota al pie que el descenso en la demanda de pescado inglés, en 1328, se debió a la expansión del imperio mongol, le pareció «no poco caprichoso que las órdenes de un jan mongol, que reinaba en tierras fronterizas con China, pudieran haber reducido el precio de los arenques en el mercado inglés».[34] Este asombro, como la retórica de los caprichos, ya no se sostiene. En años recientes, los historiadores han desvelado una fascinante variedad de interacciones que no figuraban de forma destacada en muchos estudios más antiguos por estar confinadas a una única civilización o sociedad: la difusión del budismo por Asia; los lazos comerciales del océano Índico, desde la península malaya al África oriental; los imperios mongoles que transformaron de forma perdurable amplias zonas de Eurasia; las comunidades mercantiles en diáspora y las rutas mercantiles de las caravanas, como las que atravesaban el Sahara; o los viajes de Ibn Battuta en el siglo XIV, que lo llevaron del norte de África y España hasta China, e hicieron de él, en palabras de Jawaharlal Nehru, uno de los «grandes viajeros de todos los tiempos».[35] Algunos de estos entrelazamientos dejaron una huella duradera y cambiaron profundamente las sociedades implicadas. En la Edad Media, en la Antigüedad y aun antes, se establecieron modelos importantes de conectividad global. La búsqueda de conexiones globales en estos períodos antiguos ha dado origen a muchas obras sugerentes y ha puesto de manifiesto que no solo es posible, sino incluso muy productivo, extender las perspectivas globales a períodos antiguos del pasado humano. Además, hay ciertos temas —como el estudio a largo plazo

del cambio climático, por ejemplo— en los que sería absurdo no hacerlo así.[36]

Sin lugar a dudas, en esos tiempos remotos, los vínculos y las conexiones eran mucho más débiles, y su impacto muy inferior al que tuvieron, digamos, en el siglo XX. No necesariamente eran solo superficiales, pero en muchos casos su efecto fue limitado. A menudo, por ejemplo, solo afectaron a las élites de unas pocas ciudades portuarias, antes que a sociedades enteras. Y algunas conexiones duraron poco tiempo. Como el enfoque global hace especial hincapié en las cuestiones de integración y estructuras globales, debemos tener en cuenta estas limitaciones. Proyectar indiscriminadamente sobre el pasado remoto el interés por lo global carece de utilidad.[37]

Por lo tanto, no todos los temas serán igual de idóneos para una perspectiva global. Consideremos el ejemplo de un reciente estudio de Siep Stuurman sobre dos grandes historiadores de la Antigüedad, Heródoto y Sima Qian. Ambos autores —que escribían en el siglo V a. C. y hacia 100 a. C., respectivamente— interpretaron el pasado desde el interior de su ecúmene cultural, pero los dos se interesaron también por las sociedades vecinas y, en su empeño por comprenderlas, emprendieron lo que podríamos denominar un «giro antropológico» (que incluía imaginar a su vez cómo esos extranjeros los debían de ver a ellos). Se trata de un estudio sobre un tema netamente transcultural, de mirada amplia y estimulante, que nos invita a encontrar semejanzas donde la historiografía antigua solo habría visto diferencias (de lengua, cultura y concepción del mundo). Pero si somos estrictos, no se trata de historia global en el sentido que aquí

damos a este concepto; por su método, no deja de ser una comparación tradicional. Por descontado, esto no es una deficiencia en sí misma; dado que no hubo, o apenas hubo, lazos directos entre la Grecia clásica y la China Han, y que hay varios siglos de distancia entre los dos historiadores, la comparación quizá sea el instrumento más eficaz. Ahora bien, aunque el tema es amplio e incluso global, el enfoque no lo es. Los dos casos se analizan, en lo esencial, en sus propios términos, con la mirada centrada en los factores internos.[38]

Imaginemos ahora una comparación entre las acciones de construcción estatal del Imperio Romano y la China Han; la cuestión podría ser muy distinta. Ciertamente, apenas hubo contactos directos entre estos dos imperios que dominaron, cada uno de ellos, una gran extensión del mundo antiguo. Cuando el gobierno chino envió a Gan Ying a Roma, como embajador, en 97 d. C., el diplomático dio la vuelta en el mar Negro, antes de llegar a la ciudad del Tíber; esta fue la ocasión en la que la China Han estuvo más cerca de interactuar directamente con Roma. Pese a todo, hubo factores externos que afectaron a las dos estructuras políticas, de formas distintas, pero a la vez relacionadas. El intercambio mercantil de la Ruta de la Seda enlazaba indirectamente a los dos imperios; los ritmos del comercio los sometían a desafíos similares, si no idénticos, por ejemplo, cuando las guerras de la estepa asiática dificultaron el flujo mercantil a su paso por el Asia Central. Ambos imperios se vieron asimismo afectados por conflictos con poblaciones nómadas en los márgenes del imperio, porque las guerras libradas en las regiones occidentales de China generaban regularmente sublevaciones en la frontera oriental de Roma.

Así, un estudio de las técnicas de construcción estatal en estos dos imperios debería tomar en consideración esta clase de contextos más generales; quizá se organizaría aún como una comparación, pero podría responder muy explícitamente a un programa de historia global. A diferencia del ejemplo anterior, se basaría en alguna forma de integración estructurada, a la que trataría como un contexto importante, por mucho que las guerras nómadas y la Ruta de la Seda no fueran los temas centrales del estudio. Son contextos que no necesitan gozar de prioridad frente a todo lo demás; de hecho, pueden ser menos prominentes que otros factores. Pero esta no es la cuestión. Entre las tareas de los historiadores globales figura la de calibrar el impacto relativo de los distintos grados y distintos modos de la integración. Pero sea cual sea el alcance de la integración, un enfoque de historia global también nos insta a abordar la cuestión de la causalidad en esta escala mayor, la escala global.

CAPÍTULO 6.
EL ESPACIO EN LA HISTORIA GLOBAL

Desde que apareció la globalización, los historiadores han empezado a poner en duda los parámetros espaciales de su disciplina. Los experimentos realizados con geografías alternativas son tan solo la manifestación más visible de un «giro espacial» más amplio que aspira a rehabilitar el espacio como categoría teórica.[1] En el nivel práctico, este empeño es lo que se ha asociado más a menudo con la historia global. La búsqueda de concepciones innovadoras del espacio y de nuevos marcos espaciales que permitan huir del pensamiento compartimentado despierta preguntas importantes para la disciplina. ¿La historia global abarca la experiencia humana en toda su extensión? ¿Es necesario que la historia global sea de ámbito planetario, que se ocupe del mundo entero? ¿Qué unidades —emplazamientos, ubicaciones— son las más idóneas para los historiadores globales?

No son preguntas inéditas, por descontado. Hace mucho que los historiadores debaten sobre los méritos de las distintas perspectivas, de la visión de proximidad frente a la visión macroscópica. Las diferencias de opinión quedaron especialmente claras en el desafío que la microhistoria lanzó

contra los enfoques estructuralistas. En muchos sentidos, el interés actual es heredero de estas polémicas anteriores. Al mismo tiempo, en el campo de la historia global la cuestión de la escala adquiere una urgencia evidente. Por un lado, los historiadores globales pretenden ir más allá de las venerables espacialidades eurocéntricas, lo que concede a este asunto un carácter prioritario en sus estudios. En segundo lugar, la cuestión de dónde situar «lo global» no resulta nada trivial. ¿Es lo global una esfera específica de acción social y de análisis? ¿Es un hecho dado o más bien el fruto de la práctica y la actividad social?

La falange entera de los historiadores globales, universales y transnacionales ha declarado tener como objetivo escribir «historias para una era menos nacional».[2] Hay que dejar atrás el contenedor del Estado-nación, que la disciplina moderna de la historia había dado por sentado; y no solo eso: el reto es liberarse de todas las unidades espaciales establecidas, incluidos imperios, religiones y civilizaciones. En este caso, de nuevo, no es preciso que los historiadores vuelvan a inventar la rueda. Hace ya mucho tiempo que los historiadores de los imperios, el comercio, la migración y las religiones, por citar solo unos pocos casos, han mostrado su preferencia por los vínculos y las conexiones, más que por las narraciones específicamente nacionales. De hecho, algunos han abordado sus temas de estudio con una lente intrínsecamente transregional. La historia del tráfico de esclavos es un buen ejemplo. Aunque los estudios se hayan centrado en el flujo transatlántico, no menos cruciales fueron los modelos de captación empleados en África, las diversas formas de la esclavitud intraafricana y los mercados de

esclavos del océano Índico. Las trayectorias del comercio y las migraciones también crearon nuevos espacios de comunicación, como el frecuente ir y venir de antiguos esclavos a través del «Atlántico Negro». Aun así, a menudo los historiadores usaron una perspectiva primordialmente nacional, analizando la esclavitud como elemento de la historia de Estados Unidos, Cuba o Brasil.

Otro campo en el que la globalidad parece ser inherente es la historia medioambiental, pues la contaminación y el cambio climático, a todas luces, trascienden las fronteras políticas y culturales. Durante muchos años, sin embargo, la transnacionalidad inherente al fenómeno no impidió a los historiadores dividir sus materiales en relatos nacionales sobre movimientos ecologistas y legislación medioambiental; para empezar, porque los datos disponibles se presentaban agregados a nivel nacional. En principio, sin embargo, es evidente que los efectos de la erosión, los terremotos y los maremotos, así como la difusión de gérmenes y patógenos, enfermedades y epidemias, etcétera, requieren perspectivas abiertas a los espacios que el objeto de estudio constituye, espacios que no necesariamente convergen con los límites nacionales e imperiales.[3]

¿Huir de las narraciones nacionales exige saltar de inmediato a la globalidad? Es lo que se tiende a pensar, en lo que respecta al nuevo enfoque. Y en efecto, en las últimas dos décadas ha visto la luz un alud de publicaciones que pintan sus temas sobre un lienzo de ámbito mundial: historias globales de la guerra fría, del azúcar y del algodón, de la construcción de los Estados, del siglo XIX, de la propia humanidad. Son historias de corte omnímodo, historias del

todo, de la totalidad planetaria. Algunas son obras maestras, capaces de alterar de forma definida y perdurable los parámetros de su campo de estudio. Forman un subcampo importante de la historia global. Pero aunque han atraído mucha atención popular, no necesariamente son representantes típicos de la historia global en cuanto enfoque especializado. A diferencia de estas obras de síntesis, la mayoría de los proyectos de investigación y estudios más innovadores no han optado por un escenario mundial, sino que han intentado más bien ubicar sus objetos de estudio en espacios históricos alternativos.

Ha habido muchos intentos de concebir espacialidades novedosas y explorar nuevas geografías que van más allá del ámbito nacional, pero sin llegar al global. Lo que se percibe como voluntad de innovación, por descontado, depende del campo y del período de estudio: una perspectiva europea, por ejemplo, representa un reto para los historiadores del período contemporáneo, pero mucho menos para los medievalistas. En las páginas que siguen, analizaremos con cierto detalle cuatro estrategias de reconcepción del espacio global: la construcción de grandes regiones transnacionales; el paradigma del «seguimiento»; el pensamiento en redes; y la escritura de microhistorias de lo global. Al final, este capítulo defenderá que, por importante que sea la búsqueda de unidades espaciales alternativas, el auténtico desafío consiste en ir variando entre las diversas escalas de análisis y lograr articularlas, antes que aferrarse a territorios determinados.

Espacios transnacionales: océanos

Una de las estrategias más populares para ir más allá del contenedor del Estado-nación ha sido trabajar en espacios más extensos, supranacionales, que median entre las condiciones locales y las grandes constelaciones globales. En este contexto, han pasado al primer plano los espacios interactivos, espacios que —como los grandes océanos— facilitaban el intercambio a lo largo de un período de tiempo extenso, sumaban la participación de regímenes políticos diversos, e incluso posibilitaban cubrir grandes distancias. Estos espacios nos permiten ver cómo la interacción y la comunicación crearon nuevas formas de estabilidad.

Tales perspectivas no son nuevas. Ya hace tiempo que grandes regiones como la «Eurasia islamicada»,[*] la «sinosfera» dominada por China y, muy en particular, el Mediterráneo, hallaron biógrafos. En la estela de la obra clásica de Fernand Braudel, otros mares —tales como el océano Atlántico y el Índico— han generado una historiografía extensa. El centro de atención temporal de estas obras regionalistas ha sido en gran parte la Edad Moderna, un segmento del pasado que no se organizó esencialmente siguiendo criterios nacionales. Aquí, los estudiosos no pretendían el fin específico de trascender el Estado-nación. Pero aun así, estudiar los océanos y regiones extensas supuso desafiar con claridad tanto las geografías convencionales como los estudios de área. Durante la mayor parte de la historia humana, los grandes mares no funcionaron como masas de agua que aislaban territorios, sino que permitieron establecer contactos e interconexiones más allá de las fronteras políticas y culturales.[4]

En años recientes, los historiadores globales han partido de estos enfoques, que son una base sólida. La investigación sobre el Atlántico, en particular, se ha convertido en un campo especialmente feraz para el cultivo de la investigación transnacional y de la historia global.[5] Estas obras más recientes han refinado los marcos generales e introducido varias modificaciones que superan las limitaciones de estudios anteriores. En primer lugar, la cohesión de estas macrorregiones (y más en especial, de la historia marítima) ya no se considera exclusiva de la Edad Moderna. La nueva investigación ha determinado hasta qué punto los espacios oceánicos continuaron siendo importantes hasta bien entrada la Edad Contemporánea, en tanto que arenas transnacionales que mediaban entre los procesos nacionales y globales, sobre todo en los campos de la cultura y la economía. Esta extensión temporal de la historia oceánica ha contribuido a refutar la idea de que a partir del siglo XIX, inevitablemente, los marcos nacionales ocuparon el centro de la escena.[6]

En segundo lugar, los modos anteriores de «pensar en regiones extensas» (tales como la historia de la Europa medieval) solían adolecer de un sesgo eurocéntrico. Las obras más recientes han añadido complejidad a esa historia tradicional, en varios aspectos. Algunos estudiosos han puesto en duda las premisas habituales sobre el desarrollo interno de Europa y Estados Unidos, y han complementado la venerable institución de la historia atlántica haciendo hincapié en los Atlánticos negro y rojo.[7] Otros autores han investigado de qué manera Europa se vio afectada por las conexiones con otras partes del mundo, por ejemplo a través de la Ruta de la Seda.[8] Estas obras muestran que no cabe entender la

historia europea como autogenerada, pues con ello estaríamos pasando por alto el impacto de sus numerosos entrelazamientos.[9]

Otra técnica empleada para socavar las grandes narraciones de carácter eurocéntrico surgió de nuevos estudios realizados en regiones donde Europa, durante mucho tiempo, tan solo interpretó un papel subordinado. Un ejemplo claro de ello es la historia del océano Índico, denominado en ocasiones «cuna de la globalización». Mucho antes de la presencia europea en la región, esta masa de agua posibilitó que hubiera relaciones culturales y económicas entre África, el mundo árabe, el subcontinente indio, el sudeste asiático e incluso China.[10] El mar Negro, el mar de la China meridional, el océano Pacífico y la bahía de Bengala interpretaron papeles similares.[11] Otro espacio oceánico que recientemente ha atraído mucha atención entre los expertos es el mundo marítimo del Asia oriental, donde toda una red de relaciones se extendía por el mar de Japón y el mar de la China oriental. Buena parte de estos estudios —que en su mayoría se han publicado en lenguas asiáticas— son antes que nada aportaciones a la historia del Asia oriental; pero también proporcionan estímulos de interés para los historiadores globales. Por ejemplo, estudios recientes demuestran que circunstancias regionales crearon las condiciones en las que fue posible que las potencias occidentales ampliaran su dominio hasta entrar en el este de Asia. El Asia oriental no quedó simplemente «incorporada» al mundo comercial europeo. Su conexión con una economía mundial dominada por Occidente debe entenderse frente al telón de fondo de un orden asiático-oriental construido de

forma deliberada, que se enlazaba a través del sistema tributario y, por medio de la economía de la plata, se conectaba con otros circuitos hasta llegar a las Américas.[12]

Explorar espacialidades alternativas

Aparte de las historias de regiones extensas y mundos marítimos, la historia global también ha engendrado modos más experimentales de ordenar el espacio. En diversos campos —tales como las historias de mercancías concretas, de organizaciones globales, de la salud global y de la mano de obra global— los historiadores han labrado nuevos marcos espaciales para sus estudios. En esta dirección, las propuestas más innovadoras no se basan en territorialidades fijas, sino que empiezan por plantear preguntas y luego siguen la pista de las personas, las ideas y los procesos, hasta donde aquella nos conduzca. De este modo, los historiadores han logrado trascender las territorialidades acotadas, vincular ubicaciones del interior de una nación con otros niveles, ya supranacionales, y explorar los espacios de solapamiento.[13]

Estas incursiones novedosas han recibido el estímulo de otros debates surgidos en campos próximos, como la antropología. Se han hecho famosas las palabras con las que George Marcus ha convertido el «seguimiento» en un mantra metodológico para los trabajos de etnografía en una era global: sigue a la gente, sigue las cosas, sigue el conflicto, etcétera.[14] Los historiadores han acogido la sugerencia y se han embarcado en estudios que carecen de un punto de

referencia territorial fijo, y en su lugar se mueven por las regiones según exija la dinámica de los objetos de estudio. Un ejemplo reciente es el de Gregory Cushman y su historia global del guano. El libro estudia cacas de pájaro, aunque sería más digno quizá —y no impreciso— describirlo como el estudio de un producto con elevadas concentraciones de nitrógeno, que se empleaba como un fertilizante muy demandado que incrementó claramente la producción agrícola en la era industrial. Tras ser «descubierto» por Alexander von Humboldt en los primeros años del siglo XIX, a mediados de siglo las exportaciones de guano representaban más del 60 % de los ingresos del Estado peruano. Primero se obtenía en las islas situadas frente a las costas de Perú, pero el autor extiende la historia hasta donde quiera que los excrementos lo lleven. En vez de centrarse en un espacio en particular, sigue el guano —el comercio, las personas que tenían que ver con él, y un conjunto de ideas— por toda la costa sudamericana, el mundo de las islas del Pacífico y los centros agrícolas de Gran Bretaña y Estados Unidos.[15]

A veces, las conexiones estudiadas son más imaginarias que reales. En un libro sugerente, Engseng Ho ha seguido la diáspora de los descendientes del profeta Mahoma, que se origina en el Yemen meridional, y, en los cinco siglos posteriores, atraviesa el océano Índico hasta llegar al sudeste asiático. En sus diversos destinos, los *sayyid*, según se denominaban, se integraron en sociedades locales (que a su vez recibían la influencia de los imperios de los portugueses, neerlandeses y británicos) sin dejar por ello de destacar como élites cosmopolitas. Vale la pena señalar que no formaron una comunidad discernible como tal, sino que pertenecieron

a distintos Estados, naciones y grupos étnicos y lingüísticos. Su conexión era ante todo imaginaria, por medio de la idea de una genealogía común que les aseguraba una condición social. Lo que Engseng Ho describe y reconstruye es en efecto una «sociedad de los ausentes», un mundo virtual que sin embargo poseía consecuencias reales importantes, porque la condición de *sayyid* facilitaba viajar y asentarse.[16]

En otros campos, la movilidad translocal obedece con más firmeza a restricciones estructurales e institucionales. La historia global de la mano de obra, por ejemplo, traza el mapa de la movilidad de diversos tipos de trabajadores —incluidos los regímenes de esclavitud, servidumbre por deudas, empleo estacional y «trabajadores acogidos» de origen extranjero— a la vez que asocia esos movimientos con los mercados y las infraestructuras imperiales.[17] La historia de las mercancías sigue la pista de productos clásicos —el caso más famoso es el del azúcar, por el estudio clásico de Sidney Mintz, pero también el algodón, la soja, la porcelana y el vidrio— a través de geografías distantes y tiempos diversos. Son estudios sobre la interconexión, que enlazan puntos de producción y consumo en distintas ubicaciones y muestran cómo esas mercancías afectaron a los hogares individuales, así como a formaciones sociales y grupos mayores.[18] De forma aún más explícita, los historiadores de las cadenas productivas hacen hincapié en los modos en los que se solapan las exigencias del mercado y las iniciativas de los actuantes históricos, y en cómo las condiciones institucionales dan forma a las trayectorias de trabajadores y bienes. Esta categoría se originó como un subcampo de la historia económica, pero también puede abrirse a las perspectivas de

la historia cultural, pues crea un espacio en el que cabe examinar los motivos y las concepciones del mundo de los trabajadores y emprendedores, banqueros y comerciantes, compradores y consumidores. Reconstruir las cadenas productivas subraya, de una forma muy tangible, el flujo transregional del trabajo y los productos y, al centrarse en emplazamientos específicos, atestigua las estructuras que posibilitan (y al mismo tiempo, limitan) el comercio global. [19]

Según se pone de manifiesto en estos ejemplos, los enfoques de la historia global han movido a los historiadores a explorar marcos alternativos y experimentar con categorías espaciales que tienen en cuenta el carácter interconectado del pasado. En los casos más afortunados, logran capturar las regularidades de los grandes procesos transfronterizos, pero sin dejar de prestar atención al nivel local, como cuando se centra la mirada en los productores y consumidores. En campos como la historia global de la mano de obra o de las cadenas productivas, también se demuestra que no existe un contraste inherente entre lo que algunos autores han denominado «procesos de territorialización» —la regulación del espacio por parte de los imperios y los Estados-nación— y «desterritorialización» —vagamente entendida como la disolución de esa clase de órdenes estables—. La idea imperante en los primeros años del siglo XXI, según la cual la globalización haría desaparecer las fronteras y crearía un mundo de circulación fluida, ha demostrado ser infundada. Según han puesto de relieve estudios recientes, resulta más útil hablar de regímenes de territorialidad: relaciones cambiantes entre la nación y el Estado, entre la población y la

infraestructura, entre el territorio y el orden global. Las variaciones de estos regímenes son fruto de la disolución de algunos lazos al tiempo que pasan al primer plano otras estructuras y formas de incrustación. Los elementos de desterritorialización siempre han ido de la mano de otros procesos de territorialización.[20]

Redes

Un enfoque especialmente popular, que promete escapar a las falacias metodológicas del espacio acotado, ha recurrido al concepto de «red». Desde la década de 1990, el término se ha puesto de moda hasta resultar casi omnipresente en los estudios de la globalización desde la perspectiva de las ciencias sociales, y también se ha empleado mucho en la historiografía. Gran parte de su prestigio procede de la impresión generalizada de que el proceso de globalización en marcha se caracteriza por una reconfiguración fundamental del poder y el espacio, con perfiles que se asemejan a los de una red. Según este punto de vista, la era de los Estados-nación resueltos a controlar territorios —concebidos como áreas geográficas contiguas— ha sido sustituida por una era de interconexión en la que la transferencia de bienes, información y personas se produce cada vez más entre los puntos o nodos del interior de una red. «Lo crucial es que estas posiciones distintas no coinciden con países —escribía el sociólogo Manuel Castells, uno de los pioneros de este enfoque—. Se organizan en redes y flujos, usando la

infraestructura tecnológica de la economía de la información.»[21]

Para Castells, la sociedad en red es un producto de finales del siglo XX. A su modo de ver, el desarrollo de las tecnologías de la información basadas en el ordenador, y en especial el de internet, ayudó a mantener y perpetuar modos de comunicación e interacción que sustituyeron formas anteriores de construcción de la comunidad. Castells lo considera el paso a una nueva era, una era determinada, en última instancia, por la tecnología. «Esta nueva economía emergió en el último cuarto del siglo XX porque la revolución de la tecnología de la información proporcionó la base material indispensable para su creación.» Es obvio que hace mucho que existen las redes y las relaciones sociales, pero Castells entiende que solo ahora ha sido posible organizar la complejidad de un modo sostenible y sin límites estrechos.[22]

Aunque no es preciso compartir el entusiasmo sin reservas de Castells por la sociedad en red como una forma radicalmente nueva de orden social, el concepto de la red sí ofrece puntos de referencia importantes para los estudios históricos globales. Por ejemplo, los historiadores que han estudiado las raíces históricas de la interconexión infraestructural del mundo han apuntado formas paralelas en las que avances tecnológicos anteriores cambiaron profundamente la sociedad. Las revoluciones en los medios de comunicación —como la invención de la escritura en la antigua Sumeria y en Mesoamérica, o la introducción de la imprenta de tipos móviles en Corea, en China y por parte de Gutenberg— expandieron las esferas de la comunicación. En

el siglo XIX, al tenderse los cables de la comunicación submarina y del sistema telegráfico (el «internet victoriano»), también se contribuyó a una revolución en las comunicaciones, similar, en algunos aspectos, a los cambios observados por Castells.[23]

Dejando a un lado su relevancia para el desarrollo de las infraestructuras y la tecnología, el concepto de red también puede resultar útil en otros sentidos. A fin de cuentas, durante siglos las redes han dado forma a la conectividad del mundo. Incluso los grandes imperios, como el janato mongol, se basaron en los lazos interpersonales entre los soberanos, los gobernadores y los vasallos. Piénsese asimismo en las redes de puestos comerciales: el Estado da India portugués, por ejemplo, que pese a su gran poder económico no era más que un sistema frágil de ciudades portuarias asiáticas, con frecuencia aisladas de su entorno y expuestas a peligros constantes. De hecho, debemos imaginar que buena parte de la historia de las interacciones transfronterizas ha sido una estructura en red. Esto se aplica a los flujos de mercancías, donde durante siglos, era crucial que hubiera buenas relaciones entre los proveedores y los comerciantes; también se aplica a los movimientos de personas, que a menudo adoptaron la forma de migraciones en cadena; y se aplica exactamente igual a las inversiones transfronterizas de capital, que pusieron en contacto a los banqueros con deudores en los que podían confiar.

No es de extrañar, por lo tanto, que la noción de red haya arraigado entre los historiadores. Tanto si hablamos de los mercaderes *hadhramaut*, los misioneros judíos, los santos sufíes o los activistas del anticolonialismo, cuando los historiadores

han investigado las redes humanas que dieron forma a interacciones del pasado se han apresurado a apropiarse del término de moda.[24] La extensa bibliografía sobre los mediadores de la globalización —intérpretes y traductores, viajeros y expertos, *brokers* e intermediarios— debe parte de su eficacia a la forma en la que retrata el mundo como «conectado en red» y el poder global como disperso y discontinuo, más que como una totalidad hermética. La analogía de las redes también sirve para vincular a personas reales con los procesos globales, y para rehabilitar la agencia individual frente a las estructuras mayores.[25]

Aunque para muchos historiadores la noción de red resulta intuitivamente útil, su condición teórica está mucho menos clara. Por lo general, hay poca reflexión sistemática sobre lo que en verdad constituye una red y distingue esta de una secuencia laxa de contactos. ¿Cuán densa debe ser la trama de interacciones para que podamos considerarla una red? ¿Qué nivel de consolidación y estabilidad se puede observar? ¿Cuál es la frecuencia y la duración de las interacciones? ¿Qué medios de comunicación permiten mantener y perpetuar las redes? El valor analítico del concepto de la red, con frecuencia, tampoco pasa de ser vago e indeterminado.

Aunque heurísticamente pueda ser productiva, la bibliografía sobre las redes globales comparte algunas de las deficiencias propias de un énfasis irreflexivo en las conexiones y los entrelazamientos. Estos estudios no siempre prestan la debida atención al hecho de que las redes son parte de estructuras de poder más amplias. El remoto puesto avanzado de un imperio aún deriva su autoridad de contextos que no cabe caracterizar satisfactoriamente como simples efectos de

una red: las diferencias en el poder militar, las dependencias derivadas de los mercados o las estructuras discursivas que legitiman y apuntalan la hegemonía. A la inversa, las redes causan un impacto directo incluso en quienes no forman parte de ellas: la marginalidad o la exclusión no inmunizan en ningún caso frente a los efectos de las redes. Es preciso recordar que la red se incrusta en desigualdades estructurales, o daríamos la impresión de que actúa en el vacío.

Cabe formular consideraciones muy similares sobre el funcionamiento interno de una red. A primera vista podría parecer que consiste en unos que están «dentro» frente a otros que están «fuera». Se supone que ser miembro de la red otorga acceso a recursos y poder, al tiempo que los excluidos quedan condenados a la marginalidad. Ciertamente, hay parte de verdad en esto. Aun así debemos tener en cuenta que *dentro* de las redes las jerarquías también interpretan un papel crucial. Y la transición general que Castells explica, en la que se pasa de una era de las jerarquías a una era de redes, no describe adecuadamente el proceso histórico.[26]

Es importante, por lo tanto, que el debate sobre las redes y los flujos no cree la impresión de que nos enfrentamos a un proceso autogenerado; igualmente, tampoco es útil considerar que el carácter conectado, o la globalización más en general, carece de agencia. Las redes, a fin de cuentas, son una creación. En algunos casos, la creación está impulsada por instituciones estatales, entidades a las que apenas se les presta atención en los estudios sobre redes. Más a menudo, son creadas y mantenidas por quienes las hacen funcionar. Así lo reconoce explícitamente Bruno Latour, otro autor que ha servido de inspiración para la teoría de las redes. Latour

repite como un mantra que los historiadores deberían «limitarse a seguir a los actuantes».[27] Más conocido por la controvertida sugerencia de que las redes deberían incluir factores no humanos, como por ejemplo animales y objetos, Latour entiende que las redes funcionan de abajo arriba, reproduciendo una y otra vez conexiones cuya estabilidad no debe darse por sentada sin más. Sostiene que, empíricamente, solo podemos observar escalas menores de la interacción, y por ello, deberíamos centrarnos en sus dinámicas, y no en las estructuras mayores. Una sociedad, por ejemplo, debería comprenderse no como «un lugar, una cosa, un dominio o alguna clase de materia», sino como un «movimiento provisional de nuevas asociaciones».[28]

La obra de Latour es útil para recordarnos la importancia de observar de cerca, así como los peligros de dar por supuestas, prematuramente, causalidades abstractas y de imposible identificación. «Si se establecen conexiones entre lugares —defiende el autor—, debería hacerse por medio de más descripciones, no lanzándonos de forma acrítica sobre entidades todoterreno como Sociedad, Capitalismo, Imperio, Normas, Individualismo, Campos, etcétera.»[29] Su llamamiento a utilizar escalas más manejables, al igual que la atención que ha prestado a las interacciones y vínculos concretos, han sido especialmente influyentes en recientes historias globales de la ciencia. En particular, ha demostrado ser de utilidad heurística su consejo de que el historiador se centre en lo que él denomina «móviles inmutables», es decir, las formas estandarizadas de medida y representación (incluidos los instrumentos y gráficos, las tablas y textos correspondientes). Ha facilitado analizar cómo se establecen

las redes y cómo se mantienen unidas a través del espacio y el tiempo. Aunque Latour quizá no sea la mejor guía para el historiador que aspira a escribir historias globales, esto no se debe en realidad a cuánto se acerca su enfoque al de los microestudios. En efecto, como se verá en la próxima sección, la mirada microscópica no es incompatible con explorar escalas distintas, desde la local a la global.[30] En cambio, la decidida oposición de Latour a los conceptos de estructura sí dificulta compatibilizar su enfoque con el concepto de integración, sobre el cual se basa, en última instancia, la historia global.

Microhistorias de lo global

Intuitivamente, la mayoría asocia la historia global con las macroperspectivas, con las narraciones planetarias del cambio visto a la mayor escala posible. Es frecuente entender que el debate sobre la «Gran Divergencia» y los estudios sobre la globalización económica son sinónimos de la historia global. De hecho, es cierto que muchas obras escritas pensando en un público general y numeroso abarcan el mundo entero. Pero equiparar la historia global con una orientación macrohistórica induce a confusión. Son mucho más habituales —y en muchos casos, también más fructíferos— los estudios que analizan un tema concreto en su especificidad espacial y social, al mismo tiempo que lo sitúan en contextos globales. Las preguntas más fascinantes son, a menudo, las que surgen en la intersección entre los procesos

globales y sus manifestaciones locales.

Así pues, lo global y lo local no necesariamente se oponen. En *The World and a Very Small Place in Africa*, Donald R. Wright examina de qué formas la diminuta región de Niumi (en la moderna Gambia) se ha integrado en la economía mundial desde el siglo XV. Wright describe los grandes procesos generales que afectaron a la comunidad a lo largo de los siglos: la difusión del islam, el tráfico de esclavos transahariano, la llegada de los portugueses, la demanda europea de los cacahuetes locales (a partir de la década de 1830), la colonización británica y la independencia durante la guerra fría. Al mismo tiempo, sigue la corriente de las reacciones locales, sus formas de apropiación y sus espacios de agencia, que convirtieron a los habitantes de Niumi en actuantes históricos mundiales por propio derecho. En cada uno de los capítulos, se centra en africanos concretos y en cómo respondieron a los cambios principales, y a la vez en cómo lidiaron con el cambio global, lo gestionaron y, a su manera, influyeron sobre este.[31]

Wright, debido a su compromiso teórico con la teoría de los sistemas-mundo, aborda la cuestión de la agencia individual a través de su propio modo de entender las estructuras mayores; pero otros historiadores han emprendido con más decisión un enfoque de corte individual. Identifican el micronivel con actuantes históricos específicos cuyos itinerarios transfronterizos devienen objeto de biografías globales. En algunos casos, estas historias vitales se desarrollan sobre terrenos conocidos y se basan en una metodología convencional; en otros, se enlazan más explícitamente con una estrategia que aspira a leer la historia

«desde abajo». Como ejemplo de esta última estrategia podemos citar el estudio de Natalie Zemon Davis sobre León el Africano (h. 1486-1554), en el que traza el retrato «de un hombre cuya visión era doble, que sostenía dos mundos culturales, a veces imaginaba dos públicos, y empleaba técnicas tomadas del repertorio árabe e islámico a la vez que incorporaba, a su modo, elementos europeos».[32]

León el Africano, que nació en la Granada musulmana con el nombre de Al-Hasan ibn Muhammad ibn Ahmad al-Wazzan, creció en Fez y Marruecos; atravesó el Sahara y continuó viaje hasta El Cairo y Estambul, hasta que fue apresado por piratas y ofrecido como regalo al papa León X. En Roma recibió el bautismo, en 1520, y medró: llegó a ser persona de confianza de varios estudiosos e incluso del propio pontífice. León recibió en Roma una atención muy superior a la que su condición social le habría valido en su país natal, y gozó de la posibilidad de aprovechar las oportunidades que se derivaban de su movilidad a través de las fronteras culturales. Su caso fue excepcional, y su destino, apenas probable para un cautivo de los piratas.

Davis, una de las voces pioneras de la microhistoria, presenta a su protagonista como el representante de un período de transición. Durante su época, los mundos musulmán y cristiano estrecharon el contacto mutuo y, aunque las tensiones (entre las identidades religiosa, étnica, cultural y nacional) que se intensificaron a continuación ya eran bastante perceptibles entonces, existía cierta posibilidad de llegar a algún nivel de comprensión mutua. El texto de Davis está impregnado del deseo de que exista un diálogo entre las culturas, y a este respecto es un producto típico de su

tiempo; la autora reaccionaba a las predicciones del «choque de civilizaciones» y a la vuelta a los conflictos religiosos, generalizados en los primeros años del siglo XXI. En efecto, en muchas biografías globales (aunque no en todas) se da una tendencia a romantizar experiencias individuales de pasos transfronterizos y de globalización.[33] A menudo, esto es fruto de una perspectiva que ve el mundo a través de los ojos de los protagonistas y tiende a subestimar las estructuras mayores, salvo cuando los actuantes históricos eran conscientes de ellas.

En el mejor de los casos, sin embargo, centrarse en las personas o en grupos reducidos puede abrir puertas fascinantes a los procesos del cambio global y al modo en que estos enmarcan el espacio de la agencia individual. También resulta útil el hecho de que las microperspectivas pueden poner de relieve la heterogeneidad del pasado y la pertinacia y resistencia de los actuantes históricos. «La historia local nos puede dirigir hacia las formas en las que las particularidades locales desafían la homogeneidad de las narraciones globales, y donde las prácticas locales indican una divergencia frente al camino de la interconexión cada vez mayor. La función de lo local es recordarnos la diversidad local, que floreció por las conexiones que dieron forma al mundo de la Edad Moderna: gracias a estas conexiones y también a pesar de ellas.»[34]

Es un buen ejemplo un estudio en el que Sho Konishi sigue la pista de los viajes del ruso Lev Méchnikov, miembro de los primeros movimientos anarquistas, que se marchó a Japón al poco de iniciarse la Restauración Meiji, de 1868. Sin hacer caso de las ideas que imperaban en la Europa de su tiempo, para Méchnikov Japón no era un país atrasado al que se

aspiraba a colonizar. Estaba convencido, por el contrario, de su potencial revolucionario y la posibilidad de desarrollar un anarquismo «desde abajo», ajeno al eurocentrismo y al darwinismo social. El entusiasmo que mostró por las asociaciones de ayuda mutua que encontró en las zonas rurales de Japón fue retomado luego por otros anarquistas como Kropotkin; lo hicieron con tanta pasión, que cuando a principios del siglo XX algunos jóvenes japoneses quisieron aprender el anarquismo de mentores rusos, se toparon con tradiciones que se habían originado en su propia sociedad, durante el período Tokugawa.[35]

En general, un programa de historia global no excluye el interés por las personas y casos individuales, y a la inversa. Se ha puesto de moda el término de «glocalización», que sugiere por sí mismo que los procesos globales se vivieron en constelaciones locales que a su vez constituían esos procesos. Por ello, centrarse de forma exclusiva en las macroperspectivas no es suficiente; tampoco basta con emplear un lenguaje de especificidad y contingencia. Comprender mejor la «traducción», apropiación y modificación de las ideas, instituciones y estructuras globales dentro de los marcos de la estructura institucional y la expresión local —así como la forma en la que estas condiciones, a su vez, se reconfiguraban como resultado de aquellas conexiones globales— figura entre las tareas más esenciales y fructíferas que han elegido para sí los historiadores globales.

Las unidades de la historia global

¿Océanos, redes, lo local… o el planeta en su totalidad? ¿Cuáles son las unidades de estudio más apropiadas para la historia global? Son preguntas que bien se nos pueden ocurrir, pero de hecho, se trata de preguntas erróneas: no existe ninguna unidad que, por definición, encaje mejor que otras con los enfoques globales. Al final, las entidades estudiadas variarán según sean las cuestiones que nos interesen. Algunos temas —por ejemplo: la introducción de la imprenta en el *hinterland* rural de Calcuta, ¿cómo afectó a la sociabilidad?— requieren un análisis de proximidad; otros, como investigar los efectos de la transición a la agricultura sobre el crecimiento demográfico, se abordan mejor por medio de una macroperspectiva. Para responder a determinadas preguntas debemos comprender los motivos de personas concretas, mientras que otras cuestiones solo se pueden responder a un nivel agregado.

Ninguna unidad, pues, es superior por sí misma. Algunas, sencillamente, nos permiten generalizar, mientras que otras nos animan a ser más específicos. Esto también significa que nuestra selección final —qué incluimos y qué dejamos fuera — dependerá de las unidades elegidas. Adam McKeown lo expone con enorme claridad: «Así como un historiador de Potosí, para escribir una narración convincente, no necesita conocer la historia de todas y cada una de las minas, iglesias y personas de la ciudad, el historiador de Bolivia no necesita conocer la historia de todas las ciudades del país, y un historiador del mundo no necesita conocer las historias de todas sus naciones, imperios y diásporas comerciales. Igualmente, nadie espera que generalizar sobre la

industrialización se pueda aplicar indistintamente a Chicago, Georgia y la reserva de los indios *hopi*». Ninguna unidad es la única unidad de estudio genuina. Más aún: las diversas unidades dirigen nuestra atención hacia procesos distintos; esto es, las diversas unidades no son meras ventanas diferentes abiertas hacia el mismo objeto, sino que cada ventana nos permite ver procesos que quizá quedarían ocultos desde las demás. «La crítica habitual según la cual las grandes narraciones cometen errores en los detalles resulta irrelevante: abordan tendencias y procesos más grandes.»[36]

Así pues, si las distintas unidades son complementarias, podemos extraer otras tres conclusiones. En primer lugar, las perspectivas globales no pueden dar por sentado que tal o tal otra unidad es el bloque constructivo idóneo en un mundo cada vez más integrado; en su lugar, deben prestar atención a los procesos que generaron cohesión e impulsaron la propia existencia de determinados lugares o regiones. Esto, a su vez, nos obliga a prestar atención al carácter construido de toda entidad territorial. Además ello implica que las fuerzas que crearon esos espacios no se pueden hallar por completo dentro de las propias unidades. La concepción convencional de las unidades territoriales —ya se trate de grandes regiones, de naciones o incluso de territorios locales— se basa en imágenes de autosuficiencia y autarquía. Pero la aparición histórica de tales entidades espaciales desafía la ficción de la autonomía. Ha habido fuerzas externas a los espacios en cuestión que han interpretado un papel tan instrumental para su formación como el que desarrollaron los factores internos. La constitución y fijación de toda unidad particular se debe leer como parte de la transformación de la territorialidad a

escala global.[37]

En segundo lugar, en la secuencia local-nacional-regional-global, el nivel nacional es tan solo un nivel más entre otros varios. En las afirmaciones programáticas, puede ocurrir que el Estado-nación sea un espectro aborrecido por los historiadores globales, que aspiran a ir más allá de la mera yuxtaposición de los relatos nacionales como perlas ensartadas en un collar. Ahora bien, esto no significa que las naciones y el Estado-nación hayan quedado obsoletos. Desde el siglo XIX ha emergido un sistema político global único, basado en los Estados-nación. Estos han dado forma a muchas sociedades y, en muchos aspectos, su realidad institucional —el orden político, el Estado del bienestar, los sistemas de conocimiento y mucho más— aún se determina nacionalmente. Algunos temas, de hecho, pueden llegar a sufrir una distorsión cuando se los obliga a encajar en marcos transnacionales. Para muchas cuestiones, en suma, lo nacional seguirá siendo un nivel de análisis importante.

En tercer lugar, al igual que el temor al nacionalismo metodológico no debería hacernos abandonar por completo la nación, tampoco deberíamos caer en el problema opuesto: el globalismo metodológico. Para algunos temas y algunas preguntas, el nivel de análisis idóneo es el global, pero para otros, puede resultar menos útil. La ciudad portuaria de Génova estuvo durante siglos muy integrada en circuitos transnacionales; pero algunos pueblos de montaña de Suiza, que hoy distan tan solo unas horas de la ciudad italiana, no lo estaban. No todos los lugares se entrelazan del mismo modo y sería un error privilegiar en todo caso los procesos de alcance mundial por encima de las dinámicas más locales. En otras

palabras: no debemos dar por sentada la prioridad causal de las estructuras globales.[38]

Juegos de escalas

La búsqueda de unidades y lugares alternativos, sin embargo, a menudo no ha hecho más que desplazar la problemática de cómo espacializar mejor el pasado global, sin solventarla. En muchos casos, los historiadores han optado por geografías novedosas, pero al final han tendido a considerar como dados esos nuevos espacios. Pensemos en la historia de los océanos: centrarse en los encuentros marítimos supuso un desafío de importancia frente a las nociones convencionales del espacio nacional, desconectadas del mar. Pero aunque no cabe negar que el impulso crítico de estas aportaciones fue socavar las unidades convencionales, los océanos no tardaron en emerger como las nuevas entidades privilegiadas, garantes de la cohesión y los rasgos en común. Así, en vez de actuar como espacios heurísticos, al cabo de poco los océanos se consolidaron formando entidades territoriales de propio derecho: los historiadores no habían hecho más que trocar un espacio —la nación— por otro. De este modo, muchas obras de este campo siguen ligadas a formas de pensamiento de tipo «contenedor», pese a que el nuevo enfoque explicitaba su voluntad de dejarlas atrás. Dan por sentadas entidades espaciales fijas, en lugar de explorarlas. La geografía de un proyecto de investigación —sus unidades espaciales— no puede ser el punto de partida,

sino que debe verse como una parte del enigma. Es un reto fundamental que debe abordar la práctica de la historia global, aunque muy a menudo esta «se limite a reespacializar el pasado no por medio de una reconsideración radical de los espacios históricos, sino simplemente reorganizando los espacios existentes desde una perspectiva que, en teoría, los trasciende a todos».[39]

La distinción crucial que debemos establecer diferencia entre unidades y escala. Podemos estudiar una ubicación particular —como Potosí— sin dejar de relacionar esta unidad de análisis con una diversidad de escalas: nacional, regional, transpacífica, global. En todos estos niveles se vislumbran dimensiones distintas del tema. Sin salir de Potosí podemos preguntarnos por las diferencias étnicas y de clase, las relaciones entre sexos y las expresiones culturales locales; pero también podemos hacer referencia al nivel global y formular grandes preguntas por mucho que dirijamos la mirada a un espacio pequeño. Esto no equivale a una exigencia de estudiar todos los posibles niveles distintos al mismo tiempo. Así como un científico puede decidir estudiar un bosque, un árbol o las células de un árbol sin reclamar por ello la prioridad de principio para ninguno de estos elementos, los historiadores privilegiarán una u otra escala según la pregunta que estén planteando. La cuestión de la escala, ciertamente, no es una prerrogativa exclusiva de la historia global; pero es uno de los valores de este enfoque, que formula muy explícitamente la cuestión, por un lado, de las escalas entrelazadas, y por otro de las perspectivas espaciales más apropiadas, con lo que obliga al historiador a reflexionar sobre sus decisiones.[40]

Es importante reconocer que las escalas en cuestión no son elementos dados, sino constituidos por medio de la actividad social y las prácticas cotidianas. Lo «local», por ejemplo, ha emergido como categoría de identificación y análisis en respuesta a procesos de construcción nacional y de globalización. «Lo que a menudo se designa como lo local —ha escrito el científico social Roland Robertson— está incluido, en lo esencial, dentro de la globalidad.»[41] Lo «global», a su vez, no debe entenderse como una formación dada, sino asimismo constituida y realizada por medio de las actividades de los actuantes de una sociedad.

A través de la interacción de distintas medidas de la realidad —lo que Jacques Revel ha denominado *jeux d'échelles*, «juegos de escalas»— es precisamente cómo se visibilizan las diferentes dimensiones del pasado. La historia se debe entender como un proceso de múltiples estratos, en el que cada una de las distintas capas sigue, hasta cierto punto, su propia lógica; no basta con fusionar los estratos, no se los puede sumar para obtener un todo liso y coherente. Las conclusiones a las que llegamos en un nivel no se transfieren sin más al nivel siguiente. Ahora bien, sus efectos son palpables y tienen repercusión en otros niveles. En el proceso histórico, las distintas escalas de investigación resultan mutuamente constituyentes: los macroprocesos más colosales afectan a las sociedades hasta llegar al nivel individual, y los cambios del nivel inferior pueden afectar a su vez a las estructuras mayores.[42]

Esta escala del pasado, con sus niveles de actividad humana y entrelazamiento que se solapan e interrelacionan, puede parecer abstracta en demasía, pero despierta un

particular interés entre los historiadores globales. Concluyamos ahora esta sección con el ejemplo de *Alabama in Africa*, de Andrew Zimmerman, un libro que empieza con vidas individuales pero termina abarcando configuraciones más extensas.

El relato de Zimmerman se inicia en un lluvioso día de noviembre de 1900, cuando cuatro licenciados del Instituto Normal e Industrial de Tuskegee[*] subieron a bordo del *Graf Waldersee* para dirigirse a la colonia alemana de Togo desde Nueva York, pasando por Hamburgo. Habían sido reclutados por el Comité Económico Colonial (Kolonialwirtschaftliches Komitee) con la misión explícita de enseñar «a los negros del lugar a plantar y cosechar algodón de un modo científico y racional».[43] Togo era colonia alemana desde 1884, y tras una fase inicial de explotación mediante iniciativas privadas, hacia finales de siglo burócratas coloniales de afán reformista empezaron a aspirar a una intervención más constante y sostenida, cuyo objetivo debía ser modernizar la colonia y convertirla en una empresa de provecho. Con este cambio de rumbo, más científico, reconocían que la población nativa debería interpretar un papel central. Entre las principales metas de los reformistas, por lo tanto, estaban la escolarización, disposiciones sanitarias y la omnipresente «instrucción laboral de los negros».

El interés alemán por los licenciados de Tuskegee se origina en la convicción de que las relaciones raciales del sur de Estados Unidos podían servir de modelo para las colonias alemanas de África. Los burócratas y científicos sociales alemanes tenían en gran estima a Booker T. Washington, el director del instituto, que había transmitido a los estudiantes

negros del centro su concepto de la jerarquía natural de las razas. Washington entendía que —tras la abolición de la esclavitud— sería urgente «educar» a los afroamericanos en una vida cristiana, el trabajo manual y la agricultura a pequeña escala, de modo que, con el tiempo, quizá pudieran adquirir la condición de ciudadanos de pleno derecho. Su concepto conservador de las relaciones sociales y raciales no desentonaba de la forma en que el imperialismo europeo interpretaba el control y la segregación. Así pues, parecía que los licenciados de Tuskegee eran idóneos para desarrollar un proceso de modernización que no supusiera una amenaza para el orden racial y político de las colonias. Washington, por su parte, defendía el imperialismo, pues consideraba que África era un continente atrasado que necesitaba una misión civilizadora; y estaba convencido de que los alemanes eran especialmente adecuados para esa labor. A la postre, sin embargo, el proyecto de Togo —una escuela que formara estudiantes capaces de cultivar algodón para el mercado europeo— fue un fracaso económico y político.

Este experimento se puede analizar en diversos niveles de experiencia social. En un micronivel, tanto el funcionamiento interno del complejo de Tuskegee en Alabama como la constitución social de la colonia de Togo son cruciales para comprender qué suerte correspondió al proyecto. Por ejemplo, sin estudiar de cerca las relaciones sociales en el territorio de los *ewe* —el grupo étnico dominante en el sur de Togo— no sería posible comprender qué causó el conflicto entre los métodos de cultivo locales e importados, el papel específico que interpretaron en la historia mujeres togolesas que antes se habían dedicado sobre todo a la agricultura, o la

feroz resistencia de la población al reclutamiento, la formación, las condiciones laborales impuestas y la intervención social.

Más allá del nivel local, el episodio también arroja luz sobre otras escalas que tuvieron peso en esta historia. Entre ellas, el Imperio Alemán, porque el abastecimiento de algodón en bruto —hacia 1900, por magnitud, la industria algodonera alemana era la tercera del mundo— era uno de los objetivos cruciales de la política colonial alemana. Tenemos otro nivel en el espacio interimperial, esto es, la formación aún mayor del colonialismo occidental, que proporcionaba el discurso hegemónico y la argumentación general en defensa de la intervención colonial, plasmada en una misión civilizadora y una retórica de avance y «mejoras». En tercer lugar, el experimento de Togo se situó en lo que se ha dado en llamar el «Atlántico Negro», entre los vínculos establecidos por el desplazamiento transoceánico de afroamericanos y los debates sobre el panafricanismo. En un cuarto nivel, Togo se asociaba a una expectativa de los científicos sociales alemanes, que confiaban en que el orden social del sur de Estados Unidos serviría de modelo para estructurar —segregándolas étnicamente— las relaciones laborales de la agricultura, y no solo en las colonias, sino, a medio plazo, también en las regiones de lengua polaca de la Prusia Oriental; en este nivel, Togo quedó incorporada a un sistema que explotaba los *hinterlands* agrícolas en condiciones (casi) coloniales. Y en último lugar, pero no menos importante, en este ejemplo aún queda una escala de análisis de crucial importancia, que es explícitamente global y se relaciona con la integración de los mercados y de la economía

mundial. A este nivel, el proyecto de Togo se puede entender como un efecto de la reestructuración global de la producción de materias primas tras el fin del tráfico de esclavos, y como parte de un empeño en proceso: la voluntad de sustituir la mano de obra esclava de las plantaciones con trabajadores supuestamente libres que, en realidad, a menudo no gozaban de tal libertad.

Es evidente que, en buena medida, la dinámica de este ejemplo recibió el impulso de varias fuerzas solapadas, así como la interacción de distintas escalas. Por medio de esta interactuación, los historiadores globales pueden gestionar diversos niveles de práctica social y abordar las interacciones globales sin tener que tratar el mundo entero como unidad de su análisis. En otras palabras, lo global no es una esfera distinta, externa a los casos locales/nacionales; se trata, más bien, de una escala a la que cabe hacer referencia incluso cuando observamos vidas individuales y espacios pequeños.

CAPÍTULO 7.
EL TIEMPO EN LA HISTORIA GLOBAL

En apariencia, la historia global no habla el lenguaje del tiempo, sino que se asocia de inmediato con el espacio. El vocabulario privilegiado por los historiadores globales, en efecto —mapas, circulaciones, flujos, redes, desterritorialización— se ocupa casi en exclusiva de ofrecer una interpretación novedosa del papel del espacio en la historia. De forma complementaria a esta fascinación se produce un desafío contra la hegemonía del tiempo, hegemonía que durante muchos siglos ha sido característica de los relatos históricos. Todas las variantes de la teoría de la modernización, por ejemplo, partían de situar el tiempo como su categoría central. Se recurría a todo un arsenal retórico de conceptos temporales —revolución y progreso, naciones avanzadas y atrasadas, quedarse estancado y ponerse al día, la *longue durée* y la sincronía o su ausencia— para ubicar a personas, sociedades y civilizaciones en una matriz temporal general. La historia, de hecho, era en gran parte cronometría. La historia global en tanto que enfoque historiográfico plantea un desafío fundamental contra este paradigma. Pone en duda la prioridad de las metáforas temporales y la noción tradicional de la historia como

genealogía y desarrollo (interno).

Esto no significa, sin embargo, que la cuestión del tiempo haya quedado relegada del todo, desprovista de toda relevancia conceptual. En parte por efecto de la primacía del espacio en sus perspectivas, la historia global también ha comportado una reconfiguración del tiempo en las narraciones históricas. Aquí vale la pena ocuparse, en particular, de dos afirmaciones. Se sitúan en extremos opuestos de la escala temporal, pues se centran en las extensiones de tiempo más breves y las más prolongadas. En una punta del espectro, los historiadores han comenzado a abordar toda la historia de la humanidad (e incluso más) en un marco coherente. En el otro extremo, la noción de sincronía o simultaneidad ha emergido como el tropo más característico del desafío al tiempo del desarrollo.

Según pone de relieve el debate sobre estos extremos del amplio espectro de las escalas temporales, ante preguntas distintas es adecuado emplear marcos temporales distintos, que darán forma a las respuestas que obtengamos. Es decir, no hay un marco que sea inherentemente superior a los otros; las diversas escalas temporales son, en realidad, complementarias. Cada estudio privilegiará la escala particular que mejor le permita abordar las cuestiones por las que se interesa. En este capítulo, sin embargo, defenderemos que en la mayoría de los casos prácticos será beneficioso considerar juntas diferentes escalas temporales, prestando atención a sus respectivos beneficios analíticos.

Los historiadores globales han empezado no solo a moverse por todo el planeta, sino también a ampliar el marco temporal de sus estudios. Su óptica preferida es la del «telescopio, más que el microscopio».[1] Muchas obras cubren períodos de tiempo dilatadísimos, y sus autores no parecen marearse durante la travesía de todo un milenio, si no más. Los grandes marcos temporales son propios, por descontado, de toda obra de síntesis. Pero el anhelo de la globalidad parece haber desatado un ansia especial por cubrirlo todo, en todo lugar y todo tiempo. Algunos historiadores que adoptan perspectivas a muy, muy largo plazo han llegado a sugerir que solo esos marcos temporales tan gigantescos revelarán la verdad sobre el pasado humano.

El juego se ha bautizado como «historia profunda» y «gran historia» (*deep history*, *big history*). Sus defensores las presentan como análogas a la crítica al eurocentrismo que a menudo se identifica con la historia global. En palabras de Daniel Lord Smail y Andrew Shryock: «Podemos seguir la pista de los teóricos poscoloniales que han impulsado un programa similar en el medio espacial, aunque apenas lo han impulsado, si es que en realidad lo han hecho, en el medio temporal». Así pues, después de «provincializar Europa», se nos invita a provincializar la modernidad: ampliar el marco temporal hasta el pasado más remoto y liberar el tiempo histórico de la teleología de lo moderno.[2]

El concepto de «historia profunda» de Smail propone estudiar la totalidad del pasado humano y además insta a superar las fronteras conceptuales que separan a

historiadores, arqueólogos y biólogos. Según ha planteado con perspicacia, la disciplina de la historia actúa con un límite fundamental, que se identifica con la invención de la escritura; ahora bien, no hay una razón convincente para diferenciar entre el pasado profundo del ser humano y las sociedades con escritura.[3] El campo de la «gran historia», popularizado por el historiador australiano David Christian, va aún más allá en el tiempo y empieza con la historia natural, antes de la aparición de los humanos e incluso de la vida en la Tierra. Al empezar en el Big Bang y la formación del sistema solar, la «gran historia» reduce la historia universal convencional al nivel casi de un microestudio, y la historia de la especie humana, a unas pocas páginas. Tanto la «historia profunda» como la «gran historia» dedican mucha atención a los milenios poblados por sociedades cazadoras y recolectoras, e insinúan que moldearon al ser humano de modos que siguen siendo cruciales para la forma en la que hoy entendemos las familias, las religiones y las obsesiones.[4]

Estos enfoques prometen generar nuevas perspectivas que, de otro modo, serían inaccesibles para los historiadores. Así como algunas cuestiones necesitan un análisis de proximidad, otras solo se pueden abordar con esa clase de marco temporal ampliado. Un buen ejemplo es *Armas, gérmenes y acero*, de Jared Diamond, una de las obras más populares de este campo emergente. Entre los objetivos del libro figura investigar las causas de la conquista europea del continente americano. ¿Por qué se produjo el hecho de que los españoles desembarcaran en América y no los incas en Europa? ¿Qué posibilitó que, en 1532, un reducido grupo de 168 españoles derrotara a un ejército de 80.000 incas y conquistara el

Estado más poderoso del continente americano? ¿Fue la superioridad de su armamento, fueron las espadas y los cañones? ¿Un mayor arrojo por parte de los españoles? ¿Su fe católica? ¿Fue la inventiva española o algún otro factor hispánico? En realidad, ¿fue por alguno de los temas con los que los historiadores suelen tratar? Diamonds entiende que no. Para él, la diferencia crucial fue geológica: el eje norte-sur del continente americano ralentizaba la difusión de animales y plantas útiles —condición necesaria para el desarrollo de sociedades sedentarias complejas— por las diversas zonas climáticas del continente. En Eurasia, con su orientación este-oeste, el proceso fue mucho más acelerado, ventaja que permitió que las sociedades euroasiáticas aumentaran con más rapidez de tamaño y complejidad. Y como efecto secundario de la difusión de los animales de tiro, su población se había acostumbrado a enfermedades fatales. Cuando los europeos llegaron a América, llevaron consigo patógenos contra los cuales la población indígena estaba del todo desprotegida; se calcula que un 95 % de la población del continente pereció por las enfermedades recién introducidas. En otras palabras: las condiciones geológicas distintas permitieron que en las regiones centrales de Eurasia se desarrollaran sociedades que estaban mejor pertrechadas que los nativos de América para atravesar océanos, resistir enfermedades y someter a otros grupos. Según la interpretación de Diamond, la suerte de la «Colisión de Cajamarca» —el primer choque de Pizarro y Atahualpa en las mesetas de Perú, en noviembre de 1532— estaba decidida mucho antes de que ocurriera.[5]

Como demuestra el ejemplo citado, las perspectivas a largo

plazo pueden poner sobre la mesa dimensiones de importancia, que es fácil perder de vista en los marcos temporales históricos más tradicionales. Los estudiosos de la historia profunda y la gran historia, por lo tanto, pueden ofrecernos miradas que no nos darán los colegas con una visión menos galáctica. Por esta razón, algunos autores han recibido el nuevo enfoque con auténtico entusiasmo: «Es un gran logro —exclamó William McNeill tras leer el libro de David Christian—, análogo a la forma en la que Isaac Newton, en el siglo XVII, unió el cielo y la tierra bajo unas leyes del movimiento uniformes».[6] De un modo más prosaico, Christian también ha recibido el apoyo de Bill Gates y su fundación, y juntos han puesto en marcha el Proyecto Gran Historia, que aspira a introducir esta perspectiva en el currículo escolar.

Sin embargo, la mayoría de los historiadores son más reticentes a obedecer el llamamiento de lo grande o lo profundo. Metodológicamente, las dos premisas del género son poco compatibles, en lo esencial, con el enfoque histórico habitual. En primer lugar, buscar las causas últimas y fuerzas motrices primarias de la historia ha hecho que muchos practicantes de la «gran historia» desarrollen una concepción determinista del pasado. En cierto sentido, esto es un corolario directo del marco temporal aplicado. Según afirma David Christian, «hay aspectos de la historia humana que no se pueden manejar adecuadamente por medio de los mantras familiares de la agencia y la contingencia».[7] En muchas «grandes historias», el poder de la geografía y del medio ambiente es tan absoluto que la intervención humana pierde casi toda su relevancia.

Este primer riesgo, la falacia determinista, está estrechamente asociado a un segundo: el peligro de intentar fusionar las ciencias naturales y las humanidades en un único paradigma general. El debate entre las ciencias nomotéticas, que buscan leyes generales, por un lado, y por otro las ciencias idiográficas, como por ejemplo la historia, es muy antiguo. Los defensores de la historia profunda y la gran historia aspiran, con toda intención, a superar la división; pero a menudo lo hacen de tal forma que convierten el pasado en una provincia de las ciencias naturales. Según ha admitido francamente Jared Diamond, «la materia de estudio es la historia, pero el enfoque es el de la ciencia».[8] Para Ian Morris, «la historia es un subconjunto de la biología es un subconjunto de la química es un subconjunto de la física».[9] Esta fusión tiene como efecto subordinar la historia a la misma búsqueda de leyes universales que caracteriza las ciencias naturales.[10] A tenor de esta predilección por las leyes, no es de extrañar que los practicantes de la «gran historia» se aventuren a menudo a realizar inferencias sobre el futuro, como cuando Ian Morris declara, con seguridad, que «probablemente la edad de Occidente concluirá, *como muy tarde*, en 2103».[11] Si la mayoría de los historiadores globales se han propuesto desafiar las teleologías que durante mucho tiempo han empañado los relatos históricos, la «gran historia» aspira a devolver al proceso histórico las nociones de progreso y direccionalidad.

Escalas temporales y *Zeitschichten*

A la postre, la diferencia entre la «gran historia» y el resto de la disciplina se reduce a la cuestión de la escala. Como en el caso del espacio, el marco temporal apropiado depende de las cuestiones analizadas y el alcance de las preguntas que formulamos. A la inversa, nuestra comprensión de todo acontecimiento o proceso variará según sea el orden de análisis temporal. En principio, todo suceso puede ser interpretado dentro de múltiples y diversos marcos temporales. Hace mucho que los historiadores tienen conocimiento de regímenes temporales de múltiples capas o estratos, que se solapan de diversas formas. Se ha hecho famoso el énfasis de Fernand Braudel en la pluralidad de los tiempos históricos; el propio autor estaba particularmente interesado en el marco temporal ampliado de la *longue durée* y, con ello, en ritmos temporales tan lentos que, si no es así, no son perceptibles. Más recientemente, Reinhart Koselleck ha introducido la metáfora geológica de los «estratos temporales» (*Zeitschichten*), estratos de tiempo que se acumulan e interactúan. Llaman nuestra atención sobre distintos niveles del andamiaje temporal, diferentes secuencias de aceleración y duración, e intervalos caracterizados por su propio ritmo de cambio. No hará falta decir que estas distintas temporalidades requieren, cada una de ellas, marcos espaciales distintos; las escalas temporales y las escalas espaciales siempre están directamente vinculadas.[12]

En tal diseño, hay sitio para una diversidad de marcos temporales, que van desde los momentos o los sucesos singulares hasta los períodos más prolongados de la «gran historia». Estas escalas coexisten y se complementan entre sí, aunque el enfoque y los hallazgos puedan ser distintos e

incluso incompatibles. Su relevancia también puede variar considerablemente. El plazo más breve —un momento, un día— no será un marco temporal fructífero para la mayoría de las cuestiones; tampoco lo será el plazo más largo. Para la mayoría de los temas —y esto incluye acontecimientos de un pasado remoto, tales como la invención de la escritura—, los orígenes del planeta y la sucesión de protohumanos o su difusión por el planeta poseen poca relevancia.[13] En su mayoría, las preguntas que los historiadores se plantean no se pueden responder razonablemente por medio de la «gran historia» (cuya mirada se remonta a varios millones de años atrás) ni la «historia profunda» (unos 40.000 años). Incluso una mirada que se inicie con el Antropoceno (los últimos doscientos años) será demasiado amplia para cubrir significativamente la esencia de muchas cuestiones. Dicho esto, es muy probable que, en comparación con las décadas recientes, la relevancia de las escalas más amplias se incremente y que, hasta cierto punto, seamos testigos de un regreso de la *longue durée*. Después de varias décadas en las que la disciplina ha estado dominada por la microhistoria y la historia cultural, en años recientes los marcos temporales se han vuelto a expandir, tanto por efecto del programa de la historia global como por los colosales conjuntos de datos que las humanidades digitales han puesto a disposición de la disciplina.[14]

Sea cual sea el tema, estratos temporales distintos ofrecerán perspectivas distintas; y según sea lo que queremos explicar, y a qué escala, cabe la posibilidad de que los estratos se solapen. Tomemos como ejemplo el ascenso de China a la condición de superpotencia económica, en los primeros años del siglo

XXI. Si nos fijáramos tan solo en los últimos veinte años —desde 1997, cuando murió Deng Xiaoping— nos sorprenderían menos las enormes tasas de crecimiento de China que la capacidad del Partido Comunista de gestionar el paso al capitalismo. Si ampliáramos el marco temporal hasta 1978, cuando se inició el programa reformista de Deng, el posterior incremento de la riqueza nacional parece casi incomprensible: la China posmaoísta figuraba entre los países más pobres de todo el mundo y estaba dirigida por uno de los gobiernos más autoritarios. Desde este marco temporal, parecía muy improbable que en el país fuera a brotar la energía emprendedora. El foco explicativo del historiador tendría que centrarse, necesariamente, en las decisiones adoptadas por la oligarquía política.

Si ajustamos la lente para abarcar períodos temporales más extensos —digamos, los últimos mil años—, la vista vuelve a cambiar. Durante mucho tiempo, y hasta bien entrado el siglo XVIII, las regiones ricas de China se hallaban entre los núcleos de asentamiento más prósperos del mundo. Desde esta atalaya, el actual ascenso de China no se asemeja tanto a empezar de nuevo como a volver a casa: estructuralmente estaría determinado que China regresara a la «normalidad» de su condición de potencia. La imagen sería incompleta, sin embargo, si no prestáramos atención a un marco temporal intermedio, el de los últimos ciento cincuenta años. Desde la década de 1860, sometido a la presión del imperialismo, el gobierno Qing experimentó con estrategias de modernización económica basadas en el control estatal de la empresa privada. Esta forma de capitalismo incrustado dio a luz un modelo importante de «dependencia del camino» que pervive

en la China actual. Y por último, la década de 1930 —edad de oro de un capitalismo chino sin restricciones, en una fase de debilidad de las instituciones estatales— fue testigo del ascenso del capital privado, que luego sobrevivió en Hong Kong y entre los chinos de ultramar, y continúa surtiendo efecto sobre la economía china.[15]

El ascenso actual de China no fue el fruto directo de ninguno de estos factores por sí solo. No estaba determinado que sucediera, a largo plazo, sino condicionado por una serie de circunstancias históricas. Cada uno de los marcos temporales añade una dimensión explicativa que de otro modo queda oculta. Al igual que con el espacio, estos «juegos de escalas» del pasado son el instrumento metodológico más adecuado para acomodar temporalidades distintas.

La dimensión global no está vinculada, de forma intrínseca, con ninguno de estos marcos temporales. Las perspectivas globales pueden integrarse en todos los niveles, desde los macrorrelatos que abarcan lapsos de varios siglos o más, hasta los análisis de corto plazo, o incluso de momentos cruciales. El público en general tiende a asociar casi siempre la historia global con los estudios a largo plazo, con la descripción de siglos enteros, si no milenios, de pasado del planeta. Ahora bien, desde el punto de vista del método, son más dificultosos (y por lo tanto, convendrá detenerse a hablar de ellos) los enfoques con un marco temporal mucho más breve, centrado en momentos particulares y sucesos de corto plazo, o más aún, situaciones de sincronía.

El interés por la sincronía —por lo que es contemporáneo aunque geográficamente haya distancia entre las partes— es ya un rasgo característico de las miradas globales. Los historiadores prestan atención a hechos transfronterizos y a sus efectos simultáneos, y más en general a las condiciones que de forma simultánea dan poder y limitan el poder dado a los actuantes históricos. Este énfasis contrasta llamativamente con los intereses convencionales de la disciplina, pues se abandona la búsqueda tradicional bien de las continuidades prolongadas en el tiempo, bien de las raíces más antiguas de los fenómenos; y no se presupone nada sobre la capacidad de resistencia de las tradiciones, los efectos de los «vestigios» del pasado y la «dependencia del camino» del proceso.

¿Qué supone pasar de un modelo genealógico a otro sincrónico? A modo de ejemplo, examinemos la enorme controversia que estalló en el Asia oriental desde 1990. sobre cómo recordar la segunda guerra mundial. Hacia esa fecha, y por toda la región, las memorias de guerra se convirtieron en guerras por la memoria, tanto dentro de los distintos países como internacionalmente. La publicación de un manual escolar de historia en Japón podía provocar debates acalorados entre la opinión pública japonesa y desatar enfrentamientos violentos en las calles de Seúl y Pekín. Esta oleada conmemorativa, impugnada con ferocidad, se suele describir como un «retorno de lo reprimido», una erupción casi natural de la actividad conmemorativa tras muchas décadas de supresión y amnesia, resurgimiento de un pasado traumático que en el presente aún dolía. El modelo

genealógico, en otras palabras, hace hincapié en la relación entre el pasado y el presente, en las respuestas demoradas a algo que sucedió hace cincuenta años.

No obstante, es mucho más productivo entender las guerras por la memoria que se libraron en Japón, China y Corea como un efecto de transformaciones coetáneas y simultáneas; es decir, como respuestas a hechos sucedidos en la década de 1990, y no como reverberaciones distantes de 1937 o 1945. Esta interpretación sitúa la explosión conmemorativa al final de la guerra fría, como parte de la transformación del orden político y económico que vivió la región en ese tiempo. El término de un régimen estructurado en gran medida por la dicotomía Este-Oeste provocó un cambio que permitió que iniciativas de la sociedad civil y grupos políticos, así como intereses corporativos, se centrasen en el Asia oriental; y esta regionalización tuvo repercusiones de importancia en el campo de la memoria. Alteró los parámetros del debate público. Ahora podían escucharse en Japón las voces de las víctimas chinas y coreanas, y emergieron nuevas coaliciones discursivas y políticas de carácter transfronterizo. En el ámbito político, las interpretaciones del pasado pasaron a ser un espacio favorito en el que negociar posibilidades de cooperación y comercio en Asia. Así pues, no se trató ante todo del retorno de los recuerdos de la guerra, sino de la aparición de una nueva esfera pública asiática, condicionada por transformaciones geopolíticas globales y nuevas estructuras de intercambio económico.[16]

Prestar atención a los factores sincrónicos y las relaciones espaciales, por supuesto, no significa hacer caso omiso de la

dimensión diacrónica de la historia. La cuestión de cómo tratar el impacto de las estructuras simultáneas, por un lado, y por el otro de la continuidad sigue siendo un aspecto crucial de todo análisis de historia global. En un estudio clave, Christopher Hill ha profundizado aún más en la cuestión al examinar el momento específico en el que se crearon tanto la historiografía nacional como sus pretensiones de continuidad. Su *National History and the World of Nations* se presenta como un análisis comparativo de cómo, a finales del siglo XIX, el género de la historia nacional surgió en Francia, Japón y Estados Unidos. Pero no es una comparación a la vieja usanza, que contrapone países separados y sociedades que parecen existir como entidades atemporales. Hill aspira precisamente a desafiar la ideología del Estado-nación como contenedor histórico independiente e indiscutible. En los tres países, desde la década de 1870, varios periodistas y funcionarios estatales empezaron a reflexionar sobre la historia de sus naciones. En los tres casos, esto ocurría después de fases de crisis y agitación social: la Restauración Meiji en Japón, la guerra civil en Estados Unidos, en Francia la caída del Segundo Imperio y la Comuna de París. Japón, Estados Unidos y Francia ocupaban posiciones muy distintas en el mundo y, en consecuencia, sus versiones del pasado eran disímiles. Pero participaban de las corrientes generales de finales del siglo XIX: el desarrollo de las relaciones interestatales, un comercio internacional y una acumulación de capital creciente, y la revolución en las comunicaciones. Según Hill, debemos comprender el atractivo de la historia nacional como género, y del Estado-nación como forma, precisamente dentro de estas estructuras globales. En este

posicionamiento, el análisis de Hill diverge claramente de otros relatos que o bien hacen hincapié en una historia de difusión, o de represión imperialista, o encuentran las raíces de la nación ante todo en tradiciones comunitarias indígenas o paralelas.

Hill, desde luego, no pasa por alto las dimensiones diacrónicas de su estudio. Traza un mapa de los cambios sociales y políticos que llevaron a formular ideas muy específicas sobre cada nación. Un foco centrado exclusivamente en la simultaneidad habría inducido a confusión. Pero la mera continuidad —y este es el caballo por el que ha tendido a apostar la mayoría de los historiadores— también es problemática. Tal clase de ficciones de una diacronía nacional, para Hill, son una inversión ideológica de los mecanismos que funcionaron en realidad. A su entender, el «espacio histórico-nacional» de las naciones modernas se construyó dentro de un moderno sistema-mundo de naciones que estaba entonces en desarrollo; sus prehistorias solo pueden describirse como genealogías cuando se las contempla desde la perspectiva posterior. «Las condiciones sincrónicas que crean la conciencia y el valor —en palabras de Hill— se invierten formando narraciones diacrónicas de su aparición. A consecuencia de esta inversión, las condiciones estructurales en las que los Estados-nación se constituyen como elementos del mercado mundial y el sistema internacional de Estados-nación parecen ser el fruto de procesos históricos acotados nacionalmente».[17]

Muchos historiadores se han puesto anteojeras para fijar la atención en las constelaciones sincrónicas asociadas a «momentos» y períodos temporales breves. Son versiones

populares de este enfoque los estudios sobre un año en concreto, en los que toda clase de acontecimientos se yuxtaponen sin que ello obedezca a argumentos o se tenga en cuenta la causalidad: hay historias globales de 1688, 1800 o 1979, por ejemplo. «El historiador que intenta esbozar un mundo —comenta uno de los practicantes de este enfoque— intenta no confinarse a ningún estilo ni serie de preguntas, sino que sigue corazonadas, deja que una cosa lo lleve a otra […] Confía en evitar el sistema, para reflejar así la imposibilidad de confinar la diversidad, el esplendor y la extrañeza de la condición humana.»[18]

Para gustos menos tradicionales, e historiadores con un carácter analítico más pronunciado, ha resultado de especial atractivo la noción de los «momentos globales». Acontecimientos emblemáticos —como el 11 de septiembre de 2001, la agitación de 1989 o las protestas de 1968, la crisis de Wall Street en 1929, la victoria de Japón frente a Rusia en 1905, o incluso la erupción del volcán indonesio de Krakatoa en 1883 (que algunos historiadores han descrito como el primer acontecimiento mediático global de la historia)— se han interpretado como momentos globales, sucesos que se percibieron de modos muy diversos (a veces hasta contradictorios), pero que aun así fueron objeto de apropiación como puntos de referencia globales, y funcionaron como tales.

Un estudio muy representativo y comentado en este campo, *The Wilsonian Moment*, de Erez Manela, podría ayudarnos a obtener una idea más clara de las ventajas —y también los posibles inconvenientes— de esta clase de enfoques, y más en general de las consecuencias de centrarse

en la sincronía. La narración de Manela empieza en la primavera de 1919, cuando estallaron sublevaciones nacionalistas contra el orden imperial en varios lugares distintos, de forma casi simultánea, pero al parecer con total independencia mutua. El 1 de marzo, Corea vivió su rebelión más intensa contra el poder colonial japonés, que regía el país desde 1910. Aquel mismo mes de marzo, en Egipto, gentes originarias de todos los sectores de la población tomaron las calles para manifestarse contra el gobierno británico, y se desataron conflictos feroces que se han dado en llamar «revolución de 1919». En la India, las protestas crecientes del movimiento nacionalista provocaron una respuesta violenta de los británicos que el 13 de abril culminó en la masacre de Amritsar, que costó la vida a casi cuatrocientos civiles desarmados. En China, la gran rebelión del 4 de mayo fue el clímax del Movimiento por una Nueva Cultura, que se esforzó por renovar la cultura moldeándola a semejanza de la modernidad occidental y por expulsar de Asia el orden imperial.[19]

Son cuatro acontecimientos bien conocidos, pero también, más aún, son momentos emblemáticos de las respectivas historiografías y acontecimientos cruciales en las culturas conmemorativas nacionales. Los cuatro casos ya han sido objeto de numerosas e importantes obras de historia. Si en estas circunstancias Manela puede aportar algo nuevo a la cuestión es porque aborda el tema desde una perspectiva novedosa. El autor aspira a explicar la simultaneidad de los sucesos en referencia al contexto internacional general, y a relacionarla con la transformación que vivió el orden internacional una vez terminada la primera guerra mundial.

En consecuencia, los cuatro casos no se yuxtaponen sin más, sino que Manela va más allá de la comparación clásica. Tampoco se centra en las relaciones directas entre Corea y la India, China y Egipto, ni adopta el enfoque tradicional de la historia de las transferencias. Lo que hace es situar los casos estudiados en relación a un punto de referencia común, Woodrow Wilson, que proclamó el derecho de las naciones a la autodeterminación. La frase de Wilson fue adoptada con celeridad, en parte por una campaña de prensa y una máquina propagandística que convirtió a Wilson en símbolo de la libertad frente al yugo colonial. Sin embargo, cuando se evidenció que la paz de Versalles no satisfaría tamañas esperanzas, la euforia dio paso a una profunda decepción que, a su vez, activó la erupción violenta de movimientos de protesta nacionalistas.

Centrarse en la sincronía resulta revelador, pero también posee inconvenientes analíticos. Importa aquí la relación entre la sincronía y la continuidad, entre el momento global y sus diversas prehistorias. Y en efecto, como fruto del entusiasmo por el impacto mundial de Wilson, el libro presta una atención insuficiente a la tradición concreta de los movimientos nacionalistas de los cuatro países, con una prolongada historia propia. Ciertamente, el autor reconoce que esos movimientos no se iban a quedar en un limbo hasta que Wilson apareció y los colmó de energía. Pero el mismo subtítulo del libro de Manela, al identificar el «momento wilsoniano» con «los orígenes internacionales del nacionalismo anticolonial», apunta a una relación causal demasiado poderosa.

La atención al contexto sincrónico puede tener un efecto

revelador. Conecta unos acontecimientos con otros surgidos en otras fronteras y abre una ventana hacia los entrelazamientos espaciales. Centrarse en los contextos globales puede ayudar a explicar el carácter simultáneo de determinados acontecimientos, una simultaneidad que los marcos nacionales convencionales no nos dejan ver. Además, hace que el historiador esté alerta a factores causales que actúan más allá de la sociedad o localidad que se estudia, o que la conectan con otras. Pero para obtener un panorama completo también es indispensable adoptar una perspectiva histórica más profunda —aunque las coyunturas posteriores pueden moldear la forma en la que tales prehistorias cobran relevancia—. Navegar entre las ficciones de la continuidad y las promesas del «momento», y negociar la relación de la genealogía con los contextos sincrónicos, están entre las tareas más exigentes a las que se enfrenta toda historia global.

Escalas, agencia y responsabilidad

Ya al final de este capítulo, retomemos brevemente la cuestión de la escala. De lo que hemos visto se colige que no existe un marco temporal privilegiado, idóneo para todas las cuestiones históricas, igual que no existe ninguna entidad espacial ideal para todos los asuntos. Cada tema requiere su propio orden temporal y espacial, y ello en un sentido que va más allá de lo meramente técnico o metodológico. Optar por una escala en concreto, en la historia global, requiere adoptar decisiones cruciales sobre cuáles serán los actuantes y las

fuerzas primordiales de nuestra narración. En otras palabras: elegir la escala siempre tiene consecuencias normativas.

Pensemos en el caso de la Alemania nazi. Cuando aproximamos la mirada a momentos específicos y marcos temporales breves, pasan a primer plano las decisiones personales y la agencia individual. Así, un estudio sobre las últimas semanas de la República de Weimar, o sobre la Conferencia de Wannsee y la decisión de matar a los judíos de Europa, hará hincapié en todas las alternativas personales y las muchas direcciones distintas que aún podría haber adoptado aquel asunto. Cuando se amplía el marco temporal, sin embargo, adquieren relevancia analítica factores más anónimos, a expensas de la responsabilidad individual. Cuando se opta por una perspectiva de más largo plazo —por ejemplo, para incluir el papel que el antisemitismo interpretó en Alemania desde el siglo XIX o incluso antes, o para tomar en consideración las tendencias autoritarias que algunos historiadores han hecho remontar hasta Lutero—, lo que en el análisis de proximidad parecía contingente puede disolverse en procesos mayores, en apariencia imparables. [20]

Lo mismo ocurre con las escalas espaciales. Un microestudio de una familia o de una ciudad pequeña nos permite centrarnos en las personas, sus intereses y lo que eligieron: ¿Cómo afrontaba la maestra local la presencia de alumnos judíos?, ¿por qué razones preguntaba a los estudiantes por sus padres?, etcétera. Pero si pasamos a la escala de nivel nacional, suben a escena otros actores y empiezan a predominar fuerzas mayores, pues el foco se centra en la élite del partido, la competencia entre los grupos

de la burocracia, y la lógica institucional que muchos historiadores consideran hoy la responsable de procesos importantes —y a menudo, fatídicos—. Si ascendemos a un contexto global, de nuevo, los aspectos relevantes son de otro orden: el impacto de la Gran Depresión, la transformación del orden internacional con posterioridad a los tratados de Versalles, la búsqueda global de una tercera vía entre el comunismo y el capitalismo liberal, la voluntad de crear bloques regionales y autarquías económicas, y la hegemonía del discurso racial. En este nivel agregado, la agencia individual pasa al último plano y la cuestión de la responsabilidad cede el terreno a un análisis de factores estructurales y de la causalidad colectiva. Si en un microestudio se puede censurar (o ensalzar) la conducta de determinadas personas, en una historia nacional aparecen como víctimas de la élite política, y en una perspectiva global, se las describe a merced de grandes transformaciones estructurales.

Por esto mismo, se ha reprochado a la historia global que no se fija en las personas y omite la cuestión de su responsabilidad, ocultándola por detrás de flujos anónimos, estructuras impersonales y metáforas en torno de la circulación. En su empeño por explicar procesos más generales y fraguar interpretaciones que tiendan un puente entre las experiencias históricas de regiones distintas, es cierto que a veces los historiadores globales optan por categorías analíticas que suelen excluir la agencia humana. ¿Cabría afirmar entonces que las personas quedan fuera de la historia, si se la aborda como historia global? En cierto sentido, esto depende del estilo narrativo del historiador. Nada exige que

un panorama global sea menos cautivador que las historias nacionales. Los macrorrelatos de la historia de una nación pueden ser vistosos y tener en cuenta el papel decisivo de la agencia personal, y lo mismo puede ocurrir con las historias globales.

Ahora bien, al situar la causalidad al menos en parte en un nivel global, puede parecer que los historiadores globales consideran secundaria la responsabilidad más cercana al nivel personal. En cierta medida, esto obedece a una elección metodológica característica del enfoque global: la voluntad de hacer hincapié en los factores simultáneos en el espacio, privilegiándolos por encima de las genealogías de largo plazo y la continuidad temporal interna. El motivo de huir de las narraciones endógenas es encomiable, pero ¿y si se logra al precio de subestimar la agencia inmediata? Si el Holocausto se puede explicar en parte por medio de fuerzas globales sincrónicas, ¿no relativiza esto la culpa de los criminales nazis? Este exceso de contextualización —dar más prioridad a los factores globales que a los actuantes locales— podría externalizar las facetas de la responsabilidad y la culpa. Hacernos globales, por lo tanto, podría dar una apariencia de inevitabilidad a lo que, cuando se observa más de cerca, se antoja mucho menos sistemático. Cuanto mayor sea la escala, menor será la contingencia y la agencia individual; más aún, cuando los marcos temporales son colosales. Según admite Fred Spier, que escribe desde un punto de vista de la «gran historia»: «Mi esquema explicativo versa sobre la necesidad». [21]

Para contrarrestar esta tendencia, muchos historiadores se aseguran de hacer hincapié en lo contrario y emplear, en vez

de un léxico de la necesidad, una retórica de lo accidental. Ensalzan las ventajas de volverse local e insisten en que sobre el terreno la realidad histórica es mucho más confusa y fragmentada de cuanto pueden mostrar las macroperspectivas. Sin embargo, ponen en duda los principios teleológicos que las narraciones existentes dan por supuestos. Un buen ejemplo de cómo se eleva la «contingencia» a la condición analítica más alta es el debate sobre el ascenso de Occidente, que una generación anterior de historiadores trató como un hecho dado y un proceso casi natural. Hoy esta metanarración se ha puesto en duda y se ha relativizado en textos clave de nuestro campo, que hacen hincapié en las idiosincrasias y el carácter impredecible del cambio histórico. Como recalca Janet Abu Lughod en sus cavilaciones sobre el siglo XIII: «No hubo una necesidad histórica intrínseca por la que el sistema pasara a favorecer a Occidente, y no a Oriente».[22] Otros historiadores han descrito la «Gran Divergencia» que separó a Inglaterra y China desde finales del siglo XVIII, y la brecha abierta por el desarrollo industrial, como producto de la fortuna, de un «regalo caído del cielo», de la «buena suerte geográfica». Europa, según estos autores, no fue sino una «anomalía afortunada».[23]

En la relación de necesidad y contingencia, cada escala se acompaña de su propia ideología. Un buen ejemplo de ello es la tensión que ha caracterizado la reciente polémica sobre el Antropoceno, el período que se inicia con la revolución industrial y la aparición de la humanidad como agente geológico. Por primera vez en la historia de nuestro planeta, una especie es capaz de alterar las condiciones de vida básicas

de la Tierra. En consecuencia, tanto diversos científicos como historiadores de mentalidad similar han defendido la conveniencia de adoptar una mirada muy profunda. Afirman que solo situando el Antropoceno dentro de la historia natural del planeta, mucho más prolongada, podemos comprender el impacto de la especie humana como agente central del cambio climático. Esta perspectiva paleobiológica resulta plausible, dada la inmensa escala temporal de cientos de miles de años, y heurísticamente es útil porque destaca la urgencia de proteger la ecología. Pero aunque un marco temporal colosal posee ventajas innegables, también produce sus propias miopías. En este caso, centrarse en la especie como tal imposibilita distinguir entre los grupos y personas que han causado daño ambiental y los que no, entre quienes se han beneficiado del cambio climático y los que son sus víctimas. Aunque la mirada se enriquece con aportaciones importantes, e incluso indispensables, la categoría de la «especie» y la que se limita a los grandes marcos temporales no nos permiten abordar la atribución de responsabilidades, ya sean estas históricas o presentes. Ocultan a la vista los intereses de grupo y las relaciones de poder que, en las sociedades modernas, han dirigido la transformación industrial-capitalista, y han favorecido el programa ecologista por encima de visiones alternativas de la sociedad y de concepciones distintas de la relación del ser humano con la naturaleza. Al movernos en una escala tan grande, se corre el riesgo de quitar importancia a las tensiones sociales que se viven dentro de lo que se presenta como una «humanidad» indiferenciada. También puede impedirnos ver las fuerzas que —como el capitalismo y el imperialismo— han tenido un

gran impacto en el mundo que nos rodea, fuerzas que cabe analizar críticamente al indagar sobre la transformación medioambiental.[24]

Mientras que los defensores de la «gran historia» aspiran a crear una variante de historia que se parezca a la ciencia, hasta el extremo incluso de proponer «leyes históricas» análogas a las leyes de la química o la física, muchos historiadores, en cambio, hacen hincapié en la heterogeneidad, la contingencia y lo fragmentario. Pero el desafío que nos aguarda no es decidirnos por una o por otra, sino equilibrar las múltiples escalas y sus ventajas explicativas. Al abordar distintos niveles de análisis temporal y espacial, podemos intentar ir más allá de dicotomías tales como las de estructura y agencia, o necesario y contingente. Cada uno a su manera, tanto la causalidad agregada en un macronivel como la agencia individual del micronivel son puntos de vista legítimos, y ninguno es prescindible si aspiramos a dibujar un panorama completo.

En la década de 1930, por volver a nuestro ejemplo, era muy improbable que ninguna sociedad del centro de Europa quedara inmune a los efectos de los cambios globales y a los atractivos subsiguientes del fascismo. Pero la historia no se acababa aquí. Pese a la enorme presión ejercida por las transformaciones estructurales, hubo sociedades enteras (como la suiza) y en Alemania, personas concretas (como nuestro maestro de escuela, al menos potencialmente) que lograron elegir la disensión. Por ello, es importante recordar que las estructuras globales se ven moldeadas por la actividad humana, a la vez que la moldean; son el resultado de procesos de estructuración. Como tales, proporcionaron las

condiciones en las que actuaron las personas, pero en última instancia no determinaron qué decidieron hacer los grupos y las personas.[25]

CAPÍTULO 8.
POSICIONALIDAD Y ENFOQUES CENTRADOS

¿Cuál es la ubicación del mundo? ¿Dónde se sitúan los historiadores cuando escriben su historia? ¿Puede un historiador alzarse por encima de la mentalidad provinciana de las perspectivas nacionales para llegar a alguna forma de objetividad no interesada? Algunas afirmaciones programáticas, ciertamente, prometen que el enfoque global nos llevará a este «punto de Arquímedes». Prevén llegar a «una versión transcultural de la historia que pueda resultar aceptable en todo el planeta».[1]

Ahora bien, esta esperanza es vana. Las historias globales no se escriben en el vacío. Los historiadores pueden abordar la historia del mundo entero, pero lo hacen desde una ubicación específica, y escriben en un momento temporal particular, inscrito en sus propios «mundos de la vida». Induce a error sugerir que el mero cambio de foco, de la historia nacional a la historia mundial, nos aislará de los conflictos del presente. Hoy día los contextos institucional y nacional siguen siendo cruciales para moldear tanto las interpretaciones teóricas como las narraciones del cambio histórico.[2] La mayoría de los textos de historia universal

están enmarcados por premisas axiomáticas y se basan en juicios de valor y una jerarquía semántica. Así pues, en un sentido fundamental, están «centrados» localmente, por mucho que se propongan hablar en nombre del mundo o la «humanidad». Este capítulo explorará qué acarrea esta posicionalidad intrínseca para la práctica de la historia global.

Entre los varios «centrismos» que dan forma a la interpretación histórica, el que ha dominado los dos últimos siglos ha sido el eurocentrismo. Y como la historia global suele asociarse con la ambición de ir más allá de una visión eurocéntrica del mundo, este será nuestro punto de partida. La historia global, pues, promete trascender la narración típica del antiguo género de la historia universal, centrado estrictamente en el «ascenso de Occidente». Pero, exactamente, ¿esto qué implica? ¿Es eurocéntrico hacer hincapié en que, en los siglos XIX y XX, Europa y Estados Unidos han sido hegemónicos? A la inversa, ¿es sinocéntrico, automáticamente, el hecho de subrayar la complejidad de la China Song? ¿Es preciso descartar la terminología de las ciencias sociales porque en origen se acuñó en Europa?

En la coyuntura actual, el desafío es el siguiente: ¿Cómo podemos superar el eurocentrismo y tomar en consideración las múltiples posiciones desde las que cabe escribir la historia, sin caer en la trampa del indigenismo y sin plantear otras formas de «centrismo»? Este capítulo abordará la tensión intrínseca entre la posicionalidad y los enfoques centrados. Por un lado, apunta a que toda interpretación del pasado es posicional, y no puede ser de otro modo; salvo que queramos reducir la historia a un relato único, debemos tener en cuenta una multiplicidad de perspectivas. Por otro lado, cuando se

hace mucho hincapié en la particularidad y unicidad es fácil que se acabe defendiendo la inconmensurabilidad: la afirmación de que los recursos culturales que subyacen a las distintas sociedades son tan radicalmente distintos entre sí que esas sociedades resultan mutuamente incomprensibles. En efecto, como veremos algo más adelante, el deseo de alejarse del eurocentrismo ha hecho que, en años recientes, hayan proliferado otros «centrismos» en diversas partes del mundo. Cerraremos el capítulo apelando a ir más allá de una concepción culturalista de la posicionalidad.

Eurocentrismo

El debate sobre el eurocentrismo afecta a varias cuestiones básicas de nuestro campo, metodológicas y epistemológicas. En muchos casos hallamos confusión entre dos dimensiones del problema. Por un lado, existe el eurocentrismo como punto de vista, como modelo de interpretación. Por otro lado, está la espinosa tarea de valorar el papel dominante que ha interpretado Europa en buena parte de la historia reciente. Las dos dimensiones están estrechamente relacionadas, pero por mor de la heurística, resulta útil diferenciar entre una y otra. En lo que sigue, por lo tanto, distinguiré entre el eurocentrismo como perspectiva y el carácter «eurocentrado» de algunos períodos históricos.

El eurocentrismo, en tanto que perspectiva, se presenta con varios aspectos, en toda una serie de encarnaciones distintas. [3] Para facilitar el debate, es conveniente delinear

claramente dos corrientes principales del pensamiento eurocéntrico. La primera consiste en la idea de que Europa ha sido el factor original del progreso histórico, que fue esencialmente Europa la que propulsó el mundo hacia la modernidad (el modelo de «Europa como primer motor»). El segundo modelo, el eurocentrismo conceptual, se refiere a los conceptos, las normas y las narraciones a los que recurren los historiadores para dar sentido al pasado; estos pueden ser eurocéntricos incluso cuando no se está estudiando Europa. En las páginas siguientes, procederé en tres fases, analizando consecutivamente el modelo de Europa como primer motor, y los intentos de superarlo; la relación entre el eurocentrismo y los períodos en los que Europa ha sido central; y el eurocentrismo conceptual.

Empecemos por los relatos eurocéntricos de la historia del mundo. Robert Marks ha compendiado los principios básicos de esta manifestación del eurocentrismo: «Las concepciones eurocéntricas del mundo consideran que Europa ha sido la única que ha dado forma activamente a la historia mundial, la "fuente" de la que esta ha manado, por así decir. Europa actúa, el resto del mundo responde. Europa muestra "agencia", el resto del mundo es pasivo. Europa hace historia, el resto del mundo carece de historia hasta que entra en contacto con Europa. Europa es el centro, el resto del mundo es su periferia. Solo los europeos son capaces de iniciar el cambio o la modernización, el resto del mundo es incapaz». [4]

Este modelo de Europa como primer motor caracterizó muchas de las viejas historias mundiales.[5] En años recientes, se ha puesto en duda por varias razones. En lo

esencial, esta crítica consiste en un empeño bastante general por llegar a narraciones más inclusivas y geográficamente más equilibradas, que no se limiten a pasar de la Antigüedad griega a la Revolución Francesa ni partan de entender que una trayectoria tan estrictamente europea describe de un modo plenamente adecuado la historia mundial. Entre los primeros ejemplos de esta búsqueda de la justicia geográfica están los doce volúmenes del *Estudio de la historia* de Arnold Toynbee (1934-1961). Cuando se le criticó que el espacio reservado a Inglaterra equivalía a tan solo una sexta parte del concedido a Egipto, replicó: «Dar a Inglaterra una sexta parte del espacio que he destinado a Egipto es fantástico, y tan solo el hecho de que yo sea inglés puede explicar que haya ido tan lejos. Es fantástico porque la proporción correcta no sería la de una sexta parte, sino algo más próximo a una sexagésima parte».[6] De un modo similar, historias globales recientes han adoptado una distribución más justa de la atención, han dado más páginas a África y el sudeste asiático, y en general han formulado relatos más inclusivos.

Un objetivo cercano de los enfoques antieurocéntricos es liberar la historia macrorregional de la obsesión por demostrar la existencia de vínculos con Occidente. Mientras que los viejos estudios equiparaban la «interconexión global» con las relaciones con Occidente, obras más recientes exploran toda la diversidad de los contactos de una región. Véase el caso del sur de Asia en la época precolonial. En su forma influían redes próximas que recorrían las costas de Coromandel y Malabar, el Guyarat y, sobre todo, atravesaban el océano Índico. Económicamente, además de culturalmente, por medio de la difusión del budismo y el

sánscrito, el sur de Asia mantenía lazos poderosos con otras regiones: con África, el mundo árabe y el sudeste del continente. Menospreciar estas conexiones anteriores y destacar la forma en la que, se supone, el colonialismo sacó a la India del estancamiento y la abrió al mundo es actuar con una concepción del «mundo» estrecha de miras y eurocéntrica. Vinay Lal ha advertido que tales versiones eurocéntricas suponen, en realidad, «evacuar al "mundo" de la historia mundial».[7] De un modo similar, la retórica de la «apertura», que se aplica a lugares como China, Corea y Japón, se emplea por lo general para señalar el inicio de su relación con Europa y Estados Unidos, sin tener en cuenta lo extensos que pudieran ser sus lazos con otras zonas no occidentales.[8]

Tras estas críticas, numerosos historiadores han puesto en duda la trayectoria teleológica de muchas historias mundiales de antaño. Alegan que no es posible hablar de una hegemonía euroestadounidense global antes de principios del siglo XIX. Ni Europa ni Occidente consiguieron cuanto consiguieron sin ayuda ajena. La bibliografía reciente ha documentado hasta qué punto muchos de los logros que se tenían por europeos fueron en realidad el fruto de una serie de interacciones y de flujos complejos que terminaron fraguando centros de poder en Europa y Estados Unidos, pero no necesariamente se originaron allí.[9]

Esto nos lleva a nuestra segunda cuestión: la relación entre el eurocentrismo y las épocas «eurocentradas». Hacer justicia a la diversidad histórica de las sociedades y explorar la multiplicidad de conexiones entre ellas sigue siendo una tarea urgente para los historiadores globales. Es una tarea

dificultosa, pues de inmediato se enfrentan al reto de evitar el extremo opuesto: enterrar la función de las estructuras de poder bajo un pintoresco mosaico de historias locales. El objetivo es superar el eurocentrismo sin por ello marginar el papel histórico de Europa y Estados Unidos. Cuando los historiadores dan la bienvenida a la «historia mundial [porque] representa un medio especialmente adecuado para reconocer las aportaciones de todos los pueblos a la historia común del mundo», no solo sugieren su buena intención ecuménica, sino que también corren el peligro de subestimar las estructuras de poder subyacentes.[10] En otras palabras: toda versión alternativa de la dinámica global debe poner sobre la mesa, sin ocultarlos, los episodios en los que la Europa occidental y, más adelante, Estados Unidos interpretaron un papel dominante.

Existe, por lo tanto, una diferencia importante entre hacer hincapié en el carácter «eurocentrado» de un fenómeno concreto o bien contar su historia desde un punto de vista eurocéntrico. Decir que la industrialización se produjo primero en Inglaterra no es eurocéntrico; presuponer que solo podía haber ocurrido allí sí que lo es. Referirse a las maneras en las que, a finales del siglo XIX, muchas sociedades de todo el mundo empezaron a volver la mirada hacia Europa y Estados Unidos buscando modelos de escolarización solo atestigua la existencia de jerarquías sesgadas a favor de Occidente, el desequilibrio de poder de la época. Esta observación únicamente sería eurocéntrica si insinuáramos que las instituciones modernas solo podían haber surgido en Occidente para luego expandirse a otros lugares.

Valorar el papel de Europa y Estados Unidos en el registro histórico, en última instancia, es una empresa empírica. Apuntar que había jerarquías geopolíticas y que en determinadas partes del proceso histórico Europa y Estados Unidos han interpretado un papel dominante no es un acto de eurocentrismo en sí. Al mismo tiempo, es obvio que estas dos dimensiones —el proceso y la perspectiva— no se pueden desentrelazar por completo. Precisamente el poder geopolítico actuó como soporte del relato europeo del ascenso de la propia Europa, e hizo que las narraciones eurocéntricas aparentaran ser relaciones objetivas.

Pasemos, en consecuencia, al tercer aspecto que nos hemos propuesto explorar, el eurocentrismo conceptual. En este nivel, el eurocentrismo se refiere a proyectar sobre el pasado un conjunto particular de conceptos, valores y cronologías. Dipesh Chakrabarty ha afirmado que «en lo que respecta al discurso histórico académico —es decir, la "historia" como discurso producido en el espacio institucional de la universidad—, "Europa" sigue siendo el objeto teórico soberano de todas las historias, incluidas las que denominamos "india", "china", "keniana", etcétera. Existe un modo peculiar en el que todas esas otras historias tienden a convertirse en variaciones sobre la narración maestra que cabría llamar "la historia de Europa"».[11]

Irónicamente, incluso los relatos que intentan poner entre paréntesis la influencia histórica de Europa y hacer hincapié, en su lugar, en las trayectorias y dinámicas indígenas pueden ser eurocéntricos tanto en su vocabulario como en su lógica general. Por ejemplo, obras recientes de carácter popular dirigen su atención a una flota china que, comandada por el

almirante Zheng He, arribó a California en 1421 y a Florencia en 1434, y por ello defienden la prioridad de China; pero identifican como hitos de la modernidad los mismos acontecimientos que destacaban las narraciones tradicionales eurocéntricas: el descubrimiento de América y el Renacimiento, dos hitos que ahora atribuyen a China.[12] Entre las obras académicas, la invitación de André Gunder Frank a *Re-orientar* indica ya desde su mismo título que se ha pasado del eurocentrismo a un sinocentrismo enfático. Aunque Frank reduce el dominio de Europa a un breve interludio, su narración se basa en los mismos parámetros —mercados, comercio y crecimiento económico— que también regían la ortodoxia eurocéntrica,[13] el resultado es una simple reversión, sin ningún desafío de calado a las narraciones históricas y los conceptos subyacentes.

En esencia, esto obedece a que las disciplinas modernas que se originaron en Europa fueron adoptadas poco después en todo el mundo. A lo largo del siglo XIX, bajo las presiones de la integración global y la hegemonía de Occidente, los parámetros y conceptos de los ámbitos universitarios europeos adquirieron condición hegemónica también fuera de las sociedades para las que en origen habían sido concebidos. La historia de Europa se trató como un modelo del desarrollo universal en lugares como Argentina y Sudáfrica, la India y Vietnam. Era una idea arraigada en los propios medios conceptuales de las ciencias sociales modernas, que por esto mismo ha sido reiterada y reproducida sin pausa, y a menudo, sin conciencia de estar haciéndolo así. Términos aparentemente analíticos como «nación», «revolución», «sociedad» y «civilización»

transformaron experiencias específicamente regionales (europeas) en una teoría de ambición universal que preestructura la interpretación de todos los pasados locales. «Solo "Europa" —según ha resumido esta lógica Chakrabarty— es cognoscible […] teóricamente; todas las demás historias son materia de estudios empíricos que complementan un esqueleto teórico que es sustancialmente "Europa".»[14] En la práctica historiográfica, el uso de la terminología europea, y su filosofía de la historia subyacente, desarrollados en Europa y para Europa, han culminado en narraciones que relatan una larga progresión de la sociedad feudal a la civil, de la tradición a la modernidad. Es típico que las diferencias históricas y las trayectorias particulares exhibidas por las sociedades no occidentales se describan con un lenguaje de carencia y fracaso, con una retórica del «todavía no», y que se traten como deficiencias.

Sin lugar a dudas, la «Europa» que esto implica fue más un producto de la imaginación que una realidad geográfica; era una categoría reificada, cargada de miedos y esperanzas, e impregnada de las asimetrías del poder geopolítico. Que en realidad Europa nunca fuera una entidad homogénea, sino de hecho muy heterogénea, apenas quitó brillo al atractivo del concepto. En la práctica, las jerarquías del eurocentrismo se aplicaban también dentro de la propia Europa, como ejemplifica la imagen de una Europa oriental supuestamente pasiva y atrasada.[15] Así pues, a la vez que excluía zonas de la propia Europa, desde finales del siglo XIX el eurocentrismo se amplió y pasó a incluir Estados Unidos. En vez de hablar de eurocentrismo, por lo tanto, sería más preciso referirse a las «epistemologías historicistas euroestadounidenses».[16]

Liberar la historia global de la gran narración eurocéntrica sigue siendo todo un desafío, de gran complejidad epistemológica y metodológica. También es un problema político. La tarea es mayor, y más dificultosa, que una simple reevaluación del papel de Europa (y Estados Unidos) en la historia mundial, porque los conceptos antaño europeos y hoy «universalizados» cuentan con una larga historia en muchas partes del mundo; y los relatos de la modernización que siguen los criterios occidentales están firmemente incrustados en muchos marcos institucionales.

En el intento de dejar atrás las perspectivas eurocéntricas, los historiadores han recorrido principalmente dos grandes vías. Una es hacer hincapié en el carácter posicional de toda escritura histórica y, con este fin en mente, abogar porque se multipliquen las interpretaciones surgidas de lugares distintos. Analizaremos la posicionalidad en el resto de este capítulo, junto con su posible reverso: caer en formas de pensamiento indigenista y en otras versiones de «centrismo». De la segunda de las grandes vías a las que hacía alusión —el problema de los conceptos y la terminología—, me ocuparé en el siguiente capítulo.

Posicionalidad

Para corregir el eurocentrismo, los defensores de la historia global han enfatizado el carácter posicional de las perspectivas históricas. Se basan en críticas formuladas en el campo de los estudios poscoloniales y en llamamientos a ir

más allá de la ficción de un «punto de Arquímedes», un punto de observación neutral, porque esta «*hybris* del punto cero», en palabras del filósofo colombiano Santiago Castro Gómez, oculta las relaciones de poder que enmarcan la formación del conocimiento. Los estudiosos poscoloniales, así, han propuesto volver del revés el lema de Descartes: «En vez de suponer que *pensar* viene antes de *ser*, uno debe suponer que es un cuerpo marcado racialmente y situado en un espacio marcado geohistóricamente, que siente el deseo de hablar o se le invita a hacerlo».[17]

Como cualquier otra forma de historiografía, la historia global está influida, invariablemente, por las condiciones en las que surge y el contexto social específico en el que se la escribe. Aunque el objeto de estudio pueda ser el mundo, esto no supone que en todas partes se vayan a entender, y menos aún a aceptar, interpretaciones uniformes. Así como los historiadores serbios y franceses pueden sostener visiones distintas del estallido de la primera guerra mundial (y en efecto lo hacen), también las representaciones de la historia mundial pueden diferir de formas fundamentales: en los temas que eligen como centrales, los aspectos que omiten y la interpretación de los hechos que analizan. La significación de cada una de las cuestiones (tomemos ahora como ejemplo la esclavitud) varía claramente según sea la perspectiva desde la cual la miramos (Angola o Nigeria, Brasil o Cuba, Francia o Inglaterra). La propia noción de lo que constituye el «mundo» relevante tampoco es ningún caso idéntica en todas las sociedades y naciones.

En consecuencia, algunos de sus autores han equiparado la historia global con un llamamiento a multiplicar las

perspectivas y aumentar el espectro de las interpretaciones, por la vía de añadir voces al coro historiográfico: los acentos de las historias mundiales china, zulú y aborigen. Uno de los atractivos de la historia global, con su diversidad de narraciones históricas, ha sido la promesa de «empoderar» a personas de lugares hasta entonces olvidados, y permitirles reivindicar su pasado.

Como es lógico, no debemos exagerar las diferencias y convertir en exóticas las perspectivas alternativas. La erudición histórica ya es un fenómeno transnacional, y los programas, las escuelas metodológicas y los modos de interpretación se difunden con celeridad a través de las fronteras. La conversación transnacional de los historiadores ha pulido muchas de las idiosincrasias que quizá caracterizaron tiempos anteriores. Más aún, el abrazo de bienvenida extendido a todas y cada una de las voces —«¿cómo cambiaría el pasado del mundo si lo escribieran todos sus habitantes?»— no está en sí exento de problemas. [18] A menudo, estas invitaciones a la inclusividad pueden guiarse por el deseo de compensar la parcialidad de las antiguas historias universales, o incluso por el ansia de redimir pasadas injusticias y padecimientos. El resultado, en el peor de los casos, será una historia que no irá más allá de lo compensatorio. Además, como por lo general los historiadores no hablan por sí mismos sino en nombre de grupos más extensos, hay que abordar la cuestión de la representatividad. Y por último, por razones normativas, la mera consideración de voces más «indígenas» —pensemos en los criminales nazis— no supone por necesidad una emancipación.

No obstante, reconocer que en el mundo existe una multiplicidad de puntos de vista —tanto de los actuantes históricos como de los historiadores de nuestros días— es un avance importante. En un nivel práctico, impele a los historiadores a ser conscientes tanto de la agencia como de las percepciones de distintos actuantes, y a incluirlas en sus estudios, con el objetivo de no limitar la historia colonial al relato de los colonizadores; los encuentros misioneros, a la perspectiva de los misioneros; y la investigación de los conflictos fronterizos, a tan solo una de las partes. Para poder observar el campo al completo, se requiere admitir que coexisten muchas lecturas del pasado global, lecturas en competencia, y a veces mutuamente exclusivas.

La historia sigue siendo muy diferente de las ciencias sociales, pues aún no se ha convertido en una disciplina global. Sigue viéndose fuertemente afectada por las constelaciones locales, nacionales y regionales. Y dada la proximidad a las instituciones estatales y la memoria pública, estos factores continuarán influyendo en el estudio del pasado. La competencia entre las distintas interpretaciones puede ser aún más intensa en el futuro. Así pues, escribir historia global no ha dejado de ser una empresa intrínsecamente diversa. En una monografía instructiva, Dominic Sachsenmaier ha usado el ejemplo de Estados Unidos, China y Alemania para demostrar que, a pesar de la innegable voluntad transnacional de sus practicantes, la historia global siempre ha estado ligada a parámetros nacionales, a sus marcos institucionales y a sus intereses culturales y políticos. Estos contextos generan historiografías que difieren no solo normativamente, sino también

conceptualmente. Incluso términos tan generales como «globalización», «modernidad» e «historia» se acompañan de sentidos distintos en lugares distintos.[19] Cuantos más casos similares incluyamos, más evidente será la heterogeneidad de las perspectivas del mundo sobre su pasado. No todas estas versiones portarán el mismo peso o gozarán de la misma capacidad de arrastre o plausibilidad, pero esto sigue suponiendo que, hasta cierto punto, la historia global «solo se puede escribir, en última instancia, como historiografía: como la descripción no solo de diversas concepciones del mundo, sino también de diversas maneras de concebir el pasado».[20]

Esto ha generado esfuerzos por recuperar puntos de vista marginados hasta entonces y darles carta de ciudadanía historiográfica. Por citar un ejemplo entre los muchos posibles, examinemos brevemente el caso de África. Como en el resto del mundo, el pedigrí de estas intervenciones antieurocéntricas se remonta al siglo XIX. Sus primeros exponentes incluyen a pensadores como Frederick Douglass y Edward Wilmot Blyden, y más adelante, W. E. B. DuBois, cuyo *The World and Africa: An Inquiry into the Part Which Africa Has Played in World History* (1946) ha devenido clásico.[21] En la era de la descolonización, los lamentos por la condición marginal de África en la arena histórica mundial se han vuelto más vehementes. Los historiadores han pedido una acción afirmativa: saber más sobre el papel de los africanos, más sobre los antiguos imperios africanos, más sobre los logros de las civilizaciones africanas. Pero su crítica también ha abordado cuestiones más teóricas; estudiosos como Martin Bernal, Valentin Mudimbe, Paul Gilroy y otros han defendido convincentemente la inclusión de formas

alternativas de conocimiento que supongan un auténtico desafío para el eurocentrismo que consideran está en la raíz de la marginación de África.[22]

Ahora bien, ¿cuán alternativa es la «alternativa»? ¿La diferencia acarrea quizá la inconmensurabilidad? Al buscar la «justicia geográfica», algunos historiadores se han embarcado en la dificultosa «tarea de hallar narraciones puramente africanas».[23] Pero en un contexto de muchos siglos de intenso intercambio a través de los océanos Atlántico e Índico, no es irrazonable albergar dudas sobre si existe algo que pueda calificarse de «puramente africano». Lo mismo, por descontado, cabe afirmar sobre toda pretensión de pureza, sea esta francesa, turca, rusa o colombiana. Por decirlo más en general, a menudo solo una línea muy fina separa reconocer la posicionalidad de afirmar la incompatibilidad cultural. Dirigir nuestra atención a la incrustación cultural y social de todo historiador nos ayudará a tomar en consideración el punto de vista, que influye en toda interpretación del pasado. Sin embargo, las miradas radicalmente alternativas —la concepción aborigen, nativa americana o china de la historia— pueden derivar fácilmente en nuevas formas de «centrismo» que hacen difícil, si no imposible, conversar fuera de los límites de esas epistemologías nativas.

La proliferación de «centrismos» y el regreso de la civilización

De hecho, tales centrismos están ahora en el programa, y lo están globalmente. A partir de la década de 1990, concluida la guerra fría, la rueda de la fortuna ha ido girando poco a poco para el eurocentrismo, cada vez más atacado en su propia cancha. Por una variedad de razones, ha empezado a proliferar una multiplicidad de «centrismos» que claman por su reconocimiento. Estos «centrismos» del sur global —presentados a menudo como una liberación frente al dominio occidental— son indicios de la reconfiguración simbólica del espacio que la transformación del orden mundial contemporáneo ha provocado. Al mismo tiempo, se los puede entender como parte de la mercantilización del conocimiento, en una era de renovada integración capitalista, en la que la diversidad cultural ha emergido como mercancía comerciable. Otro factor no menos importante han sido las ondas de choque globales del 11 de septiembre de 2001, que han contribuido a que se intensificara la defensa de las esencias de la civilización propia en varios lugares: en Egipto y en la India, pero también en Estados Unidos.

Muchos de estos nuevos «centrismos» se han formulado en el lenguaje de la civilización. El modelo del pensamiento asociado a la civilización se remonta al siglo XIX, pero ha gozado de una renovación notable en respuesta a la desintegración del orden mundial bipolar, en la posguerra. Lo que parece una vuelta a antiguos esquemas interpretativos, en otras palabras, debe entenderse en parte, sobre todo, como una respuesta a vivencias actuales de la globalización. En ciertos sentidos, el paradigma de la civilización se puede comprender como una variante específica de la historia global popular, que hasta cierto punto se basa en genealogías

locales, pero también en conceptos tan distintos como el «choque de civilizaciones» o el llamamiento a las «modernidades alternativas». Pero en muchos otros sentidos, este enfoque fluye en contra del concepto de historia global que se propone en este libro. Más que hacer hincapié en el entrelazamiento y la interacción, este discurso de la civilización tiende a centrarse en intensificar la sensación de especificidad cultural y la percepción de las fronteras.[24]

El espectro de los modelos de la civilización es amplio; y, pese a todas sus semejanzas estructurales y narrativas, sus manifestaciones difieren considerablemente de un lugar a otro. Con frecuencia son intrínsecamente populistas, con dinámicas espoleadas por conflictos locales y nacionales específicos. En la estela de la guerra fría, el resurgir del concepto de civilización se pudo observar en casi todo el mundo. El afrocentrismo, por ejemplo, que ha sido popular en Estados Unidos y algunas zonas de África, invierte los viejos enfoques eurocéntricos y pinta el cuadro de una civilización africana homogénea que, cultural y moralmente, sería muy superior a la civilización europea.[25] En el Oriente Próximo —en Turquía y Egipto, por ejemplo— es habitual hallar entre las élites nacionalistas la defensa de una diferencia ontológica específica de las sociedades islámicas, con la que intentan liberarse de la dependencia intelectual de Occidente. Malasia es otro de los muchos lugares donde ha surgido una versión de la historia mundial alternativa a la dominante; en el caso de Malasia, con la popularidad creciente de una historia de base religiosa. En la Universidad Islámica Internacional de Malasia, el Departamento de Historia y Civilización ha empezado a impartir una historia

mundial islámica inspirada por el Corán y guiada por la idea de la Revelación, en contra de la metanarración evolutiva de una historia mundial basada en la idea de progreso.[26]

En el sur de Asia, teóricos como Ashis Nandy han formulado una crítica radical contra algunos de los principios de la historiografía moderna. Para Nandy, la manera de escribir historia es en sí un instrumento de la hegemonía occidental. Incluso hoy en día, sostiene el autor, una gran parte de la población india no piensa según categorías de historicidad; pensar a la manera de la historia, a juicio del autor, hace caso omiso de otras formas de acceder al pasado, lo que nos deja con un único futuro posible.[27] El este de Asia también se contagió de la fiebre de la civilización en la década de 1990. En Japón, autores como Kawakatsu Heita utilizaron el concepto para proponer una forma alternativa de historia mundial, que Heita enfrentó explícitamente a las narraciones dominantes en Occidente, tales como la teoría de los sistemas-mundo. Por ejemplo, interpretó el período de 1600 a 1853, cuando Japón mantuvo una política de estricto aislamiento, como una fase en la que la cultura nativa del archipiélago pudo madurar, alejada de las influencias china y occidental. Llamó a volver a la autosuficiencia y a establecer un «nicho ecológico» (*sumiwake*) en el que los japoneses pudieran vivir aislados del mundo globalizado.[28]

Aunque hemos visto ascender fundamentalismos culturales en numerosas sociedades, hasta el momento el más poderoso de esos «centrismos» alternativos sigue siendo el sinocentrismo. En parte, esto se debe al destacado papel de China en la escena mundial, así como a los desafíos económicos y, hasta cierto punto, políticos que esto ha

supuesto para el orden internacional. El auge de China ha hecho que muchos autores, tanto en este país como fuera de él, hayan reimaginado trayectorias históricas de forma que conceden un papel privilegiado a China, en el presente y también en el pasado.[29] El sinocentrismo se basa en lo que se considera un núcleo cultural oponible a un Occidente materialista. Por lo general se asocia con el confucianismo, considerado un símbolo de tradiciones intemporales que sobreviven a las transformaciones de la sociedad moderna. El renacimiento del legado confuciano fue impulsado, en origen, por académicos de Estados Unidos, Hong Kong, Taiwán y Singapur, muchos de ellos chinos emigrados, antes de que se retomara con entusiasmo en la China de la década de 1990. En la esfera política se encarna en eslóganes populares tales como los «valores asiáticos», una ética defendida por Mahathir Mohamad y Lee Kuan Yew, antiguos primeros ministros de Malasia y Singapur, respectivamente.[30]

Aunque el ascenso de China ha impulsado el sinocentrismo, irónicamente también ha dado nuevo vigor al eurocentrismo. Puede resultar un tanto sorprendente, dado que hace mucho que en Europa, Estados Unidos y otros muchos lugares impera una crítica sostenida de la hegemonía conceptual de Occidente. Pero aun a pesar de la intensa corriente crítica, la gran narración eurocéntrica, en la práctica, ha renovado su popularidad en el siglo XXI. En particular tras los hechos del 11 de septiembre de 2001, que hicieron más plausible otra vez el viejo eslogan de un inminente «choque de civilizaciones», los historiadores han respondido a un público hambriento de identidad «occidental» con narraciones de una evolución de Europa

generada por sí misma. Se dice que, gracias a su «"incansable" creatividad y espíritu libertario, Occidente siempre ha existido con un carácter propio, distinto a las culturas del resto del mundo».[31] La dinámica de la transformación global, en consecuencia, se consideraba dirigida por la difusión de los logros de las sociedades occidentales.[32] En la universidad, en su conjunto, este eurocentrismo desenfrenado no ha pasado de ser marginal; pero en la opinión pública en general, y en los márgenes del sistema educativo, ha gozado de una suerte mucho mejor.

En Estados Unidos, el nuevo eurocentrismo debe situarse en el contexto de las que se han dado en llamar «guerras culturales» (que agitaron las universidades en la década de 1990), las reacciones populares contra la multiculturalidad, la polarización de la cultura política tras el 11 de septiembre y el ascenso del movimiento Tea Party.[33] También se asocia con el renacer del fundamentalismo religioso y los intentos de inculcar un relato cristiano a la opinión pública. El resultado no son tan solo narraciones sobre la unicidad de la propia nación y civilización, sino también versiones de la historia mundial profundamente marcadas por una lógica indigenista, en claro paralelo a los textos afrocéntricos e islamocéntricos que han emergido también en estos últimos años. Este nuevo eurocentrismo describe la historia occidental como un proceso de autorrealización cristiana que contrasta netamente con las sociedades no cristianas, a las que se considera presas de las cadenas de la superstición, la militancia y el fanatismo.[34] Aunque a menudo se redactan en tono de triunfo, muchas obras de este campo transmiten, al mismo tiempo, el sentimiento de ser un castillo asediado, y el temor a «estar

viviendo el final de 500 años de ascendiente occidental».[35] En cierto sentido, pues, es un eurocentrismo «recargado»: en sustancia nos viene con el cuento de siempre, pero ahora se tiene el viento en contra, se carece del poder de antaño. Si antaño había servido de sólido cimiento de la hegemonía europea, en su variante actual el eurocentrismo es tan solo un etnocentrismo entre muchos.

Más allá del debate sobre el «centrismo» y la cultura

En las décadas globalizadas de la posguerra de la guerra fría, no es accidental que en diversos lugares se haya empezado a hablar, simultáneamente, de la civilización. Pese a que muchos historiadores son escépticos con respecto al valor de las narraciones sobre la civilización, en general son bien recibidas por la opinión pública. El concepto, asociado a menudo a programas nacionalistas (y a veces xenófobos), deriva parte de su atractivo global del hecho de que apunta respuestas simples a los problemas planteados por la transformación del orden global. Ofrece una atalaya desde la que se puede criticar la inminente homogeneización global y expresar reservas al respecto de la migración global, e inquietud por la hegemonía de Estados Unidos. En tanto que contradiscurso de la globalización, el enfoque «civilizacional» plantea la existencia de áreas culturales autónomas, reservas de tradiciones supuestamente puras, que forjarán vías de desarrollo únicas y específicas de cada región.

En sus rasgos generales, las distintas versiones del enfoque de la civilización muestran semejanzas. Actúan con una concepción del mundo dicotómica y enfrentan a sus respectivas civilizaciones contra «Occidente». Una idea típica es la de la naturaleza intrínsecamente pacífica de la propia civilización, que ahora se ha alterado, fruto del contacto con el Occidente moderno. Muchas propuestas comparten la esperanza por la futura vitalidad de su civilización —ya sea esta islámica, africana, china o guaraní—, que hará realidad su potencial solo si consigue restaurar formas nativas de racionalidad, fe y orden social. Aunque las diversas formas de «centrismo» hacen hincapié en la particularidad y unicidad, en lo esencial visten la misma ropa y parten de los mismos puntos de partida. Esto ha facilitado el intercambio entre ellas, aun cuando estas semejanzas pueden desdibujar verdaderos desacuerdos en cuestiones de ideología e influencia política.[36]

La proliferación de «centrismos», facilitada por el ímpetu transformador del orden global, ha sido obra, a menudo, de lo que podríamos calificar de «emprendedores indigenistas». Su invitación a una modernidad alternativa forma parte de un conjunto de luchas complejo. En parte se trata de conflictos internos por los posibles futuros en el seno de sus propias sociedades; la insistencia en el modo de conocer nativo puede servir entonces para desacreditar a rivales políticos o pretensiones sociales. En parte son fruto de la competencia internacional con otras élites. En este contexto, las visiones alternativas sirven para plantear un deseo de modernidad que ya no se considera derivado de la cultura euroestadounidense, sino producto de las tradiciones

indígenas. Estas ambiciones —vale la pena recalcarlo— casi nunca culminan en una crítica del concepto de modernidad en sí. A este respecto, el concepto de civilización, en su forma actual, difiere de algunos precursores históricos. Durante la segunda guerra mundial, por ejemplo, en una famosa conferencia celebrada en Tokio, una serie de intelectuales japoneses buscó estrategias para «superar la modernidad». Hoy día es inhabitual toparse con esta retórica. En su lugar, se movilizan las tradiciones respectivas como recursos para establecer vías de acceso a un futuro capitalista que sean específicamente chinas, islámicas, japonesas o euroestadounidenses. En la mayoría de casos, el concepto de civilización sirve como justificación cultural de vías alternativas hacia la modernización, y no de alternativas a la modernidad en sí.

A pesar de esta obsesión particularista, los defensores de la búsqueda de modernidades alternativas están moviéndose en una escena internacional. Esto supone que sus promotores, los emprendedores indigenistas, responden a exigencias propias de un mercado intelectual global, y no solo a la llamada de la tradición o de modos de vida extinguidos hace mucho. Arif Dirlik se ha preguntado con agudeza: «¿Es posible que los que en la actualidad postulan "modernidades alternativas" estén más cerca de aquellos de quienes son alternativa, que no de los predecesores de su propia nación o civilización, de quienes dicen heredar la identidad cultural?». [37] No es accidental que muchos partidarios de las ideologías etnocéntricas hayan desarrollado la pasión por la epistemología nativa en situaciones de diáspora. La crítica al eurocentrismo y la invitación a adoptar perspectivas

alternativas, a menudo, se deteriora por ello hasta derivar en formas de esencialismo cultural y política identitaria.

Ahora bien, esto no debe obstar para que intentemos admitir la posicionalidad o reflexionar críticamente sobre las estructuras de la producción contemporánea de conocimiento, tareas que siguen siendo muy urgentes. Tambén sigue siendo crucial contar con distintas perspectivas sobre el mundo y descentrar las interpretaciones del pasado. No será nada fácil navegar entre las categorías eurocéntricas —arraigadas como están en las estructuras institucionales de producción del saber— y la ausencia de conversación entre paradigmas indígenas. La cuestión, en otras palabras, es la siguiente: ¿Cómo se puede trazar mejor la línea de separación entre la posicionalidad y el indigenismo de los nuevos «centrismos»?

Las respuestas más prometedoras serán aquellas que no destaquen el carácter intrínsecamente cultural de las distintas perspectivas. En su lugar, los estudiosos deberían centrarse en la confluencia de las constelaciones políticas, económicas, institucionales y culturales que han afectado y moldeado la manera en la que las relaciones de poder dominantes impactan en los modos de conocimiento. En palabras más sencillas: las visiones que compiten entre sí no son simplemente la expresión de culturas distintas; antes bien, lo que ahora se promueve como «cultura» ha sido en realidad modificado por fuerzas poderosas, entre las que figuran el imperialismo, la integración capitalista y la guerra fría. Todo intento de recuperar esas tradiciones debe empezar no con esencias culturales supuestamente prístinas, sino reconstruyendo los procesos por los cuales se han reelaborado

las formas antiguas de «civilización» y pertenencia regional. Es decir, la posicionalidad no es nunca el fruto, por sí solo, de la cultura o el discurso, sino que se halla profundamente incrustada en las relaciones de poder del pasado y el presente, por medio de la agencia de factores institucionales y la integración desigual de distintas sociedades en las estructuras de la economía política global. En consecuencia, no debemos concebir las diferencias nacionales como hechos dados ni como expresión directa de la inconmensurabilidad de las culturas.[38]

Esto es tanto más cierto por cuanto, en muchos casos, resulta muy problemático establecer una diferenciación clara de acuerdo con posiciones de nación o civilización. En el ámbito académico globalizado, ¿en nombre de quién pretenden hablar los intelectuales? La erudición histórica se halla tan interconectada internacionalmente que incluso las explicaciones e interpretaciones que insisten en el propio punto de vista nacional solo raramente expresan diferencias culturales fundamentales y no mediadas por otros factores. ¿Dónde situaríamos a alguien como Dipesh Chakrabarty, que nació en Bengala, se formó en Australia, trabaja con textos europeos, enseña en Chicago e imparte conferencias por casi todo el mundo? De resultas de las traducciones y los congresos, las publicaciones en otras lenguas, las carreras internacionales de los propios historiadores y su público internacional de estudiantes y lectores, a menudo determinadas posiciones ya no se pueden adscribir fácilmente a una ubicación exclusiva.

Por último, es importante señalar que escribir desde un contexto cultural particular es solo una de las razones por las

que las interpretaciones pueden diferir. Es necesario que haya conversaciones entre las perspectivas «occidental» y «africana», «rusa» y «china», pero la historia global no deberíamos organizarla como los Juegos Olímpicos. De hecho, aunque en nuestro mundo globalizado la nación y la cultura reciben una atención mayoritaria, muchos otros factores surten un impacto como mínimo igual de poderoso en las narraciones históricas. Las diferencias sociales y políticas, en especial, pueden influir sobremanera en la visión del pasado. A menudo, puntos de vista políticos opuestos generan interpretaciones distintas, tanto en el seno de una sociedad dada como más allá. La invitación a escribir «historia desde abajo» o estudios subalternos promete generar lecturas alternativas, previamente marginadas, del desarrollo histórico. La referencia a la cultura y la búsqueda de epistemologías alternativas, por lo tanto, puede oscurecer las diferencias internas, y podría, por ejemplo, asignar erróneamente la etiqueta de «africanas» a una serie de interpretaciones en conflicto.[39]

Para contrarrestar este esencialismo cultural, se han propuesto paradigmas alternativos que no dependen de la premisa de la alteridad cultural. Por ejemplo, Jean y John Comaroff afirman que su proyecto de «teoría desde el sur» no versa «sobre teorías de personas que puedan ser, del todo o en parte, del sur […] sino sobre el efecto del sur *en sí mismo* sobre la teoría». En otras palabras, las posiciones alternativas toman en consideración experiencias históricas alternativas, pero no presuponen que los estudiosos hayan vivido esas experiencias en persona. Escribir desde el «sur» global, por lo tanto, no supone ante todo una designación geográfica o

étnica, sino una posición epistemológica.[40]

Esto es tanto más importante cuanto que las historias mundial y global —como de hecho toda la erudición académica— las redactan principalmente miembros de las clases medias urbanas e intelectuales, que además son, en su mayoría, hombres. A la vista de estas desigualdades y mecanismos de exclusión, sería erróneo —si no directamente ideológico— elevar las perspectivas de nación y civilización a la condición de criterio distintivo más importante. Un poderoso discurso cultural ha sugerido que las desigualdades y posiciones en competencia del actual mundo globalizado se deben atribuir primordialmente a esencias nacionales, quizá incluso culturales; y con esto oculta los factores estructurales y materiales que gobiernan la economía política del mundo. La idea de que la cultura supone toda la diferencia es en sí misma el efecto de la globalización contemporánea y la mercantilización de estas mismas diferencias.

CAPÍTULO 9.
CREACIÓN DE MUNDOS Y CONCEPTOS DE LA HISTORIA GLOBAL

La historia global, entendida como enfoque específico, se refiere a una perspectiva concreta, a una forma de creación de un mundo. Ni «mundo» ni «global» son categorías evidentes que existen de forma natural. Surgen como resultado de inquietudes y preguntas específicas. Esto es particularmente importante en la coyuntura actual, en la que una retórica de la globalización ha acabado impregnando la esfera pública. En este contexto, políticos y estudiosos, artistas y movimientos sociales, cada uno a su manera, han evocado lo «global» como categoría práctica y cognitiva. Los historiadores también participan de esta tendencia más general.

Cuando los historiadores hacen referencia al «mundo» como un marco constituyente, no están haciendo una mera afirmación descriptiva; la historia global es en parte una empresa constructivista. Hasta cierto punto, crea su propio objeto. En esto, se asemeja mucho a otros enfoques tales como la historia social o la historia de «género», que moldean la realidad del pasado según su particular forma de abordar el

objeto. Cuanto más inspeccionan los historiadores globales los documentos en busca de vínculos e intercambios, más conexiones encuentran y más dispuestos se hallan a conceder a esas conexiones un estatus privilegiado y fuerza causal: «Las perspectivas globales generan historias globales».[1]

Ciertamente, la dialéctica de proceso y perspectiva no es exclusiva de la historia global. Preocupa a todos los historiadores, trabajen donde trabajen y sean cuales sean su trasfondo personal o regional y su especialización en uno u otro período. Hace mucho que los historiadores debaten sobre la relación entre la especificidad y la generalización y entre la terminología indígena («émica») y analítica. Todo texto que vaya más allá de los casos individuales tiene que basarse en alguna clase de abstracción.[2] En el campo de la historia global, sin embargo, esta problemática general resulta especialmente urgente. Dada la vasta extensión temporal y espacial que algunos estudios cubren, al crear categorías agregadas se corre el riesgo de oscurecer mucho más la particularidad histórica. Hay experiencias históricas muy diversas entre sí que, por mor de un marco general, se traducen en equivalentes. Aunque esto supone cierto sacrificio de la pluralidad, esta desaparición de lo «extraño», por así decir, es el precio que hay que pagar —y la condición previa— para poder conversar entre pasados distintos, pero relacionados.

En este capítulo exploraremos qué significa afirmar que los historiadores se han embarcado en una forma propia de hacer mundos. Esto no supone decir que escribir sobre la historia del planeta es una abstracción, invención o construcción. La historia global como perspectiva y los

procesos de integración global, por un lado, están interrelacionados, y por otro son mutuamente constituyentes: no los podemos separar. Sin perder de vista la dialéctica de proceso y perspectiva, en las secciones siguientes haremos más hincapié en cuestiones del enfoque.

Los historiadores y su creación de mundos

Como concepto filosófico, la idea de crear mundos tiene un historial muy largo, que incluye a Nietzsche, Heidegger, Gadamer y Jean-Luc Nancy, pero también la teoría de los actos de habla. En su influyente *Maneras de hacer mundos*, Nelson Goodman introdujo una interpretación radicalmente constructivista y relativista del proceso por medio del cual el ser humano construye sus «mundos» simbólicamente. Las personas creamos sin cesar mundos en torno de nosotros, que no son simples hallazgos, sino que se generan por medio de actividades diversas de creación de sentido. Para Goodman, no existe «cosa tal como el mundo real, no hay una realidad única, preexistente y absoluta, distinta e independiente de todas las versiones y visiones. Antes bien, existen muchas versiones de mundos, versiones correctas, algunas irreconciliables entre sí; y por lo tanto si es que hay mundos, hay muchos mundos». En otras palabras, los sistemas sígnicos locales se generan y reproducen sin cesar, y los historiadores pueden cartografiar los procesos por los que una de estas cosmologías sustituye —y a veces aniquila— a otra. El interés poscolonial por la destrucción de los «mundos de la vida»

locales en la era del imperialismo, así como por la «colonización de la imaginación», es un ejemplo excelente de esta inquietud por la sustitución forzosa de sistemas de significado.[3]

Esta creación de mundos, al modo de ver de Goodman, puede incluir todas las formas y variedades de la producción social de significado. Para nuestros fines, resulta conveniente cambiar este programa omnímodo por una focalización más específica, y en vez de atender a los múltiples «mundos de la vida», centrar la atención en la emergencia de «el mundo» como categoría social. Así pues, nos alejamos de Goodman para centrar la mirada en las maneras en las que los historiadores expresan sus ideas sobre las conexiones e intercambios, y sus visiones de la totalidad (su ecúmene, el mundo, el planeta, el universo) de la que se consideran participantes. Vistos así, los «mundos» son plurales, y cada versión refleja la posición desde la que se concibió. Como vimos en el capítulo 2, estas construcciones del mundo han ido cambiando a lo largo del tiempo y difiriendo en el espacio. Aunque reflejan las condiciones en las que surgieron, las maneras de hacer mundos también han supuesto intervenciones activas en la realidad social. Más que ser simples acciones distanciadas y desinteresadas, se corresponden con programas e intereses particulares.

En consecuencia, los críticos han investigado los efectos de los actuales intentos de hacer historia global y han planteado dudas sobre su política. En especial, destacan formas de crítica poscolonial que han dirigido la atención a los mecanismos narrativos y lingüísticos por los que un mundo se postula y produce como totalidad coherente e

interdependiente. «En debates recientes sobre la globalización, se parte de considerar, de forma tácita, que el adjetivo "global" se refiere a un proceso empírico que tiene lugar "ahí fuera", en el mundo —comenta literalmente el teórico Sanjay Krishnan—. En cambio, yo defiendo que lo global describe un modo de tematización o una forma de visualizar el mundo.» El lenguaje de lo global, afirma Krishnan, crea una impresión de transparencia, de acceso directo a un proceso que se puede observar empíricamente. En realidad, sin embargo, es una manera de mirar que reúne fenómenos muy distintos en un discurso común y, con ello, reduce la heterogeneidad. «No apunta al mundo en sí, sino a las condiciones y efectos que conllevan modos institucionalmente validados de hacer legibles, dentro de un marco único, los diversos terrenos y gentes del mundo.»[4]

Proponer la globalidad, por lo tanto, se asocia invariable y directamente con intereses, puntos de vista y relaciones de poder; está sujeto a las jerarquías de la producción de conocimiento. Desde su perspectiva poscolonial, Krishnan ve la historia global como un instrumento de ideologías poderosas, útil para el gobierno y el dominio. «Lo global equivale a la perspectiva dominante desde la que el mundo se ha creado para su representación y control. No menos importante, esta perspectiva sentó las bases sobre las que se imaginaron la subjetividad y la historia.»[5] Se trata de una crítica productiva e importante, dado que a menudo la existencia de lo «global» se da por sentada de forma irreflexiva y negligente. Reevaluar las diversas estrategias de creación de mundos que los historiadores emplean puede ayudarnos a evitar caer en la trampa de una simplista

teleología de la globalización.

Pero tampoco hace falta alinearse con la especie de teoría de la conspiración que, en relación con la historia global, expresan aquellos que, como Krishnan, la consideran una estratagema de los poderosos. La historia global no es solamente una estructura organizada de arriba abajo; y las perspectivas globales no son instrumentos de control o del imperialismo (occidental).

Por un lado, nuestras perspectivas globales no son simples abstracciones. Derivan, al menos en parte, de las formas en las que los propios actuantes históricos veían el mundo. Los historiadores no están solos en la tarea de hacer mundos. Los ha precedido una multiplicidad de actuantes, entre los que ha habido también socialistas y anarquistas, feministas y minorías religiosas, comunidades en diáspora y activistas anticoloniales. Todos estos grupos han construido sus nociones del mundo, para fines muy distintos, y no solo por mor de ganar o conservar poder. Cuando los historiadores reconstruyen la historia del mundo, toman en consideración estas cosmologías alternativas.

Por otro lado, en nuestros días los historiadores globales también actúan dentro de un espectro amplio de propuestas de lo global. Con fines heurísticos, podemos entender el «hacer global» contemporáneo —con su énfasis en la mirada de alcance planetario y en los sistemas de circulación de ámbito mundial— como una versión particular, del siglo XXI, en la larga historia de la creación de mundos. Algunas de estas concepciones, ciertamente, tratan el mundo como si fuera plano y equiparan la globalización con la convergencia. [6] Para otros autores, el globo es un terreno mucho más

irregular, que se fragmenta en civilizaciones, se disuelve en la pura anarquía, está gobernado por fricciones locales y «batallas extrañas».[7] Otros, por su parte, presentan alternativas extremas a las ideas neoliberales de la globalización, como hacen Antonio Negri y Michael Hardt con sus conceptos de «imperio», «multitud» y *commonwealth*.[8] Así pues, no deberíamos identificar de antemano las perspectivas globales con una forma concreta de hacer mundos (en el caso de Krishnan, neoliberal).[9]

Cómo hacer mundos con palabras

El proceso de creación de mundos que los historiadores llevan a cabo no se limita a las narraciones más grandes y generales, que indican la dirección del cambio social o definen la importancia de acontecimientos dentro del continuo histórico. Por debajo del nivel de estas metanarraciones hallamos uno de los modos más poderosos de hacer mundos en la historiografía: por medio de los conceptos que usamos para describirlos. Términos como «comercio», «migración», «imperio», «Estado-nación», «religión», «demografía» y tantos otros no son meras referencias a una realidad extralingüística, no mediada. A la vez que describen procesos históricos se han convertido también en parte de nuestro aparato conceptual, un aparato que sirve para reducir la complejidad lingüística y conceptual, de manera que el pasado global resulte legible. Con esto crean una equivalencia entre diversas formas de práctica

social, y al hacerlo así, hasta cierto punto, reconfiguran la realidad histórica, eliminando en parte sus complejidades.

Para ejemplificar este punto examinemos dos de esos conceptos con mayor detalle: migración e imperio. La movilidad de las masas ha alterado profundamente la forma del mundo. Su impacto poderoso no se restringe a la Edad Contemporánea, sino que nos afecta desde hace milenios; de hecho, desde que los primeros seres humanos empezaron a expandirse por el planeta, antes de 15.000 a. C., un proceso que ayudó a diseminar las lenguas, la información genética y las tradiciones materiales. En los siglos posteriores, los procesos de migración de masas provocaron a menudo cambios en la tecnología y los modos de cultivo. Poco a poco, las redes de información y los medios de transporte fueron mejorando, con lo cual la movilidad transfronteriza se fue volviendo menos peligrosa. Algunos modelos concretos de viaje a lo largo de rutas largas, tales como la Ruta de la Seda o las rutas marítimas que enlazaban el Mediterráneo con el mar de la China meridional, perduraron siglos. Así pues, la movilidad a gran distancia y a escala masiva ha sido uno de los impulsores característicos de la integración global a través de las épocas.[10]

Se diría, entonces, que la migración es un proceso histórico incontestable, un hecho evidente que los historiadores pueden limitarse a observar. Pero el término es menos transparente de lo que parece a primera vista, porque las nociones de movilidad y migración acarrean todo un equipaje historiográfico. Esto resulta especialmente visible cuando consideramos el caso de pueblos nómadas, ya que por lo general sus movimientos no suelen reconocerse como una

migración de la clase que interesa a los historiadores transnacionales. Excluir el nomadismo del ámbito de la «migración» sugiere que el concepto, típicamente, se aplica a poblaciones sedentarias que viven sometidas a alguna forma de estatalidad. Incluso en estos casos, no está del todo claro hasta dónde hay que llegar para que el movimiento pase a ser «movilidad». Cuando los historiadores caracterizan una forma de desplazamiento como movimiento, en su mayoría asumen tácticamente que se ha cruzado alguna clase de frontera. En el período contemporáneo, el concepto de movilidad/migración tiende a presuponer el paso de la frontera de un Estado-nación, con lo que un desplazamiento corto de Tijuana a San Diego se entiende como «migración», y en cambio desplazarse a Guadalajara, pese a que supone recorrer más de 2.000 kilómetros, no merece esa dignidad terminológica. Por lo tanto, de manera implícita, estudiar la migración se basa en supuestos de partida sobre la diferencia entre formas cotidianas de desplazamiento, de las que se puede hacer caso omiso, y otras formas de movilidad que incluyen el paso de límites y fronteras estatales, reconocidas por los historiadores, estas sí, como migración.[11]

Además, la palabra *migración* agrupa, bajo el mismo techo conceptual, una gran variedad de formas de movilidad. Es un paraguas terminológico que desatiende factores como los múltiples motivos que influyen en tales movimientos o las diversas experiencias que los acompañan. La categoría reúne a pequeños buhoneros de las zonas fronterizas y a grandes mercaderes que comercian a larga distancia; a trabajadores temporales a la vez que santos sufíes ambulantes; a esclavos deportados a través del Atlántico y a turistas apiñados en

balnearios y centros playeros. La noción no diferencia entre conquistadores y refugiados, entre los armadores del barco y los que viajan bajo cubierta costeando el trayecto con años de trabajo forzoso en su destino.

Así pues, la noción de migración forma parte de nuestra caja de herramientas conceptual. Es una perspectiva. Ayuda a hacer que distintas realidades históricas sean tanto compatibles como traducibles. Esta dimensión constructiva, ¿dificulta aplicarla universalmente? Por un lado, en efecto, esto pone en duda la universalidad intrínseca al concepto; y ciertamente, exige que los historiadores —y más aún, los historiadores globales— reflexionen con cuidado sobre qué categorías usan. Por otro lado, no es preciso descartar del todo la categoría. Volveré sobre esta cuestión, pero antes quisiera indicar ya aquí que esto tiene que ver con la dialéctica entre perspectiva y proceso, que caracteriza más en general el uso de los conceptos modernos. El concepto de migración no es fruto tan solo de la labor de los historiadores; el término, según lo usamos hoy, es producto de una coyuntura histórica particular. No se trata de un término meramente descriptivo, surgido de las necesidades de clasificación tanto del Estado-nación como de las modernas ciencias sociales. Antes bien, emergió en la Edad Contemporánea como voz de las ciencias sociales, ligada a los proyectos parcialmente solapados de la construcción nacional, el imperialismo y el reclutamiento de mano de obra. Estos proyectos han derivado en toda una serie de estrategias —como la vigilancia de fronteras, el control de formas no deseadas de movilidad, la creación legal e ideológica de los migrantes como individuos libres— que han afectado al flujo

de personas en sí. En otras palabras, no solo han producido la terminología con la que trabajamos, sino que en ciertos aspectos han generado el propio fenómeno. En consecuencia, el término de «migración» es el producto de una historia compleja que no solo ha moldeado cómo pensamos sobre el mundo, sino los propios procesos sociales en sí mismos.[12]

Antes de abordar esta cuestión teórica con más detalle, pasemos al segundo ejemplo: el imperio. El imperio, de hecho, no dista mucho de ser el concepto preferido de los historiadores globales; no tanto porque les guste, sino por su omnipresencia. Los imperios —entendidos como Estados que gobiernan sobre grupos de diversidad étnica o cultural, a menudo sobre la base de una jerarquía ya existente entre esos grupos— han tenido una carrera transhistórica. Aparecen en una fase temprana de la historia humana y se extienden hasta el presente. Según ha escrito John Darwin: «a lo largo de la mayor parte de la historia, el imperio ha sido la forma por defecto de la organización política. El poder imperial ha sido la norma, habitualmente».[13]

Como los imperios son formaciones políticas compuestas, más amplias que las unidades aisladas y étnicamente definidas, son un buen símbolo de la aspiración de los historiadores globales a ir más allá de los localismos. Pasar a las perspectivas transnacionales y globales ha llevado a muchos historiadores al estudio del imperio y les ha movido a relativizar el papel de la nación como contenedor principal del pasado. «El imperio ha sido una forma de Estado llamativamente duradera —han escrito Burbank y Cooper—. En comparación, el Estado-nación solo ha hecho una aparición pasajera en el horizonte histórico.»[14] Este uso

expansivo (por no decir imperialista) del término ha generado también una tensión intrínseca en otros conceptos. Por un lado, al reunir experiencias históricas disímiles bajo el término agregado de «imperio», se corre el riesgo de olvidar las diferencias reales entre ellas; por otro lado, un término compartido es lo que nos permite comparar entre los casos distintos y conversar sobre estos.

Quizá podamos ilustrarlo con el ejemplo del «imperio comanche». En un estudio celebrado y sugerente, Pekka Hämäläinen ha desafiado la narración estándar, que presenta a los nativos norteamericanos como víctimas de la expansión europea; lo ha hecho centrándose en el sistema de gobierno creado por un grupo a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Gracias a incursiones ambiciosas por las Grandes Llanuras y el territorio mexicano, durante muchas décadas los comanches lograron controlar un territorio extenso, someter e incorporar a tribus vecinas y defenderse frente a otras aspiraciones imperiales de sus vecinos. Hämäläinen no solo aspira al revisionismo, sino que también tiene intención política: a la mayoría de los norteamericanos de nuestros días les costaría creer que los nativos de su tierra pudieran haber creado nada digno de la designación de «imperio». Esta jugada le permite analizar a los comanches en un plano de igualdad con el imperio rival de España y la expansión de Estados Unidos hacia el Oeste. Sin lugar a dudas, hay enormes diferencias entre el sistema de gobierno comanche y los imperios burocráticos contemporáneos, como el Qing o el de los franceses en Argelia. Para sortear tamaña distancia, Hämäläinen habla de un imperio nómada o «cinético», lo que crea un espacio conceptual para establecer

comparaciones con otras formaciones imperiales no sedentarias.[15]

¿Es útil hablar de un imperio comanche? ¿O suponer forzar la economía comanche, basada en la caza del bisonte e incursiones ocasionales, hasta que encaje en una «cama de Procusto» conceptual, aunque ello distorsione la realidad histórica? Desde luego, el autor somete la experiencia comanche a una terminología que le resulta ajena. Hasta donde sabemos, los comanches no habrían hablado de su reino como de un imperio. Entonces, ¿por qué llamar «esclavos» a sus cautivos, y «ciudades» a sus campamentos de invierno? ¿Por qué referirse a ellos como una «superpotencia» con una «política exterior» propia? En vez de usar los conceptos occidentales, ¿por qué no adoptamos categorías indígenas, lo que de verdad serviría para globalizar nuestras perspectivas sobre el pasado? ¿Acaso el intento de hacer hincapié en la agencia de los nativos se basa, «irónicamente, en desacreditar la epistemología nativa»?[16]

Por descontado, los comanches nunca vivieron aislados; más bien al contrario, su sistema de gobierno se vio profundamente afectado por formaciones imperiales en competencia, ante las que reaccionó. En este período, para la forma de vida de los comanches resultó indispensable adoptar los caballos y las armas de fuego; y las estrategias que emplearon fueron en parte respuesta a los proyectos imperiales de España y un joven Estados Unidos. Más en general, la lucha de los comanches formaba parte de una coyuntura más amplia, que descansaba sobre circuitos comerciales globales y culminó en la guerra de 1846-1848, una contienda por la hegemonía en América del Norte. Las

prácticas comanches se pueden relacionar así con procesos más amplios de globalización en el siglo XIX. Si nos atenemos tan solo a la terminología nativa, quizá se nos escapen estos entrelazamientos mayores.[17] Pero esto no borra la pregunta: ¿las categorías de las ciencias sociales son apropiadas y adecuadas para descubrir la heterogeneidad de las realidades globales, o para reconocer plenamente las múltiples formas de experimentar el pasado es necesario complementar esas categorías con terminología indígena?

¿EPISTEMOLOGÍAS NATIVAS?

En años recientes, han emergido en muchos lugares proyectos que aspiraban a dejar atrás el sesgo eurocéntrico de los vocabularios académicos. Han iniciado una búsqueda ambiciosa de alternativas radicales, así como de conceptos y juicios de valor originados en las culturas indígenas. Como ejemplo elaborado de la búsqueda de categorías indígenas podemos consultar las primeras publicaciones del Grupo de Estudios Subalternos, que aspiraba a escribir una historia del sur de Asia desde la perspectiva de los oprimidos, independiente del discurso de las élites. El objetivo era recuperar interpretaciones del mundo inaccesibles desde hacía mucho y fundamentalmente distintas. Esta arqueología de autenticidades y cosmologías alternativas, no obstante, topó con dificultades metodológicas, y además fue criticada por ser una retroproyección nostálgica y esencialista. Bajo la influencia de los enfoques postestructuralistas, el colectivo de

estudio abandonó el plan y se concentró en su lugar en analizar posiciones subalternas como efecto de los discursos hegemónicos.[18]

Más recientemente, han proliferado las propuestas de categorías nativas, con el apoyo del Banco Mundial, que en 1997 decidió promover estudios sobre los sistemas de conocimiento indígenas. En América Latina, los movimientos indígenas han pedido que se reconociera las epistemologías aimara y maya, así como otras formas de saber alternativas.[19] En Sudáfrica, el gobierno adoptó en 2004 una política nacional sobre el conocimiento indígena, en nombre de un «Renacimiento africano».[20] En China, los «estudios chinos» (*guoxue*) —herederos de una disciplina del mismo nombre, creada en los primeros años del siglo XX como respuesta al ascenso de las modernas ciencias sociales y a la proliferación de la terminología occidental— han regresado con fuerza. Se han multiplicado las facultades y centros de investigación universitarios dedicados a la disciplina, mientras que el público culto se ha visto inundado de libros, suplementos de prensa, conferencias de televisión y campamentos de verano asociados con el movimiento. En apariencia, esto denota nostalgia por la historia de la China prerrevolucionaria y sus tradiciones culturales. Ahora bien, a la fascinación por las hazañas de las dinastías pasadas subyace una búsqueda más fundamental, que pretende recuperar formas de conocimiento chinas marginadas desde hace mucho por las ciencias de la Ilustración.[21]

El intento de recuperar viejas epistemologías y formas de pensamiento sin especial sintonía con el pensamiento político de Occidente tiene su mérito, desde luego. Puede promover

una interpretación mejor de la lógica interna de los «mundos de la vida» pasados, y puede llevar a una nueva apreciación de su legado. Los «estudios chinos» quizá abran un espacio en el que reflexionar sobre preguntas tales como: ¿El confucianismo fue una forma de filosofía o de religión? ¿Es correcto calificar como arte «chino» los dibujos en tinta del período Song? La metodología promete comprender mejor la historia de China, gracias a navegar por las tradiciones chinas «en sus propios términos».[22] Además, poner a prueba tradiciones anteriores puede servir como punto de partida para un enfrentamiento crítico con el presente, si aprovechamos esos recursos para obtener perspectivas que faciliten reevaluar rasgos específicos de la modernidad capitalista.[23]

Sin embargo, buscar alternativas es una labor cuajada de problemas propios. Solo una línea fina separa esas reevaluaciones críticas de generalizar sobre paradigmas endógenos y crear nuevos «centrismos». Demasiado a menudo, desenterrar tradiciones autóctonas se parece más a un síntoma de la coyuntura global actual —con su demanda de diversidad cultural y productos vendibles en el mercado— que a una respuesta a los desafíos teóricos a los que nos enfrentamos. Lo que se disfraza como una posición epistemológica puede sucumbir fácilmente a programas asociados a una identidad nacional y a concepciones holísticas de las comunidades humanas.[24] Esto va en contra de la inclinación ecuménica y dialógica de la historia global como disciplina. Incluso si reconocemos la legitimidad de distintas cosmologías y «mundos de la vida», es claramente ventajoso seguir siendo capaz de conversar entre ellas y

continuar aferrado a la idea de una compatibilidad general de las experiencias humanas.

Más allá del mero discurso

Es posible, en suma, que no sea tan fácil sustituir los conceptos de las ciencias sociales modernas. Las dos alternativas más obvias —descartarlos por completo o permitirnos un relativismo cultural que ve aplicables por igual todos los sistemas terminológicos— no son ni convincentes ni satisfactorias. Si decidimos renunciar a los contramodelos radicales lo hacemos por entender que (expresado con cierto simplismo) no podemos retrasar el reloj histórico para volver al pasado, por mucho que quisiéramos. Es así porque el desarrollo de nuestro lenguaje conceptual no puede aislarse de la dinámica del proceso histórico.

Los conceptos de las modernas ciencias sociales ya poseen una prolongada historia global y han afectado profundamente a sociedades de todo el mundo. Nuestro aparato conceptual, en otras palabras, no es un conjunto de recursos retóricos de fácil sustitución. Hace mucho tiempo que influye en la manera en que las personas se enfrentan al mundo y lo aprehenden cognitivamente. No solo eso: también ha definido de qué maneras se aprehenden e interpretan las tradiciones y las propias categorías nativas. Los conceptos de las ciencias sociales quizá sean «inadecuados», según lo expresa con precisión Dipesh Chakrabarty, pero también son «indispensables» para ayudarnos a comprender la dinámica

del mundo moderno.[25]

Un buen ejemplo de esta dialéctica del proceso y la terminología es el concepto moderno de religión. En la mayoría de sociedades, hay alguna forma de práctica ritual y de culto cuya historia podemos seguir durante muchos siglos. Sin embargo, el concepto que conocemos como «religión» no apareció hasta las primeras décadas del siglo XIX. Como esfera separada de la actividad social, el término presupone la institución del Estado y el reconocimiento de un ámbito secular al que se contrapone la religión. Esta «religión» se inventó primero en Europa y Estados Unidos, y el imperialismo europeo facilitó la carrera internacional del concepto. Al mismo tiempo, las élites locales, así como las clases medias que estaban emergiendo fuera de Occidente, acogieron el término y lo usaron en sus propios países para sus proyectos de reforma social. Como resultado, dieron nueva forma de «religión» a tradiciones culturales como el budismo y el hinduismo —pero también el islam y el confucianismo— y crearon «religiones» nuevas como la sij o la bahaí.

La voz de «religión» —opuesta a la «superstición» por un lado, y a la filosofía y la ciencia por otro— concedía a unas prácticas sociales una vía de legitimidad y reconocimiento en una era en la que la ausencia de una tradición religiosa se interpretaba fácilmente como una carencia de alta cultura. En apariencia, pues, el término se asemeja a una perspectiva concreta (vale decir europea) que, gracias al poder y la hegemonía de Europa, se injerta en otras realidades sociales. Así pues, el hecho de denominar «religión» a todas estas prácticas tendía a nivelar las diferencias entre ellas de un

modo que podría inducir a confusión. No obstante, el nuevo término —en particular en su encarnación como «religiones mundiales»— era más que un simple instrumento descriptivo: tenía el efecto de alterar radicalmente las prácticas sociales y forzarlas a encajar con las «religiones» de la Edad Contemporánea. En consecuencia, muchas de las prácticas que hoy calificamos de «religiones» empezaron a compartir determinados rasgos, tales como una burocracia centralizada y una forma de dogma sistematizado, pero también la idea de que la creencia era accesible a todo el mundo sin la mediación de una clase clerical profesional. Este proceso, desde luego, no se completó nunca, y hoy día persisten diferencias importantes tanto en el significado de «religión» como en las prácticas asociadas.

Por un lado, pues, el concepto de religión resulta útil para que los historiadores traduzcan entre los distintos casos históricos y vuelvan mutuamente comparables una diversidad de experiencias. Tal clase de operación tiene ventajas, como es obvio; sin ella, no podríamos calibrar las semejanzas y diferencias entre sociedades, y cada práctica religiosa debería analizarse en aislamiento. También tiene inconvenientes, pues nos arriesgamos a nivelar las peculiaridades disminuyendo así la riqueza y fecundidad del pasado. Pero por otro lado, el concepto no puede descartarse como una invención que distorsiona la realidad en beneficio de un punto de vista homogeneizador. El término en sí apareció en respuesta a transformaciones muy profundas de la esfera social; y no solo ha servido para etiquetar de nuevo las prácticas sociales, sino que también ha ayudado a modificarlas, en ocasiones radicalmente. El término, y lo que

se propone describir con él, por lo tanto, han ejercido una influencia mutua, uno sobre el otro. En la Edad Contemporánea sería ciertamente difícil hallar una comunidad de creencias que no se haya desarrollado en respuesta al concepto de «religión».[26]

¿Adónde nos conduce el hecho de que los conceptos no se puedan aislar de los procesos históricos? Desde luego, no dispensa a los historiadores de reconstruir los momentos en los que los términos modernos surgieron y fueron aceptados en todo el mundo, o de analizar las asimetrías de poder que participaron en su creación. Los conceptos no deben su preponderancia global a un universalismo inherente; a menudo, su hegemonía es fruto de la imposición y la represión, así como de la marginación de las alternativas. Como se habrá puesto de manifiesto con el ejemplo de la religión, sigue siendo crucial prestar atención a la historia de los conceptos y sus efectos igualadores. Dada la heterogeneidad de las prácticas sociales y la diversidad de los fenómenos que con estas se asocian, el intento de distribuirlas en conceptos universales nunca podrá ser plenamente exitoso.[27] Por lo tanto, tenemos que permanecer abiertos a la innovación conceptual y la introducción de nuevos términos basados en experiencias ajenas a la historia occidental.

Al mismo tiempo, tomémonos con cautela los llamamientos a deshacernos tanto de las herramientas de las ciencias sociales como de su voluntad de universalización. Hay buenas razones para creer que el arsenal conceptual de las disciplinas modernas seguirá reforzando la utilidad de nuestra labor analítica. Hay al menos cuatro razones por las que esta clase de espíritu universalista, a la vez que reflexivo y

autocrítico, sigue representando una meta valiosa a nuestro alcance.

En primer lugar, se trata de una decisión normativa. La historia global que se practica hoy en día se basa en suponer que es tan posible como deseable disponer de marcos unificadores y de diálogo entre las sociedades y culturas. Los términos de aplicación universal tendrán sus deficiencias pero, en su conjunto, su capacidad de facilitar la conversación transfronteriza quizá siga siendo preferible a las ventajas de un vocabulario más fragmentado. Una terminología específica de cada lugar, a fin de cuentas, dificultaría hablar de Estados, familias, conocimiento, etcétera, a través de las fronteras.

Entendemos que estas consideraciones normativas intervienen en muchas decisiones conceptuales adoptadas por los historiadores globales. Un buen ejemplo es el uso generalizado del concepto de *early modernity* («edad moderna») como nombre de período. Cuando John F. Richards introdujo el sintagma en referencia a la India, en la década de 1990, su intención explícita era hacer que la India pareciera menos «excepcional, única, exótica» y menos «desligada de la historia mundial».[28] Este gesto, según ha recordado Dipesh Chakrabarty, tal vez «expres[e] nuestra preferencia colectiva por tratar con igualdad historias distintas, por no permitir que Occidente sea el centro del mundo, etcétera». Podría parecer que «tenemos historias "iguales" del pasado porque querríamos que las historias fueran iguales», de resultas del *Zeitgeist* multicultural y cosmopolita de nuestra época.[29]

Esto es útil para recordarnos los juicios de valor que nuestra terminología, en apariencia abstracta, incluye; y en

especial, las promesas de igualitarismo que a menudo se asocian con las historias globales. Sin embargo, una terminología aplicada a casos distintos no necesariamente iguala esos pasados, sino que más bien proporciona un marco común en el que comprender historias distintas, incluidos sus puntos de desviación. Participar de la Edad Moderna, a fin de cuentas, no hace de la India e Inglaterra dos iguales; solo subraya los procesos de cambio más generales, de alcance mundial, en los que participaban ambas sociedades. De hecho, algunas de las maneras en las que las dos sociedades diferían —sus papeles complementarios en el comercio textil, sus funciones en el imperio— fueron precisamente el resultado de las formas en las que interactuaban. Un vocabulario que facilita la conmensurabilidad de pasados diferentes, por lo tanto, no implica automáticamente homogeneidad ni igualdad. En realidad, las diferencias se pueden articular de formas muy pronunciadas, incluso cuando se expresan en una terminología cada vez más similar y mediante un lenguaje conceptual común.

En segundo lugar, muchos actuantes de lugares muy diversos se han apropiado del lenguaje de las ciencias sociales para sus propios fines, esto es, «indigenizándolo». Desde mediados del siglo XIX (como muy tarde), Euroamérica y «Occidente» fueron un punto de orientación central (aunque nunca el único) en las estrategias modernizadoras de las élites políticas y culturales de casi todo el mundo. De hecho resulta difícil imaginarse una posición del todo exterior a este discurso, que no participe de sus premisas ni aspiraciones. En todo caso, la universalización de estos conceptos —en el sentido de un uso cada vez más ubicuo— ha sido obra de

muchos actuantes en lugares diversos.[30]

En tercer lugar, moldear el mundo a través del lenguaje conceptual ha tenido un efecto indudable y fundamental sobre el orden social en sí mismo. Los conceptos no son simples entidades discursivas que hayan emanado de tradiciones diversas; antes bien emergieron como respuesta a condiciones estructurales, al mismo tiempo que representaban, y transformaban, esas estructuras de maneras particulares. Introducir el concepto del Estado-nación, por ejemplo, no fue una mera imposición discursiva y legal; también alteró el modo en el que las sociedades se organizaban. Así pues, ahora resulta imposible intercambiar sin más un conjunto léxico por otro; y limitarse a recuperar significados perdidos y alternativas desvanecidas es una empresa fútil.

En todo caso —y en cuarto lugar— se verá que cambiar de terminología acaba siendo insuficiente. A menudo, el empeño de ir más allá del eurocentrismo, de generar conceptos alternativos y rehabilitar formas de conocimiento indígenas no pasa de ser una crítica en el nivel del discurso y la representación. La producción de conocimiento, sin embargo, no se puede separar de las condiciones geopolíticas que la engloban. A fin de cuentas, los conceptos modernos se desarrollaron en tándem con transformaciones estructurales mayores y formas de integración global. Estos procesos no solo han dejado marcas indelebles en los conceptos de las ciencias sociales, sino que también los han revestido de autoridad y poder. La universalización de «Europa» no se debió tan solo a la admiración que suscitaran los sistemas políticos y la cultura de Europa, sino que fue inseparable del

equilibrio de poder económico e imperial de la época. «Sin el poder del capitalismo y todas las innovaciones estructurales que lo acompañaron en la organización política, social y cultural —ha escrito Arif Dirlik—, el eurocentrismo tal vez no habría pasado de ser un etnocentrismo más.»[31]

No cabe duda de que las formas de hacer mundos de los historiadores y el poder retórico de la terminología que emplean produce una forma de convergencia y, hasta cierto punto, hace invisible la diversidad de la experiencia pasada. En esto, además, los historiadores no están solos —ni, más en general, las humanidades—. En nuestros días, la secuenciación de la información genética, la lógica de los mercados en la teoría económica, la colonización del significado local por medio de *big data* («datos masivos») y los proyectos de «humanidades digitales», el lenguaje de las amenazas medioambientales y tantas otras cosas comparten la voluntad de eliminar peculiaridades y especificidades.

Pero sean cuales sean la disciplina y el lenguaje empleado, la «nivelación» o «igualación» del mundo que ahora atribuimos a las operaciones del discurso no se puede separar del proceso histórico en sí mismo. La integración creciente —ya la iniciaran la hegemonía de la civilización olmeca en el antiguo México, la expansión siberiana de Rusia en la Edad Moderna, o las normas y regulaciones del Fondo Monetario Internacional— siempre ha impuesto vocabularios compartidos y ha mediado entre las prácticas sociales entre espacios diferentes. En la era contemporánea, la construcción estatal, el imperialismo, el capitalismo y una serie de proyectos medioambientales, por mencionar solo unas pocas empresas, han moldeado —y en cierto sentido «nivelado»—

las realidades sociales con mucha más intensidad de la que podrían alcanzar nunca los historiadores.

CAPÍTULO 10.
¿HISTORIA GLOBAL PARA QUIÉN? LA POLÍTICA DE LA HISTORIA GLOBAL

Cuando la historia emergió como disciplina académica, en el siglo XIX, se desarrolló en estrecha relación con las instituciones del Estado-nación. Muchos historiadores tenían en mente a lectores nacionales. Algunos participaron deliberadamente del programa de crear y dar forma a la nación, mientras que otros lo hicieron sin darse cuenta al situar en primer plano los esfuerzos y logros de su propia nación. En su mayoría, los historiadores escribían en la lengua local y se dirigían a un público con el que tenían mucho en común, tanto política como culturalmente. Se tenía la impresión de que la mayoría, de un modo u otro, contribuía a forjar la nación. De un modo similar, en un sentido muy básico, la historia global trata de dar cuenta del pasado global y, por lo tanto, de *crear el mundo* para los fines del presente. Son fines diversos, que pueden estar en conflicto entre sí o ser objeto de disputa. Algunos historiadores quizá tengan en mente un mundo sin fronteras de capitalismo irrestricto, pero otros pueden asociar sus reconstrucciones del mundo a los programas de movimientos ecologistas, comunidades indígenas y grupos de presión social. Mientras

los historiadores se dedican a sus diversas formas de hacer mundos, es importante reflexionar sobre qué implica esta creación. Si el «mundo» es el objeto de estudio, ¿quién es el «nosotros» para el que escriben los historiadores globales? ¿Y cuál es la política de tal enfoque?

¿Historia global para quién?

La respuesta más común a esta pregunta es: la historia global es una empresa intrínsecamente cosmopolita. En su núcleo, es un proyecto inclusivo, tanto geográfica como normativamente. Para empezar, proporciona un relato general sobre el pasado de la humanidad. En una época en la que las noticias ya no quedan confinadas a la propia sociedad; en que los turistas recorren el planeta y la migración enlaza los mercados laborales de distintas partes del mundo; en que tomamos alimentos obtenidos en lugares distantes y compramos bienes producidos en otros lugares; en nuestro presente globalizado, en otras palabras, la historia global contribuye a dar significado al mundo en el que vivimos.

Por lo tanto, ser historiador en el siglo XXI supone, en un sentido fundamental, ser un historiador global. Han pasado los días en los que los departamentos de Historia podían contentarse con centrarse en una única nación. «Esta estrechez de miras equivale a un departamento de Química que se dedicase a enseñar e investigar el funcionamiento de un único elemento […] haciendo caso omiso de todos los demás.»[1] Lo que hoy es imperativo es ser consciente de los

pasados distintos de muchas regiones del globo, así como de las interacciones e intercambios que se dieron entre ellas. Nuestro presente invita a los historiadores a diseñar sus preguntas y respuestas dentro de este marco más general y a abordar también otras narraciones, perspectivas y voces. Hace mucho que esta ha sido la aspiración de los historiadores de miras más amplias. «Las fronteras que los Estados y naciones levantaron en su hostilidad y egoísmo han sido perforadas —escribió Friedrich Schiller allá por 1789—. Hoy todos los hombres reflexivos se han reunido como ciudadanos del mundo.»[2]

Esta es la promesa utópica de la historia global: convertirnos en ciudadanos del mundo. La verosimilitud de tal promesa se basa en la intensidad con la que el planeta se ha integrado en diversos niveles, de modo que muchos grandes procesos ya no se pueden estudiar o comprender de forma aislada. Pensemos en los movimientos políticos y las ideologías globales, las crisis económicas y financieras, o la expansión de la comunicación basada en internet: ya no resulta posible estudiar tales cuestiones si el estudio se confina estrictamente a un solo lugar. Muchos de los problemas a los que hacen frente las sociedades actuales —desde las cuestiones de clima y medio ambiente a las condiciones laborales y el funcionamiento de los mercados, pasando por el intercambio cultural— nos obligan a ser conscientes de que todos habitamos el mismo planeta y compartimos sus recursos.[3] En la práctica, sin embargo, la noción de ser, cada uno de nosotros, un ciudadano global no ha pasado de ser un factor débil en la identidad de la mayoría, una idea poco arraigada en los «mundos de la vida».

Términos como «cosmopolita» o «ciudadano» poseen una larga genealogía europea. No obstante, el debate sobre el cosmopolitismo se ha emancipado de su relación exclusiva con la filosofía occidental, la razón universal abstracta y la afirmación normativa de universalidad. En años recientes, los estudiosos han desenterrado una multitud de enfoques cosmopolitas de una diversidad de lugares, más allá de Occidente, que no es fácil clasificar ni como completos ni como parciales, ni como asimiladores-universalistas ni como localistas. En su lugar han explorado las múltiples maneras en las que los grupos sociales intentaban relacionarse unos con otros y, con mucho pragmatismo, conversaban y cooperaban más allá de las concepciones idealistas de los filósofos. Estas «zonas de pensamiento cosmopolita» han surgido donde grupos disímiles se esforzaban por resolver problemas en común, con lo cual salvaban diferencias (culturales y de otra índole) aun cuando no suscribían una mirada universal compartida.[4]

No obstante, la mirada cosmopolita no es una visión que defiendan todas las voces. La historia global en tanto que enfoque se presta a una variedad de fines que a veces compiten o se contradicen. Algunos grupos emplean la historia mundial y global, explícitamente, como medio para exaltar la propia nación. En China, por ejemplo, algunos historiadores han revivido recientemente el recuerdo de los viajes transoceánicos de Zheng He y otras hazañas pasadas de actividad transregional para estimular la iniciativa china y favorecer que el país acceda a una posición de liderazgo mundial. De hecho, la popularidad de la historia mundial en China, a todas luces, se asocia a la condición del país como

potencia política y económica. En el discurso público, a veces, la globalización casi parece ser un instrumento político del Estado chino. Así pues, por lo general la historia global no se considera como una alternativa metodológica, sino como un contexto en el que cabe explicar y promover el crecimiento de la nación.[5]

La relación entre la historia global e identidades más circunscritas también se puede observar en muchos otros lugares. «La historia global en tanto que contexto no es por sí misma incoherente con afirmar la supremacía de la propia nación o civilización, pues puede dar pie a situar esa nación o civilización en el momento central de la historia mundial.»[6] Esta relación tampoco tiene por qué ser flagrantemente ideológica. En sentido estricto, donde la historia global se concibe como contexto útil para explicar mejor una nación o civilización, tiende a reproducir las espacialidades que se propone desafiar. Ocurre así incluso en obras que se muestran sumamente críticas con el pasado nacional.

Tampoco hay que exagerar, sin embargo, la tensión entre las perspectivas cosmopolita y de nación o civilización. Para muchos historiadores, aunque no estén pensando en la humanidad en su conjunto, hace mucho que la nación ha dejado de ser el punto de referencia privilegiado. A menudo, la comunidad imaginada no es la nación sino o bien fragmentos de ella o bien grupos transnacionales: la clase trabajadora, las mujeres, los budistas, los movimientos ecologistas. Pero si los historiadores escriben con tales públicos en mente, sus lectores tienden a formar parte de una circunscripción mucho más reducida: básicamente, sus propios colegas. Si exceptuamos unas pocas obras de síntesis

popular y nos fijamos en las obras especializadas que adoptan una perspectiva global, la tendencia es aún más clara. En el marco institucional de la investigación académica, escribir historia global forma parte de una conversación profesional y el «nosotros» correspondiente son nuestros colegas historiadores.

Lo anterior no es óbice para que los historiadores deban rendir cuentas ante un público más extenso, y en la mayoría de lugares, esa opinión pública está ahora más implicada que nunca en las corrientes globales más generales. Los posibles lectores, que van desde los estudiantes hasta el público culto, experimentan ese incremento de la globalización en sus vidas cotidianas. Para este grupo —las clases medias internacionales que controlan grandes concentraciones de capital financiero, pero también de capital social e intelectual—, las perspectivas globales y transnacionales tienen mucho sentido. A la vez que sirven a esos mercados, los historiadores también sienten la necesidad de legitimar su empleo del poder institucional y los fondos públicos. Esto puede hacer que algunos enfaticen las dimensiones globales de su obra, que aborda cuestiones urgentes a escala mundial. Al mismo tiempo, sigue siendo importante poner de manifiesto que el estudio de otros pasados —por ejemplo, historiadores estadounidenses que investigan el comercio transahariano o las plantaciones de caucho de Malasia— no es exótico ni periférico, sino que genera obras cruciales para comprender qué lugar ocupan nuestras sociedades en el mundo en que vivimos.

¿La historia global es la ideología de la globalización?

Las cuestiones globales, al igual que otras espaciales, también son a menudo cuestiones normativas. Aparte de la tensión entre nacionalismo y cosmopolitismo, la necesidad más perentoria es clarificar la relación entre la historia global y la globalización. No cabe duda de que el atractivo constatado de las perspectivas globales corre parejo con el actual proceso de globalización, y ha sido activado por este. Pero ¿cómo se relacionan los dos, exactamente? Por decirlo de una forma más provocativa: si la historia nacional emergió en connivencia con el proyecto de construcción nacional del siglo XIX, y los estudios de área fueron producto de la guerra fría, ¿acaso la historia global del siglo XXI no está, en lo esencial, al servicio de la globalización del siglo XXI?

Según han apuntado voces críticas, es evidente que la historia global, a veces, construye algo muy similar a una genealogía del actual proceso de globalización. El entusiasmo por el movimiento, la movilidad y la integración puede hacer que la integración del mundo, cada vez más intensa, parezca una evolución más o menos natural, hasta el punto de que la globalización empiece a asemejarse a un proceso que transcurre a la espalda de los actuantes históricos y con independencia de ellos. Desde el punto de vista retórico, celebrar las diversas formas de los «flujos» no está tan lejos de la forma en que los círculos de gestión empresarial y el lenguaje del mercado liberal de la globalización invocan la versatilidad y la flexibilidad. La antropóloga Karen Ho ha planteado que «el lenguaje de los flujos y del carácter

descentrado e inmaterial» que usan las ciencias sociales arraiga en haber elevado a teoría la imagen que el capitalismo tiene de sí mismo.[7] Para Fernando Coronil, en las nociones de «un mundo» y de una pacífica «aldea global» se oculta un discurso legitimador; este «globalcentrismo», a juicio de Coronil, no es sino un velo ideológico que representa mal la globalización y oscurece el hecho de que está impulsada por el capital financiero.[8] Formarse en historia global o estudios globales, desde este punto de vista, reforzaría la experiencia en todo lo global y produciría estudiantes atractivos para las corporaciones globales.

Paradójicamente, el hecho mismo de rechazar las narraciones eurocéntricas puede dar la impresión de que no hay alternativa al ascenso del capitalismo global, lo que de hecho lleva el eurocentrismo a su extremo. En efecto, en las últimas décadas, historiadores de varios lugares han planteado críticas contra un modelo difusionista y, en su lugar, se han embarcado en la búsqueda de los orígenes indígenas del capitalismo en sitios como Egipto, Japón y China. Han hecho hincapié en los recursos específicos de cada cultura y la diversidad de vías de acceso al mundo moderno, defendiendo que la modernidad global posee una pluralidad de raíces que ya no debemos buscar tan solo en Europa, sino también fuera de Occidente. Desde esta perspectiva, las tradiciones chinas, por ejemplo, pasan a integrar un capitalismo chino. Ahora bien, esta clase de construcción apunta a una universalidad de cosecha propia y desarrollo natural. Forma parte de lo que Immanuel Wallerstein denominó en cierta ocasión «eurocentrismo antieurocéntrico», puesto que, aunque adopta una postura

antieurocéntrica, puede hacer que quitemos importancia al papel dominante y opresivo que el capitalismo europeo y el imperialismo interpretaron en la forja de un orden mundial global, en el siglo XIX.[9]

Así pues, es fácil que algunas lecturas recientes del proceso global que hacen hincapié en la diversidad de las culturas se transformen en puntales ideológicos de la globalización. Entienden la diferencia, antes que nada, como una diferencia cultural, un conflicto entre las tradiciones «occidental», «china» e «india», y en gran medida hacen caso omiso de las desigualdades socioeconómicas. El concepto de las modernidades múltiples, por ejemplo, pueden apropiárselo élites no occidentales que compiten con otras élites por la influencia global pero están menos inclinadas a satisfacer las exigencias de inclusión económica de sus propios trabajadores. Esta clase de retroproyecciones de las modernidades indígenas, con frecuencia, presenta sus naciones como unidades culturales homogéneas y no da cabida a las controversias internas que rodean las facetas de la modernidad en el seno de la nación.[10]

Esta objeción fundamental a los discursos de la globalidad y la globalización no se puede descartar sin más; ni siquiera si uno es escéptico frente a las dicotomías netas de trabajo y capital, y la retórica del ocultamiento en que suelen formularse. Por lo tanto, los historiadores globales deben prestar atención a las formas en las que sus hallazgos se pueden utilizar, así como a las lógicas que se cuelan en sus proyectos inadvertidamente. Tienen que ser conscientes de las estructuras de poder de las que forman parte al mismo tiempo que analizan esas estructuras. En lo esencial, esto

significa que una de las tareas cruciales de la historia global es ofrecer un comentario crítico al proceso de globalización en marcha. La historia global puede aportar una conciencia reflexiva y abundar en los problemas que suscitan las narraciones que, de forma interesada, las partes emplean para legitimar sus programas políticos, ya sean estos recortar el estado del bienestar o abolir los controles fronterizos. Hay al menos cuatro maneras de hacerlo así.

En primer lugar, la historia global se puede usar como metodología que ponga en cuestión la teleología de la retórica de la globalización. Al situar los procesos y acontecimientos en contextos (globales) concretos, el enfoque proporciona una corrección importante a supuestos de partida como la continuidad a largo plazo y el cambio secular, así como a la metafísica de la globalización que aparece a menudo en la bibliografía social y económica.[11] En segundo lugar, los historiadores pueden recordarnos que las estructuras globales siempre son, en parte, el resultado de proyectos de globalización, y por lo tanto de actuantes históricos que persiguen realizar sus propios intereses y programas. De este modo, una perspectiva de historia global actúa como antídoto de concebir *a priori* este proceso como un proceso de desarrollo natural.

En tercer lugar, los historiadores se hallan en posición de evaluar tanto los costes como los beneficios de la integración global. Las conexiones no son, por sí mismas, ni buenas ni malas; intrínsecamente no son ni ventajosas ni inconvenientes. La esclavitud, la guerra, el imperio o las epidemias son posibles costes —ciertamente elevados— de un gran nivel de interconexión. Pero al mismo tiempo, las

interacciones transfronterizas permiten disponer de objetos e ideas y crean nuevos espacios en los que las personas y los grupos pueden formar alianzas, exigir reformas y reflexionar a fondo sobre las complejidades de la realidad global. Es mucho lo que dependerá del modo en que los historiadores evalúen el proceso de globalización. Una diversidad de voces ha asociado la globalización con la expansión mundial de las desigualdades, nuevos modos de explotación y dominio, desplazamientos, marginación y holocausto ecológico. Otras voces han ensalzado el proceso porque a su entender crea formas sin precedentes de prosperidad, libertad, emancipación y democracia. ¿El imperio mongol actuó como motor del comercio transfronterizo, de la interacción cultural y de una ampliación general de los horizontes, o quizá llevó consigo la destrucción y facilitó la difusión de la peste negra? Hasta cierto punto, las dos afirmaciones son ciertas. Por descontado hubo bajas y víctimas que sufrieron por las nuevas formas de intercambio, mientras que otras se beneficiaron de ellas y medraron. A la inversa, aunque algunos han pagado muy caro el provincianismo, también hay ventajas en salvar lo local y no conectado, en no someterse a estructuras globales. Podemos mostrarnos críticos con las maneras concretas en las que se hizo converger los mercados, se estableció la hegemonía cultural y se formaron instituciones políticas transnacionales (o se obstaculizó su formación). Pero en su conjunto, será difícil defender que la conectividad es la responsable de las deficiencias, no más de cuanto lo pueda ser la historia en sí.

Y por último, la historia global en tanto que enfoque nos hace ir más allá de las explicaciones endógenas. Este punto

podría parecer demasiado técnico y carente de consecuencias. Sin embargo, posibilita poner en duda las explicaciones genealógicas, que atribuyen directamente el cambio histórico —ascensos y caídas, prosperidad y privaciones, apertura y aislamiento, por ejemplo— a cualidades intrínsecas de las «culturas», sociedades y personas concretas. La historia global, así, pone en cuestión la ideología según la cual las personas y los grupos mayores son los responsables únicos de su felicidad o sus penalidades. Dada la poderosa tradición del individualismo metodológico en las ciencias sociales, se trata de un correctivo de importancia. La historia global puede dirigir nuestra atención hacia las jerarquías de poder y las estructuras geopolíticas que condicionaron el modo en el que el mundo se volvió un mundo integrado, con efectos de calado en las personas, los grupos y las sociedades en su conjunto.

¿Quién escribe el mundo? Jerarquías del conocimiento

Con el cambio de milenio, Dipesh Chakrabarty alertó a sus colegas historiadores sobre la «desigualdad de la ignorancia» como estructura dominante de la producción global del conocimiento. «Los historiadores del tercer mundo —en sus palabras de entonces— sienten la necesidad de referirse a obras de la historia europea; los historiadores de Europa no sienten ninguna obligación de reciprocidad.» Un historiador de la India, Kenia o Argentina hará caso omiso solo por su

cuenta y riesgo de las obras de sus colegas occidentales más señeros. En cambio, cuando expertos como Edward Thompson, George Duby, Carlo Ginzburg y Natalie Davis compusieron sus estudios, casi nadie esperaba que lo hicieran conversando con las historiografías de fuera de Europa y Estados Unidos.[12] En nuestro presente globalizado, ¿hasta qué punto ha cambiado esta situación? La historia global como paradigma, ¿ha permitido que un espectro más amplio de voces participe en la conversación erudita? ¿Dónde se escribe de hecho la historia global?

Primero hay que admitir que, hasta bien entrado el siglo XXI, la historia global sigue siendo un ámbito reservado en gran medida a regiones industrializadas y económicamente privilegiadas. En tanto que perspectiva, como dimensión adicional, la historia global está empezando a ejercer cierta influencia en otros lugares; pero si ha encontrado un hogar más o menos permanente en el sistema universitario ha sido ante todo en Estados Unidos y otros países anglófonos, en partes de la Europa occidental y el este de Asia. Las estructuras institucionales son importantes. Las distintas perspectivas sobre la historia global no se basan exclusivamente en debates teóricos y tradiciones discursivas; en buena medida son el fruto de sociologías del conocimiento divergentes.

Esta evolución desigual se explica por una multitud de razones. En cualquier país dado, el atractivo de la historia global depende de una diversidad de condiciones internas. En Estados Unidos, por ejemplo, han pesado mucho el ascenso de los estudios de área, las controversias por la reforma curricular y las exigencias de una sociedad moldeada por la

inmigración. Como resultado, en 1982 se fundó la Asociación de Historia Mundial, y en 1990 empezó a ver la luz el *Journal of World History*. En Gran Bretaña, la tradición de la historia imperial ya permitía otorgar a las historias de Asia y África más peso del que se les daba en otros países. Ahora bien, sean cuales sean las especificidades locales, apenas cabe ignorar que el ascenso de la historia global como paradigma se dio principalmente en países que participaban activamente del proceso de globalización —y se beneficiaban de él—. En algunos lugares, en especial en Estados Unidos y China, la resonancia de la historia global se liga a una conciencia pública mayor de la función de liderazgo mundial de sus países.[13]

¿Por qué la historia global destaca menos en otros lugares, y qué implica su falta de popularidad? En buena medida, la ausencia de entusiasmo se suele explicar por las condiciones institucionales locales. Un factor crucial es hasta qué punto las comunidades académicas están en contacto con los debates anglófonos y se ven afectadas por ellos. En muchos países árabes, y en cierta medida también en países como Francia e Italia, el contacto con los estudios de lengua inglesa es con frecuencia mínimo, y lo habitual sigue siendo publicar en la lengua nacional. Tradicionalmente, muchos historiadores de América Latina recibían más influencia de la erudición francesa o española que de la británica y norteamericana; es una situación del todo distinta a la de lugares como Dinamarca y Holanda, donde la historia global arraigó mucho antes.

La historia global también resulta poco atrayente en aquellos países donde la construcción nacional ocupa un

lugar destacado en el programa público e intelectual. Así ha ocurrido en muchos lugares de África, pero también en la Europa oriental en la estela de la guerra fría. En tales condiciones, los fondos —si se dispone de ellos— se tienden a otorgar principalmente a proyectos relacionados con el pasado nacional.[14] Y más en general, por descontado, el tema de la financiación es crucial —y no solo para los programas de historia global—. En África en particular, muchas universidades e instituciones académicas padecen una crisis grave, hasta el punto de que se pone en duda si vale la pena ofrecer la historia como disciplina. La historia global puede ser una empresa especialmente onerosa. Las revistas y los centros de investigación, el estudio de otros idiomas, los congresos internacionales, etcétera, solo pueden prosperar donde las fundaciones y los gobiernos están dispuestos a promover el nuevo enfoque, y asumir cierto riesgo en su desarrollo; y donde los editores pueden esperar un retorno de sus inversiones. Su voluntad depende asimismo, y no en menor grado, de hasta qué punto las sociedades se pueden beneficiar, política y económicamente, del proceso de globalización. En consecuencia, las naciones más acomodadas de Occidente y el Asia oriental siguen estando sobrerrepresentadas en este campo; y son muchos los historiadores de mentalidad internacionalista de otras regiones que hoy enseñan en universidades de Estados Unidos, Gran Bretaña o Singapur. Además, en un mundo donde la formación en línea (mediante cursos abiertos de participación muy amplia, como los *moocs*) es muy accesible, las jerarquías creadas por Google Académico y el Ránking de Shanghái de las Universidades del Mundo son incentivos

colosales para una internacionalización y globalización de los estudios. La economía política global de las universidades es un factor esencial para comprender con qué dinámicas se establecen los programas y se forma el paisaje desigual de la producción del conocimiento.

La geografía institucional de la historia global, por lo tanto, se caracteriza por una gran desigualdad. Aun así, esto no significa que no encontremos perspectivas transfronterizas en muy diversos lugares del mundo. Aunque la historia de la propia nación sigue siendo la forma privilegiada en casi todas partes, se constata también que los programas de investigación transnacional han ido adquiriendo mayor relevancia en muchos países desde la década de 1990, y la demanda de visiones espaciales y relatos alternativos también se ha incrementado. Por lo general el objetivo no es abandonar por completo la historia nacional, sino «transnacionalizarla».[15] Así pues, tampoco debemos identificar de entrada con provincianismo la ausencia de un enfoque explícitamente global.

En este contexto, las perspectivas transnacionales —estudios de océanos y espacios regionales como el océano Índico, el Atlántico sur, el Asia oriental, etcétera— han sido cruciales para muchos historiadores de fuera de Occidente. Trabajar con esas geografías puede poner en duda la prioridad del Estado-nación; además se le puede dar una interpretación política, como respuesta al proceso de globalización. A menudo, por lo tanto, sirve como punto de partida para narraciones alternativas que van más allá de la incorporación gradual del «resto» en el sistema mundial euroestadounidense. Por ello mismo, fuera de Occidente

también hay historiadores que prestan una especial atención a los entrelazamientos, o a los contactos entre Angola y Brasil, la migración de Corea a Manchuria, las redes islámicas de Indonesia a Mauritania, por ejemplo. Esta es también la razón por la que tales estudios tienden a centrarse en épocas anteriores al siglo XIX, es decir, antes de que se consolidara la hegemonía imperial occidental.

Así pues, aunque existe una historiografía transnacional bien asentada, fuera de la bibliografía anglófona es mucho más infrecuente que aparezca el término «global»; en algunos países, los historiadores lo evitan deliberadamente. Esta reticencia se relaciona con un escepticismo general hacia ese enfoque, pues, pese a toda la retórica antieurocéntrica, hay quien lo percibe esencialmente como un discurso imperialista, como una imposición occidental. Según los críticos, los historiadores globales hablan de interacciones y entrelazamientos pero, de hecho, se centran estrictamente en las relaciones entre Occidente y el «resto del mundo». «Los intelectuales indios se han acostumbrado a la idea de un mundo bipolar, formado por la India y Occidente —ha escrito Vinay Lal—. Tal es la condición de los colonizados, en todas partes. Este marco, es indudable, lo ha proporcionado el colonialismo europeo.»[16]

En algunos casos, la historia global se las tiene que ver con una historiografía que, con toda deliberación, se ha liberado del modelo de las «respuestas indígenas al desafío occidental», modelo que incluye estudios de, por ejemplo, América Latina y Occidente, África y el imperialismo, la India y el Raj, o China después de las guerras del opio. En su lugar, el foco se centra en la dinámica endógena, en una historia inductiva y

emprendida «desde abajo», en la que las influencias externas aparecen como contexto general, pero no dominan los acontecimientos. Frente al telón de fondo de estos estudios, el llamamiento a realizar narraciones globales puede parecer una regresión a interpretaciones que se confiaba en haber dejado atrás.

El rechazo a lo global, en suma, no siempre se puede desacreditar sin más como una simple reincidencia. Antes bien se asocia a condiciones de producción del saber tanto dentro de los países como entre ellos. Sin lugar a dudas, los intereses locales y las tradiciones historiográficas siguen moldeando el modo en que desde las narraciones nacionales se produce una apropiación, o una exclusión, del mundo. Al mismo tiempo, la «apertura» y la «resistencia» a los marcos globales solo explican en parte el atractivo de los enfoques globales. El diverso grado de atracción que suscitan también debe entenderse como un efecto de estructuras geopolíticas mayores y de las formas en las que cada país se relaciona con el proceso de globalización.

Geopolítica y lenguaje

Las objeciones al paradigma de la historia global son especialmente poderosas cuando se asocian a críticas por el dominio de la erudición anglófona. La cuestión de la lengua es, en efecto, crucial. La hegemonía del inglés como idioma académico es un hecho, aunque no haya afectado a las humanidades con tanta fuerza como ha hecho en las ciencias

naturales y sociales. En el campo de la historia global esto es particularmente claro; tanto es así que, a menudo, se considera que el campo es una empresa británico-estadounidense. En nuestros días, la mayoría de los historiadores globales continúa haciendo caso omiso de los estudios escritos en otras lenguas y producidos fuera del marco institucional de las universidades occidentales (y más en particular, las de Estados Unidos y Gran Bretaña). Como ha puesto de relieve Dominic Sachsenmaier, esta marginación de las otras tradiciones historiográficas —incluso cuando hay obras traducidas— entra en franca contradicción con la retórica incluyente y posteurocéntrica del enfoque histórico global. «Hasta ahora, es evidente que las jerarquías del saber que emergieron durante los últimos uno o dos siglos continúan intactas y aún canalizan las posibilidades mundiales de los intereses académicos y el conocimiento.» Sachsenmaier también advierte de los efectos secundarios que la hegemonía global del inglés ha tenido fuera de Occidente. «Por ejemplo, en China los expertos en historia global y mundial suelen conocer bastante bien la bibliografía occidental reciente, pero es igualmente habitual que no sepan qué se está produciendo en su mismo campo en sociedades como la India, por no hablar de América Latina, el Oriente Próximo o el África subsahariana.»[17]

La hegemonía del inglés tiene el poder de marginar otras lenguas y tradiciones historiográficas; de esto no cabe duda. Y sin embargo, la aparición de una *lingua franca* global no es tan solo un instrumento de dominio; también podría permitir que se entablen conversaciones transfronterizas con una intensidad nunca vista en el universo multilingüe de siglos

anteriores, más babélicos. A diferencia del latín, persa, chino y otros idiomas regionales, el inglés no está confinado a una ecúmene particular, sino que es accesible globalmente. En principio, facilita el acceso a estudios antes incomprensibles e impenetrables, permite que haya mucha más participación en los debates y da resonancia a voces a las que antes solo se escuchaba localmente.

Esta autoridad de la que goza la erudición publicada en inglés también ha permitido que los historiadores de otros lugares la usen estratégicamente y critiquen peculiaridades y formas de provincianismo de distintas tradiciones nacionales. Por ejemplo, en Alemania, Italia, Corea y China varios historiadores se han distanciado explícitamente de las viejas tradiciones (nacionales) de estudios mundiales; han optado por introducir la historia global mediante traducciones y préstamos metodológicos, con el objetivo expreso de trascender tradiciones anteriores como la historia universal o de ultramar. La referencia a los debates anglófonos, por lo tanto, también puede servir para abrir espacio a nuevos programas intelectuales y liberarse de lecturas del pasado más antiguas y provincianas (por ejemplo, eurocéntricas).[18]

Por otro lado, la hegemonía del inglés en este campo nunca será absoluta. A fin de cuentas, para un historiador global es casi necesario dominar varias lenguas. Pese a toda la homogeneización tecnológica, el pasado posee una indisoluble heterogeneidad lingüística, incluso en períodos que ahora parecen ser cada vez más globales. Tal como ha comentado Benedict Anderson, en el siglo XIX hubo filipinos que «escribieron a los austríacos en alemán, a los japoneses en inglés, unos a otros en francés, español o tagalo […] Algunos

incluso sabían un poco de ruso, griego, italiano, japonés o chino. Un cable podía enviarse a la otra punta del mundo en unos pocos minutos, pero la verdadera comunicación necesitaba el internacionalismo puro y duro del políglota». [19] Sea cual sea la futura suerte del inglés global, los documentos del pasado están escritos en malayo y persa, en ruso y en télugu. A largo plazo, la moda de la historia global puede ir en contra de los estudiosos que no sean capaces de dialogar libremente con esas lenguas, los que por una confianza excesiva en su alcance y poder universal no hayan salido de la zona cómoda de su inglés nativo.

Dicho esto, el inglés ha emergido como lengua hegemónica hasta un punto nunca alcanzado antes por ninguna otra lengua; no poco a menudo, una palabra como «internacional» queda reducida en la práctica a «anglófono». Esto, por descontado, beneficia a los angloparlantes nativos; quienes no hablan inglés como lengua materna quizá no sepan expresarse igual de bien, escribir con la misma fluidez o defender sus ideas en los congresos académicos con tanta eficacia como los hablantes nativos de esta lengua. Más importante aún: el dominio de la erudición en inglés convierte las costumbres propias de las universidades angloestadounidenses en normas de amplia aceptación sobre muchos aspectos del trabajo: la longitud preferida de un libro (que ciertamente no es la propia de una *these d'État* francesa), cuál debe ser el peso empírico y teórico de una disertación, qué clase de preguntas y programas de investigación son considerados «a la última»… La asimetría de la difusión lingüística, por lo tanto, también afecta con fuerza las formas y contenidos del estudio especializado, y la circulación digital

de la información y las investigaciones no va a modificar esta situación. La posibilidad de participar en cursos en línea quizá se dé en todo el mundo, pero los materiales que se suelen usar como fuentes, tanto por la accesibilidad como por las consideraciones legales, tienden a ser traducciones inglesas. Probablemente vamos hacia una era digital que será mucho más anglófona que todas las precedentes.

El dominio del inglés y, lo que es aún más fundamental, la primacía de las instituciones estadounidenses (y algunas británicas) resultan muy evidentes y son, en lo esencial, efecto del poder geopolítico de Estados Unidos. Pero el terreno de la historia global también se halla sesgado de otro modo que ha recibido mucha menos atención. En este campo emergente, en efecto, impera un claro sesgo asiático. En cierto nivel, es un sesgo institucional: hay expertos en Japón, Corea, China y Singapur que han empezado a trabajar en las problemáticas globales y el apoyo institucional que prestan esos países no cesa de crecer. La AAWH (Asociación Asiática de Historiadores Mundiales) es una empresa próspera. Pero en otro nivel, más inesperado, Asia también es un objeto privilegiado de la atención historiográfica global. Muchos estudios actuales se centran en acontecimientos asiáticos y en la historia de los vínculos que unieron Asia con Europa y el Nuevo Mundo. En la mayoría de síntesis y panoramas generales, Asia ocupa un lugar muy destacado, a menudo a expensas de América Latina, Rusia y el África subsahariana. Como ejemplo llamativo cabe citar la impresionante *Global History of Empire*, de John Darwin [titulado *El sueño del imperio* en su edición española], que no menciona ni una sola formación imperial ajena a Eurasia.[20] Se diría que buena

parte del objetivo de la historia global consiste en descubrir Asia.

Esta «Asia», desde luego, no es ni el continente ni una designación puramente geográfica. La atención se centra menos en Afganistán e Irán que en Japón y los cuatro «tigres» asiáticos: Hong Kong, Corea, Singapur y Taiwán; menos en Malasia y las Filipinas que en China. En cierto sentido fundamental, la historia global se ha visto impulsada por el ascenso de China, en particular por la necesidad de dar sentido a una situación geopolítica cambiante. A este respecto, la obra paradigmática del nuevo enfoque es el estudio comparativo en el que Kenneth Pomeranz analiza la evolución económica y la industrialización en Inglaterra y China.[21] El ascenso del capitalismo chino ha llevado a pensar de nuevo sobre las jerarquías globales, tanto política como epistemológicamente, más que todos los debates metodológicos o cualquier otra corriente intelectual del mundo universitario. Para comprender las trayectorias de los debates sobre la historia global, el desafío chino es tan importante como el predominio de las instituciones estadounidenses y la hegemonía del inglés.

Limitaciones de lo «global»

Ahora que ya hemos dedicado un tiempo a la sociología de la historia global, cambiemos de marcha para ir concluyendo el capítulo, y el libro, con un somero examen de los posibles reveses e inconvenientes intelectuales de la historia global en

tanto que enfoque. El concepto de lo global nos ayuda a ir más allá de los relatos aislados y de la estructura bilateral de las narraciones de influencias y transferencias, difusión y préstamo. Forma parte de una revolución metodológica que pone en cuestión la endogénesis en el análisis histórico. Pero al mismo tiempo, el concepto de lo «global» también tiene sus limitaciones y sus riesgos inherentes.

Algunos de los posibles escollos del enfoque ya se han descrito en secciones precedentes. Es especialmente delicada la cuestión de las escalas, analizada en los capítulos 6 y 7. Al optar por grandes marcos espaciales y temporales quizá podemos sacar a la luz contextos mayores y las restricciones estructurales que afectaron a una situación o un acontecimiento concretos. Al mismo tiempo, sin embargo, ello puede oscurecer el papel de los actuantes y sus motivos y decisiones, lo cual oculta la responsabilidad histórica personal. La dicotomía entre actuantes locales y factores globales está mal enfocada, desde luego, pues no hay forma de separar unos de otros con claridad. Ello no obstante, privilegiar las escalas mayores puede suceder a costa de subestimar la agencia local.

Aparte de esta problemática, consideraremos otros cuatro desafíos a los que deben hacer frente los historiadores globales. Por anticiparlo en pocas palabras, el concepto de lo «global» puede conducirles a borrar la lógica específica del pasado, ser fetichistas de las conexiones, pasar por alto la cuestión del poder y nivelar la realidad histórica al ir en pos de marcos unificadores. Los cuatro riesgos aconsejan no exagerar la globalidad. Veamos ahora estos cuatro problemas, uno por uno.

En primer lugar, el interés por la globalidad y la globalización ha llevado a muchos historiadores a privilegiar las interacciones y transferencias, y a considerarlas como fines en sí mismas. Entonces parece que las fuentes solo hablan un lenguaje, el de la interconexión, como si este fuera su significado más profundo y genuino; todos los otros posibles relatos —ya traten de la fe, la guerra, las intrigas políticas, la intimidad, la protección medioambiental o las costumbres laborales— se abordan como si fueran superficiales y efímeros. En ocasiones, los historiadores globales afirman que son capaces de ver a través del velo de estos sucesos superficiales, de forma que pueden inspeccionar las fuentes para ver qué tienen que decirnos sobre el estado, las cualidades y la lógica de las conexiones.

Si aspiramos a eso, lógicamente este enfoque es el adecuado. Pero una búsqueda de esta naturaleza también tiene inconvenientes, pues borra la textura rica y compleja del pasado. La biografía de un alemán que en la década de 1840 emigra al Medio Oeste estadounidense puede contarnos cosas sobre la historia política de 1848, las condiciones económicas de la Alemania rural, la diáspora de comunidades germánicas en Michigan, las relaciones entre los inmigrantes y los nativos norteamericanos, la masculinidad y las relaciones de «género» en la familia, y mucho más. Emplear estas historias sobre todo como medio para acceder al grado de interconexión puede terminar empobreciendo el análisis histórico. Como ha advertido John-Paul A. Ghobrial: «En efecto, corremos el riesgo de hallarnos en un mundo poblado por trotamundos sin rostro, camaleones sin colores y pasos invisibles de la frontera; podemos privar tanto a las personas

de todo su contexto local, confesional o personal que serán poco más que cristales a través de los que miraremos […] el mundo conectado en el que vivieron».[22] Si reducimos todos los sucesos, relatos y biografías históricas a metáforas de la globalidad, acabamos con una imagen del pasado reducida y unidimensional.

Esto también significa, en segundo lugar, que la historia global debe ir más allá del fetichismo de la movilidad, tan característico de muchas obras recientes de este campo. En efecto, en muchos debates, la movilidad se ha convertido en el rasgo más característico, si no incluso en el equivalente, de la historia global. El desplazamiento transfronterizo —en calidad de viajeros e inmigrantes, esclavos y trabajadores, comerciantes y prisioneros de guerra— es uno de los mecanismos cruciales en la forja de la internacionalidad y la globalidad, y también el medio más importante por el que se experimentaron de primera mano. Esto explica que buena parte de la bibliografía relevante se haya concentrado en los migrantes y los grupos móviles. Esta clase de perspectiva ha supuesto abrir nuevas e importantes ventanas hacia el pasado; pero al mismo tiempo, el interés por la movilidad tiende a narrar el pasado como una simple prehistoria de la globalización. De resultas, toda la gente y todas las cosas parecen estar en movimiento en todo lugar. En realidad, este tipo de imagen nos habla menos del pasado que de los deseos del presente.

Así, la obsesión con la movilidad y el movimiento acarrea exageraciones y distorsiones. Pensemos en los numerosos ejemplos de panoramas históricos globales en los que en vez de secciones sobre la transformación social hallamos capítulos

sobre migración. Millones de campesinos van desapareciendo del radar, mientras que las tripulaciones navales reciben una atención erudita que supera sus números reales. La gran mayoría de la gente apenas viajaba, si es que lo hacía, y desde luego no recorría largas distancias o se marchaba a culturas remotas; las condiciones existentes en los planos social, político y económico, así como la carencia de infraestructuras en muchas partes del mundo, imposibilitaban una movilidad tan omnipresente. En consecuencia, sería un error que los historiadores globales hicieran sucumbir a los sedentarios como víctimas de su actual inquietud por la circulación y la fluidez. En cierto modo es una ironía: una de las víctimas del proceso de globalización fueron los pueblos itinerantes y nómadas, y ahora son los sedentarios, los que no se mueven de su lugar, los que «pagan el pato» historiográfico y dejan de ser objeto de la atención de los historiadores.

Uno de los efectos no reconocidos de este fenómeno es el papel de privilegio que se otorga a las élites en algunos textos de historia global. Por descontado, hubo esclavitud, hubo culis, hubo migraciones masivas. Pero en muchas obras, el papel crucial se reserva para los viajeros cultos a tierras distantes, los sabios que lograron informar desde reinos remotos, los pocos que expresaron en palabras y papel su conciencia global. A largo plazo, por lo tanto, la historia global se beneficiará de un giro social; a fin de cuentas, los que apenas se movían se veían afectados por los procesos generales. No es difícil prever que los historiadores acabarán volviendo a prestar atención, cada vez más, a los que vivían asentados, como población autóctona y menos privilegiada, así como a los que han permanecido en gran medida

desconectados, fuera del rebaño de la globalización. Pensemos en los más de cien millones de personas pertenecientes a grupos marginales que viven en las regiones montañosas del sudeste asiático que los historiadores han denominado «Zomia». Durante varios siglos, estos grupos han evitado integrarse, y se han mantenido alejados de las instituciones y las relaciones de explotación controladas por el Estado. Los grupos de esta clase —los «refugiados de la modernidad»— están ausentes, casi por entero, de las narraciones de la globalización.[23]

Por decirlo más en general, la ciencia social de la globalización ha dado toda la prioridad al movimiento y ha ensalzado el flujo de productos, personas e ideas. Los *flujos*, entendidos como modelos persistentes de circulación, han emergido como una metáfora clave en la bibliografía. Prometen socavar la fijeza, el lugar y el territorio, en la medida en que repiten el mantra de la globalización: «todo lo sólido se convierte en aire». Los flujos se equiparan a la «desterritorialización» y en particular a superar el marco del Estado-nación. Pero aunque necesitamos estudiar los flujos, también necesitamos ser conscientes de los hundimientos y obstáculos. Algunos de los aborrecidos procesos de territorialización, de hecho, no son tan solo el fruto de la pertinacia o de desgarrones en las tupidas redes de la globalización. Hay que verlos más bien como respuestas a la integración global; el ascenso del Estado-nación, en especial, fue una reacción a las presiones globales vividas en el siglo XIX.[24] Por lo general, los dos procesos fueron de la mano. En 1869, cuando la apertura del Canal de Suez redujo drásticamente el tiempo de viaje entre Gran Bretaña y la

India, el nuevo cauce también obligó a las caravanas de camellos y los *daus* a detenerse y esperar, lo que alteró rutas de comercio y movilidad que hacía mucho que existían. Así pues, la aceleración y otras formas de deceleración se condicionaban mutuamente.[25]

Esto también significa que no todo se desplaza ni toda persona viaja, y que, en consecuencia, habrá que complementar la retórica de los flujos con un lenguaje que hable de fricciones, de falta de transferencia, de inercia. ¿Por qué ciertas formas de conocimiento nunca viajan? ¿Por qué algunas ideas no se transmitieron a otros, ni siquiera cuando las condiciones políticas y de infraestructura no solo lo permitían, sino que de hecho animaban a realizar esas transferencias? Tomemos el ejemplo de una flor: la historia de la *Poinciana pulcherrima*. La poinciana se usaba como anticonceptivo y abortivo en América Latina y el Caribe. En el siglo XVIII, las esclavas tuvieron noticia del efecto de la flor y la usaron para abortar: para no traer al mundo hijos esclavos. Pero este conocimiento no pasó de ser local, incluso tras la intensa integración del Caribe en la estructura capitalista de la economía atlántica. La historiadora de la ciencia Londa Schiebinger ha introducido el concepto de «agnotología» —el estudio de las formas de *no* conocimiento inducidas culturalmente— para describir factores que impidieron que determinados saberes se difundieran más, factores que irían desde las prioridades institucionales y culturales a las preferencias y aversiones personales.[26]

En tercer lugar, la historia global como enfoque no es inmune a la crítica de que pasa por alto cuestiones asociadas con el poder. El concepto de lo «global» —se le reprocha—

puede ocultar las jerarquías sociales y las asimetrías de poder que han moldeado el mundo moderno. Y en efecto, en algunas obras se constata una tendencia a ver las conexiones globales no como un proyecto, impulsado por personas y grupos que aspiran a hacer realidad intereses propios, sino como un proceso casi natural. Al ensalzar el carácter interconectado, estos textos utilizan lo «global» para ocultar (a menudo, sin darse cuenta) desigualdades de poder subyacentes.

Los resultados son —o más bien, pueden ser— historias de flujos autogenerados, de una expansión natural del comercio, de una circulación libre. En sus nostálgicas cavilaciones sobre *El mundo de ayer*, el novelista Stefan Zweig expresó con vivacidad esta clase de utopía de una movilidad sin fronteras. En el siglo XIX, escribe Zweig, «la Tierra pertenecía a todas las personas. Cada uno iba donde quería y se quedaba allí tanto tiempo como quería». Para Zweig, no había fronteras que «significaran más que líneas simbólicas que se cruzaban con tan plena despreocupación como el Meridiano de Greenwich».[27] Pero su experiencia apenas era representativa. La experiencia que vivieron los millones de trabajadores con contratos de servidumbre o los culis asiáticos que se azacanaban en las minas y plantaciones de Sudáfrica, Cuba y Hawái fue del todo distinta a aquella de la que gozaron un puñado de novelistas austríacos y turistas ingleses. La movilidad ilimitada de Zweig —«uno embarcaba y desembarcaba sin hacer preguntas ni recibirlas»— dista mucho de la experiencia de las masas que tuvieron que hacer frente a los procedimientos de inmigración, controles higiénicos, centros de cuarentena, leyes de nacionalidad,

exámenes de documentos y huellas dactilares, leyes de ciudadanía y exclusión…

Podemos observar miopías similares en otros campos. En algunos textos recientes, los imperios se describen como formas obvias de gobernar políticamente poblaciones heterogéneas, sin mencionar la violación de derechos individuales y de grupo. Los mercados parecen converger naturalmente, aunque muchos de ellos solo a punta de pistola se abrieron al comercio exterior. La difusión de la religión se presenta como el fruto de traducciones y conversaciones, más que de persecuciones y cruzadas. En algunas obras hay una tendencia a despolitizar nuestra comprensión de la historia y estructurar el pasado según el imaginario de los mercados liberales.[28]

En el nivel de la teoría y el método, esta expulsión de la política se corresponde con la manera en la que en ocasiones se anuncia la «historia global» como antídoto a la supuesta exageración, por un lado, de los estudios poscoloniales, y por otro de las obras sobre el sistema-mundo. Aunque ambos enfoques se basan en una crítica del poder, algunas de sus propuestas más recientes, identificables en la historia económica global y en la proximidad de la «gran historia» con las ciencias naturales, han eliminado en gran medida las cuestiones de las jerarquías políticas y sociales. Por lo tanto, es esencial que no olvidemos que las interacciones transfronterizas y los procesos de integración global se vieron moldeados muy intensamente por asimetrías del poder y la violencia. Aunque las conexiones transnacionales y globales se encomian a menudo como si de forma intrínseca fueran progresistas y benevolentes, en muchos casos son fruto de la

acción de fuerzas más siniestras. Quizá nos hayamos acostumbrado a leer *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, como símbolo de una conciencia global emergente; pero fue la primera guerra mundial lo que desplazó a millones de personas a remotas costas, campos de batalla y cementerios, y creó con ello experiencias globales que dejaron heridas indelebles.

¿Qué oculta «lo global»?

El cuarto punto de discusión aborda explícitamente cuestiones de normatividad y, más en concreto, el tema de la responsabilidad. En los panoramas generales, así como en estudios que cubren períodos de tiempo muy extensos, hay tendencia a describir el desarrollo de grandes procesos anónimos como si en ellos no hubieran participado personas de carne y hueso. En el intento de explicar procesos más generales y llegar a interpretaciones que conecten las experiencias históricas de regiones distintas, los historiadores optan por categorías analíticas que prácticamente excluyen la agencia humana. Es una tendencia especialmente visible en el caso extremo de la «gran historia», pero también afecta a textos de alcance temporal menos dilatado. ¿Es la historia global una forma de historia que deja fuera a las personas?

En cierto nivel, se trata de una cuestión de estilo narrativo. Pero ¿hay alguna razón por la que los panoramas globales deban diferir de las historias nacionales en cuanto a la vivacidad de su presentación? Así como los macrorrelatos de

la historia de una nación pueden ser animados y tener en cuenta el papel decisivo de la agencia individual, las historias globales también pueden serlo, al menos en principio. Escribir en ciertos géneros de la historia global, de hecho, privilegia las acciones individuales hasta el punto de distraer de las condiciones generales en las que estas se llevaron a cabo.[29] En su conjunto, sin embargo, muchos panoramas de la historia del mundo parecen lidiar dificultosamente con las cuestiones de agencia. Fruto del empeño por abarcar vastos espacios y períodos temporales, a menudo encontramos un léxico de necesidad e inevitabilidad.

En otra faceta más fundamental, al ubicar la causalidad al menos en parte en un nivel global, puede parecer que los historiadores globales relativizan las cuestiones de responsabilidad más próximas al nivel personal. Esto puede ser efecto de una decisión metodológica característica del enfoque global: hacer hincapié en los factores sincrónicos en el espacio, en vez de en las genealogías de largo plazo y la continuidad temporal interna. Huir por completo de las narraciones endógenas, por lo tanto, se lograría a costa de subestimar la agencia inmediata. Si el Holocausto, por mencionar un único ejemplo, se puede explicar en parte por fuerzas globales sincrónicas, esto podría relativizar la culpa de los criminales nazis. Este exceso de contextualización —dar mucha más prioridad a los factores globales que a los actuantes locales— podría externalizar las cuestiones de culpa y responsabilidad. Por lo tanto, es importante recordar que las estructuras globales son moldeadas por la actividad humana, tanto como aquellas moldean esta; son el resultado de procesos de estructuración. Como tales, ayudan a definir

en qué condiciones actúan las personas, pero no dictan su conducta. Las estructuras enmarcan situaciones específicas y hacen improbables ciertos cambios; no determinan la agencia humana.[30]

Pasemos ahora a un quinto problema, que es, en muchos sentidos, el más fundamental. Formulado en pocas palabras, se trata de lo siguiente: si el término «global» se usa igualmente para describir los viajes de Marco Polo y el funcionamiento de la crisis financiera de 2008, ¿no es entonces excesivamente general? ¿Cuán eficaz es un término de aplicación universal? Si subsumimos en lo «global» todas las formas de intercambio transfronterizo, ¿qué utilidad le queda al concepto en cuanto categoría analítica?

Ciertamente, a lo largo del tiempo ha habido conexiones entre distintas partes del mundo, y centrar la atención en esos vínculos ofrece panorámicas valiosas. Ahora bien, no todas estas conexiones fueron de la misma clase. Además, fueron posibles gracias a estructuras muy diversas; algunas de ellas convergían, otras competían entre sí. Perder de vista la lógica particular de las condiciones en las que estas interacciones se desarrollaron comportaría una mengua de la especificidad histórica. Convertirlas a todas ellas en «globales» puede ser propio, en cierto nivel, pero es tan inespecífico como cambiar todos los nombres individuales por la palabra «persona». Queremos saber con más precisión quién inició las Cruzadas o la toma de la Bastilla, y quién padeció en la rebelión Taiping; hablar de «personas» aboliría toda personalidad. Al mismo tiempo, es crucial comprender si la perdurabilidad de los vínculos remotos se apoyó en una ecúmene islámica, el idioma persa, las rutas de los vapores transatlánticos, la

migración encadenada de clanes chinos, el poder del Imperio Británico o los mecanismos silenciosos de la oferta y la demanda. Lo «global» como categoría para todo puede impedirnos ver estas distinciones cruciales.

La noción de lo «global» sugiere una continuidad que a menudo es falaz. Desde el punto de vista espacial, traduce como una unicidad formas de entrelazamiento que eran diferentes. Temporalmente, da a entender que los vínculos pasados fueron la prehistoria de conexiones posteriores. El gran viajero marroquí Ibn Battuta (1304-1377), ¿fue simplemente el precursor de los turistas que recorren hoy el mundo en aerolíneas de bajo coste? ¿El colonialismo británico preparó el terreno para la globalización —la «anglobalización»—, como sostienen algunos historiadores? [31] Sin lugar a dudas, el Imperio Británico estableció nuevas conexiones, pero al mismo tiempo destruyó vínculos antiguos, de historia prolongada, que ya no servían a los intereses de la *City* londinense; por otro lado, el colonialismo también impuso nuevas fronteras que obstaculizaron la movilidad y el comercio. Sri Lanka, por ejemplo, no quedó verdaderamente aislada —o «islada», según el juego de palabras de un historiador— hasta principios del siglo XIX, cuando los británicos se esforzaron por cortar sus lazos de unión con la tierra firme y las redes del océano Índico, convirtiéndola en una unidad territorial separada.[32] Cualesquiera que hayan sido las relaciones entre las formas de conexión anteriores y posteriores, son más complicadas de lo que sugiere el término «global».

De lo que se trata no es ante todo de determinar si las estructuras mayores fueron literalmente «globales», es decir,

planetarias, si llegaron a todos y cada uno de los rincones del planeta.[33] El problema es principalmente terminológico: traducir como «estructuras globales» una variedad de imperios (tan diversos entre sí como el mongol y el británico), redes comerciales (desde las caravanas transaharianas hasta las actuales corporaciones multinacionales), hegemonías discursivas, etcétera, solo puede hacerse mediante un acto de violencia conceptual. Esta clase de abstracción podría ayudar a resolver unas pocas cuestiones planteadas a gran escala, pero será menos idónea para abordar las inquietudes que albergan hoy la mayoría de historiadores, así como del público lector. Si se emplea de este modo, la noción de lo «global» amenaza con arrasar la diversidad de la realidad histórica y, en cierto sentido, dejar sin historia a la historia global.

¿Significa esto que hay que abandonar del todo el vocabulario de lo «global»? Desde luego que no. En el nivel más general, lo necesitamos como concepto abarcador que nos permite analizar pasados aparentemente distintos dentro de un solo marco, y examinar conexiones que eran invisibles para los paradigmas anteriores. En un nivel muy específico, nos ayuda a afrontar la aparición de estructuras verdaderamente globales. Políticamente también nos hace falta, por su poder de convocatoria. La historia global no es tan solo un enfoque; también es un eslogan necesario para moldear de nuevo los paisajes del conocimiento y modernizar las instituciones de producción del saber. Anuncia que el pasado fue global, que no se acaba en la historia de Estados Unidos, Italia o China. Para facilitar la revolución en los paradigmas del conocimiento y rescatar una historia a la que

el pensamiento en «contenedores» estancos no le hace justicia, el concepto de «historia global» seguirá siendo imprescindible. Ahora bien, en cuanto recurso analítico, compite con términos más específicos y, a menudo, más precisos. A largo plazo, por lo tanto, es de prever que el excedente heurístico de la noción de lo «global» irá menguando. Cuanto mejor comprendamos hasta qué punto las diversas regiones del mundo estuvieron entrelazadas, y cuanto más reconozcamos de qué modos las estructuras mayores afectaron a los acontecimientos locales, parece innegable que podremos ir liberándonos de la retórica de lo global. Queda mucho por andar, desde luego. En casi todo el mundo, los historiadores se centran ante todo en su propia nación. En muchos países, las estructuras institucionales y las expectativas públicas se alían para preservar la solidez del marco nacional. Dada la estrecha vinculación de la disciplina histórica con las cuestiones de la identidad nacional, es improbable que este panorama cambie a corto plazo. En cambio, la institucionalización de la historia global avanza con lentitud y, en nuestros días, apenas ha salido del mundo anglófono y algunas partes de la Europa occidental y el Asia oriental; e incluso en estas regiones, su alcance sigue siendo limitado.[34]

Pero en algún momento del futuro, cuando por fin tengamos la tranquilidad de haber comprendido mejor las estructuras globales y las dinámicas mundiales, es posible que la noción de lo «global» caiga a un segundo plano y dé paso a un interés renovado por las especificidades. Los historiadores recurrirán a nuevas geografías que, aun sin identificarse *a priori* con los Estados-nación, tampoco serán necesariamente

el mundo entero. Antes que partir de una única escala, se ajustarán a modelos de intercambio e interacciones específicas. La desaparición progresiva de la retórica de lo «global» nos estará anunciando, irónicamente, el triunfo de la historia global como paradigma.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha estado bastante tiempo en la cocina. Y aún podría haber tardado mucho más en cocinarse, pues, dada la celeridad con la que se transforma el campo de la historia global, el análisis de la situación solo puede ser una instantánea. Empezó siendo una traducción de mi *Globalgeschichte*, publicado por C. H. Beck en 2013, pero pronto me di cuenta de que no se necesitaba tanto traducirlo como empezar de nuevo; Brigitta van Rheinberg y Jeremy Adelman, de Princeton University Press, me animaron amablemente a emprender la tarea. De los ochos capítulos de la edición alemana, revisé dos y descarté el resto para llegar a un texto más orientado a los problemas y menos estrictamente introductorio. El resultado es un libro enteramente distinto.

En esta empresa me han ayudado, inspirado y criticado muchos colegas de todo el mundo, demasiado numerosos para enumerarlos aquí. He presentado ideas y debatido sobre ellas en congresos y talleres celebrados en Europa, Estados Unidos y Asia oriental. Jeremy Adelman, Andreas Eckert, Catherine Davies, Michael Facius, Sheldon Garon, Masashi

Haneda, Lasse Heerten, Christoph Kalter, Dörte Lerp, Kiran Patel, Margrit Pernau, Alessandro Stanziani y Andrew Zimmerman han leído uno o varios capítulos, y agradezco su generosa aportación crítica. También me dio impulso enfrentarme casi cotidianamente a preguntas y críticas planteadas en los seminarios del programa de posgrado en Historia Global en Berlín. Entre las seis reseñas anónimas solicitadas por Princeton University Press, la única que se mostró crítica me movió a reconsiderar toda la organización y argumentación del libro. Por último, estoy en deuda en especial con Christopher L. Hill y Dominic Sachsenmaier, por nuestras extensas y repetidas controversias sobre las cuestiones esbozadas aquí; sin ellas, el libro no habría adoptado la forma que posee ahora y habría sido un texto mucho más provisional.

Algunas partes de los capítulos 2 y 3, escritas originalmente en alemán, fueron sabiamente traducidas al inglés por Shivaun Heath y Joy Titheridge. Mientras preparaba el texto tuve la suerte de contar con la ayuda de estudiantes avanzados: Stephanie Feser, Jannis Girgsdies, Matt Steffens, Matthias Thaden y Barbara Uchdorf. Esta obra ha gozado asimismo del apoyo del Programa de Laboratorio de Estudios Coreanos, del Ministerio de Educación de la República de Corea, y el Servicio de Promoción de Estudios Coreanos de la Academia de Estudios Coreanos (AKS-2010-DZZ-3103).

NOTAS

[1] C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford (Blackwell), 2004, p. 469 [hay trad. cast. de Richard García Nye: *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914: conexiones y comparaciones globales*, Madrid, Siglo XXI, 2010].

[2] Anthony G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, Londres (Pimlico), 2002; Thomas Bender (ed.), *Rethinking American History in a Global Age*, Berkeley, CA (University of California Press), 2002.

[3] Anthony D. Smith, *Nationalism in the Twentieth Century*, Oxford (Robertson), 1979, pp. 191 y ss.; Ulrich Beck, *What is Globalization?*, Cambridge (Polity Press), 2000, pp. 23-24 [hay trad. cast. de Bernardo Moreno y M. Rosa Borràs: *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998]; Immanuel Wallerstein *et al.* (eds.), *Open the Social Sciences: Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford, CA (Stanford University Press), 1996.

[4] Para la noción de los «defectos de nacimiento», véase Jerry H. Bentley, «Introduction: The Task of World History», en Bentley (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford (Oxford University Press), 2011, pp. 1-16.

[5] Dominic Sachsenmaier, «Global History (version: 1.0)», *Docupedia-Zeitgeschichte*, 11 de febrero de 2010, <http://docupedia.de/zg/Global_History?oldid=84616>.

[6] Para otras maneras de ordenar este campo, véase Lynn Hunt, *Writing History in the Global Era*, Nueva York (Norton), 2014; Diego Olstein, *Thinking History Globally*, Nueva York (Palgrave Macmillan), 2014.

[7] Felipe Fernández-Armesto y Benjamin Sacks, «Networks, Interactions, and Connective History», en Douglas Northrop (ed.), *A Companion to World History*, Oxford (Wiley-Blackwell), 2012, pp. 303-320, cita en p. 303.

[8] Por ejemplo, para el siglo XIX: Bayly, *The Birth of the Modern World*; Jürgen Osterhammel, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton (Princeton University Press), 2014 [hay trad. cast. de la edición alemana por Gonzalo García: *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX*,

Barcelona, Crítica, 2015]; para los años, Olivier Bernier, *The World in 1800*, Nueva York (Wiley), 2000; John E. Wills, *1688: A Global History*, Nueva York (W. W. Norton), 2002 [hay trad. cast. de Isabel Salido: *1688: una historia global*, Madrid, Taurus, 2002]; para el último milenio, David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Nueva York (Norton), 1998 [hay trad. cast. de Santiago Jordán: *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Barcelona, Crítica, 2000]; para el mundo, Felipe Fernández-Armesto, *The World: A Brief History*, Nueva York (Pearson Prentice Hall), 2007 [en español se ha traducido un título similar del mismo autor: *Breve historia de la humanidad*, Barcelona, Ediciones B, 2005]; para la «gran historia», David Christian, *Maps of Time: An Introduction to Big History*, Berkeley (University of California Press), 2004 [hay trad. cast. de Antonio Prometeo-Moya: *Mapas del tiempo: introducción a la «gran historia»*, Barcelona, Crítica, 2005].

[9] John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Londres (Penguin Books), 2007 [hay trad. cast. de Antón y Federico Corriente Basús: *El sueño del imperio: auge y caída de las potencias globales 1400-2000*, Madrid, Taurus, 2012]; Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*, Princeton (Princeton University Press), 2010 [hay trad. cast. de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya: *Imperios: una nueva visión de la historia universal*, Barcelona, Crítica, 2011].

[10] Dipesh Chakrabarty, *Rethinking Working Class History: Bengal, 1890-1940*, New Haven (Yale University Press), 1987; Frederick Cooper, *On the African Waterfront: Urban Disorder and the Transformation of Work in Colonial Mombasa*, New Haven (Yale University Press), 1987.

[11] La bibliografía es ingente; véase por ejemplo Wang Gungwu (ed.), *Global History and Migrations*, Boulder, CO (Westview Press), 1997; Natalie Zemon Davis, *Trickster Travels: A Sixteenth Century Muslim between Worlds*, Nueva York (Hill & Wang), 2006 [hay trad. cast. de Aitana Guia: *León el Africano: un viajero entre dos mundos*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2008]; Miles Ogborn (ed.), *Global Lives: Britain and the World 1550-1800*, Cambridge (Cambridge University Press), 2008; Marilyn Lake y Henry Reynolds, *Drawing the Global Colour Line: White Men's Countries and the International Challenge of Racial Equality*, Cambridge (Cambridge University Press), 2008.

[12] Christopher L. Hill, *National History and the World of Nations: Capital, State, and the Rhetoric of History in Japan, France, and the United States*, Durham, NC (Duke University Press), 2008. Para más ejemplos, véanse los capítulos 4 y 5.

[13] Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History* 16 (2005), pp. 391-410, cita en p. 396.

[14] Samuel Moyn y Andrew Sartori, «Approaches to Global Intellectual History», en Moyn y Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, Nueva York (Columbia University Press), 2013, pp. 3-30.

[15] Es muy útil el análisis de Jürgen Osterhammel, «Globalizations», en Jerry H.

Bentley (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford (Oxford University Press), 2011, pp. 89-104.

[16] Este carácter doblemente reflexivo es el núcleo epistemológico de la noción de *histoire croisée*. Véase Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, «Beyond Comparison: *Histoire Croisée* and the Challenge of Reflexivity», *History & Theory* 45 (2006), pp. 30-50.

[17] Christopher Bayly, «History and World History», en Ulinka Rublack (ed.), *A Concise Companion to History*, Oxford (Oxford University Press), 2011, p. 13.

[1] Jan Assmann, *The Mind of Egypt: History and Meaning in the Time of the Pharaohs*, Nueva York (Metropolitan Books), 2002, p. 151 [hay trad. cast. de la edición alemana, por Joaquín Chamorro Mielke: *Egipto: historia de un sentido*, Madrid, Abada, 2005]; Jan Assmann, «Globalization, Universalism, and the Erosion of Cultural Memory», en Aleida Assmann y Sebastian Conrad (eds.), *Memory in a Global Age: Discourses, Practices and Trajectories*, Nueva York (Palgrave Macmillan), 2010, pp. 121-137.

[2] J. A. S. Evans, *Herodotus, Explorer of the Past: Three Essays*, Princeton (Princeton University Press), 1991; Ernst Breisach, *Historiography: Ancient, Medieval and Modern*, Chicago (Chicago University Press), 1994.

[3] Véase Tarif Khalidi, *Islamic Historiography: The Histories of Mas'udi*, Albany, NY (State University of New York Press), 1975.

[4] Véase Siep Stuurman, «Herodotus and Sima Qian: History and the Anthropological Turn in Ancient Greece and Han China», *Journal of World History* 19 (2008), pp. 1-40; Grant Hardy, *Worlds of Bronze and Bamboo: Sima Qian's Conquest of History*, Nueva York (Columbia University Press), 1999.

[5] François Hartog, *Le Miroir d'Hérodote*, Paris (Gallimard), 2001; Q. Edward Wang, «The Chinese World View», *Journal of World History* 10 (1999), pp. 285-305; Q. Edward Wang, «World History in Traditional China», *Storia della Storiografia* 35 (1999), pp. 83-96.

[6] Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History* 16 (2005), pp. 391-410, cita en p. 407.

[7] Véase George Iggers y Q. Edward Wang, *A Global History of Modern Historiography*, Nueva York (Pearson Longman), 2008; Daniel Woolf (ed.), *The Oxford History of Historical Writing*, 5 vols., Oxford (Oxford University Press), 2011-2012.

[8] Sanjay Subrahmanyam, «On World Historians in the Sixteenth Century», *Representations* 91 (2005), pp. 26-57.

[9] Citado en Serge Gruzinski, *What Time Is It There? America and Islam at the Dawn of Modern Times*, Cambridge (Polity Press), 2010, p. 73.

[10] Subrahmanyam, «On World Historians», p. 37; Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde: Histoire d'une mondialisation*, París (Martinière), 2004.

[11] Gruzinski, *What Time Is It There?*, p. 69.

[12] Jürgen Osterhammel, *Die Entzauberung Asiens: Europa und die asiatischen Reiche*

im 18. Jahrhundert, Múnich (C. H. Beck), 1998, pp. 271-348. Véase también Geoffrey C. Gunn, *First Globalization: The Eurasian Exchange 1500-1800*, Lanham, MD (Rowman & Littlefield), 2003, pp. 145-168; John J. Clarke, *Oriental Enlightenment: The Encounter between Asian and Western Thought*, Londres (Routledge), 1997.

[13] Citado en Johan van der Zande, «August Ludwig Schlözer and the English *Universal History*», en Stefan Berger, Peter Lambert y Peter Schumann (eds.), *Historikerdialoge: Geschichte, Mythos und Gedächtnis im deutsch-britischen kulturellen Austausch*, 1750-2000, Gotinga (Vandenhoeck & Ruprecht), 2003, pp. 135-156, cita en p. 135.

[14] Karen O'Brien, *Narratives of Enlightenment: Cosmopolitan History from Voltaire to Gibbon*, Cambridge (Cambridge University Press), 1997. Sobre Gibbon, véase también John G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, 5 vols., Cambridge (Cambridge University Press), 1999-2011.

[15] Véase por ejemplo Michael Harbsmeier, «World Histories before Domestication: The Writing of Universal Histories, Histories of Mankind and World Histories in Late Eighteenth-Century Germany», *Culture and History* 5 (1989), pp. 93-131. Para la persistencia de la cronología bíblica, véase Suzanne L. Marchand, *German Orientalism in the Age of Empire: Religion, Race, and Scholarship, Cambridge* (Cambridge University Press), 2009.

[16] Véase, por ejemplo, Prasenjit Duara, *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*, Chicago (Chicago University Press), 1995.

[17] John L. Robinson, *Bartolomé Mitre, Historian of the Americas*, Washington, D.C. (University Press of America), 1982; E. Bradford Burns, «Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography», *The Hispanic American Historical Review* 58 (1978), pp. 409-431.

[18] Véase, por ejemplo, Stefan Tanaka, *Japan's Orient: Rendering Pasts into History*, Berkeley, CA (University of California Press), 1993; Gabriele Lingelbach, *Klio macht Karriere: Die Institutionalisierung der Geschichtswissenschaft in Frankreich und den USA in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*, Gotinga (Vandenhoeck & Ruprecht), 2003.

[19] Reinhart Koselleck, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Nueva York (Columbia University Press), 2004 [hay trad. cast. de la edición alemana, por Norberto Smilg: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993]; Göran Blix, «Charting the "Transitional Period": The Emergence of Modern Time in the Nineteenth Century», *History and Theory* 45 (2006), pp. 51-71. Véase también Stefan Berger, «Introduction: Towards a Global History of National Historiographies», en Berger (ed.), *Writing the Nation: A Global Perspective*, Basingstoke (Palgrave Macmillan), 2007, pp. 1-29.

[20] Susan Burns, *Before the Nation: Kokugaku and the Imagining of Community in Early Modern Japan*, Durham, NC (Duke University Press), 2003.

[21] Benjamin A. Elman, *From Philosophy to Philology: Intellectual Aspects of Change in Late Imperial China*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 1984.

[22] Dominic Sachsenmaier, «Global History, Pluralism, and the Question of Traditions», *New Global Studies* 3, n.º 3 (2009), artículo 3, cita en pp. 3-4.

[23] Para las perspectivas históricas globales, véase en especial Dominic

Sachsenmaier, *Global Perspectives on Global History: Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge (Cambridge University Press), 2011, pp. 11-17. Véase también Daniel Woolf, *A Global History of History*, Cambridge (Cambridge University Press), 2011.

[24] G. W. F. Hegel, *The Philosophy of History*, trad. J. Sibree, introd. C. J. Friedrich, Nueva York (Dover Publications), 1956, p. 91 [véase, por ejemplo, *Filosofía de la historia universal*, 2 vols., trad. y notas de José Graos, Buenos Aires, Losada, 2010]; Duara, *Rescuing History from the Nation*.

[25] Para la perspectiva tradicional véase Patrick O'Brien, «Historiographical Traditions and Modern Imperatives for the Restoration of Global History», *Journal of Global History* 1 (2006), pp. 3-39.

[26] Christopher L. Hill, *National History and the World of Nations: Capital, State, and the Rhetoric of History in Japan, France, and the United States*, Durham, NC (Duke University Press), 2008.

[27] Rebecca E. Karl, «Creating Asia: China in the World at the Beginning of the Twentieth Century», *American Historical Review* 103 (1998), pp. 1.096-1.118, cita en p. 1.109.

[28] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto: A Modern Edition*, Londres (Verso), 1998, p. 39 [para esta edición se ha manejado la trad. de W. Roces, reproducida en <http://www.pce.es/descarga/manifiestocomunista.pdf>].

[29] Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*, Nueva York (Columbia University Press), 2007; Stephen N. Hay, *Asian Ideas of East and West: Tagore and His Critics in Japan, China, and India*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 1970; Rustom Bharucha, *Another Asia: Rabindranath Tagore and Okakura Tenshin*, Nueva Delhi (Oxford University Press), 2006.

[30] Mi interpretación es contraria a la de Ian Buruma y Avishai Margalit, *Occidentalism: The West in the Eyes of Its Enemies*, Nueva York (Penguin Books), 2004.

[31] Prasenjit Duara, «The Discourse of Civilization and Pan-Asianism», *Journal of World History* 12 (2001), pp. 99-130; Andrew Sartori, *Bengal in Global Concept History: Culturalism in the Age of Capital*, Chicago (Chicago University Press), 2008.

[32] Michael Adas, «Contested Hegemony: The Great War and the Afro-Asian Assault on the Civilizing Mission Ideology», *Journal of World History* 15 (2004), pp. 31-64; Dominic Sachsenmaier, «Searching for Alternatives to Western Modernity», *Journal of Modern European History* 4 (2006), pp. 241-259.

[33] Paul Costello, *World Historians and Their Goals: Twentieth Century Answers to Modernism*, DeKalb, IL (Northern Illinois University Press), 1993.

[34] Para lo siguiente, véase el excelente panorama trazado por Sachsenmaier, *Global Perspectives*, pp. 25-58.

[35] William McNeill, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago (University of Chicago Press), 1963. Más adelante, McNeill se distanció en varias ocasiones del eurocentrismo de su obra magna, por ejemplo en su «World History and the Rise and the Fall of the West», *Journal of World History* 9 (1988), pp.

215-236. Otras obras populares de orientación similar son: Eric Jones, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge (Cambridge University Press), 1981; David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Nueva York (W. W. Norton), 1999; Michael Mitterauer, *Why Europe? The Medieval Origins of Its Special Path*, Chicago (University of Chicago Press), 2010 [hay trad. cast. de la edición alemana, por Elisa Renau: *¿Por qué Europa?: fundamentos medievales de un camino singular*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2008].

[36] Sachsenmaier, *Global Perspectives*, pp. 184-191; Leif Littrup, «World History with Chinese Characteristics», *Culture and History* 5 (1989), pp. 39-64.

[37] Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 4 vols., Berkeley, CA (University of California Press), 1974-2011 [hay trad. cast. de 3 vols., por Antonio Resines y otros: *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979 en adelante].

[38] Para Estados Unidos, véase Peter Novick, *That Noble Dream: The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Nueva York (Cambridge University Press), 1988.

[39] Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony in the Americas, 1898-1980*, Bloomington, IN (Indiana University Press), 1995; Masao Miyoshi y Harry D. Harootunian (eds.), *Learning Places: The Afterlives of Area Studies*, Durham, NC (Duke University Press), 2002.

[40] Robert Young, *Postcolonialism: An Historical Introduction*, Oxford (Blackwell), 2001.

[41] Cristobal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Londres (Routledge), 1989.

[42] Gyan Prakash, «Subaltern Studies as Postcolonial Criticism», *American Historical Review* 99 (1994), pp. 1475-1490.

[43] Sachsenmaier, *Global Perspectives*, p. 45.

[1] Heinz-Gerhard Haupt y Jürgen Kocka (eds.), *Comparative and Transnational History: Central European Approaches and New Perspectives*, Nueva York (Berghahn Books), 2009; Deborah Cohen y Maura O'Connor (eds.), *Comparison and History*, Nueva York (Routledge), 2004.

[2] Para una valoración reciente del método comparativo, véase George Steinmetz, «Comparative History and Its Critics: A Genealogy and a Possible Solution», en Prasenjit Duara, Viren Murthy y Andrew Sartori (eds.), *A Companion to Global Historical Thought*, Malden, MA (Wiley Blackwell), 2014, pp. 412-436.

[3] Victor Lieberman, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context c. 800-1830*, vol. 1: *Integration on the Mainland*, Cambridge (Cambridge University Press), 2003.

[4] Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, «Beyond Comparison: *Histoire Croisée* and the Challenge of Reflexivity», *History & Theory* 45 (2006), pp. 30-50; Michel Espagne, «Sur les limites du comparatisme en histoire culturelle», *Genèses: Sciences Sociales et Histoire* 17 (1994), pp. 112-121; Sanjay Subrahmanyam, «Connected Histories: Notes toward a Reconfiguration of Early Modern Eurasia», *Modern Asian Studies* 31 (1997), pp. 735-762; Subrahmanyam, *Explorations in Connected*

History: From the Tagus to the Ganges, Oxford (Oxford University Press), 2005.

[5] Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton (Princeton University Press), 2000, p. 9.

[6] Pomeranz, *The Great Divergence*, p. 297.

[7] Para un caso modélico de tal comparación global, véase Christopher L. Hill, *National History and the World of Nations: Capital, State, and the Rhetoric of History in Japan, France, and the United States*, Durham, NC (Duke University Press), 2008; véase también mi análisis sobre este libro, más adelante, en el capítulo 7.

[8] Patricia Clavin, «Defining Transnationalism», *Contemporary European History* 14 (2005), pp. 421-439; Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.), *Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen und Theorien*, Gotinga (Vandenhoeck & Ruprecht), 2006; Pierre-Yves Saunier, *Transnational History*, Basingstoke (Palgrave Macmillan), 2013.

[9] Thomas Bender, *A Nation among Nations: America's Place in World History*, Nueva York (Hill and Wang), 2006, pp. IX, 3.

[10] Bender, *A Nation among Nations*, p. 4.

[11] Bender, *A Nation among Nations*, pp. IX, 5.

[12] C. A. Bayly, en «*AHR* Conversation: On Transnational History», *American Historical Review* 111 (2006), pp. 1441-1464, cita en p. 1442.

[13] Ulrike Freitag y Achim v. Oppen (eds.), *Translocality-The Study of Globalising Phenomena from a Southern Perspective*, Leiden (Brill), 2010.

[14] Para una síntesis breve de los principios teóricos de la teoría de los sistemas-mundo, véase Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis: An Introduction*, Durham, NC (Duke University Press), 2004; véase también Wallerstein, *The Essential Wallerstein*, Nueva York (The New Press), 2000; Fernand Braudel, *The Perspective of the World* (*Civilization and Capitalism 15th-18th Century*, vol. 3), Nueva York (HarperCollins), 1984 [hay trad. cast. de Isabel Pérez-Villanueva: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 3 vols., 1984 en adelante].

[15] Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 4 vols., Nueva York/Berkeley, CA (1974-2011).

[16] Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-*1350, Oxford (Oxford University Press), 1989; André Gunder Frank y Barry K. Gills (eds.), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres (Routledge), 1993.

[17] Wallerstein, *World-Systems Analysis*, p. 24.

[18] Göran Therborn, «Time, Space, and Their Knowledge: The Times and Place of the World and Other Systems», *Journal of World Systems Research* 6 (2000), pp. 266-284.

[19] Wolfgang Knöbl, *Die Kontingenz der Moderne: Wege in Europa, Asien und Amerika*, Frankfurt (Campus), 2007, cap. 4.

[20] Resulta especialmente sugerente, en la tradición de los sistemas-mundo,

Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres (Verso), 1994 [hay trad. cast. de Carlos Prieto del Campo: *El largo siglo XX: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999].

[21] Véase, por ejemplo, Dale W. Tomich, *Through the Prism of Slavery: Labor, Capital, and World Economy*, Lanham, MD (Rowman & Littlefield), 2004.

[22] Véase, por ejemplo, el amplio espacio que algunos de los estudios más influyentes en la historia cultural de lo global han dedicado a lidiar con el marxismo; es el caso, entre otros, de Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton (Princeton University Press), 2000 [hay trad. cast. de Alberto E. Álvarez y Araceli Maira: *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Barcelona, Tusquets, 2008]; Rebecca E. Karl, *Staging the World: Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century*, Durham, NC (Duke University Press), 2002; Andrew Sartori, *Bengal in Global Concept History: Culturalism in the Age of Capital*, Chicago (Chicago University Press), 2008; Andrew Zimmerman, *Alabama in Africa: Booker T. Washington, the German Empire, and the Globalization of the New South*, Princeton (Princeton University Press), 2010.

[23] Leela Gandhi, *Postcolonial Theory. A Critical Introduction*, Nueva York (Columbia University Press), 1998; Robert Young, *Postcolonialism: An Historical Introduction*, Oxford (Blackwell), 2001.

[24] Nicholas Dirks, *Castes of Mind: Colonialism and the Making of Modern India*, Princeton (Princeton University Press), 2001; Bernard Cohn, *Colonialism and Its Forms of Knowledge*, Princeton (Princeton University Press), 1996; Ann Laura Stoler, *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*, Berkeley, CA (University of California Press), 2002.

[25] Ashis Nandy, *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self Under Colonialism*, Delhi (Oxford University Press), 1983, p. 63.

[26] Arif Dirlik, «The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism», en Padmini Mongia (ed.), *Contemporary Postcolonial Theory: A Reader*, Londres (Hodder Arnold), 1996, pp. 294-321; Sumit Sarkar, «The Decline of the Subaltern in Subaltern Studies», en: *Writing Social History*, Delhi (Oxford University Press), 1997, pp. 82-108.

[27] Johann P. Arnason, *Civilizations in Dispute: Historical Questions and Theoretical Traditions*, Leiden (Brill), 2004; Said Amir Arjomand y Edward A. Tiryakian (eds.), *Rethinking Civilizational Analysis*, Londres (Sage), 2004.

[28] S. N. Eisenstadt, «Multiple Modernities», *Daedalus* 129 (2000), pp. 1-29, cita en pp. 2-3. Véase también Dominic Sachsenmaier, Jens Riedel y Shmuel N. Eisenstadt (eds.), *Reflections on Multiple Modernities: European, Chinese and Other Interpretations*, Leiden (Brill), 2002; Wolfgang Knöbl, *Spielräume der Modernisierung: Das Ende der Eindeutigkeit*, Weilerswist (Velbrück), 2001; Eliezer Ben-Rafael y Yitzak Sternberg (eds.), *Identity, Culture and Globalization*, Leiden (Brill), 2001.

[29] Tu Wei-Ming (ed.), *Confucian Traditions in East Asian Modernity: Moral Education and Economic Culture in Japan and the Four Mini-Dragons*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 1996.

[30] Sobre las «modernidades alternativas», véase Dilip Parameshwar Gaonkar, «On Alternative Modernities», en Gaonkar (ed.), *Alternative Modernities*, Durham, NC (Duke University Press), 2001, pp. 1-23; Charles Taylor, «Two Theories of Modernity», en Gaonkar, *Alternative Modernities*, pp. 172-196.

[31] Para perspectivas críticas, véase Volker H. Schmidt, «Multiple Modernities or Varieties of Modernity?», *Current Sociology* 54 (2006), pp. 77-97; Arif Dirlik, *Global Modernity: Modernity in the Age of Global Capitalism*, Boulder, CO (Paradigm Press), 2007; Timothy Mitchell, «Introduction», en *Questions of Modernity*, Minneapolis, MN (University of Minnesota Press), 2000, pp. XI-XVII; Frederick Cooper, *Colonialism in Question*, Berkeley, CA (University of California Press), 2005, pp. 113-149. Desde la perspectiva de los sistemas-mundo: Stephen K. Sanderson (ed.), *Civilizations and World Systems: Studying World Historical Change*, Walnut Creek, CA (AltaMira Press), 1995.

[1] Por ejemplo, Raymond Grew (ed.), *Food in Global History*, Boulder, CO (Westview Press), 2000; Robert Finlay, *The Pilgrim Art: The Culture of Porcelain in World History*, Berkeley, CA (University of California Press), 2010; Alan Macfarlane y Gerry Martin, *Glass: A World History*, Chicago (Chicago University Press), 2002 [hay trad. cast. de Mayra Paterson: *La historia invisible: el vidrio: el material que cambió el mundo*, Barcelona, Océano, 2006]; Giorgio Riello, *Cotton: The Fabric that Made the Modern World*, Cambridge (Cambridge University Press), 2013.

[2] William McNeill, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago (University of Chicago Press), 1963. Para un argumento similar, véase Eric Jones, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge (Cambridge University Press), 1981; John M. Roberts, *The Triumph of the West*, Boston (Phoenix Press), 1985; David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Nueva York (W. W. Norton), 1999.

[3] David Washbrook, «Problems in Global History», en Maxine Berg (ed.), *Writing the History of the Global: Challenges for the 21st Century*, Oxford (Oxford University Press), 2013, pp. 21-31, cita en p. 23.

[4] Se hace referencia a Andrew Sartori, *Bengal in Global Concept History: Culturalism in the Age of Capital*, Chicago (Chicago University Press), 2008.

[5] Martin Bernal, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization: The Fabrication of Ancient Greece, 1785-1985*, vol. 1, New Brunswick, NJ (Rutgers University Press), 1987 [hay trad. cast. de Teófilo de Lozoya: *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993]; Robert Bartlett, *The Making of Europe*, Princeton (Princeton University Press), 1994 [hay trad. cast. de Ana Rodríguez López: *La formación de Europa: conquista, civilización [i.e. colonización] y cambio cultural, 950-1350*, València, Universitat de València; Granada, Universidad de Granada, 2003]; Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge (Cambridge University Press), 1996.

[6] C. A. Bayly, «"Archaic" and "modern" Globalization in the Eurasian and African Arena 1750-1850», en A. G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History*,

Nueva York (W. W. Norton), 2002, pp. 47-68; véase también C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford (Blackwell), 2004.

[7] Para el desarrollo de la sincronicidad, véase David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford (Blackwell), 1989.

[8] Serge Gruzinski, *What Time Is It There? America and Islam at the Dawn of Modern Times*, Cambridge (Polity Press), 2010.

[9] John Darwin, «Globe and Empire», en Berg (ed.), *Writing the History of the Global*, pp. 197-200, cita en p. 198.

[10] Jerry H. Bentley, «Globalization History and Historicizing Globalization», en Barry K. Gills y William R. Thompson (eds.), *Globalization and Global History*, Londres (Routledge), 2006, pp. 18-32, cita en p. 29.

[11] William H. McNeill y John Robert McNeill, *The Human Web: A Bird's Eye View of World History*, Nueva York (W. W. Norton), 2003 [hay trad. cast. de Jordi Beltrán: *Las redes humanas: una historia global del mundo*, Barcelona, Crítica, 2004].

[12] Stefan S. Tanaka, *New Times in Meiji Japan*, Princeton (Princeton University Press), 2004.

[13] Washbrook, «Problems in Global History», p. 28.

[14] Samuel Moyn y Andrew Sartori, «Approaches to Global Intellectual History», en Moyn y Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, Nueva York (Columbia University Press), 2013, pp. 3-30, cita en p. 21.

[15] Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, p. XXI.

[16] Para esta clase de perspectivas, véase, por ejemplo, John M. Headley, *The Europeanization of the World: On the Origins of Human Rights and Democracy*, Princeton (Princeton University Press), 2008; Anthony Pagden, *Worlds at War: The 2,500-Year Struggle Between East and West*, Oxford (Oxford University Press), 2008 [hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *Mundos en guerra: 2500 años de conflicto entre Oriente y Occidente*, Barcelona, RBA, 2011]; Toby E. Huff, *Intellectual Curiosity and the Scientific Revolution: A Global Perspective*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010; Niall Ferguson, *Civilisation: The West and the Rest*, Londres (Allen Lane), 2011 [hay trad. cast. de Francisco J. Ramos Mena: *Civilización: Occidente y el resto*, Barcelona, Debate, 2012].

[17] Robert Young, *White Mythologies: Writing History and the West*, Londres (Routledge), 1990; Edward Said, *Culture and Imperialism*, Nueva York (Alfred A. Knopf), 1993 [hay trad. cast. de Nora Catelli: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996].

[18] Sanjay Subrahmanyam, «Hearing Voices: Vignettes of Early Modernity in South Asia, 1400-1750», *Daedalus* 127, n.º 3 (1998), pp. 75-104, cita en pp. 99-100.

[19] Lynn Hunt, *Inventing Human Rights: A History*, Nueva York (W. W. Norton), 2007 [hay trad. cast. de Jordi Beltrán: *La invención de los derechos humanos*, Barcelona, Tusquets, 2009].

[20] Laurent Dubois, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2004.

[21] Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2010; Roland Burke, *Decolonization and the Evolution of International Human Rights*, Filadelfia, PA (University of Pennsylvania Press), 2010.

[22] Martti Koskenniemi, *The Gentle Civilizer of Nations: The Rise and Fall of International Law, 1870-1960*, Cambridge (Cambridge University Press), 2001; Anthony Anghie, *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*, Cambridge (Cambridge University Press), 2005; Turan Kayaoglu, *Legal Imperialism: Sovereignty and Extraterritoriality in Japan, the Ottoman Empire, and China*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010.

[23] Los cuatro enfoques, en grados diversos, se hallan en los artículos reunidos en Bardo Fassbender, Anne Peters, Simone Peter y Daniel Högger (eds.): *The Oxford Handbook of the History of International Law*, Oxford (Oxford University Press), 2013.

[24] Sebastian Conrad, «Enlightenment in Global History: A Historiographical Critique», *American Historical Review* 117 (2012), pp. 999-1.027.

[25] Las primeras incursiones en la problemática, aunque todavía muy provisionales, pueden consultarse en Stein U. Larsen (ed.), *Fascism outside Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism*, Boulder, CO (Social Science Monographs), 2001.

[26] Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Oxford (Blackwell), 1983, p. 57 [hay trad. cast. de Javier Setó: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1988]. Para un panorama general de la teoría del nacionalismo, véase Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National: A Reader*, Oxford (Oxford University Press), 1996; Umut Özkirimth, *Contemporary Debates on Nationalism: A Critical Engagement*, Basingstoke (Palgrave Macmillan), 2005.

[27] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres (Verso), 1991, p. 81 [no hay trad. cast., pero sí catalana: *Comunitats imaginades: reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, Catarroja, Afers; València: Universitat de València, 2005].

[28] Para una crítica perspicaz del concepto de Anderson, véase Manu Goswami, «Rethinking the Modular Nation Form: Toward a Sociohistorical Conception of Nationalism», *Comparative Studies in Society and History* 44 (2002), pp. 776-783.

[29] Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse*, Minneapolis, MN (University of Minnesota Press), 1993.

[30] Partha Chatterjee, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Post-Colonial Histories*, Princeton (Princeton University Press), 1993, p. 6. Véase también Étienne Balibar, «The Nation Form: History and Ideology», en É. Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Londres (Verso), 1991, pp. 86-106 [hay trad. cast.: *Raza, nación y clase*, Madrid, Lepala, 1991].

[31] Sumit Sarkar, «The Decline of the Subaltern in Subaltern Studies», en *Writing Social History*, Nueva Delhi (Oxford University Press), 1997, pp. 82-108.

[32] Esta orientación crítica se inspira en Christopher L. Hill, *National History and the World of Nations: Capital, State, and the Rhetoric of History in Japan, France, and the United States*, Durham, NC (Duke University Press), 2008.

[33] Sartori, *Bengal in Global Concept History*, p. 5.

[34] Rebecca E. Karl, *Staging the World: Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century*, Durham, NC (Duke University Press), 2002.

[35] Rebecca E. Karl, «Creating Asia: China in the World at the Beginning of the Twentieth Century», *American Historical Review* 103 (1998), pp. 1.096-1.118, cita en p. 1099.

[36] Para otros ejemplos, véase Manu Goswami, *Producing India: From Colonial Economy to National Space*, Chicago (University of Chicago Press), 2004; Sebastian Conrad, *Globalisation and Nation in Imperial Germany*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010; Hill, *National History and the World of Nations*.

[1] Es particularmente útil el análisis de Jürgen Osterhammel, «Globalizations», en Jerry H. Bentley (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford (Oxford University Press), 2011, pp. 89-104.

[2] Sobre la historia del concepto, véase Olaf Bach, *Die Erfindung der Globalisierung: Untersuchungen zu Entstehung und Wandel eines zeitgeschichtlichen Grundbegriffs*, Frankfurt (Campus), 2013.

[3] Michael D. Bordo, Alan M. Taylor y Jeffrey G. Williamson (eds.), *Globalization in Historical Perspective*, Chicago (University of Chicago Press), 2003; Anthony G. Hopkins, *Globalization in World History*, Londres (Pimlico), 2002; Michael Lang, «Globalization and its History», *Journal of Modern History* 78 (2006), pp. 899-931; Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson, *Globalization: A Short History*, Princeton (Princeton University Press), 2009.

[4] Adam McKeown, «Periodizing Globalization», *History Workshop Journal* 63 (2007), pp. 218-230, cita en p. 219. Las cuatro citas precedentes las he tomado asimismo de «Periodizing Globalization», pp. 218-219.

[5] Frederick Cooper, «What Is the Concept of Globalization Good for? An African Historian's Perspective», *African Affairs* 100 (2001), pp. 189-213, cita en p. 190.

[6] André Gunder Frank y Barry K. Gills (eds.), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres (Routledge), 1993.

[7] Jerry H. Bentley, «Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History», *American Historical Review* 101 (1996), 749-770, cita en p. 749. Véase también Jerry H. Bentley, *Old World Encounters: Cross Cultural Contacts and Exchanges in Pre-Modern Times*, Nueva York (Oxford University Press), 1993.

[8] William H. McNeill y John Robert McNeill, *The Human Web: A Bird's Eye View of World History*, Nueva York (Norton), 2003.

[9] Para la tipología de siempre, nunca y en ocasiones, véase Samuel Moyn y Andrew Sartori, «Approaches to Global Intellectual History», en Moyn y Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, Nueva York (Columbia University Press), 2013, pp. 3-30.

[10] Michael Lang, «Globalization and Its History», *Journal of Modern History* 78 (2006), pp. 899-931; David Held y Anthony McGrew, «The Great Globalization

Debate: An Introduction», en Held y McGrew (eds.), *The Global Transformations Reader*, Cambridge (Polity Press), 2006.

[11] David Held *et al.*, *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Oxford (Blackwell), 1999.

[12] Sobre los problemas de la periodización, véase Anthony G. Hopkins, «The History of Globalization—and the Globalization of History?», en Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, Londres (Pimlico), 2002, pp. 21-46; Robbie Robertson, *The Three Waves of Globalization: A History of a Developing Global Consciousness*, Londres (Zed Books), 2002 [hay trad. cast. de Pablo Sánchez León: *Tres olas de globalización: historia de una conciencia global*, Madrid, Alianza Editorial, 2005].

[13] Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth Century Atlantic Economy*, Cambridge, MA (MIT Press), 1999 [hay trad. cast. de Montse Ponz: *Globalización e historia: la evolución de la economía atlántica en el siglo XIX*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006].

[14] Sandford Fleming, *International Meridian Conference: Recommendations Suggested*, Washington, DC (*sine nomine*), 1884, p. 6.

[15] Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», *American Historical Review* 105 (2000), pp. 807-831.

[16] Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde: Histoire d'une mondialisation*, París (La Martinière), 2004; Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, «Born with a "Silver Spoon": The Origin of World Trade in 1571», *Journal of World History* 6 (1995), pp. 201-221; Geoffrey Gann, *First Globalization: The Eurasian Exchange, 1500-1800*, Lanham, MD (Rowman & Littlefield), 2003.

[17] Raymond Grew, «On the Prospect of Global History», en Bruce Mazlish y Ralph Buultjens (eds.), *Conceptualizing Global History*, Boulder, CO (Westview Press), 1993, pp. 227-249.

[18] Osterhammel, «Globalizations», p. 91.

[19] Para un análisis del concepto de estructura, véase Anthony Giddens, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge (Polity), 1984 [hay trad. cast. de José Luis Etcheberry: *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995]; William H. Sewell Jr., *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago (University of Chicago Press), 2005. El concepto de la circulación lo examina Engseng Ho, *The Graves of Tarim: Genealogy and Mobility across the Indian Ocean*, Berkeley, CA (University of California Press), 2006.

[20] Daniel R. Headrick, *Power over Peoples: Technology, Environments, and Western Imperialism, 1400 to the Present*, Princeton (Princeton University Press), 2009 [hay trad. cast. de Juanmari Madariaga: *El poder y el imperio: la tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*, Barcelona, Crítica, 2011]; Manuel Castells, *The Information Age: Economy, Society, and Culture*, 3 vols., Oxford (Blackwell), 1996-1998 [hay trad. cast. de Carmen Martínez Gimeno: *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1997-1998].

[21] John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Londres (Penguin),

2007; Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*, Princeton (Princeton University Press), 2010.

[22] James Belich, *Replenishing the Earth: The Settler Revolution and the Rise of the Anglo-World, 1783-1939*, Oxford (Oxford University Press), 2009; Gary Magee y Andrew Thompson, *Empire and Globalisation: Networks of People, Goods and Capital in the British World, c. 1850-1914*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010.

[23] Kenneth Pomeranz y Steven Topik, *The World that Trade Created: Society, Culture, and the World Economy, 1400 to the Present*, Armonk, NY (M. E. Sharpe), 1999.

[24] O'Rourke y Williamson, *Globalization and History*; Bordo, Taylor y Williamson, *Globalization in Historical Perspective*. Para una declaración teórica reciente, véase Kôjin Karatani, *The Structure of World History: From Modes of Production to Modes of Exchange*, Durham, NC (Duke University Press), 2014.

[25] William H. Sewell Jr., «A Theory of Structure: Duality, Agency, and Transformation», en Sewell, *Logics of History*, pp. 124-151.

[26] Andrew Sartori, «Global Intellectual History and the History of Political Economy», en Moyn y Sartori, *Global Intellectual History*, pp. 110-133. Para una crítica de esta posición, véanse los capítulos de Samuel Moyn y Frederic Cooper en el mismo volumen.

[27] Sanjay Subrahmanyam, «Du Tage au Gange au XVIe siècle: une conjoncture millénariste à l'échelle eurasiatique», *Annales. Histoire, Sciences sociales* 56 (2001), pp. 51-84, cita en p. 52.

[28] Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago (University of Chicago Press), 1962, p. 13 [hay trad. cast. de Agustín Contin: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, F. C. E. de España, 1971]; Michel Foucault, *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*, Nueva York (Pantheon Books), 1970, p. 168 [hay trad. cast. de la edición francesa, por Elsa Cecilia Frost: *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1968].

[29] John W. Meyer, John Boli, George M. Thomas y Francisco O. Ramírez, «World Society and the Nation-State», *American Journal of Sociology* 103 (1997), pp. 144-181; Georg Krücken y Gili S. Drori (eds.), *World Society: The Writings of John W. Meyer*, Oxford (Oxford University Press), 2009.

[30] Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York (W. W. Norton), 1997 [hay trad. cast. de Fabián Chueca: *Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Madrid, Debate, 1998]; John Robert McNeill, *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010.

[31] Sewell, «A Theory of Structure», p. 22.

[32] Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York (Russell Sage Foundation), 1984, p. 147 [hay trad. cast. de Ana Balbás: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Editorial, 1991].

[33] Para obtener una referencia como obra notable que intenta dar sentido a las estructuras solapadas de las redes económicas, políticas, militares e ideológicas, véase Michael Mann, *The Sources of Social Power*, 4 vols., Cambridge (Cambridge

University Press), 1986-2012 [hay trad. cast. en dos volúmenes por Fernando Santos Fontenla: *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza Editorial, 1991-1997].

[34] Cita tomada de Ronald Findlay y Kevin O'Rourke, *Power and Plenty: Trade, War and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton (Princeton University Press), 2007, p. 141.

[35] Jawaharlal Nehru, *Glimpses of World History* [1934], Oxford (Oxford University Press), 1985, p. 752. Para una obra de síntesis impresionante, que hace especial hincapié en los intercambios y entrelazamientos, véase Felipe Fernández-Armesto, *The World: A Brief History*, Nueva York (Pearson Prentice Hall), 2007.

[36] Véase el número especial «The Global Middle Ages», *Literature Compass* 11 (2014); Oystein S. LaBianca y Sandra Arnold Scham (eds.), *Connectivity in Antiquity: Globalization as a Long Term Historical Process*, Sheffield (Equinox), 2006; Justin Jennings, *Globalizations and the Ancient World*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010; Martin Pitts y Miguel John Versluys (eds.), *Globalization and Roman History: World History, Connectivity, and Material Culture*, Cambridge (Cambridge University Press), 2014.

[37] Para un intento —algo eufórico y ambicioso en demasía— de documentar la globalización incluso en los tiempos más pretéritos, véase Jan Nederveen Pieterse, «Periodizing Globalization: Histories of Globalization», *New Global Studies* 6, n.º 2 (2012), artículo 1.

[38] Siep Stuurman, «Herodotus and Sima Qian: History and the Anthropological Turn in Ancient Greece and Han China», *Journal of World History* 19 (2008), pp. 1-40.

[1] Jörg Döring y Tristan Thielmann (eds.), *Spatial Turn: Das Raumparadigma in den Kultur– und Sozialwissenschaften*, Bielefeld (Transcript), 2008; Barney Warf y Santa Arias (eds.), *The Spatial Turn: Interdisciplinary Perspectives*, Londres (Routledge), 2008.

[2] Kenneth Pomeranz, «Histories for a Less National Age», *American Historical Review* 119 (2014), pp. 1-22.

[3] Para la historia global del medio ambiente, véase William McNeill, *Plagues and Peoples*, Nueva York (Anchor), 1976 [hay trad. cast. de Homero Alsina: *Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI de España, 1983]; Joachim Radkau, *Nature and Power: A Global History of the Environment*, Cambridge (Cambridge University Press), 2008; John F. Richards, *The Unending Frontier: An Environmental History of the Early Modern World*, Berkeley, CA (University of California Press), 2003; John R. McNeill, *Something New under the Sun: An Environmental History of the Twentieth Century*, Nueva York (Norton), 2000 [hay trad. cast. de José Luis Gil Aristu: *Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2003]; Edmund Burke III y Kenneth Pomeranz (eds.), *The Environment and World History*, Berkeley, CA (University of California Press), 2009; Corinna Unger y John R. McNeill (eds.), *Environmental Histories of the Cold War*, Nueva York (Cambridge University Press), 2010.

[4] Marshall Hodgson, *Rethinking World History: Essays on Europe, Islam, and World History*, Cambridge (Cambridge University Press), 1993; Gagan Sood, «Circulation

and Exchange in Islamic Eurasia: A Regional Approach to the Early Modern World», *Past and Present* 212 (2011), pp. 113-162; Joshua A. Fogel, *Articulating the Sinosphere: Sino-Japanese Relations in Space and Time*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2009. Véase también David C. Kang, *East Asia before the West: Five Centuries of Trade and Tribute*, Nueva York (Columbia University Press), 2010; Shu-mei Shih, *Visuality and Identity: Sinophone Articulations across the Pacific*, Berkeley, CA (University of California Press), 2007; Peregrine Horden y Nicholas Purcell, *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History*, Oxford (Blackwell), 2000; William V. Harri (ed.), *Rethinking the Mediterranean*, Oxford (Oxford University Press), 2005.

[5] Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*, Princeton (Princeton University Press), 1998; Bernard Bailyn, *Atlantic History: Concept and Contours*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2005; Jeremy Adelman, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton (Princeton University Press), 2006; Jack P. Greene y Philip D. Morgan (eds.), *Atlantic History: A Critical Appraisal*, Oxford (Oxford University Press), 2009.

[6] Sugata Bose, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire, Cambridge*, MA (Harvard University Press), 2006; Thomas R. Metcalf, *Imperial Connections: India in the Indian Ocean Arena, 1860-1920*, Berkeley, CA (University of California Press), 2007; Claude Markovits, *The Global World of Indian Merchants, 1750-1947: Traders of Sind from Bukhara to Panama*, Cambridge (Cambridge University Press), 2000; Hamashita Takeshi, *Kindai chūgoku no kokusaiteki keiki: Chōkō bōeki shisutemu to kindai Ajia* («Factores internacionales en la historia de la China moderna: el sistema comercial tributario en el Asia moderna»), Tokio (Tokyo Daigaku Shuppankai), 1990.

[7] Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 1993 [hay trad. cast. de José María Amoroto: *Atlántico negro: modernidad y doble conciencia*, Tres Cantos, Madrid, Akal, 2014]; y, menos refinado, Jace Weaver, *The Red Atlantic: American Indigenes and the Making of the Modern World 1000-1927*, Chapel Hill, NC (University of North Carolina Press), 2014.

[8] Xinru Liu, *The Silk Road in World History*, Oxford (Oxford University Press), 2010; Christopher I. Beckwith, *Empires of the Silk Road: A History of Central Eurasia from the Bronze Age to the Present*, Princeton (Princeton University Press), 2009.

[9] Dominic Sachsenmaier, «Recent Trends in European History: The World beyond Europe and Alternative Historical Spaces», *Journal of Modern European History* 7 (2009), pp. 5-25.

[10] Para una síntesis, véase Markus P. M. Vink, «Indian Ocean Studies and the "New Thalassology"», *Journal of Global History* 2 (2007), pp. 41-62; Michael N. Pearson, *The Indian Ocean*, Londres (Routledge), 2003.

[11] Denys Lombard, *Le carrefour javanais: Essai d'histoire globale*, 3 vols., París (École des Hautes Études en Sciences Sociales), 1990; Charles King, *The Black Sea: A History*, Nueva York (Oxford University Press), 2004; Matt Matsuda, «The Pacific», *American Historical Review* 111 (2006), pp. 758-780; Katrina Gulliver, «Finding the

Pacific World», *Journal of World History* 22 (2011), pp. 83-100; R. Bin Wong, Between «Nation and World: Braudelian Regions in Asia», *Review* 26 (2003), pp. 1-45; Sunil Amrith, *Crossing the Bay of Bengal: The Furies of Nature and the Fortunes of Migrants*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2013.

[12] Takeshi Hamashita, *China, East Asia and the Global Economy: Regional and Historical Perspectives*, ed. Linda Grove y Mark Selden, Nueva York (Routledge), 2008; Mizoguchi Yuzo, Hamashita Takeshi, Hiraishi Naoaki y Miyajima Hiroshi (eds.), *Ajia kara kangaeru* («La historia reconsiderada desde la perspectiva asiática»), 7 volúmenes, Tokio (University of Tokyo Press), 1993-1994; John Lee, «Trade and Economy in Preindustrial East Asia, c. 1500-c. 1800: East Asia in the Age of Global Integration», *Journal of Asian Studies* 58 (1999), pp. 2-26; Sugihara Kaoru, *Ajia taiheiyō keizaiken no koryū* («El auge de la economía de la región Asia-Pacífico»), Osaka (Osaka Daigaku Shuppankai), 2003.

[13] Algunas de estas perspectivas también han empezado a transformar el campo de la historia oceánica: Eric Tagliacozzo, *Secret Trades, Porous Borders: Smuggling and States along a Southeast Asian Frontier, 1865-1915*, New Haven, CT (Yale University Press), 2005; Ulrike Freitag, *Indian Ocean Migrants and the Reform of Hadhramaut*, Leiden (Brill), 2003.

[14] George E. Marcus, «Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography», *Annual Review of Anthropology* 24 (1995), pp. 95-117.

[15] Gregory T. Cushman, *Guano and the Opening of the Pacific World: A Global Ecological History*, Cambridge (Cambridge University Press), 2013.

[16] Engseng Ho, *The Graves of Tarim: Genealogy and Mobility across the Indian Ocean*, Berkeley, CA (University of California Press), 2006.

[17] David Northrup, *Indentured Labor in the Age of Imperialism, 1834-1922*, Cambridge (Cambridge University Press), 1995; Jan Lucassen (ed.), *Global Labour History: A State of the Art*, Berna (Peter Lang), 2006; Marcel van der Linden, *Workers of the World: Essays Toward a Global Labor History*, Leiden (Brill), 2008 [hay trad. cast. de un libro relativamente similar del autor: *Historia transnacional del trabajo*, Alzira (València): Centro Francisco Tomás y Valiente–UNED, 2006].

[18] Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Nueva York (Viking), 1985; Christine M. Du Bois, Chee Beng Tan y Sidney W. Mintz, *The World of Soy*, Chicago (University of Illinois Press), 2008; Alan Macfarlane y Gerry Martin, *Glass: A World History*, Chicago (Chicago University Press), 2002; Robert Finlay, *The Pilgrim Art: The Culture of Porcelain in World History*, Berkeley, CA (University of California Press), 2010; Sven Beckert, *Empire of Cotton: A Global History*, Nueva York (Knopf), 2014.

[19] Steven Topik, Carlos Marichal y Zephyr Frank (eds.), *From Silver to Cocaine: Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy*, Durham, NC (Duke University Press), 2006; Jeremy Prestholdt, *Domesticating the World: African Consumerism and the Genealogies of Globalization*, Berkeley, CA (University of California Press), 2008. Véase también Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge (Cambridge University Press), 1986.

[20] Charles Maier, «Transformations of Territoriality, 1600-2000», en Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.), *Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen, Theorien*, Gotinga (Vandenhoeck & Ruprecht), 2006, pp. 24-36.

[21] Manuel Castells, *The Rise of the Network Society*, vol. 1 de *The Information Age: Economy, Society, and Culture*, Oxford (Blackwell), 1996, p. 146.

[22] Castells, *The Information Age*, 77.

[23] Tom Standage, *The Victorian Internet: The Remarkable Story of the Telegraph and the Nineteenth Century's Online Pioneers*, Nueva York (Walker), 1999. Véase también Dwayne R. Winseck y Robert M. Pike, *Communication and Empire: Media, Markets, and Globalization, 1860-1930*, Durham, NC (Duke University Press), 2007; Daniel R. Headrick, *Power over Peoples: Technology, Environments, and Western Imperialism, 1400 to the Present*, Princeton (Princeton University Press), 2009.

[24] Por citar dos ejemplos de una bibliografía extensa, véase Azyumardi Azra, *The Origins of Islamic Reformism in Southeast Asia: Networks of Malay Indonesian and Middle Eastern «Ulama» in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Honolulu, HI (University of Hawaii Press), 2004; Gary Magee y Andrew Thompson, *Empire and Globalisation: Networks of People, Goods and Capital in the British World, c. 1850-1914*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010.

[25] E. Natalie Rothman, *Brokering Empire: Trans-Imperial Subjects between Venice and Istanbul*, Ithaca, NY (Cornell University Press), 2012; Francesca Trivellato, *The Familiarity of Strangers: The Sephardic Diaspora, Livorno, and Cross-Cultural Trade in the Early Modern Period*, New Haven, CT (Yale University Press), 2009; Sebouh David Aslanian, *From the Indian Ocean to the Mediterranean: The Global Trade Networks of Armenian Merchants from New Julfa*, Berkeley, CA (University of California Press), 2011.

[26] Manuel Castells, «Toward a Sociology of the Network Society», *Contemporary Sociology* 29 (2000), pp. 693-699.

[27] Bruno Latour, *Reassembling the Social: An Introduction to Actor Network Theory*, Oxford (Oxford University Press), 2005, p. 237.

[28] Latour, *Reassembling the Social*, p. 238.

[29] Latour, *Reassembling the Social*, p. 137.

[30] Como ejemplo de un estudio que bebe de Latour y relaciona escalas distintas véase Timothy Mitchell, *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*, Londres (Verso), 2011.

[31] Donald R. Wright, *The World and a Very Small Place in Africa: A History of Globalization in Niumi, the Gambia*, segunda edición, Armonk, NY (M.E. Sharpe), 2004.

[32] Natalie Zemon Davis, *Trickster Travels: A Sixteenth Century Muslim between Worlds*, Nueva York (Hill & Wang), 2006, pp. 12-13.

[33] Para más ejemplos de este género véase Tony Ballantyne y Antoinette Burton (eds.), *Moving Subjects: Gender, Mobility and Intimacy in an Age of Global Empire*, Champaign, IL (University of Illinois Press), 2009; Desley Deacon, Penny Russell y

Angela Woollacott (eds.), *Transnational Lives: Biographies of Global Modernity, 1700-Present*, Basingstoke (Palgrave Macmillan), 2010; Miles Ogborn (ed.), *Global Lives: Britain and the World, 1550-1800*, Cambridge (Cambridge University Press), 2008; Linda Colley, *The Ordeal of Elizabeth Marsh: A Woman in World History*, Nueva York (Pantheon), 2007; David Lambert y Alan Lester (eds.), *Colonial Lives across the British Empire: Imperial Careering in the Long Nineteenth Century*, Cambridge (Cambridge University Press), 2006; Tonio Andrade, «A Chinese Farmer, Two African Boys, and a Warlord: Toward a Global Microhistory», *Journal of World History* 21 (2010), pp. 573-591; Sanjay Subrahmanyam, *Three Ways To Be Alien: Travails and Encounters in the Early Modern World*, Waltham, MA (Brandeis University Press), 2011; Emma Rothschild, *The Inner Life of Empires: An Eighteenth Century History*, Princeton (Princeton University Press), 2011.

[34] Anne Gerritsen, «Scales of a Local: The Place of Locality in a Globalizing World», en: Douglas Northrop (ed.), *A Companion to World History*, Oxford (Wiley-Blackwell), 2012, pp. 213-226, cita en p. 224. Véase también Anthony G. Hopkins (ed.), *Global History: Interactions between the Universal and the Local*, Nueva York (Palgrave), 2006.

[35] Sho Konishi, «Reopening the "Opening of Japan": A Russian-Japanese Revolutionary Encounter and the Vision of Anarchist Progress», *American Historical Review* 112 (2007), pp. 101-130; Konishi, *Anarchist Modernity: Cooperatism and Japanese-Russian Intellectual Relations in Modern Japan*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2013.

[36] Adam McKeown, «What are the Units of World History?», en Northrop, *Companion to World History*, pp. 79-93, cita en p. 83.

[37] Para el ejemplo de las macrorregiones, véase Martin W. Lewis y Kären E. Wigen, *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*, Berkeley, CA (University of California Press), 1997. Sobre el ejemplo de Asia, véase Sebastian Conrad y Prasenjit Duara, *Viewing Regionalisms from East Asia*, opúsculo de la American Historical Association, 2013.

[38] Duncan Bell, «Making and Taking Worlds», en: Samuel Moyn y Andrew Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, Nueva York (Columbia University Press), 2013, pp. 254-279.

[39] Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History* 16 (2005), pp. 391-410, cita en p. 406.

[40] Pomeranz, «Histories for a Less National Age»; Sebouh David Aslanian, Joyce E. Chaplin, Ann McGrath y Kristin Mann, «*AHR* Conversation: How Size Matters: The Question of Scale in History», *American Historical Review* 118 (2013), pp. 1.431-1.472.

[41] Roland Robertson, «Glocalization: Time-space and homogeneity-heterogeneity», en: Mike Featherstone, Scott M. Lash y Roland Robertson (eds.), *Global Modernities*, Londres (Sage), 1995, pp. 25-44, cita en p. 35.

[42] Jacques Revel (ed.), *Jeux d'échelles: Le micro analyse à l'expérience*, París (Seuil-

Gallimard), 1996.

[43] Citado en Andrew Zimmerman, «A German Alabama in Africa: The Tuskegee Expedition to German Togo and the Transnational Origins of West African Cotton Growers», *American Historical Review* 110 (2005), pp. 1.362-1.398, cita en p. 1.380. Véase también Zimmerman, *Alabama in Africa: Booker T. Washington, the German Empire, and the Globalization of the New South*, Princeton (Princeton University Press), 2010.

[1] David Armitage, «What's the Big Idea? Intellectual History and the *Longue Durée*», *History of European Ideas* 38 (2012), pp. 493-507, cita en p. 493.

[2] Daniel L. Smail y Andrew Shryock, «History and the "Pre"», *American Historical Review* 118 (2013), pp. 709-737, cita en p. 713.

[3] Daniel L. Smail, «In the Grip of Sacred History», *American Historical Review* 110 (2005), pp. 1.336-1.361; Smail, *On Deep History and the Brain*, Berkeley, CA (University of California Press), 2008; Andrew Shryock y Daniel L. Smail (eds.), *Deep History: The Architecture of Past and Present*, Berkeley, CA (University of California Press), 2011.

[4] David Christian, *Maps of Time: An Introduction to Big History*, Berkeley, CA (University of California Press), 2004; Fred Spier, *The Structure of Big History: From the Big Bang until Today*, Ámsterdam (Amsterdam University Press), 1996; Fred Spier, *Big History and the Future of Humanity*, Oxford (Wiley-Blackwell), 2010 [hay trad. cast. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar: *El lugar del hombre en el cosmos: la gran historia y el futuro de la humanidad*, Barcelona, Crítica, 2011]; Cynthia Stokes Brown, *Big History: From the Big Bang to the Present*, Nueva York (The New Press), 2007 [hay trad. cast. de Pedro Tena: *Gran historia: del big bang a nuestros días*, Barcelona, Alba, 2009]; Michael Cook, *A Brief History of the Human Race*, Nueva York (Norton), 2003; David Christian, Cynthia Stokes Brown y Craig Benjamin, *Big History: Between Nothing and Everything*, Nueva York (McGraw-Hill), 2013.

[5] Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York (W. W. Norton), 1997.

[6] William McNeill, «Foreword», en Christian, *Maps of Time*, p. XV.

[7] David Christian, «Contingency, Pattern and the S-curve in Human History», *World History Connected*, octubre de 2009, párr. 12 (disponible en <http://worldhistoryconnected.press.illinois.edu/6.3/christian.html>, dirección a la que se ha accedido el 17 de marzo de 2014).

[8] Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, p. 26.

[9] Citado en Julia Adeney Thomas, «History and Biology in the Anthropocene: Problems of Scale, Problems of Value», *American Historical Review* 119 (2014), pp. 1.587-1.607, cita en p. 1.587.

[10] David Christian, «The Return of Universal History», *History and Theory*, número especial 49 (2010), pp. 6-27.

[11] Ian Morris, *Why the West Rules—for Now: The Patterns of History, and What They Reveal about the Future*, Nueva York (Farrar, Straus and Giroux), 2010, p. 582 [hay trad. cast. de Joan Eloi Roca: *¿Por qué manda Occidente por ahora?: las pautas del pasado y*

lo que revelan sobre nuestro futuro, Barcelona, Ático de los Libros, 2014].

[12] Fernand Braudel, «Histoire et Sciences Sociales: La longue durée», *Annales ESC* 4 (1958), pp. 725-753; Reinhart Koselleck, *Zeitschichten: Studien zur Historik*, Frankfurt (Suhrkamp), 2002.

[13] Kenneth Pomeranz, «Teleology, Discontinuity and World History: Periodization and Some Creation Myths of Modernity», *Asian Review of World Histories* 1 (2013), pp. 189-226.

[14] Jo Guldi y David Armitage, *The History Manifesto*, Cambridge (Cambridge University Press), 2014 [hay trad. cast. de Marco Aurelio Galmarini: *Manifiesto por la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2016].

[15] Jürgen Osterhammel, *Vergangenheiten: Über die Zeithorizonte der Geschichte*, inédito.

[16] Sebastian Conrad, «Remembering Asia: History and Memory in Post-Cold War Japan», en: Aleida Assmann y Sebastian Conrad (eds.), *Memory in a Global Age*, Londres (Palgrave Macmillan), 2010, pp. 163-177.

[17] Christopher L. Hill, *National History and the World of Nations: Capital, State, and the Rhetoric of History in Japan, France, and the United States*, Durham, NC (Duke University Press), 2008, p. 71.

[18] John E. Wills, *1688: A Global History*, Nueva York (W. W. Norton), 2002, p. 112. Véase también Olivier Bernier, *The World in 1800*, Nueva York (Wiley), 2000; Christian Caryl, *Strange Rebels: 1979 and the Birth of the 21st Century*, Nueva York (Basic Books), 2013.

[19] Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford (Oxford University Press), 2007. Para el espectro de reacciones, compárese la elogiosa reseña de Ussama Makdisi en *Diplomatic History* 33 (2009), pp. 133-137, con los cáusticos comentarios de Rebecca E. Karl en *American Historical Review* 113 (2008), pp. 1.474-1.476.

[20] Sobre este asunto véase también Carlo Ginzburg, «Microhistory: Two or Three Things That I Know about It», *Critical Inquiry* 20 (1993), pp. 10-35; Siegfried Kracauer, *History: The Last Things before the Last*, Nueva York (M. Wiener), 1969.

[21] Spier, *The Structure of Big History*, p. 18.

[22] Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System, A. D. 1250-1350*, Oxford (Oxford University Press), 1989, p. 12.

[23] Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton (Princeton University Press), 2000, pp. 23, 12, 207.

[24] Dipesh Chakrabarty, «The Climate of History: Four Theses», *Critical Inquiry* 35 (2009), pp. 197-222; Thomas, «History and Biology in the Anthropocene».

[25] Anthony Giddens, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge (Polity), 1984.

[1] Fred Spier, «Big History», en Douglas Northrop (ed.), *A Companion to World History*, Oxford (Wiley-Blackwell), 2012, pp. 171-184, cita en p. 173.

[2] Dario Castiglione y Ian Hamphser-Monk (eds.), *The History of Political Thought*

in National Context, Cambridge (Cambridge University Press), 2011.

[3] Para una tipología, véase John M. Hobson, *The Eurocentric Conception of World Politics: Western International Theory, 1760-2010*, Cambridge (Cambridge University Press), 2012.

[4] Robert B. Marks, *The Origins of the Modern World: A Global and Ecological Narrative*, Lanham, MD (Rowman & Littlefield), 2002, p. 8 [hay trad. cast. de Joan Lluís Riera: *Los orígenes del mundo moderno: una nueva visión*, Barcelona, Crítica, 2007].

[5] Como ejemplos destacados cabe citar: William McNeill, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago (University of Chicago Press), 1963; Eric Jones, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge (Cambridge University Press), 1981; David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Nueva York (W. W. Norton), 1999.

[6] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, vol. 12: *Reconsiderations*, Londres (Oxford University Press), 1961, p. 630.

[7] Vinay Lal, «Provincializing the West: World History from the Perspective of Indian History», en Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs (eds.), *Writing World History, 1800-2000*, Oxford (Oxford University Press), 2003, pp. 271-289, cita en p. 283.

[8] Es perspicaz la crítica de Sho Konishi, «Reopening the "Opening of Japan": A Russian-Japanese Revolutionary Encounter and the Vision of Anarchist Progress», *American Historical Review* 112 (2007), pp. 101-130.

[9] Robert Bartlett, *The Making of Europe*, Princeton (Princeton University Press), 1994; Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge (Cambridge University Press), 1996; John M. Hobson, *The Eastern Origins of Western Civilisation*, Cambridge (Cambridge University Press), 2004.

[10] Jerry H. Bentley, *Shapes of World History in Twentieth Century Scholarship*, Washington, DC (American Historical Association), 1996, pp. 4-5.

[11] Dipesh Chakrabarty, «Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for "Indian" Pasts?», *Representations* 37 (1992), pp. 1-26, cita en p. 1.

[12] Para tal clase de historia mítica, véase Gavin Menzies, *1421: The Year China Discovered the World*, Londres (Bantam), 2003 [hay trad. cast. de Francisco J. Ramos: *1421, el año en que China descubrió el mundo*, Barcelona, Grijalbo, 2003]; Menzies, *1434: The Year a Magnificent Chinese Fleet Sailed to Italy and Ignited the Renaissance*, Londres (HarperCollins), 2008 [hay trad. cast. de Marita Osés: *1434: el año en que una flota china llegó a Italia e inició el Renacimiento*, Barcelona, Debate, 2009].

[13] André Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, CA (University of California Press), 1998 [hay trad. cast. de Pablo Sánchez León: *Re-orientar: la economía global en la era del predominio asiático*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2008].

[14] Chakrabarty, «Postcoloniality and the Artifice of History», p. 3.

[15] Larry Wolff, *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford, CA (Stanford University Press), 1994. Véase también

Dominic Sachsenmaier, «Recent Trends in European History: The World beyond Europe and Alternative Historical Space», *Journal of Modern European History* 7 (2009), pp. 5-25.

[16] Arif Dirlik, «Thinking Modernity Historically: Is "Alternative Modernity" the Answer?», *Asian Review of World Histories* 1 (2013), pp. 5-44.

[17] Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Bogotá (Editorial Pontificia Universidad Javeriana), 2005; Walter Mignolo, «Epistemic Disobedience, Independent Thought and Decolonial Freedom», *Theory, Culture & Society* 26 (2009), pp. 159-181, cita en p. 160.

[18] Douglas Northrop, «Introduction: The Challenge of World History», en Northrop, *Companion to World History*, pp. 1-12, cita en p. 4.

[19] Dominic Sachsenmaier, *Global Perspectives on Global History: Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge (Cambridge University Press), 2011, pp. 1-10.

[20] Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History* 16 (2005), pp. 391-410.

[21] Maghan Keita, *Race and the Writing of History: Riddling the Sphinx*, Oxford (Oxford University Press), 2000.

[22] Martin Bernal, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, New Brunswick, NJ (Rutgers University Press), 1987; Valentin Y. Mudimbe, *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge*, Bloomington, IN (Indiana University Press), 1988; Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 1993; Joseph C. Miller, «History and Africa/Africa and History», *American Historical Review* 104 (1999), pp. 1-32.

[23] Steven Feierman, «African Histories and the Dissolution of World History», en Robert H. Bates, V. Y. Mudimbe y Jean O'Barr (eds.), *Africa and the Disciplines: The Contributions of Research in Africa to the Social Sciences and Humanities*, Chicago (University of Chicago Press), pp. 182-216, cita en p. 198.

[24] Véase Dirlik, «Thinking Modernity».

[25] Cheikh Anta Diop, *Civilization or Barbarism: An Authentic Anthropology*, Nueva York (Lawrence Hill), 1991 [hay trad. cast. de la edición francesa, por Albert Roca Álvarez: *Civilización y barbarie: una antropología sin condescendencia*, Barcelona, Bellaterra, 2015]; Molefe Kete Asante, *The Afrocentric Idea*, Filadelfia, PA (Temple University Press), 1998; Ama Mazama (ed.), *The Afrocentric Paradigm*, Trenton, NJ (Africa World Press), 2003. Para una evaluación crítica, véase Stephen Howe, *Afrocentrism: Mythical Pasts and Imagined Homes*, Londres (Verso), 1998.

[26] Ahmed Ibrahim Abushouk, «World History from an Islamic Perspective: The Experience of the International Islamic University Malaysia», en: Patrick Manning (ed.), *Global Practice in World History: Advances Worldwide*, Princeton (Markus Wiener), 2008, pp. 39-56.

[27] Ashis Nandy, «History's Forgotten Doubles», *History and Theory* 34 (1995), pp. 44-66.

[28] Kawakatsu Heita, *Nihon bunmei to kindai seiyō: «Sakoku» saikō*, Tokio (NHK Books), 1991.

[29] Sachsenmaier, *Global Perspectives on Global History*, pp. 200-206.

[30] Sachsenmaier, *Global Perspectives*.

[31] Ricardo Duchesne, *The Uniqueness of Western Civilization*, Leiden (Brill), 2011, p. x.

[32] Entre los ejemplos figuran John M. Headley, *The Europeanization of the World: On the Origins of Human Rights and Democracy*, Princeton (Princeton University Press), 2008; Anthony Pagden, *Worlds at War: The 2,500 Year Struggle between East and West*, Oxford (Oxford University Press), 2008; Toby E. Huff, *Intellectual Curiosity and the Scientific Revolution: A Global Perspective*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010.

[33] Gary B. Nash, Charlotte A. Crabtree y Ross E. Dunn, *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past*, Nueva York (Vintage Books), 2000; Jill Lepore, *The Whites of Their Eyes: The Tea Party's Revolution and the Battle over American History*, Princeton (Princeton University Press), 2010.

[34] George Thompson y Jerry Combee, *World History and Cultures in Christian Perspective*, Pensacola, FL (A Beka Book), 1997. Véase también Frances R. A. Paterson, *Democracy and Intolerance: Christian School Curricula, School Choice, and Public Policy*, Bloomington, IN (Phi Delta Kappa), 2003.

[35] Niall Ferguson, *Civilisation: The West and the Rest*, Londres (Allen Lane), 2011, prefacio a la edición británica.

[36] Para esta clase de cooperación entre estudiosos, véase Molefe Keta Asante, Yoshitaka Miike y Jing Yin (eds.), *The Global Intercultural Communication Reader*, 2.ª edición, Nueva York (Routledge), 2013. Para una perspectiva histórica de las conversaciones transnacionales entre protagonistas de la unicidad cultural, véase Dominic Sachsenmaier, «Searching for Alternatives to Western Modernity», *Journal of Modern European History* 4 (2006), pp. 241-259.

[37] Dirlik, «Thinking Modernity», cita en p. 15.

[38] Se han dado pasos prometedores en esa dirección; véanse varios intentos recientes de basarse en propuestas pioneras del filósofo japonés Takeuchi Yoshimi en su artículo «Hōhō to shite no Ajia» [Asia cómo metodo], que puede leerse en inglés en: Takeuchi Yoshimi, *What is Modernity? Writings of Takeuchi Yoshimi*, ed., trad. e intr. de Richard Calichman, Nueva York (Columbia University Press), 2005, pp. 149-165. Véase, por ejemplo, Arif Dirlik, «Revisioning Modernity: Modernity in Eurasian Perspectives», *Inter Asia Cultural Studies* 12 (2011), pp. 284-305; Kuan-hsing Chen, *Asia as Method: Toward Deimperialization*, Durham, NC (Duke University Press), 2010; Wang Hui, «The Politics of Imagining Asia: A Genealogical Analysis», *Inter Asia Cultural Studies* 8 (2007), pp. 1-33.

[39] Arif Dirlik, *Culture and History in Post-Revolutionary China: The Perspective of Global Modernity*, Hong Kong (Chinese University of Hong Kong Press), 2011.

[40] Jean Comaroff y John Comaroff, «Theory from the South: A Rejoinder», *Cultural Anthropology*, marzo de 2012, en <http://www.culanth.org/fieldsights/273-

theory-from-the-south-a-rejoinder>. Véase también Marcelo C. Rosa, «Theories of the South: Limits and Perspectives of an Emergent Movement in Social Sciences», *Current Sociology* 62 (2014), pp. 851-867.

[1] Barry K. Gills y William R. Thompson, «Globalization, Global Histories and Historical Globalities», en Gills y Thompson (eds.), *Globalization and Global History*, Londres (Routledge), 2006, pp. 1-17, cita en p. 2.

[2] Véanse, por ejemplo, los debates que ha suscitado Hayden V. White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, MD (Johns Hopkins University Press), 1973.

[3] Nelson Goodman, *Ways of Worldmaking*, Nueva York (Hackett), 1978 [hay trad. cast. de Carlos Thiebaut: *Maneras de hacer mundos*, Madrid, Visor, 1990]. Para la cita, véase Goodman, «Realism, Relativism, and Reality», *New Literary History* 14 (1983), pp. 269-272, cita en p. 269.

[4] Sanjay Krishnan, *Reading the Global: Troubling Perspectives on Britain's Empire in Asia*, Nueva York (Columbia University Press), 2007, pp. 2, 4.

[5] Krishnan, *Reading the Global*, p. 4.

[6] Thomas Friedman, *The World is Flat*, Nueva York (Farrar, Straus and Giroux), 2005 [hay trad. cast. de Inés Belaustegui: *La Tierra es plana: breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, Madrid, Martínez Roca, 2006].

[7] Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York (Simon & Schuster), 1996 [hay trad. cast. de José Pedro Tosaus Abadía: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997]; Robert D. Kaplan, *The Coming Anarchy*, Nueva York (Random House), 2000 [hay trad. cast. de Jordi Vidal: *La anarquía que viene: la destrucción de los sueños de la posguerra fría*, Barcelona, Ediciones B, 2000]; y desde un ángulo muy distinto: Anna Lowenhaupt Tsing, *Friction: An Ethnography of Global Connection*, Princeton (Princeton University Press), 2004.

[8] Antonio Negri y Michael Hardt, *Empire*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2000 [hay trad. cast. de Alcira Bixio: *Imperio*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002].

[9] Nathalie Karagiannis y Peter Wagner (eds.), *Varieties of World-Making: Beyond Globalization*, Liverpool (Liverpool University Press), 2007.

[10] Wang Gungwu (ed.), *Global History and Migrations*, Boulder, CO (Westview Press), 1997; Patrick Manning, *Migration in World History*, Nueva York (Routledge), 2005; Dirk Hoerder, *Cultures in Contact: World Migrations in the Second Millennium*, Durham, NC (Duke University Press), 2002.

[11] Es un problema general de todos los estudios de la movilidad, como por ejemplo Linda Basch, Cristina Blanc-Szanton y Nina Glick Schiller (eds.), *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation States*, Nueva York (Routledge), 1994; Stephen Greenblatt *et al.*, *Cultural Mobility: A Manifesto*, Cambridge (Cambridge University Press), 2009.

[12] Sobre la moderna «creación» de las migraciones, véase Adam McKeown, *Melancholy Order: Asian Migration and the Globalization of Borders*, Nueva York (Columbia

University Press), 2008.

[13] John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Londres (Penguin Books), 2007, p. 23.

[14] Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*, Princeton (Princeton University Press), 2010, pp. 2-3.

[15] Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire*, New Haven (Yale University Press), 2008 [hay trad. cast. de Ricardo García Pérez: *El imperio comanche*, Barcelona, Península, 2011].

[16] Karl Jacoby, «Indigenous Empires and Native Nations: Beyond History and Ethnohistory in Pekka Hämäläinen's *The Comanche Empire*», *History and Theory* 52 (2013), pp. 60-66, cita en p. 63.

[17] John Tutino, «Globalizing the Comanche Empire», *History and Theory* 52 (2013), pp. 67-74.

[18] Gyan Prakash, «Subaltern Studies as Postcolonial Criticism», *American Historical Review* 99 (1994), pp. 1.475-1.490; Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Londres (Verso), 2000.

[19] Stefano Varese, «Indigenous Epistemologies in the Age of Globalization», en Juan Poblete (ed.), *Critical Latin American and Latino Studies*, Minneapolis, MN (University of Minnesota Press), 2002, pp. 138-153; Madina V. Tlostanova y Walter D. Mignolo, *Learning to Unlearn: Decolonial Reflections from Eurasia and the Americas*, Columbus, OH (Ohio State University Press), 2012.

[20] Departamento de Ciencia y Tecnología de la República de Sudáfrica, *Indigenous Knowledge Systems*, Pretoria (Government Printer), 2006.

[21] John Makeham, «Disciplining Tradition in Modern China: Two Case Studies», *History and Theory* 51 (2012), pp. 89-104.

[22] Benjamin Elman, *On Their Own Terms: Science in China, 1550-1900*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2005. Para una posición provocadora, véase también Min OuYang, «There Is No Need for *Zhongguo Zhexue* to Be Philosophy», *Asian Philosophy* 22 (2012), pp. 199-223.

[23] Véase por ejemplo la obra de Wang Hui, *Zhongguo xiandai sixiang de xingqi* («El ascenso del pensamiento chino moderno»), 4 vols., Pequín (Sanlian Shudian), 2004. Para un breve resumen de la argumentación, véase Wang Hui, *China from Empire to Nation State*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2014. [En español puede leerse, del mismo autor, *El nuevo orden de China: sociedad, política y economía en transición*, Barcelona, Bellaterra, 2008].

[24] Véase Arif Dirlik, «Guoxue/National Learning in the Age of Global Modernity», *China Perspectives* 1 (2011), pp. 4-13.

[25] Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton (Princeton University Press), 2000, p. 16.

[26] C. A. Bayly, «The Empire of Religion», en: Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford (Blackwell), 2004, pp. 325-365; Tomoko Masuzawa, *The Invention of World Religions: Or, How European Universalism was Preserved in the Language of*

Pluralism, Chicago (Chicago University Press), 2005; Jason Ananda Josephson, *The Invention of Religion in Japan*, Chicago (Chicago University Press), 2012.

[27] Margrit Pernau, «Whither Conceptual History? From National to Entangled Histories», *Contributions to the History of Concepts* 7 (2012), pp. 1-11; Carol Gluck y Anna Lowenhaupt Tsing (eds.), *Words in Motion: Towards a Global Lexicon*, Durham, NC (Duke University Press), 2009.

[28] John F. Richards, «Early Modern India and World History», *Journal of World History* 8 (1997), pp. 197-209, cita en p. 197. Para el debate sobre la «Edad Moderna» en la historia global, véase Lynn Struve, «Introduction», en Struve (ed.), *The Qing Formation in World Historical Time*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2004, pp. 1-54.

[29] Dipesh Chakrabarty, «The Muddle of Modernity», *American Historical Review* 116 (2011), pp. 663-675, citas en p. 672.

[30] Christopher L. Hill, «Conceptual Universalization in the Transnational Nineteenth Century», en: Samuel Moyn y Andrew Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, Nueva York (Columbia University Press), 2013, pp. 134-158; Sebastian Conrad, «Enlightenment in Global History: A Historiographical Critique», *American Historical Review* 117 (2012), pp. 999-1.027.

[31] Arif Dirlik, «Is There History after Eurocentrism? Globalism, Postcolonialism, and the Disavowal of History», en: Dirlik, *Postmodernity's Histories: The Past as Legacy and Project*, Lanham, MD (Rowman & Littlefield), 2000, pp. 63-90, cita en p. 72.

[1] Sven Beckert, «The Travails of Doing History from Abroad», *American Historical Review* 119 (2014), pp. 817-823, cita en p. 821.

[2] Friedrich von Schiller, «The Nature and Value of Universal History: An Inaugural Lecture» [1789], *History and Theory* 11 (1972), pp. 321-334, cita en p. 327.

[3] Haneda Masashi, *Atarashii sekaishi e: Chikyū shimin no tame no kōsō*, Tokio (Iwanami Shinsho), 2011, pp. 3-16; Jerry H. Bentley, «Myths, Wagers, and Some Moral Implications of World History», *Journal of World History* 16 (2005), pp. 51-82; Dominic Sachsenmaier, «World History as Ecumenical History?», *Journal of World History* 18 (2007), pp. 465-490.

[4] Sugata Bose y Kris Manjapra (eds.), *Cosmopolitan Thought Zones: South Asia and the Global Circulation of Ideas*, Nueva York (Palgrave Macmillan), 2010. Véase también Carol A. Breckenridge, Sheldon Pollock, Homi K. Bhabha y Dipesh Chakrabarty (eds.), *Cosmopolitanism*, Durham, NC (Duke University Press), 2000; Pheng Cheah y Bruce Robbins (eds.), *Cosmopolitics: Thinking and Feeling Beyond the Nation*, Minneapolis (University of Minnesota Press), 1998; Kwame Appiah, *Cosmopolitanism: Ethics in a World of Strangers*, Nueva York (Norton), 2006 [hay trad. cast. de Lilia Mosconi: *Cosmopolitismo: la ética en un mundo de extraños*, Madrid, Katz, 2007]; Gerard Delanty, *The Cosmopolitan Imagination: The Renewal of Critical Social Theory*, Cambridge (Cambridge University Press), 2009.

[5] Sachsenmaier, *Global Perspectives*, pp. 213-231; Luo Xu, «Reconstructing World History in the People's Republic of China since the 1980s», *Journal of World*

History 18 (2007), pp. 325-350.

[6] Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History* 16 (2005), pp. 391-410.

[7] Karen Ho, «Situating Global Capitalisms: A View from Wall Street Investment Banks», *Cultural Anthropology* 20 (2005), pp. 68-96, cita en p. 69; véase también Stuart Alexander Rockefeller, «Flow», *Current Anthropology* 52 (2011), pp. 557-578; Augustine Sedgewick, «Against Flows», *History of the Present* 4 (2014), pp. 143-170.

[8] Fernando Coronil, «Towards a Critique of Globalcentrism: Speculations on Capitalism's Nature», *Public Culture* 12 (2000), pp. 351-374.

[9] Immanuel Wallerstein, «Eurocentrism and its Avatars: The Dilemmas of Social Science», *New Left Review* 226 (1997), pp. 93-107.

[10] Arif Dirlik, «Globalization Now and Then: Some Thoughts on Contemporary Readings of Late 19th/Early 20th Century Responses to Modernity», *Journal of Modern European History* 4, n.º 2 (2006), pp. 137-157, cita en p. 154; Arif Dirlik, «Confounding Metaphors, Inventions of the World: What Is World History For?», en Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs (eds.), *Writing World History, 1800-2000*, Oxford (Oxford University Press), 2003, pp. 91-133.

[11] Jürgen Osterhammel, «Globalizations», en Jerry H. Bentley (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford (Oxford University Press), 2011, pp. 89-104.

[12] Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton (Princeton University Press), 2000, p. 28.

[13] Patrick Manning, *Navigating World History: Historians Create a Global Past*, Nueva York (Palgrave Macmillan), 2003; Dominic Sachsenmaier, *Global Perspectives on Global History: Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge (Cambridge University Press), 2011.

[14] Stefan Berger y Chris Lorenz (eds.), *Nationalizing the Past: Historians as Nation Builders in Modern Europe*, Basingstoke (Palgrave Macmillan), 2010; Stefan Berger (ed.), *Writing the Nation: Global Perspectives*, Basingstoke (Palgrave Macmillan), 2006; Toyin Falola, «Nationalism and African Historiography», en Q. Edward Wang y Georg G. Iggers (eds.), *Turning Points in History: A Cross Cultural Perspective*, Rochester, NY (University of Rochester Press), 2002, pp. 209-231; Georg G. Iggers y Q. Edward Wang, «The Appeal of Nationalist History around the World», en: Iggers y Wang, *A Global History of Modern Historiography*, Harlow (Pearson), 2008, pp. 194-249.

[15] Eckhardt Fuchs y Benedikt Stuchtey (eds.), *Across Cultural Borders: Historiography in Global Perspective*, Lanham, MD (Rowman & Littlefield), 2002; Stuchtey y Fuchs, *Writing World History*; Q. Edward Wang y Franz L. Fillafer (eds.), *The Many Faces of Clio: Cross Cultural Approaches to Historiography*, Nueva York (Berghahn), 2007; Douglas Northrop (ed.), *A Companion to World History*, Oxford (Wiley-Blackwell), 2012, pp. 389-526.

[16] Vinay Lal, «Provincializing the West: World History from the Perspective of Indian History», en Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs (eds.), *Writing World History, 1800-2000*, Oxford (Oxford University Press), 2003, pp. 271-289, cita en p. 278-

279.

[17] Dominic Sachsenmaier, «Some Reflections on the Nature of Global History», Toynbee Prize Foundation, <http://toynbeeprize.org/global-history-forum/some-reflections-on-the-nature-of-global-history/#more-984>.

[18] Como ejemplos cabe citar, con respecto a Italia, Laura Di Fiore y Marco Meriggi, *World History: Le nuove rotte della storia*, Roma (Laterza), 2011; para Bélgica, Eric Vanhaute, *Wereldgeschiedenis: Eeen inleiding*, Gante (Academia Press), 2008; para Alemania, Sebastian Conrad, Andreas Eckert y Ulrike Freitag (eds.), *Globalgeschichte: Theorien, Ansätze, Themen*, Frankfurt (Campus), 2007; para Suiza, Jérome David, Thomas David y Barbara Lüthi (eds.), *Globalgeschichte/Histoire Global/Global History*, Zúrich (Chronos), 2007; para Francia, Philippe Beaujard, Laurent Berger y Philippe Norel (eds.), *Histoire globale, mondialisations et capitalisme*, París (La Découverte), 2009; para Corea del Sur, Cho Ji-hyŏng y Kim Yong-Woo (eds.), *Chigusa ŭi tojŏn: ŏddŏgge yurŏpchungsimjuŭi rŭl nŏmŏsŏl kŏtinga*, Seúl (Sŏhaemunjip), 2010; para Japón, Mizushima Tsukasa, *Gurōbaru hisutorī nyūmon*, Tokio (Yamakawa Shuppan), 2010.

[19] Benedict Anderson, *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*, Londres (Verso), 2005, p. 5 [hay trad. cast. de Cristina Piña Aldao: *Bajo tres banderas: anarquismo e imaginación anticolonial*, Tres Cantos, Madrid, Akal, 2008].

[20] John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Londres (Penguin), 2007.

[21] Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton (Princeton University Press), 2000.

[22] John-Paul A. Ghobrial, «The Secret Life of Elias of Babylon and the Uses of Global Microhistory», *Past & Present 222* (2014), pp. 51-93, cita en p. 59.

[23] James C. Scott, *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*, New Haven, CT (Yale University Press), 2009.

[24] Para una crítica de la metáfora del flujo, popularizada por estudiosos como Arjun Appadurai y Ulf Hannerz, véase Stuart A. Rockefeller, «Flow», *Current Anthropology* 52 (2011), pp. 557-578.

[25] Valeska Huber, *Channelling Mobilities: Migration and Globalisation in the Suez Canal Region and Beyond*, Cambridge (Cambridge University Press), 2013.

[26] Londa Schiebinger, *Plants and Empire: Colonial Bioprospecting in the Atlantic World*, Cambridge, MA (Harvard University Press), 2007; Robert N. Proctor y Londa Schiebinger (eds.), *Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance*, Stanford, CA (Stanford University Press), 2008. Véase también Anna L. Tsing, *Friction: An Ethnography of Global Connection*, Princeton (Princeton University Press), 2004.

[27] Stefan Zweig, *Die Welt von gestern: Erinnerungen eines Europäers*, Frankfurt (Fischer), 1970, p. 465 [hay trad. cast. de J. Fontcuberta y A. Orzeszek: *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2001].

[28] Richard Drayton, «Where Does the World Historian Write From? Objectivity, Moral Conscience and the Past and Present of Imperialism», *Journal of Contemporary History* 46 (2011), pp. 671-685.

[29] Por ejemplo, John E. Wills, *1688: A Global History*, Nueva York (W. W. Norton), 2002; Miles Ogborn (ed.), *Global Lives: Britain and the World, 1550-1800*, Cambridge (Cambridge University Press), 2008.

[30] Anthony Giddens, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge (Polity), 1984.

[31] Sobre la «anglobalización», véase Ferguson, *Empire*, p. XXII. Para un análisis más moderado de la relación entre los lazos imperiales y globales, véase Gary Magee y Andrew Thompson, *Empire and Globalisation: Networks of People, Goods and Capital in the British World, c. 1850-1914*, Cambridge (Cambridge University Press), 2010.

[32] Sujit Sivasundaram, *Islanded: Britain, Sri Lanka, and the Bounds of an Indian Ocean Colony*, Chicago (Chicago University Press), 2013.

[33] En este punto disiento de Frederick Cooper, pese a que el espíritu general de esta sección es compatible con la postura que adopta en Cooper, «What is the Concept of Globalization Good for? An African Historian's Perspective», *African Affairs* 100 (2001), pp. 189-213.

[34] Para panoramas generales, véase Patrick Manning (ed.), *Global Practice in World History: Advances Worldwide*, Princeton, NJ (Markus Wiener), 2008; Dominic Sachsenmaier, *Global Perspectives on Global History: Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge (Cambridge University Press), 2011. Véase también Luke Clossey y Nicholas Guyatt, «It's a Small World After All: The Wider World in Historians' Peripheral Vision», *Perspectives on History* 51 (mayo de 2013).

[*] Nótese que el autor suele emplear los conceptos *región* y *regional* en el sentido de territorios de gran extensión, a menudo más extensos que las naciones. *(N. del t.)*

[*] Trad. de Wenceslao Roces, reproducida en <http://www.pce.es/descarga/manifiestocomunista.pdf>. (*N. del t.*)

[*] Trad. de Wenceslao Roces, reproducida en <http://www.pce.es/descarga/manifiestocomunista.pdf>. (*N. del t.*)

[*] «Islamicado» define un espacio en el que, sin ser estrictamente islámico, predominaban los rasgos religiosos, sociales, económicos y culturales asociados al islam. *(N. del t.)*.

[*] «Normal» en el viejo sentido castellano de «escuela normal», esto es, de estudios de Magisterio; más en concreto, este centro de Tuskegee formaba a maestros negros. *(N. del t.)*

Historia global. Una nueva visión para el mundo actual
Sebastian Conrad
Título original: *What is global history?*

© 2016 Princeton University Press. Publicado por acuerdo con International Editors Co. y Princeton University Press

© de la traducción, Gonzalo García, 2017

CREATIVE COMMONS

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

Ilustración de la cubierta: 1746 Carte de L'Ocean Meridional Dressée pour Servir a l'Histoire Generale des Voyages, Bellin / Van Schley. Mapa cortesía de Harlan J. Berk, Ltd.
Diseño de la cubierta: Lorraine Doneker
Fotografía de autor: © Bernd Wannenmacher

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-16771-58-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

ÍNDICE

1. Introducción 4
2. Breve historia del pensamiento global 23
3. Enfoques en competencia 48
4. La historia global como enfoque específico 79
5. Historia global y formas de integración 114
6. El espacio en la historia global 145
7. El tiempo en la historia global 177
8. Posicionalidad y enfoques centrados 203
9. Creación de mundos y conceptos de la historia global 231
10. ¿Historia global para quién? La política de la historia global 256
Agradecimientos 294
Notas 296
Créditos 326